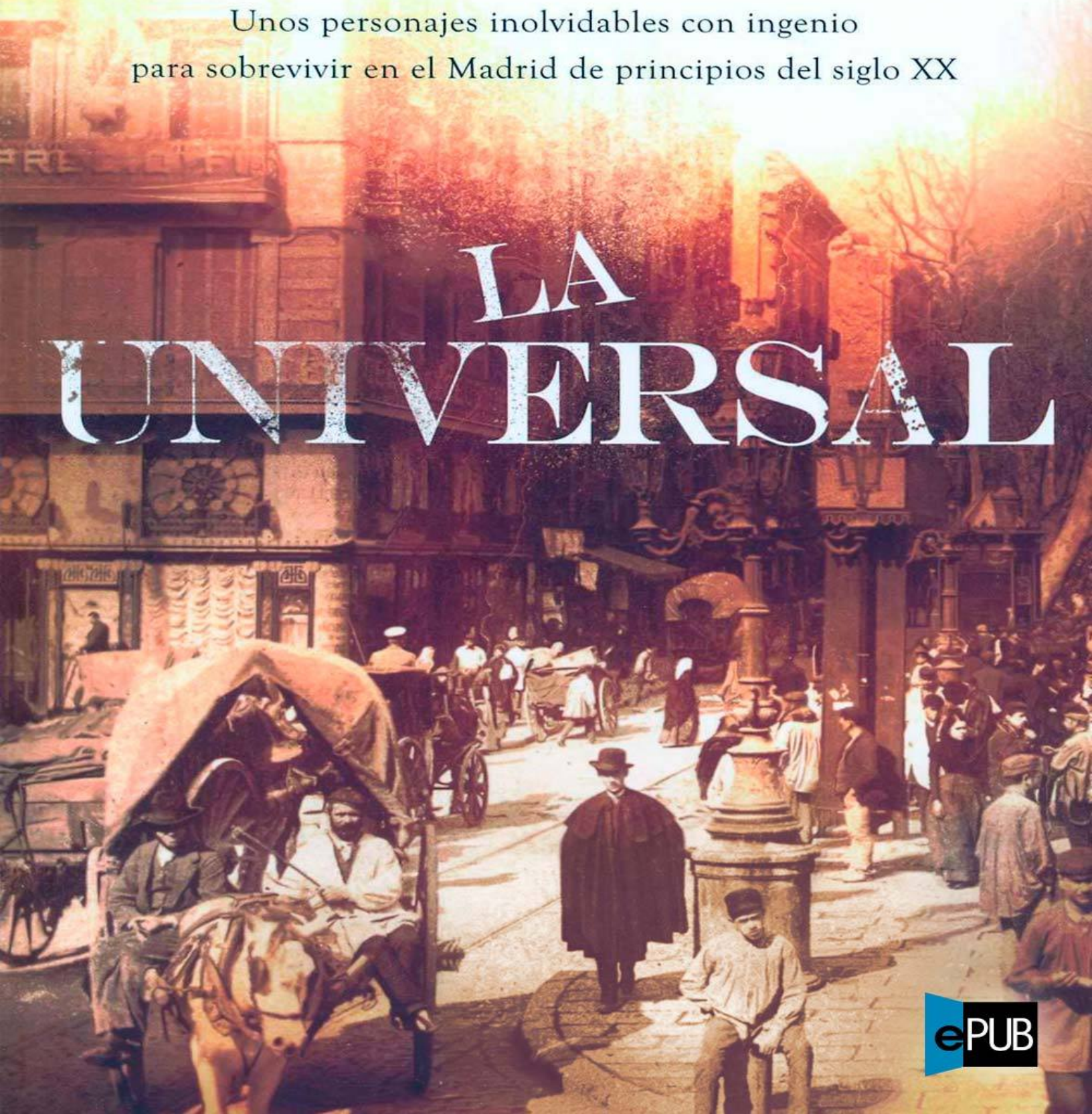


TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

Unos personajes inolvidables con ingenio
para sobrevivir en el Madrid de principios del siglo XX

LA UNIVERSAL



Con un pie en la tradición y otro en la modernidad, la España de principios del siglo XX sufre grandes convulsiones internas alimentadas por los cambios en la sociedad y sobre todo por las ideas políticas. Las revueltas obreras se suceden mientras los ciudadanos no saben si enfocar el futuro con preocupación o con esperanza.

En la madrileña pensión La Universal se ha reunido un grupo de personajes un tanto excéntricos y marginales que buscan su manera de sobrevivir en esas difíciles circunstancias: un anarquista frustrado, una prostituta caritativa, una vidente, un profesor en paro... Cuando la situación se vuelve insostenible y están a punto de perder la pensión en la que viven, deciden montar una compañía de circo y recorrer con ella algunos pueblos cercanos a Madrid. Paralelamente, el joven abogado Ignacio Wallinstein, uno de los inquilinos de La Universal, investiga la desaparición de un importante cliente del bufete donde trabaja.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Toti Martínez de Lezea

La Universal

ePUB v1.1

Fanhoe 17.09.11

Agradecimientos a laNane por la portada

más libros en epubgratis.es

OceanofPDF.com

© Toti Martínez de Lezea, 2010
© Maeva Ediciones, Mayo/2010
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci
ISBN: 978-84-92695-12-6
Depósito legal: M-9.846-2010

OceanofPDF.com

A Paco Cuadros

OceanofPDF.com

Prólogo

Madrid, 31 de mayo de 1906

La calle Mayor se hallaba engalanada con banderas y flores, repleta de gente apiñada a ambos lados desde primeras horas de la mañana a la espera de carrozas tiradas por hermosos ejemplares equinos enjaezados a la oriental, lacayos vestidos a la federica, coraceros sobre sus monturas, con sus corazas y cascos de hierro emplumados, miembros de las casas reinantes europeas, ministros, duques y marqueses en lujosos carruajes exhibiendo sus mejores vestuarios con profusión de joyas, sombreros, encajes y medallas, pero, sobre todo, para ver a los novios. La boda del rey Alfonso XIII con la hermosa Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina de Inglaterra, recordaba en cierta manera a la de su padre con la añorada y breve María de las Mercedes, que todavía hacía suspirar a las modistillas y demás gentes del común. Se decía que, al igual que en aquella ocasión, también en ésta se trataba de un enlace por amor, «como los de los pobres», tan del gusto del pueblo, siempre deseoso de participar en el festejo y atisbar durante unos instantes a los poderosos privilegiados, cuya cercanía nunca sentiría tan próxima. El sol de un día primaveral participaba de la fiesta haciendo más llevadera la espera de la comitiva, procedente de los Jerónimos en dirección al Palacio Real, mientras los pacientes espectadores entretenían su tiempo charlando acerca del evento, los asuntos de la política o los chismorreos de la corte.

Sentado en una silla de paja delante de la puerta de su taller, contiguo al portal de la calle del Rollo, esquina con la calle de Segovia, Antón Ozaeta lió un cigarrillo al tiempo que escuchaba el vocerío que le llegaba a ráfagas, con un gesto despectivo en el rostro. Era el único morador del inmueble que no asistía al espectáculo y nada ni nadie le habría obligado a presenciar la «bufonada», como la llamó, costeada muy a su pesar con sus impuestos. Republicano convencido, anticlerical y enemigo acérrimo de la monarquía, había expresado su parecer a la hora del desayuno.

—Inútiles, eso es lo que son, inútiles —pontificó sin alzar la voz en ningún momento—. Parásitos que se nutren del sudor y del esfuerzo de los trabajadores.

—Cuidado con lo que dices... —Su mujer miró a su alrededor como si temiese que alguien los estuviera escuchando—. Es el rey...

—Como si quiere ser el papa —respondió él en el mismo tono.

Hacía tiempo que había desistido de inculcar sus ideas a Eulalia, una mujer sencilla y crédula, cuya candidez le divirtió al conocerla en el baile público del Retiro, a poco de llegar a Madrid. Su talle esbelto, las caderas amplias y la mirada de unos ojos risueños lo encandilaron de inmediato y lo llevaron meses después a la iglesia de San Andrés, a él, que no había pisado un templo desde poco después de hacer la primera comunión en San Vicente de Vitoria, donde también había sido bautizado treinta y cinco años atrás con el nombre de Antonio Vicente María de las Nieves López de Ozaeta, aunque él únicamente se reconocía como Antón Ozaeta. No obstante, hizo de tripas corazón y consintió en casarse por la Iglesia, entre otras cosas porque era la única forma de que Eulalia accediese a sus requerimientos amorosos, cada día más apremiantes. De ello, hacía tres lustros. La credulidad de su mujer ya no le divertía, pero seguía siendo una hembra de carnes prietas, buena en la cama y apañada en las tareas del hogar; a él no le hacía falta nada más, aunque le habría gustado tener un hijo por aquello de dejar tras de sí a alguien de su misma sangre. Luego pensó en sus hermanos y sobrinos, con quienes no mantenía contacto alguno, y decidió que ya había suficientes Ozaeta en el mundo, demasiados.

A pesar de su negativa a formar parte del rebaño de «borregos», como los llamó, que acudiría a vitorear, o simplemente a curiosear, al paso de los recién casados y de sus invitados, Eulalia manifestó que ella sí iría, pues, afirmó, una ocasión así se presentaba una vez en la vida y no era cuestión de perdersela, le gustase a él o no. Antón soltó una palabrota y salió del piso dando un portazo. No podía trabajar en el taller porque el Gobierno había decretado tres días de fiesta y podían ponerle una multa por mantener el negocio abierto, así que decidió sentarse a tomar el aire. Un rato más tarde, a eso del mediodía, su mujer, su suegra, la vecina del primer piso e Isabelilla, la criada, salían por la puerta; las tres primeras ataviadas de domingo: falda oscura, blusa blanca almidonada, zapatos de tacón y mantón largo.

—¿Usted no viene? —le preguntó la vecina, doña Patrocinio.

—Antes me tiro al río —respondió él dando una calada al cigarrillo.

—¡Atontao! —le espetó Eulalia.

—¡Guapa! —respondió él guiñándole un ojo.

La mujer asió el brazo de su madre y ambas echaron a andar muy dignas hacia la calle del Sacramento en dirección a la calle Mayor, seguidas por las otras dos, mientras Antón fijaba la mirada en el balanceo de las caderas de Eulalia y en los flecos del mantón que rozaban sus tobillos. Sonrió. Allí la estaría él esperando cuando regresase después de haber contemplado a las realezas y le demostraría que no hacía falta llevar corona para contentar a una mujer. De hecho, había visto en *El Liberal* una fotografía de la pareja que tanto revuelo estaba causando y dudaba de que aquel joven de rostro enfermizo fuese capaz de cubrir a la inglesa, cuyo aspecto, desde luego, era mucho más saludable que el de él, aunque los Borbones tenían fama de lascivos, y nunca se sabía. Pensar en el rey borró la sonrisa de su rostro y lo puso de mal humor justo en el momento en que las campanas de iglesias y conventos repicaban llenando el aire con sus sones y las palomas alzaban el vuelo asustadas. La comitiva estaría en ese momento saliendo de los Jerónimos o ya habría emprendido el recorrido hacia el Palacio Real. Un grupo de hombres, mujeres y niños pasaron corriendo por delante de él; tiró la colilla al suelo y decidió meterse en el

taller a trabajar, aunque fuera con la puerta cerrada. Nadie podía decirle lo que debía o no hacer, y no era asunto suyo si la ciudad entera se había vuelto loca y festejaba la boda de una pareja cuyo único mérito era haber nacido en un palacio, en lugar de en la humilde casa de un trabajador.

Centró su atención en el engranaje del pedal de la máquina de coser, propiedad de la anciana duquesa del Infantado, cuya costurera le había venido con prisas la semana anterior, pues, aseguró, las galas que la nuera de su señora llevaría al enlace real no estaban acabadas y necesitaba el artilugio cuanto antes. De buena gana le habría dicho que buscase a otro mecánico, que él no trabajaba para la aristocracia, pero luego se lo pensó; las cosas andaban mal, hacía meses que el trabajo escaseaba y no era cuestión de despreciar lo poco que llegaba. Por otra parte, la costurera, al igual que él y todos los de su clase, únicamente intentaba ganarse el pan, y, además, le fascinaba la maquinaria de cualquier tipo; prometió que el pedal estaría arreglado para el día siguiente, promesa que no cumplió porque no hubo forma de encontrar el muelle apropiado y tuvo que fabricarlo él mismo. Se olvidó del festejo y de sus fobias monárquicas mientras trabajaba junto a la única ventana que daba a un patio interior, por lo general lleno de voces y de olores a comida y que hoy permanecía silencioso. No podía quejarse de cómo le iba la vida, aunque tampoco era para lanzar gritos de alegría.

Todo había comenzado como suelen estos asuntos. Sus dos hermanos mayores y él habían montado en Vitoria, en los bajos de la casa de sus padres, un taller de bicicletas «de seguridad» con patente Starley. Al ser los únicos fabricantes, y a pesar de que el precio de cada máquina era ciertamente elevado, vieron florecer su negocio de manera tan satisfactoria que un par de años más tarde contrataban a un oficial mecánico y a dos aprendices para poder satisfacer la demanda. Sin embargo, a medida que aumentaban sus ingresos, también lo hacían sus discrepancias; algo habitual en todos los negocios familiares, que empiezan con entusiasmo y acaban como el rosario de la aurora, es decir, en bronca. Él decidió separarse y montar por su cuenta un establecimiento de llantas y accesorios para bicicletas, que en pocos meses tuvo que cerrar, pues sus hermanos no

estaban por la labor de dejarle parte del negocio y, no habiendo competencia en la ciudad, proveían a sus clientes del servicio completo, de forma que éstos no necesitaban acudir a Antón. Tras gastar los pocos ahorros que le quedaban después de la aventura de la tienda, no tuvo más remedio que buscarse la vida en otro lugar. Un buen día hizo el petate y se fue a Madrid. En la bolsa llevaba dos pantalones, dos camisas, dos jerséis, un pijama, cuatro pares de calcetines y dos mudas; en el bolsillo, cien pesetas, y en la mente, la idea de hacer fortuna en la capital y regresar a Vitoria con la cabeza bien alta.

Se arrepintió de su decisión varias veces durante el viaje, sobre todo cuando el tren frenaba y él se despertaba sobresaltado al golpearse la cabeza con el respaldo del asiento de madera. Al llegar a la capital buscó alojamiento en la primera pensión que encontró cerca de la estación de Atocha, un antro insalubre en el que, por dos pesetas la noche, compartía habitación con otros tres hombres, e inició un recorrido por los pocos talleres mecánicos que había en la zona. A pesar de demostrar que conocía el oficio, no logró encontrar trabajo, puesto que los talleres eran pequeños negocios familiares que sobrevivían malamente, y un par de semanas más tarde ya no le quedaban más que veinte pesetas, suficientes para regresar e intentar llegar a un acuerdo con sus hermanos o, en el peor de los casos, ayudar al tío Paco en las tareas del caserío de Ozaeta, una aldea a poca distancia de Vitoria de donde procedían tanto la familia como el apellido. Desalentado, se acercó el domingo al parque del Retiro con la intención de pasar el rato y allí fue donde conoció a Eulalia. Tal vez no la amaba con la loca pasión de los enamorados descritos por Luis de Val, valenciano como su suegra, cuyas novelas por entregas ésta conservaba con verdadera devoción y que él había leído para entretener las tediosas veladas invernales, pero la quería y, además, no olvidaba que gracias a ella había podido quedarse en Madrid y no se había visto obligado a regresar a Vitoria con el rabo entre las piernas.

La joven vivía con su madre en un piso bastante destartado en la calle del Rollo, nombre que tenía su origen en la picota o rollo de justicia antaño allí instalado, donde eran castigados los condenados a latigazos o a escarnio

público, aunque muchos preferían su nombre anterior: de la Parra, que resultaba más agradable al oído y evocaba una cierta alegría de vivir. El piso tenía ocho habitaciones, cuatro de ellas dobles, algunas de las cuales alquilaban por una noche a los tratantes que llegaban de los pueblos en los días de feria, aunque no podía decirse que fuese una pensión, porque no pagaban la correspondiente licencia municipal. Benigno, el guardia urbano de la zona, hacía la vista gorda, ya que uno de los tratantes era un primo suyo y solía acabar la ronda cenando en el piso de la viuda y de su hija, a quienes consideraba algo así como parientas lejanas. El difunto marido y padre era, al igual que él, originario de Talavera, y ambos habían llegado a la capital al mismo tiempo y con igual intención: trabajar, hacer dinero y volver al pueblo; algo que, a la vista estaba, no habían podido llevar a cabo. A la madre de Eulalia, la señora Fuensanta, la muerte del esposo la había dejado en una situación económica asaz precaria, por lo que el guardia consideraba un deber hacia su compadre ayudarlas a ella y a la hija. De esta forma, Antón Ozaeta tuvo una habitación a cuenta y, por ende, pudo montar su taller mecánico en la lonja polvorienta, en tiempos almacén del grano donde el difunto negociaba, y sin utilizar desde su muerte. Además de sus innegables encantos, en especial su trasero, que lo traía a mal traer, Eulalia lo había salvado de la humillación del fracaso, y eso era algo que, de por sí, merecía ser tenido en cuenta a la hora de sopesar los pros y los contras de la unión con una mujer, a su entender, demasiado beata y demasiado monárquica.

Al cabo de un buen rato, Antón creyó haber oído algo parecido a una explosión en la lejanía, pero, enfrascado en la labor de remachar el muelle del pedal de la máquina de coser y con la puerta del taller cerrada, en un primer momento no prestó mayor atención; tampoco se percató de que las campanas del barrio habían cesado de tañer, pero al cabo de un rato sintió que algo raro ocurría, dejó el trabajo y salió a la calle. Un vocerío aterrizado llenaba el aire, y permaneció inmóvil durante unos instantes, intentando descifrar el motivo de los gritos y averiguar su procedencia. Únicamente reaccionó al ver llegar desde la calle Mayor a unas cuantas

personas que corrían portando entre varias a una mujer con la cara ensangrentada.

—¡Un atentado! —gritó un chaval en respuesta a su pregunta sobre lo ocurrido—. ¡Ha sido un atentado!

No lo pensó dos veces y él también echó a correr cuesta arriba, sorteando, e incluso empujando, a la gente que se precipitaba en dirección contraria en medio de chillidos y lamentos. Se detuvo atónito al desembocar en la calle Mayor, su mente incapaz de comprender el alcance del drama que se presentaba ante sus ojos: cuerpos destrozados, heridos que reclamaban auxilio, caballos cuyos relinchos agonizantes se mezclaban con los gritos de la gente, carrozas y carruajes abandonados en medio de la calle; hombres y mujeres que corrían de un lado para otro sin saber muy bien qué hacer, humo y sangre, mucha sangre, en los rostros y las ropas, en el empedrado. Ayudó a levantarse del suelo a un hombre mayor y lo dejó apoyado contra el muro de la casa más cercana; cogió en brazos a una chiquilla que lloraba hasta que una mujer con el pánico en la mirada se la arrebató de malas maneras y salió corriendo; permaneció alelado ante un cadáver de uniforme al cual le faltaba parte de la cara, pero que mantenía una corneta asida con fuerza en su mano derecha, y se vio empujado contra una farola por un grupo de soldados sables en ristre. Lo aturdió el golpe durante un instante, pero el impacto lo despabiló y recorrió el último tramo de la calle Mayor llamando a Eulalia.

La encontró hecha un mar de lágrimas, sentada en el suelo abrazada a su madre, aparentemente sin vida.

—¡Me la han matado! ¡Me la han matado! —sollozaba mientras acariciaba el rostro de la señora Fuensanta, las dos cubiertas de polvo.

Sin decir una palabra, Antón cogió en brazos a su suegra y se encaminó hacia la calle del Rollo, seguido por su mujer, que se agarraba a su chaqueta de paño e iba dando traspiés como una niña desvalida.

Descubrieron, al llegar a la vivienda, que la señora Fuensanta no estaba muerta; se había desmayado al oír la atronadora explosión, que detuvo el tiempo durante unos segundos, y el yerno salió a toda prisa en busca de un médico. Vano empeño, pues todos los médicos de Madrid habían acudido al

lugar de los hechos y a los hospitales en cuanto se supo lo ocurrido y, a fin de cuentas, la mujer no presentaba herida alguna; únicamente algún que otro hematoma debido a la caída. Acudió entonces a la botica más cercana y, a falta de sales, consiguió un frasco de amoniaco tras muchos esfuerzos, pues el local estaba repleto de gente que, entre empujones y voces, requería la atención del boticario y de sus mancebos, aunque el remedio no sirvió para nada. Su suegra permaneció ida y no respondió ni al amoniaco, ni a las palabras, ni a los paños húmedos en la frente, ni a los cachetitos que su hija le propinó para ver si lograba despertarla. Gracias a Benigno, quien acudió a media tarde para comprobar que sus protegidas estaban bien, lograron que pasara a echar un vistazo el médico de las Bernardas, las monjas que tenían convento en la misma calle.

—Se halla en estado de conmoción —dictaminó el galeno— y, en estos casos, nunca se sabe cuándo reaccionará el paciente, si lo hace... —añadió en voz tan baja que sólo Antón escuchó sus últimas palabras.

Y como no había cura y era preciso permitir que la naturaleza actuara, tampoco había boticas para su mal, por lo que el médico los dejó igual que antes y con cinco pesetas menos por la consulta.

No acabaron ahí las preocupaciones. Al día siguiente, patrullas de carabineros armados registraron todos los talleres, viviendas, lonjas y almacenes ubicados en las inmediaciones de la calle Mayor, en especial los del último tramo. Al igual que el resto de sus vecinos, los Ozaeta se vieron sorprendidos por los militares, cuya presencia provocó la natural consternación en un vecindario habitualmente tranquilo. Antón tuvo que acompañar a un par de ellos al taller, y a continuación fue escoltado hasta el cuartel de San Nicolás para explicar el hallazgo de varios ejemplares de la revista satírica, republicana y anticlerical *El Motín*, que los carabineros encontraron debajo de un cajón con herramientas. Se trataba de números atrasados, pero eso no impidió que se le hiciera la ficha, fuera interrogado en cuanto a su procedencia y opiniones políticas, además de mostrarle varias fotografías de individuos desconocidos para él, y que tuviera que colocarse en fila junto a unos hombres mientras un tipo, de aspecto insignificante, procedía a identificarlos. Jamás en su vida lo había pasado

tan mal y había tenido tanto miedo. Cuando finalmente, ya de noche, lo dejaron marchar, no sin antes advertirle que sería vigilado, entró en la primera taberna que encontró, pidió un vaso de aguardiente peleón capaz de levantar la boina a cualquiera y se lo bebió de un trago. Después enfiló hacia su casa a paso ligero con la mente fija en una sola idea: acostarse con su mujer, olvidar el susto entre sus brazos y hacerle el amor hasta caer rendido, pero Eulalia había decidido velar a su madre y tuvo que dormir solo.

Durante las siguientes semanas, la mujer no salió para nada de la habitación de su madre, incluso dormía con ella en la misma cama y se hacía llevar la comida por Isabelilla, quien, al igual que la vecina del primero, había salido por pies en el momento del atentado y no dejaba de llorar y moquear, como queriendo hacerse perdonar por no haber ayudado a sus señoras. Por primera vez en quince años, Antón se encontró solo a la hora de comer y, más importante, a la hora de acostarse. Y no le gustó. Sentado en la cama, a la luz de la lamparilla de gas, todas las noches leía el *Heraldo de Madrid*, el único periódico con cuya línea editorial se sentía más o menos de acuerdo, más bien menos por encontrarlo demasiado tibio en sus críticas al Gobierno y a la monarquía, pero no había otros que pudieran interesarle. Así supo que el anarquista que había lanzado una bomba Orsini, de las utilizadas habitualmente en los atentados, era un catalán de nombre Mateo Morral y que el ramo de flores en el cual había escondido el artefacto relleno de dinamita y nitrobencina habría dado de lleno en la carroza real y matado a sus ocupantes de no haber sido por los cables del tranvía que desviaron su trayectoria. Aun así, el atentado había causado la muerte de, al menos, dos decenas de personas y había dejado heridas a más de cien; una auténtica escabechina. Por suerte, Eulalia y su suegra se habían situado en el lado opuesto. Esta información le dio que pensar.

Era republicano porque su padre lo había sido, a pesar de haber nacido en un pueblo alavés con vocación carlista. Todos sus tíos eran carlistas y ése fue uno de los motivos por los cuales su padre decidió dejar su localidad de nacimiento e instalarse en Vitoria.

—No necesitamos reyes que nos gobiernen —decía una y otra vez—, sino hombres honrados elegidos por el pueblo.

La cuestión, meditó Antón, era dónde encontrar hombres honrados, porque, a la vista estaba, no parecía haber suficientes. Los ricos lo eran cada vez más y los pobres no levantaban cabeza. Eran muchas las circunstancias que suscitaban el desaliento incluso entre los más optimistas: la llegada a los puertos de grandes cargamentos de trigo había arruinado a miles de familias campesinas obligadas a emigrar hacia las ciudades, a su vez incapaces de absorberlas; el encarecimiento de los productos básicos y la venta de ganado al extranjero provocaban el hambre en todo el país; los sueldos miserables de los trabajadores no alcanzaban para mantener a sus familias; las huelgas habían sido reprimidas con dureza y sus promotores habían acabado encarcelados, incluso ejecutados, o exiliados; las levass militares obligatorias, que podían ser eludidas sin embargo mediante la llamada «redención a metálico» por la desorbitada suma de mil quinientas pesetas, el sueldo de un año de un obrero, sólo al alcance de los hijos de los adinerados, afectaban gravemente a los más humildes, así como la inestabilidad de los sucesivos Gobiernos, nueve en tres años, suscitaban el desaliento incluso entre los más optimistas.

—Nos chupan la sangre como los vampiros y nos prometen la vida eterna a cambio de nuestra sumisión —le repetía, cada vez que se encontraba con él, su amigo José Fernando Hermoso Cantonal, obrero en la fábrica de ladrillos de Villasante, hombre cejijunto y corto de piernas, cuyo primer apellido provocaba hilaridad y daba lugar a chanzas que él cortaba por lo sano soltando una blasfemia sin apenas mover los labios.

Anarquista hasta la médula, a medida que pasaban los años, Pepe Cantonal se había ido desmarcando de sus camaradas más moderados, de aquellos que pretendían el cambio de la sociedad mediante la educación de las masas, y se había aproximado peligrosamente a la línea dura del anarquismo, la que combatía de todos los modos posibles la corrupción y el abuso del Estado, el capitalismo y el poder de la Iglesia, y no dudaba en posicionarse a favor del uso de la violencia.

—Nos acusan de barbaridades que no hemos cometido, nos detienen, torturan, asesinan. Quieren enmudecernos, pero no lo lograrán, porque somos más, muchos más, y algunos no estamos dispuestos a esperar sentados a que vengan a por nosotros. ¡Viva la revolución! —concluía siempre, después de haber pasado lista a los agravios que, según él, sufrían los obreros y los campesinos españoles.

Antón temía por su amigo; un hombre sin familia ni lazos afectivos, obsesionado por una idea, podía poner en peligro su vida y las de sus conocidos. Él no estaba dispuesto a arriesgar la suya y pensó en no volver a verlo en más de una ocasión, después de alguno de sus esporádicos encuentros, pero tenía que reconocer que sentía simpatía por Pepe y estaba de acuerdo con él en cuanto a la necesidad de acabar con la clase dominante: banqueros, terratenientes, burgueses, curas y, por supuesto, reyes. Sin embargo, el atentado de Mateo Morral le había causado una impresión muy profunda. Tal vez no habría sido así de no haber visto con sus propios ojos su resultado, pues lo que no se ve tampoco se siente con igual intensidad. La muerte y heridas de tantas personas inocentes, gentes del pueblo, desparramadas por el asfalto gritando de dolor en medio del humo, el pánico y la estupefacción general era algo que no iba a olvidar. Esperaba no encontrarse con Pepe Cantonal en mucho tiempo y, por si acaso, dejó de acudir a las tabernas que ambos frecuentaban.

Se había convertido en una costumbre. Mientras Eulalia, la señora Fuensanta e Isabelilla acudían los sábados por la tarde al rosario en la iglesia de San Andrés e iban luego a un café de la plaza del mismo nombre, él se dirigía al barrio de Lavapiés, hacía el «paseíllo», como le gustaba decir, por las tascas, en especial por las de la calle del Mesón de Paredes, y regresaba a casa achispado y con ganas de guerra después de haber visto a un buen número de mujeres apoyadas en los quicios de las puertas, con el muslo desenfundado y los pechos a punto de saltar por el escote. Las había de todos los tipos y para todos los gustos: jóvenes, viejas, delgadas, gordas, pintarrajeadas o con aspecto virginal, y también de todos los precios. Él se entretenía mirándolas al pasar y soltándoles alguna grosería, que, por lo general, era respondida con un improperio o una risa cómplice, pero la cosa

no pasaba de ahí. Nunca se le había ocurrido utilizar sus servicios porque no estaba dispuesto a pagar a ninguna mujer por algo que ya tenía en casa y, además, con garantías. Eulalia sólo se acostaba con él, pero vete tú a saber con quién lo hacían aquéllas, incluido Pepe Cantonal, quien, a falta de otra cosa, gastaba dos duros cada sábado, siempre con la misma, la Virtudes, que le llevaba una cabeza de alto. Esto suponía un gasto de quinientas pesetas al cabo del año, algo que al anarquista no parecía preocuparle, pues, afirmaba, podía permitírselo a falta de otros vicios y bocas que alimentar. La Virtudes era toda una mujerona, era limpia y, además, cariñosa. Antón sospechaba que el apego de su amigo hacia esa mujer tenía que ver más con dicha faceta, la del cariño, que con la mera necesidad de desahogar sus impulsos, aunque el hombre jamás lo confesaría por considerarlo una debilidad impropia de un libertario revolucionario. En el fondo, estaba convencido de que su amigo era un bravucón a quien la fuerza se le iba por la boca, incapaz de una acción violenta. Aunque hablaba demasiado.

Tras varios días de obligada castidad y ante el panorama que se le presentaba, puesto que la señora Fuensanta no acababa de recuperar el sentido y Eulalia seguía en sus trece de no dejarla sola en ningún momento, Antón decidió salir a dar una vuelta el siguiente sábado. Para entonces, la situación se había calmado un tanto. Mateo Morral había sido reconocido cerca de la población de Torrejón de Ardoz dos días después de cometido el atentado y detenido por un guarda de campo, armado con una tercerola Remington, pero el anarquista había logrado matar a su captor y luego se había suicidado con el revólver que el guarda no había tenido la prevención de quitarle. Aun así, la policía continuaba la búsqueda de los posibles cómplices. Fue detenido un buen número de anarquistas, también republicanos anticlericales, entre ellos José Nakens, el director de *El Motín*, quien, según la prensa, había ayudado a huir a Morral, lo cual tenía a nuestro hombre bastante preocupado debido a los números del quincenal hallados en su taller y que podrían ser utilizados para incriminarlo. El país reclamaba la detención de los culpables, los medios de comunicación avivaban la corriente de opinión que exigía mano dura, la oposición aprovechaba la coyuntura para echar leña al fuego y el Gobierno estaba

decidido a dar un escarmiento ejemplar, aunque para ello pagaran justos por pecadores. Poco importaba que ni Pepe ni él tuvieran nada que ver con la masacre de la calle Mayor, ni con ningún otro tipo de violencia. Su amigo había sido arrestado cuatro años antes durante la huelga y estaba fichado, podría ser detenido de nuevo y dar su nombre tras sufrir los brutales métodos de los carceleros. Necesitaba, sin embargo, salir del depresivo ambiente familiar y, sin olvidar su propósito de mantenerse alejado de los sitios frecuentados por Cantonal, encaminó sus pasos hacia la calle de la Cava Baja, lugar de tabernas y fondas, siempre repleto de gente, y entró en una tasca.

El Pozo era un local abierto en un sótano, sin ventilación, ahumado por la grasa de los candiles, nada que ver con las tabernas de azulejos de cerámica, mostradores de zinc, mesas de mármol y lámparas de gas de otras zonas de la calle, muy concurridas por las gentes de los pueblos que acudían al mercado de la Cebada o al de San Miguel. El dueño, apodado el Negro no se sabía muy bien por qué razón, puesto que se trataba de un hombretón rubicundo y colorado, era asimismo el propietario de la *casa de dormir*, situada en el primer piso del edificio, tan cochambrosa como el garito de bebidas, pero donde podía pasarse la noche por el módico precio de quince céntimos, eso sí, sentado en una de las diez sillas colocadas una junto a la otra y apoyando los brazos en una cuerda que el dueño quitaba a primera hora de la mañana. También disponía de cuartos individuales, utilizados por media docena de mujeres que, además de dormir en ellos, prestaban servicios varios a la clientela. A pesar de que el tufo dentro del local echaba para atrás, pasada la primera impresión, los parroquianos se acostumbraban y algunos incluso lo agradecían, pues olvidaban el hambre y el frío sofocados, y a la vez reconfortados, por el áspero vino que servía el Negro y los apretujones, ya que el establecimiento estaba hasta los topes a partir de media tarde, sobre todo durante el invierno, y muchos acudían a él con la única intención de entrar en calor.

Antón trató de llegar a la barra, pero le resultó imposible y decidió buscar una tasca aireada y menos abarrotada, aunque el pote de vino costase algunos céntimos más. Al salir, se topó con una mujer que alargó la mano a

la espera de la limosna que él no tenía intención alguna de darle. De seguir las cosas igual, iban a tener problemas de dinero, pues el último encargo había sido el del pedal de la máquina de coser y, con el asunto de su madre, Eulalia había dejado de ir a planchar al palacio del banquero Bruno Zaldo, cerca del Retiro, y empezaba a notarse la falta de liquidez. Al menos el piso en que vivían era de la madre de su mujer, pensó, y la Isabelilla, una cría de quince años, no les costaba un céntimo al tratarse de una antigua niña de la inclusa que la señora Fuensanta había acogido por caridad. Sospechaba que su suegra tenía algunos ahorros escondidos en algún rincón del piso, pero la mujer no soltaba prenda cuando, como quien no quiere la cosa, él sacaba el asunto a colación. ¡Sólo faltaba que se fuera al otro barrio sin revelar el escondrijo! Tendrían que hacer algo si no querían acabar mendigando a las puertas de las tabernas. Este pensamiento lo hizo detenerse y volver sobre sus pasos, rebuscó en el bolsillo de su pantalón y sacó una moneda de diez céntimos que depositó en la mano extendida de la mujer, cuyos ojos se llenaron de lágrimas y que apenas pudo darle las gracias.

En el claroscuro del atardecer, observó con atención a la mendiga, una joven de veintitantos años de edad, similar a las que a diario se veía deambular por las calles solicitando trabajo, campesinas que llegaban a la ciudad en busca de una vida mejor. Sin oficio, recursos ni parientes, eran pocas las afortunadas que la encontraban, y lo habitual era que acabaran dedicándose a la prostitución. Aquélla, sin embargo... Parecía haber preferido la mendicidad al puterío e intentaba mantener la dignidad, algo que, podía apreciarse a simple vista, le estaba resultando difícil, como arduo iba a resultarle no caer en las garras de alguna alcahueta o de un chulo, siempre al acecho de mujeres a quienes el hambre robaba la honra.

—¿Has comido hoy? —le preguntó de pronto.

La mujer se apoyó en el muro, cerró los ojos y negó con la cabeza. La asió por un codo sin que ella se resistiese, la condujo a una casa de comidas, dos portales más abajo, y se sentaron en la esquina de una mesa repleta de ruidosos comensales, cuyas conversaciones, como era natural, versaban sobre el intento de magnicidio, la captura del asesino, el vestido de novia de

doña Victoria Eugenia manchado de sangre o unas supuestas palabras que habría dicho el rey al llegar a palacio: «Son gajes del oficio».

«Maldito sea; será del suyo», pensó Antón indignado, aunque evitó pronunciarse en voz alta, pues uno nunca sabía qué oídos escuchaban y no estaba la situación para dar carnaza a los soplones que se ganaban la vida delatando a sus conciudadanos, y más ahora, tras el atentado, cuando un simple comentario antimonárquico equivalía poco menos que a un complot contra la nación y podía llevarlo a uno directo a la cárcel. Dejó de pensar en ello y se centró en el cocido que humeaba en un puchero de barro que un mozalbate rellenaba en cuanto el contenido bajaba a la mitad. Se sirvió una ración, pero la mujer repitió tres veces sin levantar los ojos del plato, como si temiese que se lo fuesen a quitar a la menor distracción.

—¿Mejor? —le preguntó cuando, finalmente, ella dejó la cuchara y se metió un pedazo de pan en el bolsillo de la falda. El pote de vino ni lo tocó.

La joven asintió con un gesto de la cabeza; tenía mejor aspecto ahora, con las mejillas coloradas gracias a la comida caliente. Antón sonrió para darle ánimos, pero sólo logró que ella volviese a encogerse y fijase los ojos en la sobada madera de la mesa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Casilda...

—¿Y de dónde eres?

La mujer se mordisqueó el labio inferior y lanzó una mirada fugaz hacia la puerta. Sus vecinos de mesa más próximos acababan de levantarse y, a la vista estaba, ella deseaba hacer lo mismo, aunque permaneció con la cabeza gacha, casi sin respirar.

—No voy a pedirte nada a cambio de la cena —le aseguró él—. Sólo quiero charlar un rato contigo.

Durante unos instantes lo había pensado; había pensado que le gustaría olvidar sus preocupaciones y, en especial, la continencia a la que se veía obligado desde hacía casi dos semanas, pero no soportaba a los aprovechados y él lo sería si se beneficiaba de aquella mujer, a quien un plato de cocido había devuelto el brillo a los ojos. Además, quizá ni siquiera

tuviera una habitación para ella sola, y no era cuestión de hacerlo en una esquina o en un portal, ¡que a tanto no llegaba su necesidad!

—¿Tienes casa?

De nuevo, Casilda negó con la cabeza sin abrir la boca.

—Si quieres, puedes venir a la mía. Mi mujer necesita ayuda —se apresuró a añadir al observar que la joven se encogía aún más—. Mi suegra está ida desde lo del atentado y Eulalia tiene que ocuparse de ella a todas horas, incluidas las de la noche. No te pagaríamos, pero tendrías cama y comida aseguradas.

¿Por qué lo había hecho? Se maldijo una y otra vez por aquellos pronto que le habían perjudicado en más de una ocasión, como la del negocio ruinoso de Vitoria, pero ya no podía volverse atrás; era hombre de palabra, herencia de su padre y de su abuelo, quienes jamás habían firmado un acuerdo y siempre habían cumplido lo prometido. De todos modos, no tenía por qué preocuparse; con toda probabilidad, la joven no aceptaría la propuesta de un desconocido. Se equivocó. Esta vez ella lo miró directamente a los ojos y le sonrió agradecida, lo cual le produjo una extraña sensación de inquietud. Se levantó de la mesa con brusquedad, pagó la cuenta, salió a la calle y echó a andar con la joven pegada a sus talones. Iba pensando en cómo le explicaría a Eulalia la presencia en su hogar de una criada que ella no había solicitado, aunque, por otra parte, todo sería cuestión de convencerla de que las cosas no podían seguir igual. Con un poco de suerte, mataría dos pájaros de un tiro y volvería a tener a su mujer en la cama. Al llegar al piso de la calle del Rollo, introdujo a Casilda en la habitación más alejada de la de su suegra, en la otra punta de un largo pasillo que recorrieron procurando pisar con suavidad para no hacer ruido. Se trataba de un habitáculo pequeño, lleno de polvo, con un ventanuco que daba al patio, y que, además, utilizaban como trastero, pero ella no se percató de los baúles, cajas y otros objetos apilados en desorden; sólo tenía ojos para la cama.

—Te dejo el candil —le dijo Antón en un susurro de voz a la vez que depositaba la lámpara encima de la mesita—. Ahora te traigo unas sábanas y una manta.

Volvió al poco y contempló ensimismado a la joven, que se había quedado dormida sin tan siquiera quitarse los zapatos. Ahora entendía el pellizco de preocupación sentido en la taberna. Allí, en medio de los trastos, encima de una sobrecama ajada, su protegida dormía tranquila, una sonrisa en los labios, la mano en la mejilla, y él no pudo evitar pensar que era lo más bonito que había visto nunca. La descalzó, la cubrió con la manta y, después de echarle una última mirada, apagó el candil y salió de la habitación.

La primera reacción de Eulalia al tener conocimiento de que su marido había recogido a una mendiga y la había llevado a su casa con la intención de que la ayudara a cuidar a su madre fue dirigirse al cuarto del fondo para, de inmediato, echar de allí a la intrusa. Él la alcanzó hacia la mitad del pasillo y la obligó a volver a la cocina. La mujer no quería oír hablar del asunto, e incluso se tapó los oídos para no escuchar sus explicaciones, acusándolo, a su vez, de haberle puesto los cuernos con la mujerzuela que dormía tan ricamente bajo su techo. Fue demasiado. Antón envió a la calle a la Isabelilla, quien observaba atónita la discusión, le ordenó no regresar en dos horas por lo menos y después atrancó el pomo de la puerta con el respaldo de una silla de madera. Media hora más tarde, Eulalia salía de la cocina con el moño desbaratado y la camisa fuera de la falda.

—Habrà que repetirlo —susurró complacida a la vez que recomponía su aspecto.

Capítulo 1

Casilda permaneció en el hogar de los Ozaeta. Antón esperaba que las cosas volvieran a la normalidad, puesto que la joven había resultado una ayuda muy eficaz a la hora de atender a la señora Fuensanta, pero no fue así. Eulalia continuó durmiendo en la cama de su madre, aunque a veces se hacía la contradiza con su marido y se amaban en cualquier rincón del piso. Daba la impresión de que les había tomado gusto, como si el hecho de que pudieran pillarlos in fraganti fuera un aliciente, ya que aquellos encuentros subrepticios resultaban sumamente excitantes, aunque Antón no acababa de sentirse satisfecho. Él era un hombre de costumbres metódicas, le gustaba hacer bien las cosas y, sobre todo, llevar la iniciativa. Le parecía indecoroso que su mujer lo asaltase en cualquier momento y lugar, incluso se había presentado en el taller y lo habían hecho encima de unos sacos de grano olvidados en un rincón. Tenía que reconocer que nunca como hasta entonces había sentido algo parecido, pero no era decente que una esposa actuase como una ramera; su lugar estaba en el dormitorio conyugal y no en el de su madre. Además, estaba convencido de que Casilda intuía algo de lo que ocurría, porque a veces la pillaba mirándole de reojo con una expresión extraña en los ojos. La joven sólo llevaba en la casa unos días y su aspecto había cambiado de manera extraordinaria. Eulalia la había adoptado, por decirlo de alguna manera, y le había regalado un par de faldas y blusas que a ella le quedaban pequeñas.

Antón se preguntó si también le habría regalado un corsé y unos calzones o le habría comprado unos nuevos, al igual que los zapatos y las medias. El caso era que, aunque algo delgada para su gusto, peinada con el cabello ahuecado y recogido en un moño, tan silenciosa que en ocasiones le desconcertaba encontrársela a su lado cuando ni tan siquiera la había oído acercarse, Casilda lo intimidaba.

No había duda alguna de que era una moza educada, y era la única de las cuatro que vivían bajo su mismo techo que sabía leer, lo cual añadía un interrogante más acerca de su origen, desconocido hasta la fecha, puesto que no había soltado prenda en cuanto a su lugar de nacimiento y su familia. Incluso el apellido que dio, Rodríguez, no le parecía verosímil, a pesar de no tener motivos para desconfiar de su palabra. Quizá, imaginó, era una hija de buena familia que había perdido la virtud en brazos de un desaprensivo que después la había abandonado. No eran raros los casos de mujeres en dicha situación, desdeñadas por sus parientes, sin tener adonde ir y obligadas a buscarse la vida; con suerte encontraban un puesto de institutriz o acababan entrando en un convento. Sin embargo, su protegida no parecía ser del tipo religioso, pues había rechazado acudir a la procesión del Corpus en compañía de Eulalia e Isabelilla con la disculpa de que alguien debía quedarse junto a la señora Fuensanta, a pesar de que le había asegurado que podía ir con toda tranquilidad, que ya se quedaba él vigilando a su suegra. Una vez solos, Casilda había entrado en la cocina cuando él estaba tomándose una taza de achicoria mientras leía el periódico; lo había rozado al pasar por su lado y aquel roce, aparentemente inocente, le había provocado unos deseos enormes de levantarle las faldas y hacerla suya, pero se reprimió, dobló el diario, se puso la gorra y salió a la calle a la búsqueda de un lugar tranquilo para continuar leyendo y, de paso, airearse, a ver si se le calmaba el ardor que acababa de experimentar.

Caminó durante un buen rato sin pensar hacia dónde se dirigía, la mente todavía ofuscada, deteniéndose finalmente al llegar a un pequeño rincón, cerca del viaducto de Bailen, que había escapado de la fiebre constructora que amenazaba con engullir la vieja ciudad. Se sentó bajo un enorme castaño, en un banco de madera cuyas sujeciones de hierro estaban

oxidadas, y contempló desde allí el Palacio Real. Llevaba en Madrid ya quince años y jamás se le había ocurrido acercarse al enorme edificio que se alzaba en un altozano desde donde se dominaba el valle del Manzanares. Claro que tampoco habría podido entrar, ni pasearse por los jardines y, para sólo mirar, podía hacerlo desde allí. Mucha gente se apiñaba en las cercanías del palacio para ver pasar los carruajes de los invitados o disfrutar de los juegos de artificio con motivo del cumpleaños de algún miembro de la familia real o la recepción a príncipes y embajadores, pero no él; él jamás abriría la boca como un papanatas ante la impudicia de los gobernantes de un país hambriento. Eulalia y su madre, acompañadas por vecinas y amigas, habían acudido en varias ocasiones y regresado a casa encantadas con el espectáculo, y por mucho que él asegurara que con su actitud lo único que hacían era dar alas a un sistema político aberrante y corrupto, ellas lo oían como quien oye llover.

—Demasiadas mujeres... —Había demasiadas mujeres en su vida.

—¿Decía usted algo, caballero?

Se giró sorprendido. A su lado, un hombre bastante mayor que él, con largo cabello y barba blancos y unos anteojos redondos encima de la nariz, lo observaba con amabilidad. Ni siquiera se había apercebido de que se había sentado a su lado, tan ensimismado estaba.

—Juan José Cornejuelo, para servirle —se presentó el desconocido a la vez que alzaba su bombín.

—Antón Ozaeta.

—Me ha parecido que decía usted algo...

—Sólo hablaba en voz alta...

No tenía ganas de mantener una conversación con un desconocido y miró de nuevo hacia el Palacio Real.

—Hermoso edificio —le oyó decir.

—Para lo que nos sirve...

Se arrepintió de inmediato de haber abierto la boca.

—No se confunda usted, joven; no importa quién viva en él, ni lo que representa. —El hombre se quitó los anteojos y los limpió con un pañuelo

arrugado y algo sucio—. Lo que de verdad importa es el trabajo de miles de artesanos, operarios y carpinteros que se dejaron la piel en su construcción.

—Dígale usted eso a la tía de mi mujer, cuyo hijo era albañil y murió en ese palacio al caerle un andamio encima en tiempos de la Regencia —masculló Antón—. A la familia no le dieron ni un real en compensación, ni siquiera para el entierro.

—¿Es usted republicano?

La pregunta lo dejó sin habla; lo mismo aquel tiparraco con bombín y anteojos era un funcionario del Ministerio de la Gobernación. Optó por responder con otra pregunta, una actitud muy típica de los aldeanos alaveses.

—¿Y usted?

—Soy profesor de geografía e historia, o sería mejor decir que lo era hasta hace una semana.

Como si sintiera la necesidad de confiarse a alguien, el hombre comenzó a hablar, más para sí mismo que para su oyente. Había estudiado Filosofía y Letras, conocido a Giner de los Ríos, a Gumersindo de Azcárate y a otros magníficos pensadores, fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, quienes se habían negado a acatar el Decreto Orovio, por el cual se suspendía la libertad de cátedra en España para todo aquel que no se ajustase al dogma oficial en materia religiosa, política o moral. Por supuesto, semejante decreto era una tiranía, aseguró con vehemencia, dirigida a controlar la nación, un proyecto «sostenido por la voluntad divina», según el nefasto Cánovas del Castillo, un racista, defensor de la esclavitud, que había propiciado el caciquismo, el clientelismo político y el pucherazo electoral.

—Una miseria —concluyó don Juan José—, y, como bien suele decirse, de aquellos polvos, estos lodos...

A Antón se le escapaba parte del discurso, no entendía algunas palabras e ignoraba quiénes eran aquellos hombres mencionados por su interlocutor, y, además, lo que había dicho le parecía inquietante, pero era la primera vez que hablaba con un profesor. Había aprendido a leer y a escribir y algo de números, poco más, en la escuela diocesana; su padre lo había obligado a

dejar los estudios y a trabajar en el taller familiar con doce años de edad en vista de que no era un alumno suficientemente bueno y que, sin embargo, se le daban bien las chapuzas de cualquier tipo. Estar sentado allí, en un día soleado del mes de junio, junto a un hombre sabido, como si fuera su igual, era una experiencia nueva para él.

—El atentado —prosiguió el profesor— ha dado alas a quienes quieren que España sea de un color, en donde los ciudadanos no piensen y sigan las consignas de políticos y curas. He trabajado toda mi vida impartiendo clases e intentando conseguir que mis alumnos piensen, así que, tras la matanza de la calle Mayor, repasé con ellos algunos de los magnicidios o intentos de magnicidio de la historia, más concretamente aquellos que han tenido lugar en nuestro país en el último siglo, y les planteé una sencilla interrogante: ¿por qué?

—Por qué ¿qué? —preguntó Antón.

—¿Por qué querría alguien matar a un rey o a un presidente del Consejo de Ministros? ¿Lo sabe usted?

—Hombre..., no sé...

—Pues piénselo, joven, piénselo.

—¿Y qué respondieron sus alumnos?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No. Debían hacer un trabajo escrito, pero me echaron del centro antes de que yo pudiera leer lo que habían hecho. El director adujo que había habido quejas por parte de los padres en cuanto a que mi enseñanza era antipatriótica, subversiva y propagadora de ideas anarquistas y anticlericales. Después de cuarenta años en la docencia, aquí me tiene usted, en la calle, sin apenas dinero y con un futuro incierto por delante.

El profesor calló y fijó su mirada en el Palacio Real. Antón observó con atención su traje oscuro repleto de brillos, al igual que el bombín, el cuello y los puños de la camisa desgastados, los zapatos remendados... Siempre había creído que los hombres con estudios eran ricos y vivían en lujosas mansiones, repletas de criados, pero por lo visto no era así. Reparó también en la maleta que reposaba en el suelo, tan vieja como su dueño, y en la pila

de libros sujeta con un cinturón que el hombre rodeaba con un brazo como si fuera su amante.

—¿Dónde vive usted?

Perdido en sus recuerdos, o quizá en aquel futuro que veía incierto, don Juan José se sobresaltó al oír su voz y tardó en responder. Antes de que lo despidieran disponía de una habitación en una casa de huéspedes de la calle de Postas, le informó, pero llevaba una semana durmiendo en una pensión de a peseta la noche, en la plaza de la Paja. Tenía que ahorrar los pocos dineros de los que disponía y aquélla era la hostería más barata que había podido encontrar, aunque sólo le permitían pasar la noche y durante el día deambulaba de un lado para otro en busca de trabajo, algo que le iba a resultar difícil, ya que nadie quería emplear a un viejo; tenía un título, pero no referencias, pues el director se había negado a dárselas.

—Después de cuarenta años... —musitó con amargura.

—Yo puedo ofrecerle un cuarto en mi casa. Las cosas no andan bien, pero nos las arreglaremos.

Ya estaba dicho. ¡Otra vez el maldito pronto! ¿Y qué diablos le importaba a él que el hombre durmiera en un tugurio de mala muerte? Cada cual debía velar por sus asuntos, y los suyos no estaban en su mejor momento. Eulalia seguía sin acudir a planchar a la casa del banquero y había asegurado que no volvería a trabajar fuera mientras su madre no se recuperase o, Dios no lo quisiera, falleciese, porque no se perdonaría haberla abandonado cuando más la necesitaba. No hubo forma de hacerle entender que el taller estaba prácticamente inactivo y que era preciso ganar algo de dinero para dar de comer a cinco bocas.

—Tú eres el hombre de la casa —respondió ella colocando los brazos en jarras—, así que es tu obligación conseguir el sustento.

Pensó en ir en busca de Cantonal, a ver si él podía meterlo en la fábrica de ladrillos, pero rechazó la idea. ¡Qué sabía él de ladrillos! Y, además, Villasante estaba demasiado lejos para ir y volver todos los días andando. También pensó en preguntarle a Benigno si existía alguna posibilidad de entrar en la Guardia Urbana, a fin de cuentas era un buen mozo, pero le horrorizaban los uniformes y no estaba muy seguro de querer obedecer

órdenes de nadie y, mucho menos, reprimir a los obreros durante las huelgas. Asimismo, se le pasó por la cabeza la idea de regresar a Vitoria, o a Ozaeta. Llevaba quince años sin tener noticias de la familia, claro que él nunca había escrito informando sobre su paradero, así que era imposible que sus parientes supieran dónde se encontraba. Sin embargo, quince años eran muchos y las cosas podían haber cambiado. La casa y las huertas del pueblo eran de sus abuelos, aunque el tío Paco era el último de la generación anterior y ya era viejo cuando él se vino para Madrid; en caso de que hubiera muerto, él tenía derecho a una parte de las tierras del pueblo, pero... Dejó de pensar en esta alternativa porque tampoco tenía intención alguna de pasar el resto de su vida plantando patatas.

—¿Tiene usted una pensión en su casa?

Iba a responder negativamente a la pregunta del profesor cuando, de pronto, se le ocurrió una idea que consideró brillante. ¿Y por qué no? ¿No acogían a los tratantes de Talavera los días de mercado? Todo era cuestión de pagar la licencia municipal y establecerse por lo legal, pero no con clientes de una noche, sino con huéspedes que pagarían una cantidad al mes, una manera práctica de obtener una entrada fija de dinero.

—Sí —respondió.

—¿Y el precio...?

—No se preocupe, ya arreglaremos ese asuntillo más tarde. Venga usted.

Al día siguiente, a primera hora, Antón se presentó en las dependencias municipales a solicitar la correspondiente licencia para abrir una pensión en el piso propiedad de su suegra. Tal y como suponía que haría, en un primer momento, Eulalia se negó en redondo a que su vivienda se transformase en una fonda. Una cosa eran los tratantes, a quienes ya conocían y que únicamente dormían una noche en el piso, manifestó, y otra, muy diferente, acoger en su casa a gentes extrañas que vete tú a saber quiénes eran y a qué se dedicaban, si tenían alguna enfermedad contagiosa o eran delincuentes. Se calmó gracias a la oportuna visita de Benigno, a quien la idea no le pareció mal; él mismo, prometió para tranquilizarla, se encargaría de interrogar a los posibles huéspedes a fin de impedir la presencia de

facinerosos en un hogar honesto. Casilda, por su parte, afirmó que ella procuraría atenderlos, además de ocuparse de la señora Fuensanta, e Isabelilla aseguró que no le importaba limpiar más de lo acostumbrado. De todos modos, Eulalia sólo cedió cuando su marido le dijo que con seis o siete huéspedes podrían sacar unas quinientas pesetas o más al mes, aunque exigió de él la promesa de que cerrarían la pensión en cuanto las cosas les fueran mejor.

—¿Y qué nombre le va usted a poner?

—¿A quién? —preguntó a su vez Antón, extrañado por la pregunta del funcionario municipal.

—A su negocio, ¿a qué va a ser?

No lo había pensado, así que le dijo que volvería cuando se le ocurriese uno. No era tarea fácil, dado que en Madrid había unas mil tabernas, otras tantas fondas y casas de dormir y un sinfín de negocios, cada uno de ellos con su respectivo nombre. Callejeó el resto de la mañana, fijándose en los letreros de las tiendas, algunos pintados sobre madera, otros fundidos en chapa, y constató que el asunto era más peliagudo de lo que en un principio había supuesto, aunque siempre quedaba la posibilidad de decidirse por el nombre de su suegra o de su mujer; a fin de cuentas eran las propietarias del piso, si bien esta idea no le atraía en absoluto; Pensión Eulalia o Pensión Fuensanta sonaba muy mal, poco... artístico. Decidió consultarlo a la hora de comer; quizá a Casilda se le ocurriese un nombre interesante. Sintió un pellizco en el estómago, pero no supo si era debido a la evocación de la joven, que aquella misma mañana se había cruzado con él en el pasillo y lo había rozado de nuevo, dejando tras de sí una estela de aroma a heno recién cortado, el jabón que utilizaba su mujer, o a que, con las prisas por acudir al Registro Municipal, no había desayunado el acostumbrado tazón de leche con sopas. Debía de tratarse de esto último, pensó, y entró en un café donde tenía un amigo camarero, aunque éste no se encontraba en el local en esos momentos y el mozo que lo atendió lo miró con gesto de reprobación por atreverse a pedir un orujillo antes del mediodía, en lugar del consabido café o chocolate con bollo, y lo mismo hicieron unas señoras sentadas en la mesa de al lado. Los ignoró y se dispuso a echar un vistazo al *Heraldo de*

Madrid, periódico que el establecimiento prestaba graciosamente a sus clientes.

En las primeras páginas se informaba acerca de la detención de varias decenas de personas y de los juicios que próximamente tendrían lugar, siendo los más esperados el de José Nakens, en Madrid, y, en Barcelona, el de un tal Ferrer i Guardia, de quien nunca había oído hablar. Según el rotativo, este último era el impulsor del atentado sufrido por el rey, pues Mateo Morral trabajaba de bibliotecario en la Escuela Moderna, un centro de enseñanza laico y racionalista fundado por el inculcado, a quien también se acusaba de libertario y revolucionario. Esta noticia le hizo recordar la pregunta que el profesor le había planteado la víspera y para la cual no tenía respuesta, al menos por el momento. A Eulalia, don Juan José le había caído simpático, no había puesto el grito en el cielo al ver llegar a su marido con otro pupilo muerto de hambre y lo había alojado en una de las habitaciones que daban a la calle. Quizá su reacción había tenido que ver con el hecho de que el buen hombre le hubiese besado la mano como a una dama de las que se paseaban por el Retiro, a menudo acompañadas por caballeros atentos a sus menores deseos, o con que, al igual que su marido, aquélla fuera la primera ocasión que tenía de tratar con una persona con estudios y sintiese curiosidad, a la vez que respeto. Fuera lo que fuese, a él le venía de perlas; tendría con quien hablar de temas de interés y las veladas invernales serían en adelante mucho más amenas.

Dejó la hoja de la política y buscó la de sucesos, en la que, con letra grande, se daba cuenta del hallazgo del cadáver de un hombre, probablemente arrastrado por las corrientes del Manzanares, que había sido descubierto enganchado a uno de los tajamares del Puente del Rey. El cuerpo estaba medio desnudo y no había sido posible su identificación debido, entre otras cosas, a que tenía el rostro deformado, probablemente por haberse golpeado contra los pilares del puente o contra alguna piedra, aunque la posibilidad de que el finado hubiese sufrido un accidente quedaba fuera de toda duda, ya que tenía el pescuezo rebanado, lo más seguro que como consecuencia de una reyerta entre delincuentes.

—¡Cómo les gusta publicar noticias truculentas! —farfulló.

Se bebió el orujo y salió del local con la intención de regresar a casa para tratar con su mujer sobre el asunto del nombre de la *pensión*, pero antes se detuvo en una quincallería de compra y venta. Le gustaba curiosear en aquel tipo de comercios, pues uno nunca sabía qué podía encontrar y, con suerte, lo mismo daba con una herramienta de fabricación extranjera, una llave inglesa, por ejemplo, de cabeza móvil, mucho más práctica que las fijas, aunque su precio de primera mano resultaba ciertamente oneroso. No encontró ninguna llave inglesa, pero se detuvo hipnotizado ante un letrero de fachada, en chapa y de gran tamaño, bastante oxidado, con las letras apenas visibles por la mugre. Se echó a reír, ¡era justo lo que andaba buscando! Llevó el letrero al taller con la ayuda de un mozalbete desharrapado, a quien acompañaba un chuchito pequeño y feo, que se prestó a echarle una mano por una perra chica, y, una vez allí, lo limpió a fondo, repasó las letras con pintura negra y pintó en rojo la palabra *Pensión*. Después, y siempre con la ayuda del chaval, quien todavía esperaba para cobrar lo acordado, colocó el letrero en la calle, sobre dos caballetes, y dio varios gritos hasta que Isabelilla se asomó por una ventana para ver qué ocurría.

—¡Bajad! —vociferó—. ¡Bajad todos!

Instantes más tarde, Eulalia, Isabelilla, Casilda, don Juan José, Benigno el guardia, que se había invitado a comer, y varios vecinos más contemplaban atónitos la razón de tanto escándalo. Antón sonreía satisfecho a un lado del letrero, mientras su ayudante se colocaba al otro, igualmente ufano; entre ambos podía leerse:

Pensión

LA UNIVERSAL

—¿Qué os parece? —preguntó.

Hubo opiniones para todos los gustos. A su mujer le pareció algo demasiado rimbombante, Casilda opinó que sonaba a compañía de varietés,

Benigno afirmó muy serio que Pensión Talavera sería un nombre más apropiado, pero don Juan José aseguró que a él le parecía un nombre muy hermoso, muy ecuménico, y como los demás no tenían ni idea de lo que significaba aquello de «ecuménico», aunque les sonaba a iglesia, aceptaron finalmente el nombre para no quedar como ignorantes. Antón Ozaeta se felicitó por su decisión de llevar al profesor a su casa y se prometió echar mano de él cada vez que fuese preciso imponer sus criterios.

Los hombres colocaron el letrero debajo de los balcones del segundo piso siguiendo las indicaciones del guardia urbano, quien rápidamente asumió su papel de funcionario público y obligó a las mujeres a situarse a varios metros del portal para evitar una desgracia irremediable en caso de que la pieza cayese al suelo.

—¿Y la licencia? —preguntó Benigno sin olvidar sus obligaciones.

—Mañana —respondió Antón—. Es que faltaba el nombre...

—¿Quieren ustedes que les haga un retrato?

Todos se volvieron hacia el joven que los contemplaba sonriente, un pequeño baúl en una mano y un trípode de madera en la otra. A pesar de no llevar sombrero, el traje de buen paño, la camisa de cuello duro con corbata de lazo y los zapatos acharolados de tres colores mostraban que estaban ante un señorito de clase acomodada.

—¿Y usted quién es? —preguntó Benigno, erigiéndose en representante del pequeño grupo.

—Luis Mesonero Romanos, para servirles —se presentó el joven, quien añadió muy ufano, antes de que el guardia urbano prosiguiese con su interrogatorio—: El ganador del concurso del *ABC*.

—¿Qué concurso?

—El concurso fotográfico. ¿No han visto ustedes mi fotografía, la del atentado al rey?

¿Quién no la había visto? Una instantánea dramática en la que se apreciaba con toda claridad el momento en que la bomba había explotado, el humo, los caballos encabritados, el estupor. Había aparecido en todos los diarios del país durante varios días, y el autor se había hecho famoso, al haber sido el único fotógrafo que había captado el instante de la explosión,

lo cual le había proporcionado las trescientas pesetas del premio convocado por el diario.

—No tenemos dinero para pagar a un fotógrafo —apuntó Antón con sequedad.

—No tendrán que pagar nada. Me gusta el arte y fotografío cualquier cosa...

—¿Y por qué iba usted a trabajar gratis? ¿Acaso anda sobrado de cuartos? ¿O es que va a presentarse a otro concurso?

Le molestaba que el petimetre aquel hubiera aparecido para aguarle la fiesta. No sólo había visto la fotografía del atentado, también había leído una reseña en la que se mencionaba que el autor era un estudiante, a quien su padre había regalado una cámara de retratar y que había tenido la suerte de hacer la instantánea justo en el momento oportuno. ¡Y ahora venía con ínfulas de artista diciendo que le gustaba fotografiar «cualquier cosa»! ¿Acaso eran ellos «cualquier cosa»? ¿Acaso lo era su negocio aún no emprendido?

—Nos hace un honor, señor Mesonero —intervino Eulalia, colocándose entre el fotógrafo y su marido—, y estaremos encantados de posar para usted. ¿No es cierto, Antón?

El hombre asintió con un gesto de la cabeza. No tenía ganas de discutir con su mujer, y menos en público.

—Pues vayan colocándose —indicó el fotógrafo a la vez que abría el baúl y extraía de él la cámara fotográfica que, de inmediato, motivó el interés de don Juan José y de Benigno.

—¿Me da tiempo a cambiarme la blusa? —preguntó Eulalia—. Que ésta es la de las tareas...

—Vaya usted, que aún tengo que disponer la máquina...

La mujer entró corriendo en el portal. Se trataba de la primera y quizá la única vez en su vida que iba a ser retratada; era preciso mostrar el mejor aspecto posible. Casilda permaneció en la calle, y lo mismo hizo Isabelilla.

Mesonero colocó la cámara sobre el trípode, mientras todos, vecinos incluidos, se mantenían respetuosamente a varios pasos de distancia, como si temieran estropear el artilugio si se aproximaban demasiado. Todos,

excepto Antón, que cargó con una escalera y después con la otra y las metió dentro del taller, puesto que no era cuestión de que aparecieran en la fotografía, como si el asunto hubiese sido improvisado. Al salir se topó con Pepe Cantonal y la sorpresa lo dejó mudo. ¿Cómo diablos...?

—A las buenas, compadre —lo saludó su amigo.

—¿Qué haces tú por aquí a estas horas? —le preguntó él recobrando la palabra.

—Pues ya ves...

—Pero... hoy es día de labor...

—Para quien la tenga.

—¿Y eso?

—Que me han echado de la fábrica de ladrillos.

El hombre dio una calada al cigarrillo medio apagado que sujetaba entre los dedos y comenzó a hablar, entre dientes, según acostumbraba. Cinco días antes se habían presentado en la fábrica media docena de carabineros y se habían llevado detenidos a varios obreros, él incluido, para ser interrogados por el asunto aquel del atentado. Todos los arrestados, excepto él, eran miembros de la Unión General de Trabajadores y fueron puestos en libertad ese mismo día. A él lo habían mantenido en el calabozo tres días y dos noches debido a sus simpatías hacia el movimiento anarquista. Ciertamente que había militado en la Federación de Trabajadores de la Región Española, aseguró, pero ésta había sido disuelta años atrás y desde entonces no se había afiliado a ningún otro grupo. Sin embargo, la policía lo tenía fichado de cuando las huelgas.

—Y no sólo eso —prosiguió—. También tienen varias declaraciones de chivatos que aseguran que me han oído hablar en contra de la monarquía. Si supiera quiénes han sido, ¡los descojonaba!

—Hablas demasiado en voz alta.

—Lo sé, lo sé... El caso es que, para mi suerte —continuó Cantonal—, el día del atentado, yo no estaba en Madrid.

—¿Ah, no?

—No. Me fui al campo, allá por la zona del Real de Manzanares, a visitar a unos tíos que tengo. También tenía una prima, pero murió hace

unos años.

—No sabía que fueras oriundo del Real...

—No lo soy, soy de Madrid, probablemente uno de los pocos madrileños de verdad.

—¿Y tus tíos?

—Mi tío sí es de allí. Incluso dormí en su casa, así que la policía no pudo endosarme complicidad en la conspiración y no le quedó más remedio que soltarme, pero mi patrón aprovechó para ponerme en la calle, aduciendo que había faltado tres días al trabajo, el muy cabrón.

—Y ahora ¿qué vas a hacer?

—Buscarme otro trabajo, naturalmente, y un lugar donde vivir, porque mi casera también ha aprovechado la coyuntura para echarme de la habitación y así poder alquilarla más cara. Es una suerte que hayas abierto una pensión, me quedaré aquí si no hay inconveniente.

Sólo entonces Antón se fijó en la maleta atada con cuerdas que su amigo había dejado en el suelo.

—¿Dónde estaríamos mejor que entre amigos? —preguntó Cantonal echándole un brazo al hombro.

—¿Estaríamos?

—Sí, la Virtudes se ha venido conmigo —dijo señalando a la mujer, que en aquel momento se entretenía con Casilda, a quien doblaba en altura y anchura—. Su chulo le soltó un puñetazo en un ojo la semana pasada y, en cuanto me enteré, le solté yo otro a él y le rompí la mitad de los dientes. Es mejor, por ahora, que no aparezcamos por Lavapiés.

—¿Están ustedes dispuestos? Coloquense bien debajo del letrero...

La voz del fotógrafo sacó a Antón de su estupor. Sus intentos por alejarse del anarquista se habían ido al traste, se le había colado en su propia casa, ¡y encima con compañía!

Eulalia apareció por la puerta con la falda, la blusa y el mantón de los domingos y distribuyó al grupo, situándose ella en el medio y obligando a su marido a colocarse a su derecha y a Benigno a su izquierda, seguido de Casilda y don Juan José. Pepe Cantonal y Virtudes se situaron a la derecha

de Antón, la Isabelilla delante y, junto a ella, el mozalbete que había ayudado con el letrero y su chucho.

—¡Únicamente los de la casa! —advirtió a los vecinos, que también querían salir en la fotografía y regularon al escuchar el aviso.

No se hablaba con la vecina del primero desde el día del atentado, por haber salido ésta corriendo como las gallinas, dijo, y no haberlas ayudado a su madre y a ella. No obstante, doña Patrocinio se asomó a una ventana de su piso, justo debajo de la letra uve del letrero, y no se movió de allí, pues aquélla era también su casa y hacía lo que bien le daba la gana, respondió cuando Eulalia le conminó a meterse dentro.

—¡Y ahora no se muevan! —gritó Mesonero.

Los retratados no respiraron y, durante unos segundos, el mundo se detuvo delante del portal de la calle del Rollo que hacía esquina con la de Segovia.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

El joven abogado llevaba toda la mañana archivando el papeleo del último juicio, una tarea más propia de un secretario o de un ayudante que de un licenciado, pero no podía hacer otra cosa mientras no fuera nombrado socio del bufete o pudiera establecerse por su cuenta, algo ciertamente improbable con el sueldo que percibía. Había sido un iluso al creer que un título era suficiente para entrar a formar parte de la clase dirigente. Seguía siendo un pueblerino por mucho que sus calificaciones hubieran sido excelentes después de años de esfuerzo, durante los cuales apenas había tenido tiempo de dormir entre estudios y trabajos de todo tipo para pagarse las clases. Era como si lo llevase grabado en la frente, y eso que había puesto un gran empeño en aprender a hablar y a comportarse con corrección, en vestir a la moda y en acudir a lugares socialmente interesantes como el Café de Levante o el Universal, donde se reunían intelectuales y políticos; incluso iba al teatro. Ciertamente, en este último caso, sus medios económicos sólo le permitían adquirir una entrada de gallinero de tarde en tarde. No obstante, en dichas ocasiones, procuraba mezclarse con los pudientes a la entrada y a la salida, y también acudía en el entreacto al ambigú; tomaba una copa de champán y entablaba conversación con algún que otro caballero, que finalizaba en el instante en que sonaba el aviso de vuelta a la sala. Asimismo iba los domingos al paseo del Retiro y, siempre que tenía oportunidad, mencionaba su apellido, un exótico Wallinstein, pero el posible interés de sus interlocutores desaparecía

en cuanto inquirían sobre su lugar de residencia o el puesto que ocupaba en el despacho de abogados. Su mayor problema era que no sabía mentir y que, además, en ningún momento renunciaba a sus orígenes. Que el hijo de una familia del Nuevo Baztán, el municipio fundado doscientos años atrás a iniciativa del navarro Juan de Goyeneche, amigo personal del rey Carlos II, hubiese logrado estudiar en la universidad y hacerse con un título era un motivo de orgullo para él, no de vergüenza. Sin embargo, a la vista estaba, el mérito personal no contaba demasiado si no venía avalado por un entorno familiar con pedigrí o con dinero. Tal vez si se afiliaba a uno de los dos partidos políticos que se repartían el poder...

—¡Don Ramón solicita su presencia!

Le sobresaltó la intempestiva aparición del recadero y tardó unos minutos en recuperar el aplomo. No era habitual que el presidente de la firma solicitase verlo. Repasó mentalmente sus últimas actuaciones, intentando recordar alguna infracción o posible mala práctica, pero no encontró nada que pudiera serle reprochado. Se ajustó la corbata, se pasó las manos por el cabello, a modo de peine, cogió aire y se encaminó al despacho de su jefe en el tercer piso. Sólo había estado allí media docena de veces, pero siempre le sorprendían las alfombras mullidas que amortiguaban el ruido de los pasos, los muebles de caoba estilo inglés, sobre todo las imponentes butacas Chester, la biblioteca repleta de libros de leyes, las lámparas, óleos... Nada de todo aquello tenía que ver con su rincón de trabajo en el archivo, un cuchitril sin encanto en el que pasaba encerrado la mayor parte del día.

—Wallinstein, tengo un cometido para usted.

El hombre sexagenario sentado al otro lado de una mesa impoluta donde los folios sueltos ocupaban la parte de la derecha y las carpetas, la izquierda, lo miraba a través de unos anteojos redondos de oro, que hacían que sus ojos aumentasen de tamaño y su mirada pareciese más severa de lo que ya era en realidad. La barba gris, espesa y larga, que ocultaba el cuello, compensando de esta manera la falta de cabellos en el cráneo, tampoco ayudaba a sentirse cómodo en su presencia, aunque, de todos modos, él tampoco permitía a sus subalternos ningún tipo de familiaridad. Ignacio

Wallinstein permaneció, por tanto, inmóvil y en silencio a la espera de que su jefe le informase acerca de dicho cometido, con toda seguridad buscar un documento antiguo, lo que supondría estar horas subido a la escalerilla del archivo y acabar con las manos negras y el traje lleno de polvo. Sin embargo, para esa tarea hubiese bastado un recado o una nota, pensó el joven con rapidez. Tenía que abandonar aquella maldita costumbre suya de preguntarse y responderse al mismo tiempo que no llevaba a ninguna parte, pues, por lo general, nunca resultaba lo que esperaba.

—Aquí tiene usted estos documentos.

Don Ramón cogió la primera de las carpetas, la empujó hasta casi el borde de la mesa y esperó. Wallinstein tardó dos segundos en reaccionar, demasiados a juicio del gerente del bufete de abogados Alcañizar y Asociados, cuya ceja derecha se alzó, impaciente. Con la boca súbitamente seca, el empleado dio dos pasos hacia la mesa, cogió la carpeta y retrocedió los mismos dos pasos.

—Es un asunto que hay que aclarar antes de proceder —le informó el hombre—. Averigüe lo que hay y redacte un informe lo más preciso posible.

Con un gesto casi imperceptible de la mano, dio por finalizada la conversación, si es que podía llamarse conversación a tres frases por un lado y el mayor de los mutismos por el otro, y se centró en la lectura de unos papeles que cogió del montón de la derecha. Incapaz siquiera de despedirse, el joven echó a andar hacia atrás, como si estuviese ante el propio rey, y sólo se giró para abrir la puerta del despacho y salir de allí como una exhalación. Todavía conmocionado, bajó al archivo y se apresuró a abrir la carpeta. Por primera vez desde que había entrado a trabajar en la firma, hacía casi dos años, le encargaban otra tarea que no fuera archivar documentos o acompañar a los abogados a algún juicio y sostener sus portafolios, como un simple pasante. De cualquier forma, no debía tratarse de algo grave, puesto que en la carpeta únicamente había dos folios que leyó varias veces hasta casi sabérselos de memoria.

En el primero, escrito a mano con excelente caligrafía, la esposa de un tal Carlos José Mendoza, doña Elvira Artigas, solicitaba la mediación del

bufete para poder hacer uso de los bienes de su marido en tanto no fuera declarado oficialmente muerto; esgrimía para dicha solicitud la existencia de dos hijos, a quienes era preciso mantener.

El segundo folio, escrito a máquina con una letra pequeña y un defecto claro en las erres, que las hacía parecer íes, era un documento de la Guardia Civil en el que se daba cuenta de los trámites seguidos una vez recibida la denuncia de la desaparición de don Carlos José Mendoza, de treinta y dos años de edad, domiciliado en Madrid, en el paseo de los Agustinos Recoletos, casado y padre de dos hijos de corta edad. Según el documento, el susodicho había viajado a la población de Manzanares el Real con intención de vender unas huertas, mísero residuo de las otrora vastas propiedades de los López de Mendoza, de quienes el hombre decía proceder, aunque su afirmación provocaba las escépticas sonrisas de los lugareños cada vez que aparecía por el pueblo con aires de gran señor. La Guardia Civil había rastreado la zona, las ruinas del viejo castillo e, incluso, las orillas del río; había interrogado a los habitantes y a los dueños de caballos y carros, pero no había encontrado pista alguna del desaparecido. Lo único que testimoniaba su presencia en la población era su coche, un Lohner-Porsche de dos plazas, cuya ruidosa llegada siempre provocaba la expectación de los vecinos y que había dejado estacionado delante del establo de Matías el cabrero, con quien mantenía cierta relación. El hombre declaró que el señor Mendoza había aparcado el automóvil y después se había marchado asegurando que volvería en dos o tres horas. Juró por Nuestra Señora Virgen de Peña Sacra que, en aquel momento, él se hallaba ocupado en el arreglo de la bomba de agua del pozo y no se fijó hacia dónde se dirigía e, incluso, se olvidó de su presencia en Manzanares hasta que, llegada la noche, reparó en que la máquina continuaba en el mismo lugar. Supuso que el señor Mendoza se habría quedado a pasar la noche en la casona propiedad de la familia de su mujer y no le dio mayor importancia, aunque comenzó a preocuparse transcurridos dos días sin que hubiese señales de él. Acudió entonces a la casona, pero los guardianes aseguraron no haberlo visto desde hacía dos semanas, así que al final el cabrero avisó a la Guardia Civil. En el documento, a modo de

recapitulación, se insinuaba que el sujeto podría haberse evaporado por voluntad propia o por razones desconocidas. Y eso era todo.

Wallinstein contempló la calle a través de la ventana, único contacto con el mundo exterior, que en primavera dejaba abierta para sentir la brisa, pero que ahora, en plena canícula madrileña, era mejor mantener cerrada, a pesar del ambiente enrarecido que se respiraba dentro del archivo. No era gran cosa la tarea que le había sido encomendada, tan sólo debía acudir a la dirección mencionada en el documento y hacer varias preguntas para comprobar que, en efecto, el tal Carlos José Mendoza había desaparecido un par de meses atrás sin que la familia tuviera conocimiento alguno de su paradero y tramitar a continuación la solicitud de la esposa, pero, al menos, tendría una disculpa para salir de su cuchitril durante unas horas. Metió la carpeta en el portafolio de piel, adquirido con su primer sueldo y que no había tenido todavía oportunidad de estrenar, y salió a la calle.

Caminó sin prisas hacia el paseo de Recoletos, deteniéndose a cada poco para contemplar palacios y palacetes, con jardines y verjas, muchos de ellos con un lacayo de sombrero alto delante de la puerta a fin de impedir la entrada a los desconocidos como él o para ahuyentar a mendigos y buhoneros. Resultaba un placer pasear por calles limpias de basuras y bordeadas de árboles todavía jóvenes, muy distintas a las del barrio donde él vivía, aunque también carentes de voces, críos jugando, vendedores vocingleros, grupos que charlaban delante de las tabernas o alrededor de las fuentes. En aquella zona faltaba animación, aunque, tenía que reconocer, a él no le hubiese importado nada trasladarse a cualquiera de las casonas, algunas de las cuales únicamente podía entrever entre la vegetación que las resguardaba de las miradas. Se detuvo al llegar a la mitad de la calle y comprobó que, en efecto, era la dirección que aparecía en los documentos, una mansión magnífica, aunque quizá no tan opulenta ni grande como la que había sido del banquero andaluz Gaviria o la del santanderino marqués de Manzanedo y duque de Santoña, quien había hecho su fortuna con la trata de negros y el préstamo usurario, o la del marqués de Mudela, hijo de campesinos vascos enriquecido gracias a sus negocios siderúrgicos. Sonrió con ironía. Conocía, por lo menos de nombre, a algunos de los

descendientes de aquellos señores, herederos de rimbombantes títulos concedidos durante el reinado de la Isabelona, como llamaba el pueblo a la abuela del rey, expulsada de España por su ineptitud y vida escandalosa, pero también, todo había que decirlo, por los manejos de personajillos trepas como el general Serrano, otro a quien se le había concedido un título de duque, un chaquetero de cuidado que había desflorado a la reina siendo una niña y años más tarde se había levantado en armas contra ella. Condes, marqueses y duques salidos de la nada, que exhibían su opulencia sin pudor alguno a dos pasos de barrios donde se hacinaban los pobres, se metían en política para beneficio propio y luego se extrañaban de que hubiese protestas y huelgas.

—En fin —musitó entre dientes—, así está el mundo hecho.

Se adentró por el caminito, a través de un jardín cuidado por manos expertas, y llamó a la puerta principal de la casa. Un instante después la abrió un mayordomo con aires de *lord* inglés, incluidas patillas hasta el mentón, que lo miró de arriba abajo antes de preguntarle qué deseaba. Wallinstein se limitó a depositar la tarjeta de visita del bufete en una bandejita de plata, aparecida como por arte de magia en la mano derecha del hombre, y a decir que deseaba entrevistarse con la señora de Mendoza por el asunto aquel de la desaparición de su marido. El mayordomo le permitió la entrada, pero no avanzar, rogándole, casi ordenándole, que permaneciera en el recibidor hasta que él hubiese comunicado su presencia a la señora.

Una sirvienta uniformada atravesó el vestíbulo a paso ligero, otra bajó con los brazos cargados de ropa por una escalera de mármol, digna de una residencia real, las arañas de cristal colgadas del techo, los cuadros en las paredes, las alfombras, los cortinones, los muebles encerados, los jarrones de porcelana... El joven permaneció estático, con una mirada que quería ser indiferente para no dejar entrever su pasmo; jamás en su vida había visto lujo semejante. Siendo pintor aficionado, se hallaba absorto, intentando averiguar la firma del autor del cuadro con una escena de caza situado a su izquierda, cuando el mayordomo con pinta de *lord* inglés apareció de súbito sin que él lo hubiese oído llegar y le indicó que lo siguiera.

La mujer, sentada en una *chaise-longue* de paja en la galería acristalada, cuyas puertas se abrían a un jardín interior repleto de flores y plantas, le produjo una impresión aún mayor que el interior de la casa. De luto riguroso, como correspondía a una viuda, con un vestido de seda, con puños y cuello alto de encaje, un collar de perlas cuya blancura resaltaba escandalosamente sobre el negro y el cabello rojizo recogido en un moño bajo, sostenía un libro entre las manos y no levantó la cabeza hacia él hasta pasados unos instantes, demasiados, pensó Wallinstein, como si quisiera producir un efecto de distanciamiento entre ambos. Al joven no le importó porque la dama era la viva representación de la modelo más famosa del pintor inglés Waterhouse, a quien el artista había pintado en decenas de cuadros. Él no los conocía todos, claro, pero tenía en su posesión dos ejemplares de la revista inglesa *The Studio* en los que aparecían varios de ellos y algunos dibujos, siempre de la misma mujer. Había intentado copiar uno en el que aparecía de perfil, oliendo una rosa. No le había salido mal del todo, pero, estaba claro, él no era Waterhouse y, sobre todo, le faltaba la modelo. Debía captar toda la belleza del momento e intentar reproducirla en cuanto volviera a su habitación o podría, tal vez, pedir a la señora de Mendoza que posase para él, a fin de cuentas...

—Usted es Ignacio Wallen... Wallensain...

—Wallinstein —le corrigió con suavidad, a la vez que lamentaba haberse visto obligado a abandonar su momentánea ensoñación.

—¿Extranjero?

—Pues... no, la verdad.

—Lo digo por su apellido.

—Algún antepasado...

¡Vaya forma de iniciar una conversación!

—¿Quiere usted tomar asiento?

Se sentó en una silla de jardín, la única a la vista, colocó su portafolio sobre las rodillas a falta de una mesa donde dejarlo y, sobre éste, el bombín, que se había quitado al entrar en la veranda. A continuación, intentó sacar el documento, pero necesitaba ambas manos para abrir el cierre, así que dejó el sombrero en el suelo, sacó la carpeta con las dos hojas, recogió el

sombrero... y volvió a dejarlo en el suelo porque era un estorbo. Se sentía ridículo, torpe, carraspeó, e iba a hablar, cuando doña Elvira se le adelantó.

—¿Conoce usted a Carolina Coronado?

Hizo memoria, pero no recordaba a ninguna mujer con dicho nombre. De hecho, conocía a muy pocas señoras, exceptuando a la señorita Beltrán, la secretaria del bufete, y a las mujeres que vivían en su pensión. Había sido una suerte encontrar aquel alojamiento después del atentado. La policía lo había interrogado, al igual que a todos los huéspedes de la pensión de la calle Mayor desde la cual Mateo Morral había lanzado la bomba asesina que, si hubiese llegado a alcanzar su objetivo, habría podido provocar una hecatombe y la posible vuelta de la república. Por fortuna para él, pronto se averiguó que faltaba uno de los hospedados, en cuya habitación se encontraron pruebas que lo incriminaban. También fue una suerte que la suya diera a un patio y que hubiese bajado a la calle, colocándose en la esquina con Bailén, para poder ver mejor el paso del cortejo. Había esperado en compañía de otros huéspedes y un guardia urbano, amigo de uno de ellos, de forma que todos eran testigos de la presencia de los demás. Aun así, no había sido agradable ser tenido por sospechoso, aunque el asunto hubiese durado tan sólo un par de horas. No conocía al tal Morral, ni siquiera de vista, y además estaba aturdido por la explosión, los gritos, el humo... Era la primera vez que había sentido verdadero miedo, por no decir pánico, sensación que todavía no lo había abandonado del todo y sobre la que prefería no pensar ni hablar.

No acabaron ahí los problemas. Debido al mal estado en que quedó la parte delantera del edificio, todos los huéspedes fueron desalojados y cada cual tuvo que buscarse la vida como pudo. Durante unas semanas vivió en una fonda de la calle de Las Carretas, pero no estaba a gusto; era cara y ruidosa, y ya estaba pensando en buscarse otro hospedaje cuando por casualidad se topó en la Oficina de Registros de la Propiedad con el guardia urbano que había conocido el día del atentado, quien le recomendó una pensión a buen precio, cuyos dueños, aseguró, lo tratarían como a un hijo.

No se había arrepentido; La Universal no tenía nada que ver con sus anteriores alojamientos y era lo más parecido que había encontrado a un

hogar desde su marcha del Nuevo Baztán.

—Lo siento..., no... —balbuceó al responder a la pregunta—. ¿Debería conocerla?

—Sí. Escuche...

*Darnos la vida a mí, y a ti la muerte;
dejarnos a ti la paz, y a mí la guerra,
dejarte a ti en el mar, y a mí en la tierra
¡es la maldad más grande de la suerte!*

»¿Qué le parece?

Doña Elvira había leído o, más bien, recitado los versos de memoria, aunque con los ojos puestos en el libro.

—Muy bonito, aunque algo triste. ¿Lo ha escrito usted? —preguntó en un tono de educado interés.

La mujer le dirigió una mirada entre escandalizada e irónica.

—Estos versos y muchos otros los ha escrito Carolina Coronado, una poetisa comparable a Rosalía de Castro, de quien, supongo, habrá usted oído hablar.

Asintió con la cabeza, aunque esperaba que no continuara hablando sobre el tema, pues nunca se había interesado por la poesía ni por los poetas. A él le gustaban los libros gruesos que sacaba en préstamo de la biblioteca, novelas que duraban semanas y entretenían sus horas libres, que no eran muchas. El bibliotecario, un hombre enjuto y con cara de pocos amigos, pese a ser una persona amable y servicial, le aconsejaba qué leer y ambos habían llegado a mantener una especie de relación cómplice, como de maestro y alumno, sin que en ningún momento su conversación versase sobre otro asunto que no fueran las novelas que el uno recomendaba y el otro aceptaba.

—Señora, en cuanto a la desaparición del señor Mendoza... —dijo esgrimiendo los dos folios a modo de defensa para impedir que ella continuara hablando de poesía.

—Ah, sí...

—¿Qué cree usted que ha podido ocurrir?

—Ha desaparecido.

—¿Piensa usted que existe la posibilidad de que se haya marchado por su propia voluntad?

Antes de finalizar la pregunta ya se había arrepentido de haberla planteado. La mirada de doña Elvira, hasta entonces lánguida, cual heroína de folletín muy a tono con su nombre, se tornó colérica y sus ojos, de un extraño color entre gris y verde, brillaron como los de una gata a punto de sacar las uñas.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó en tono glacial.

—Lo ignoro..., es sólo una posibilidad...

—Absurda.

—Ya... Entonces sólo hay dos explicaciones posibles: que esté retenido por la fuerza o... que haya fallecido.

Doña Elvira suspiró y se llevó a los ojos un pañuelo de batista de color malva que hasta entonces había permanecido oculto en algún lugar de la *chaise-longue* y que a él le había pasado desapercibido, aunque, cosa curiosa, no observó ninguna lágrima que enjugar. De hecho, no daba la impresión de que estuviese demasiado afectada por la desaparición de su marido, aunque, pensó, él tampoco era muy proclive a mostrar sus sentimientos en público y no por eso dejaba de ser sensible.

—Claro que... —prosiguió— si se tratara de la primera hipótesis, los captores habrían pedido algo a cambio, no sé..., dinero, por ejemplo. Y en el segundo de los casos, debería haberse hallado el cadáver, algo que todavía no ha ocurrido.

—Las Pedrizas están repletas de riscos y cuevas...

—Ya... ¿Y el señor Mendoza conocía bien la zona?

—Sólo Manzanares y Colmenar, por lo de las huertas de su familia...

—¿Y por qué iba a arriesgarse por lugares difíciles sin conocerlos?

De nuevo asomó a los ojos de doña Elvira aquel brillo de gata a punto de sacar las uñas.

—Mi marido desapareció hace dos meses, ignoro lo que le haya podido ocurrir, pero tengo dos hijos y una casa que mantener y el banco retiene sus haberes a la espera de que el juzgado se decida a tomar una decisión. Ustedes son los abogados de la familia y deben ocuparse de que yo reciba los poderes cuanto antes o, de lo contrario, contrataré a otro bufete que se muestre más diligente en este asunto, que ya dura demasiado.

Wallinstein se quedó sin habla. ¡Sólo faltaba que la dama cambiase de abogados! Lo mismo le echaban a él la culpa y se quedaba sin trabajo. Asintió con repetidos gestos de cabeza, guardó la carpeta en el portafolio, recogió el sombrero y se puso en pie con prisas, tirando la silla al hacerlo. Antes de que pudiera reaccionar, apareció el mayordomo y la levantó del suelo, a la vez que le dirigía una mirada de reprobación, como a un niño travieso.

—Una cosa más, si me disculpa...

Doña Elvira había vuelto a centrar su atención en el libro de poesía, ignorando su presencia, y lo miró con indiferencia.

—¿Puede usted decirme la fecha exacta en que su marido se marchó a Manzanares? No lo pone en el informe y...

—El día de la boda.

—¿Qué boda?

—La de Sus Majestades, naturalmente.

El mayordomo lo acompañó a la salida y cerró la puerta nada más traspasar él las jambas, un gesto grosero que mostraba con claridad que esperaba no verlo de nuevo por allí. Estuvo a punto de llamar otra vez, sólo para observar qué cara ponía el sujeto, y levantarle el dedo, pero no lo hizo; sería una chiquillada que no llevaría a ninguna parte e ignoraba si tendría que regresar a aquella casa en algún otro momento. De todos modos, esperaba que no. No le interesaban las personas pagadas de sí mismas que se creían superiores a las demás por sus riquezas, y no por sus logros o conocimientos, y ni aun así; en realidad, no le gustaban las personas que se consideraban superiores por el motivo que fuese. Caminó sin detenerse a admirar los palacios, con la mente puesta en los pasos que debía seguir. En principio, únicamente tenía que redactar el informe correspondiente a la

visita, que, por cierto, no iba a aportar nada interesante, y pasárselo al señor Alcañizar para que la firma tramitara la demanda de la señora de Mendoza o... Se detuvo. Su patrón le había encargado la redacción de un informe lo más detallado posible; una breve conversación, de la cual apenas había obtenido aclaración alguna, no era suficiente. Notó un cosquilleo en la nuca y sonrió. Hacía tiempo que no lo notaba; desde que entró a trabajar en el despacho, lo enclaustraron en un archivo y se evaporó la quimera de llegar a ser uno de los mejores abogados del país, un defensor de causas justas, como siempre había soñado que sería. Había perdido la ilusión, se había aborregado, conformándose con un sueldo, más bien exiguo, pero seguro, en lugar de arriesgarse y buscar su destino; envejecería y no tendría nada que contar a sus nietos, si es que encontraba una mujer con quien compartir una vida monótona y sin alicientes. Echó a correr y no se detuvo hasta llegar al bufete.

Esa misma tarde el joven letrado se dirigía a Manzanares el Real a bordo de un desvencijado Benz conducido por la señorita Beltrán, la secretaria de la prestigiosa firma de abogados Alcañizar y Asociados. La experiencia le resultó inolvidable, aunque no supo decir si debido a que era la primera vez en su vida que viajaba en automóvil; a que la conductora, una mujer a quien jamás había visto fuera de la oficina, vestida con un abrigo hasta los pies, una gorra y unas gafas de conducir, era la viva imagen de uno de aquellos personajes protagonistas de los libros de Julio Verne que había devorado con fruición, en contra de la opinión del bibliotecario, quien las consideraba novelas de fantasía absolutamente prescindibles, o a que los baches del camino le dejaron el cuerpo magullado y el polvo se le metió por la nariz y las orejas, a pesar del pañuelo anudado en la nuca por recomendación de la sorprendente señorita Beltrán, un descubrimiento para él. La mujer severa a quienes todos en la oficina respetaban, e incluso temían, que asistía a las reuniones del consejo y tomaba decisiones, se había transformado en una amazona que, a lomos de su cabalgadura mecánica, avanzaba dando botes, las manos asidas con fuerza al volante. Incapaz de recuperarse de su sorpresa, Wallinstein la miraba de reojo. Corría por la oficina toda clase de rumores, y el que más morbo provocaba era que ella y

el viejo Alcañizar habían tenido un *affaire* cuando eran jóvenes y de ahí su influencia. Fuera como fuese, el joven se había dirigido a ella al llegar, sofocado por la carrera, y le había expuesto la necesidad de ir a Manzanares el Real para averiguar algo más sobre el asunto Mendoza, ya que, le informó, la esposa del desaparecido no había añadido nada nuevo al parte de la Guardia Civil. Es más, no parecía demasiado compungida por la ausencia de su marido.

—Como si ella supiese lo que le ha ocurrido —aventuró.

Se le escapaban los motivos por los cuales la secretaria no sólo había decidido no ponerle reparo alguno, en contra de lo que él esperaba que hiciese, sino que, además, se había apuntado al viaje. Quizá quería cerciorarse de que no se tomaba el día libre por las buenas, o tan sólo deseaba escapar del calor reinante en la ciudad y también en la oficina. De todos modos, tenía que admitir que, a pesar de los baches y el polvo, el trayecto realizado en algo más de dos horas había resultado bastante más rápido y cómodo que si lo hubiese llevado a cabo en bicicleta, como en un principio había pensado hacer.

Al llegar, y para su asombro, la señorita Beltrán no se detuvo en el centro de la pequeña población, en esos momentos vacío de gente, sino que tomó una vereda, apta sólo para ganaderías, paró delante de un caserón de cuyo antiguo esplendor únicamente se conservaba un escudo de armas en la fachada e hizo sonar la bocina varias veces seguidas. Instantes después se abrió el portón y por él asomaban un hombre que se estaba colocando la boina y una mujer que hacía lo mismo con el pañuelo de cabeza. Ambos eran entrados en años y, a todas luces, acababan de ser despertados de la siesta.

—¡Señorita Cecilia! —exclamó la mujer—. ¿Cómo así por aquí? No la esperábamos hasta mañana sábado. ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada especial, Dolores —respondió la interpelada a la vez que señalaba la maleta de cuero y el bolso de viaje atados en la parte trasera del vehículo, que el hombre se apresuró a recoger—. Prepare una habitación para el caballero.

—¿Cuántos días tienen intención de quedarse?

—Ya veremos..., puede que hasta el domingo.

La señorita Beltrán penetró en la vivienda con paso firme, seguida por los dos sirvientes y el joven, a quien le costó unos minutos acostumbrar su vista a la penumbra. A pesar de su decrepito exterior, muros desconchados y polvorientos, el interior presentaba un aspecto de mansión antigua en perfecto estado de conservación: suelos encerados de baldosas, pocos muebles de buena factura, algunos cuadros, objetos de plata, escalera al piso superior con pasamanos, también de madera... Le vino a la memoria el palacete de los Mendoza en el paseo de Recoletos, tan abigarrado y opulento, nada que ver con la sobriedad de aquella casona perdida en la serranía del río Manzanares.

—Venga, Wallinstein —dijo la señorita Beltrán tras quitarse el abrigo, la gorra y las gafas y dejarlas sobre un sillón frailer—, Dolores, traiga un aguamanil para que podamos asearnos un poco.

Se dirigió al pequeño patio sombreado por un almendro y repleto de macetas y se sentó en una silla de paja, indicándole que hiciera otro tanto en una de las tres restantes colocadas en torno a una mesa de hierro pintada de blanco. La criada apareció unos instantes después con una palangana de porcelana, una jarra a juego, repleta de agua, y unos paños de lino almidonados que parecían trapos una vez que ambos se lavaron caras y manos. Al rato, y sin que nadie se lo hubiese ordenado, el hombre, de nombre Amando, como luego supo el joven, se presentó con una bandeja en la que había unas copas de cristal tallado, una botella de vino blanco recién descorchada, un plato de jamón, otro de queso y un cestillo con pan.

—Vengo aquí todos los sábados al salir del despacho y vuelvo a Madrid el lunes por la mañana —afirmó la anfitriona con un deje de satisfacción en el tono de voz—. Es lo único que queda de las propiedades de los Beltrán de Salazar, otrora ricos propietarios, aunque menos que los Mendoza y sus descendientes, los Arteaga, que aún poseen casas y tierras en lo que antes fue su feudo. El actual duque del Infantado se dedica a construir pantanos en la zona —añadió señalando hacia algún lugar no demasiado preciso.

Ignacio Wallinstein estaba perplejo; no había abierto la boca desde su llegada, sobrepasado por el desconcierto que provocaba en él la faceta

inesperada de la que suponía tan sólo una empleada más de Alcañizar y Asociados. Por otra parte, no había nada de extraño en ello, puesto que eran muchos los miembros de antiguos linajes y apellidos floridos obligados a ganarse el pan como todo hijo de vecino al haber sus antepasados dilapidado sus fortunas. Su lugar lo habían ocupado los nuevos ricos, aupados al rango de aristócratas gracias a sus servicios a la Corona. De todos modos, recapacitó, en general, tanto aquéllos como éstos debían sus títulos a haber sabido estar en el lugar y momento apropiados respaldando al vencedor, ya fuera en guerras, conquistas o, simplemente, con dinero.

—Su familia de usted...

—Al igual que otras, tuvo poder, riqueza, propiedades, y lo perdió todo por no saber adaptarse a los tiempos.

—A los tiempos...

—Sí, es la única forma inteligente de conservar lo que se posee, vendiéndose al mejor postor. Mi bisabuelo quiso ser honrado y fue una de las miles de víctimas de la Década Ominosa que se alzaron contra el rey felón, el bisabuelo del monarca actual, ya sabe usted, Fernando VII.

El joven no lo sabía, pero asintió con la cabeza.

—¿Es..., es usted republicana? —se atrevió a preguntar.

—No, aunque tampoco soy monárquica. En realidad, no soy nada, si puede decirse así. Ya sé que suena algo raro en unos tiempos en los que parece obligado apoyar a unos o a otros, pero, la verdad, no tengo fe alguna en los políticos, el rey incluido, y como debido a mi condición femenina tampoco puedo votar ni ocupar un puesto en el Gobierno, ¿qué más da lo que yo piense?

Wallinstein no supo qué responder y permaneció callado. Aquella mujer era un pozo de sorpresas. La observó, ensimismada en la contemplación de las ramas del almendro, e intentó calcular su edad, en torno a los cuarenta, pues sabía que llevaba en la firma unos veinte años, y todo era cuestión de sumar. Sin embargo, allí, sentada en el patio de su casona, en un ambiente que, estaba claro, amaba, parecía más joven que en la oficina. Debía de haber sido atractiva en su juventud, pues todavía lo era, aunque quizá una sonrisa ayudaría a suavizar unos rasgos algo rígidos. Que él recordara, no la

había visto sonreír ni una sola vez en el tiempo que llevaba trabajando con ella, si bien, era preciso admitir, tampoco la había oído decir una palabra fuera de tono, ni hacer ningún gesto desabrido; era como una esfinge. Tal vez llegara a conocerla un poco mejor ahora que iban a permanecer uno o dos días juntos; sería interesante.

—Bien, será mejor que nos pongamos a la tarea antes de que anochezca.

La señorita Beltrán bebió el vino que quedaba en su copa y se puso en pie.

—La luz eléctrica no ha llegado aún a Manzanares el Real —le informó—, aunque espero que no tarde, ya que, gracias al duque, la tienen en Colmenar Viejo desde hace cuatro años.

Durante el corto trayecto hasta el pueblo, le habló de la vieja historia, de cuando los árabes ocupaban la zona, de cómo habían sabido sacar provecho a la proliferación de abejas y levantado cientos de panales que producían exquisita miel gracias a la rica vegetación de Las Pedrizas bajas, encinas, tomillo, jara, retama...; de las elevaciones rocosas que daban nombre al lugar, hogar de toda clase de aves y animales monteses; de la naturaleza agreste de la región, que jamás sería dominada por el ser humano.

—¿Y el castillo? —preguntó él señalando la construcción que se alzaba sobre una colina, visible desde cualquier lugar del pueblo.

—Es el de los Mendoza. Se cae a pedazos, aunque he oído que el ducado piensa restaurarlo cualquier día de éstos, pero... Aquí es.

Se detuvo ante una casa vieja y llamó a la puerta.

—Hola, Matías —saludó al hombre que les abrió.

Matías el cabrero no dijo más de lo que ya había declarado: que el señor Mendoza había dejado el automóvil, que se había marchado sin que él supiese a ciencia cierta qué camino había tomado y que, al ver que no regresaba, dio aviso a la Guardia Civil. Él mismo había participado en la búsqueda junto con otros vecinos, pero no habían encontrado rastro alguno del desaparecido, por lo que suponían que, quizá, había ido de caza y se había despeñado. Cuando menos lo esperasen, su cadáver sería encontrado por los pastores, *desconyuntao*, aseguró, en algún recoveco de la sierra.

Regresaron sin intercambiar más de dos palabras seguidas, sólo para avisarse mutuamente de las piedras del camino que podían hacerlos tropezar en el claroscuro del anochecer, que resultaba engañoso para la vista. Wallinstein no dejaba de pensar que el viaje había sido inútil, puesto que el hombre había ratificado punto por punto lo escrito en el documento de la Guardia Civil, y poco más podía hacerse. Con toda seguridad regresarían a Madrid al día siguiente, una pena, pues le habría gustado quedarse allí varios días, aunque sólo fuese para respirar el aroma de las jaras y subir a alguno de aquellos riscos desde donde el paisaje debía resultar excepcional. Al entrar en la casona, un apetitoso olor a cocido le recordó que en todo el día únicamente había comido el refrigerio de la tarde; tenía hambre y no se hizo de rogar cuando su anfitriona le indicó que se sentara a una mesa para, por lo menos, veinte invitados, calculó, en medio de una sala enorme que en tiempos habría estado repleta de gente, aunque la señorita Beltrán y él fueran los únicos en aquellos momentos, lo que, de alguna manera, le hizo sentirse bastante insignificante. Olvidó cualquier tipo de complejos cuando la criada depositó delante de sus ojos una sopera de caldo a la hierbabuena, seguida de una fuente de patatas con cordero y una tabla de quesos.

—Dolores, dígame a Amando que venga; deseo hablar con los dos —ordenó su anfitriona al finalizar la cena.

La mujer salió llevándose los platos y regresó al poco con la bandeja del café, seguida por su marido, quien, a su vez, traía una botella de barro en una mano y dos copas de cristal fino en la otra.

—Traiga también copas para ustedes —le indicó su patrona— y siéntense con nosotros.

El hombre no se lo hizo repetir y volvió con otras dos copas, aunque éstas de vidrio grueso, del tipo utilizado en las tabernas. Los sirvientes habían tomado asiento dejando libres dos sillas entre ellos y su señora. A Wallinstein no se le escapó el detalle y se llevó la mano a la boca para disimular una sonrisa irónica. No había duda de que la diferencia de clases sociales era una realidad, incluso en el campo, tan lejos del paseo de Recoletos.

—¿Qué saben ustedes acerca del desaparecido Carlos José Mendoza?

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Tumbado en un lecho del tamaño de un gigante, cuyo colchón de lana parecía una tabla, bajo unas sábanas de lino frías y una manta a todas luces insuficiente para mantenerlo caliente, pues la temperatura había descendido con brusquedad e incluso hacía frío, Ignacio Wallinstein, con el vientre lleno y algo mareado por el licor, se sentía no obstante uno de aquellos caballeros antiguos que yacían en sus aposentos después de una batalla. Se imaginó a sí mismo como señor del palacio en sus buenos tiempos, guiando a sus mesnaderos en lucha contra los sarracenos, los Mendoza o cualquier otro que se le pusiera por delante, rodeado de sirvientes y yaciendo con una mujer hermosa, tal y como se reflejaba en los libros de caballería o en el *Ivanhoe* de Walter Scott. Luego se puso a pensar en algo más prosaico y recapacitó sobre las últimas horas, transcurridas de manera cuando menos original para lo que él estaba acostumbrado.

Dolores y Amando habían resultado unos excelentes informadores, mucho mejores que Matías el cabrero, si es que éste les había dicho toda la verdad. Estaba seguro de que el orujo que la señorita Beltrán vertía con generosidad cada vez que las copas se vaciaban había tenido algo que ver en una locuacidad que, hasta entonces, brillaba por su ausencia, y más en el caso de Amando, hombre parco en palabras donde los hubiera. Por su boca supieron que Mendoza, «Mendozuelo», lo llamó, era un presuntuoso con una imaginación desbordante, ya que presumía de ancestros cuando todo el mundo en el pueblo sabía que los Mendoza, los de antaño, habían

desaparecido, y que el único descendiente legal era el duque del Infantado. Incluso se permitió un sarcasmo al respecto, asegurando que, ya puestos, la mayoría de los oriundos del Real de Manzanares podían alardear de ser descendientes de la poderosa familia, que ya se sabía que los señores eran dueños de todo: tierras, casas, ganados, hombres y... mujeres para lo que fuera menester. Al llegar a este punto, Dolores le dio un codazo, Amando enmudeció y fue ella quien respondió a las preguntas. Sí, el señorito Carlos José aparecía por el pueblo con cierta regularidad, con la excusa de las huertas, que no eran sino cuatro piezas de mala muerte y mucha roca en las que crecían hierbajos que ni el ganado quería. Aseguraba que eran herencia familiar, pero se sabía que se las había comprado por dos reales a la vieja Engracia, la del parral, antes de que ésta pasase a mejor vida. Se hizo construir una chabola en una de las piezas situada junto al río, en la espesura, y colocó una alambrada a su alrededor, lo que, según la mujer, provocó un gran malestar entre los vecinos, pues allí todos eran honrados y nadie iba a ir a robarle lo que fuera que tuviese. De todos modos, añadió muy seria, en el pueblo estaban convencidos de que el señorito utilizaba la chabola para sus apaños y no para guardar dineros y joyas.

—¿Qué es eso de «apaños»? —había preguntado él, y ambas mujeres, la señorita Beltrán y Dolores, se habían echado a reír.

—Asuntos de faldas —le había respondido la primera.

Cierto es, prosiguió la sirvienta, que nunca nadie había visto a una mujer por los alrededores de la chabola, pero también lo era que casi nadie iba por allí, pues en aquella zona el río se estrechaba, perdía agua y no había truchas que pescar. Cada vez que venía al pueblo, Mendoza solía quedarse una noche, a lo sumo dos, lo sabían porque dejaba el automóvil en el zaguán de Matías, el único vecino, por así decirlo, con quien mantenía cierta relación de amistad. Mala gente el cabrero, un tipo huraño y antipático, añadió sin que nadie se lo preguntase, a quien nunca se le había visto trabajar y, mucho menos, tener un rebaño de cabras. A saber de dónde sacaba los cuartos para vivir y para mantener a su prima, la Encarna, tan arisca como él, con la que, que se supiese, no había matrimoniado como Dios manda, pero, claro...

—Amando, mañana nos llevará usted a la chabola de Mendoza — interrumpió la señorita Beltrán para impedir que la mujer pasara revista a todo el vecindario y, de paso, dar por terminada la conversación—, pero mejor vamos por el monte para evitar encuentros.

El hombre asintió con la cabeza y cada cual se retiró a su habitación.

Wallinstein se durmió por fin, aunque antes volvió a colocar la pesada cobertura que Dolores había retirado y doblado encima de una silla al hacer la cama y se puso un jersey y los calcetines. Su último pensamiento fue para Casilda, la joven que vivía en la pensión y con la cual raramente intercambiaba más de dos palabras seguidas.

Lo despertó una voz femenina que lo apremiaba a levantarse a la vez que su dueña abría las contraventanas y la luz le daba de lleno en la cara. Tardó unos instantes en darse cuenta del lugar en que se encontraba y algunos más en reconocer a la mujer que lo había despertado de manera tan brusca.

—¡Señorita Beltrán! —exclamó escandalizado de que ella lo viese en la cama. Luego se dio cuenta de que llevaba puesto el jersey, pero, aun así, se tapó con el embozo hasta la barbilla.

—¡Déjese de señorita! Ya va siendo hora de que mantengamos un trato más familiar, a fin de cuentas trabajamos juntos y está usted en mi casa. Llámeme Cecilia y yo le llamaré Ignacio, ¿de acuerdo? ¡Venga! ¡Levántese! Ah, y póngase algo cómodo que tenemos una excursión pendiente.

La vio salir del cuarto con una mezcla de alivio y curiosidad. Si ya la víspera le había parecido más joven de lo que él pensaba que era, ahora le resultaba todavía más, quizá porque llevaba el cabello recogido en una cola a la altura de la nuca en lugar del moño habitual o porque vestía una falda de color azul claro y una blusa blanca por encima en vez del traje de chaquetilla oscuro, similar a un uniforme, con el que acudía al trabajo. Se dio prisa en lavarse y ponerse unos pantalones bombachos, bastante usados, una camisa y de nuevo el jersey, así como los zapatos de lona que utilizaba para pasear los domingos por el Retiro. Apenas pudo beber el tazón de café con leche y comer una rebanada untada con miel, ya que Cecilia estaba deseosa de salir hacia la chabola cuanto antes, y en buena hora. Era todavía

temprano, pero no se veía una sola nube en el cielo, presagio de un día caluroso, y el trayecto no fue un paseo como esperaba, sino más bien una prueba deportiva en la que él resultó ser el más torpe de los tres a la hora de trepar por los peñascos o adentrarse por senderos repletos de matas espinosas. No entendía a qué venía aquello de dar un rodeo por el monte, en lugar de coger la senda del río, pero no dijo nada, puesto que la señorita y el sirviente parecían estar de acuerdo; conocían bien los parajes, estaba claro, y se detenían de cuando en cuando para esperarlo. Al divisar finalmente el famoso refugio, la cara le ardía del esfuerzo y tenía el pelo pegado por el sudor, pese a haberse quitado el jersey y remangado las mangas de la camisa.

La cancela del alambrado estaba cerrada con un candado que no parecía haber sido manipulado. Amando lo abrió con un alambre que sacó de su bolsillo, dejando al joven atónito por la rapidez de sus manejos, y lo mismo hizo con la puerta de la chabola, en cuyo interior no había nada interesante, al menos a primera vista. Se trataba de un refugio de pescadores de un único espacio con una chimenea pequeña, algunos utensilios, varias cañas, una escopeta colgada en la pared, un par de lámparas de aceite, ropas de abrigo, una cama deshecha y mucho polvo; nada que les diese una pista sobre lo ocurrido a su dueño. Wallinstein inspeccionó el habitáculo poniendo sus cinco sentidos en la búsqueda de algún tipo de indicio, al igual que imaginaba hacían los detectives de la Agencia Pinkerton antes de convertirse en mercenarios al servicio de los grandes empresarios norteamericanos y en contra de los obreros, pero no encontró ni manchas de sangre, ni una carta misteriosa, ni un escondite secreto disimulado en el muro de la cabaña; ningún indicio de que allí se hubiese cometido un crimen truculento de los que a menudo llenaban las páginas de los periódicos y hacían olvidar a la gente que el país tenía muchos y graves problemas que era preciso solucionar.

Cecilia Beltrán observó su celo; lo vio examinar las ropas de cama, mirar debajo de ésta, buscar en los rincones, también en la orilla del río, y sonrió. Apreciaba al joven entusiasta que se había presentado en el bufete casi dos años atrás con la mirada ilusionada de quien espera encontrar un

tesoro. Le recordaba a su hermano pequeño, muerto durante la guerra de Filipinas, lejos de su país y de las gentes que lo amaban y a quienes amaba. Había observado que sus ojos perdían brillo a medida que transcurrían los meses sin salir del archivo, pero no podía hacer nada por él, ya que los casos importantes estaban reservados a los socios. Tendría que esperar meses, incluso años, antes de que le fuese concedido uno de cierto interés. Disimuló una sonrisa al verlo ante ella, sofocado, el cabello revuelto y el nudo de la corbata torcido, y decidió acompañarlo al conocer sus intenciones y, aún más, llevarlo en su automóvil, la única excentricidad que se había permitido en toda su vida.

Wallinstein abandonó la cabaña con una punzada de desilusión al no haber hallado nada que pudiera darle una indicación sobre el paradero de Mendoza, aunque no daba la impresión de que a la señorita Beltrán le importase demasiado. Amando cerró la puerta como la había abierto, utilizando el alambre, e igualmente hizo con el candado de la cancela. Esta vez, no volvieron a la casona por las rocas, sino por el sendero que llevaba al pueblo. La mujer y el sirviente caminaban a paso rápido, el de las personas acostumbradas a andar por veredas montañosas, mientras él los seguía sin apurarse. Tenía las manos sucias de polvo, se acercó a la orilla del río y, poniéndose en cuclillas, las metió en el agua. Las mantuvo dentro durante un buen rato, sin pensar en el asunto que lo había llevado allí, sólo dejándose mecer por el sonido de la corriente en un día soleado y recordando sus correrías por los páramos del Henares cuando era un mozalbete. No había tenido una mala infancia, ya que su padre era el secretario del ayuntamiento de la población de Olmeda de la Cebolla y, aunque reducido, su sueldo le daba para mantener a la familia en mejores condiciones que las de sus vecinos, campesinos en tierras calizas. Aun así, en cuanto tuvo edad, decidió vivir en la capital y no volver al campo, intención que se hizo firme a la muerte de sus padres, pero ahora, con las manos metidas en las aguas del río, no podía sino recordar, y quizá añorar, una vida sin apremios ni ambiciones.

Sacó las manos y las restregó por la hierba para secárselas, cuando tropezó con algo que no parecía una piedra, y no lo era. Semioculta entre

las hierbas, había una cartera de piel que cogió con la intención de entregar a Amando para que la hiciera llegar a su dueño, si es que era alguien del pueblo, pero su sorpresa no tuvo límites al comprobar que pertenecía al desaparecido Carlos José Mendoza, gracias a la cédula de identidad que encontró dentro. Una fotografía muy ajada de una mujer, un par de facturas y un billete de cien pesetas era todo lo que contenía, además de la cédula, pero algo era algo. Se la guardó en el bolsillo de los pantalones con la intención de compartir su hallazgo con la señorita Beltrán y corrió para alcanzarla, pero ella y el hombre habían desaparecido de la vista. No le costó encontrar el camino después de preguntar a una mujer que tendía la ropa delante de una casa, pero al llegar a la propiedad de los Beltrán de Salazar, le sorprendió la presencia de otro Benz, más nuevo y de cuatro plazas, aunque no tuvo tiempo de averiguar a quién pertenecía, pues, en el mismo momento, Cecilia salía por la puerta de la casona, seguida por Amando y Dolores, quienes portaban sus bultos.

—Nos vamos —fue todo lo que dijo, y él no se atrevió a preguntar la razón de una marcha tan imprevista cuando tan sólo unas horas antes ella había asegurado que no había prisa alguna en regresar a Madrid, encontraran o no la información que andaban buscando.

Hicieron el trayecto de vuelta en silencio, pero antes de bajarse del automóvil en la plaza de la Villa, Cecilia lo sujetó por un brazo.

—No redacte usted el informe, señor Wallinstein —le dijo—. Yo me encargo. Hasta el lunes.

Volvía a ser la mujer de maneras correctas, pero secas, muy diferente a la de la vieja casona de Manzanares el Real. La vio marchar y se dirigió hacia la pensión con ganas de asearse, cambiarse de ropa y comer algo. Por las palabras de la señorita Beltrán, podía tomarse libre la tarde del sábado y eso mismo era lo que pensaba hacer. Tenía horas acumuladas y, de todos modos, si el señor Alcañizar o cualquiera de los socios le decía algo, siempre podría aducir el cansancio del viaje o apelar al testimonio de la secretaria del bufete.

Al llegar a la calle del Rollo encontró un ajetreo inusual en torno a la pensión: gentes entrando y saliendo, corrillos delante del portal que

hablaban en un susurro.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó a una vecina.

—Ay... —suspiró la mujer—, doña Fuensanta...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha traspasado esta noche, la pobre.

—¿Que ha hecho qué?

—Pasar a mejor vida, hombre, morir.

Sabía de oídas de la existencia de la ahora difunta, puesto que no había tenido oportunidad de conocerla, ya que estaba «en el limbo» desde el día del atentado debido al susto, según le había informado el yerno, y, aunque le dijeron que podía pasar a verla, declinó el ofrecimiento por respeto y, sobre todo, porque no tenía ninguna gana de ver a una muerta viva, o viceversa. Subió las escaleras, topándose en el primer tramo con un señor muy circunspecto vestido de negro, que no le cupo la menor duda era de la funeraria, ya que lo miró de arriba abajo, como tomándole las medidas. Cruzó los dedos para alejar el mal agüero y entró en el piso, tan repleto de personas que tuvo que dar más de un codazo para llegar a su habitación, donde se encerró con un suspiro de alivio que no le duró mucho, pues al poco alguien llamaba a su puerta. Se acababa de quitar los pantalones y tuvo que volver a enfundarse en ellos antes de abrir.

—¿Puedo entrar? —preguntó Antón Ozaeta, metiéndose en el cuarto sin esperar la respuesta—. No hay quien pueda respirar ahí fuera.

Abrió la ventana, se sentó en la cama y lio un cigarrillo.

—No le importa, ¿verdad? Es que no queda bien fumar con la difunta de cuerpo presente.

—Sí, ya me he enterado que ha fallecido la suegra de usted. Reciba mis condolencias.

—Gracias, pero, en fin... Seamos prácticos, para estar en el limbo, mejor está donde quiera que esté. ¿Quiere un cigarrillo?

No fumaba, le parecía absurdo meter humo en el cuerpo para volver a echarlo después, pero aceptó, cogió la caja de metal en la que el hombre guardaba el tabaco y el papel de fumar y probó a liar un cigarrillo que le supo a perro muerto, por decir algo, ya que nunca había comido perro,

aunque corría el rumor de que en algunas tabernas se servía de todo: perros, gatos e incluso ratas. Él, por si acaso, nunca comía carne en salsa. Permanecieron en silencio durante varios minutos, el uno con el cigarrillo colgado en la comisura de la boca y el otro simulando aspirar, pero sin que de su boca saliese ni un hilillo de humo.

—El caso es que... —comenzó diciendo Ozaeta, pero no continuó, y al joven no se le ocurrió nada que decir.

Tenía ganas de quedarse a solas, lavarse, cambiarse de ropa y pensar con detenimiento sobre el asunto de Mendoza, pero tampoco se atrevía a decirle a su casero que saliera del cuarto y fuera a atender a los vecinos y amigos que habían acudido a presentar sus condolencias.

—El caso es que...

Esta vez, el hombre no se contuvo. Se confió a él, le explicó sin dejar de mirar por la ventana, siempre con el cigarrillo en la boca, porque era el único de sus huéspedes que pagaba todas las semanas religiosamente. Las cosas no estaban resultando como él esperaba cuando se decidió a abrir la pensión, afirmó. Las quinientas pesetas que confiaba en ganar cada mes se habían convertido en una quimera irrealizable, pues, por diversas razones, ninguno de los huéspedes de La Universal, excepto él, pagaba su alojamiento, aunque, era de rigor reconocer, procuraban contribuir a su mantenimiento y, quien más o quien menos, aportaba su colaboración.

Don Juan José había logrado un puesto de profesor de gramática en el Real Hospicio del Ave María y San Fernando, pero las monjas le abonaban los honorarios con rosquillas, bizcochos y galletas, aduciendo que vivían de la caridad y que no disponían de dinero en papel. Dejaron caer, además, que un hombre que había sido expulsado de su anterior ocupación por sus ideas revolucionarias debía purgar sus pecados, y qué mejor modo que trabajar haciendo el bien. Ante semejante planteamiento, y visto que no había otra cosa al alcance, el profesor se resignó, pero todos los viernes llegaba a La Universal con una bandeja de dulces y, de alguna manera, se sentía menos culpable por vivir de gorra. También se ocupaba de llevar las cuentas de la pensión, aunque apenas hubiera cuentas que llevar, pero conocía a un tipo en la administración del cual había sido maestro y consiguió un subsidio de

veinticinco pesetas al mes por indigente. Estaban lejos de las noventa pesetas que le hubiera correspondido abonar por la habitación, a tres pesetas al día, sin comida, pero... Por su parte, Pepe Cantonal y la Virtudes tampoco estaban en disposición de pagar la habitación que ocupaban al final del pasillo, puesto que, a pesar de los esfuerzos por encontrar un trabajo, su amigo no lograba dar con nada decente debido a que los empresarios pedían referencias y su antiguo patrón se había negado a dárselas. De todos modos, aclaró Ozaeta, tampoco le habrían servido de nada, ya que en todas las fábricas se guardaba un registro con las fichas de los obreros en las cuales se especificaba con claridad no sólo el nombre, domicilio y origen, sino también las ideas políticas, si el sujeto pertenecía a un sindicato o unión de trabajadores, y su estado civil, si estaba casado o vivía amancebado.

—Incluso apuntan en esas fichas si uno va a misa los domingos.

—Y eso ¿cómo lo saben? —preguntó Wallinstein atónito.

—Porque, querido amigo, los ojos y los oídos de los soplones del poder llegan a todas partes. Así que, como comprenderá usted, Pepe tiene pocas posibilidades de encontrar un trabajo digno porque es anarquista, vive con una mujer sin estar casado por la Iglesia y, además, no va a misa. En cuanto a la Virtudes...

La mujer no se atrevía a arriesgar el pellejo volviendo a los tugurios que frecuentaba antes de recibir la paliza de su chulo. En Madrid eran miles las mujeres obligadas a prostituirse para sacar algunos reales a fin de sobrevivir, pero, asimismo, eran miles los granujas que vivían a su costa, y existía algo parecido a un gremio laboral en el que se respetaba el territorio y la «propiedad» ajena, o se corría el riesgo de aparecer degollado en cualquier esquina. E igual podía ocurrirles a las mujeres que se saltaban las reglas, como la Virtudes, quien estaba convencida de que acabaría mal si volvía al oficio. Además, le gustaba su nueva vida, en familia y con un solo hombre a quien prestar servicio. A la espera de tiempos mejores, Pepe se dedicaba a hacer chapuzas en el inmueble y la mujer había asumido el puesto de cocinera de la pensión, algo que, sorprendentemente, hacía muy bien.

Por otra parte, también estaban la Isabelilla y Casilda, que ayudaban, aunque no cobraban, pero comían todos los días, y el mozalbete, Isidoro, que le había echado una mano con el cartel y se había quedado con ellos, ya que no tenía familia ni sitio adonde ir. Dormía en el taller con *Pitañas*, el chucho, pero también comía todos los días, al igual que Benigno, el guardia, quien aparecía a la hora de comer puntual como el reloj de la Casa de Correos. En cuanto a él, llevaba semanas en las que apenas había entrado trabajo, y lo poco que entraba no daba para comer caliente.

—Espero que, ahora que su madre ha muerto —prosiguió—, Eulalia vuelva a salir a planchar, pero no las tengo todas conmigo, porque se lo he insinuado esta mañana, mientras tomábamos un tazón de leche caliente para recuperar las fuerzas después de pasar toda la noche en vela, y a poco me lanza un plato a la cabeza por hablar de dineros cuando su madre todavía no se había quedado fría, y que conste que más fría no podía estar. El caso es que, amigo mío, así están las cosas y quería pedirle un favor.

—Usted dirá...

Wallinstein esperaba que el casero no le pidiera dinero, puesto que él tenía unos pocos ahorros, pero ninguna intención de desprenderse de ellos.

—Me gustaría pedirle..., en fin..., es algo delicado, pero no queda más remedio y...

El joven empezaba a ponerse nervioso. ¿Adónde diablos quería ir a parar el hombre? De acuerdo que era amable y que él se sentía muy a gusto en La Universal, pero no quería líos. Su padre siempre decía que dinero prestado y olvidado, ni agradecido ni pagado, y él estaba seguro de que no volvería a ver un céntimo si se dejaba ablandar por la verborrea del casero.

—Querría pedirle que me ayudara a encontrar el tesoro —soltó por fin éste.

—¿Qué tesoro?

La señora Fuensanta había pasado a mejor vida, o peor, que eso nadie lo sabía con seguridad hasta que se estaba en ella y nadie volvía para contarlo, sin soltar prenda respecto a los cuartos que su yerno estaba persuadido de que guardaba en algún lugar de la casa. Su difunto marido, el tratante de grano, tenía que haberle dejado algo, porque, al parecer, no le había ido mal

del todo e, incluso, había adquirido aquel piso, y la prueba de que su suegra tenía algún tipo de capital era que todos los años, para San Isidro, compraba ropa nueva para ella y para su hija, para él no, claro, porque, confesó, nunca había sido santo de su devoción, y viceversa. El caso es que ni siquiera Eulalia sabía dónde guardaba su madre los ahorros, y a ver quién lo averiguaba, ahora que la mujer estaba a punto de ir a criar malvas.

—Se me ha ocurrido que si usted y yo buscamos por aquí y por allá..., tal vez haya algún cajón secreto o lo que sea, y siendo dos lo tendríamos más fácil. ¿Qué le parece la idea? Don Antonio está demasiado viejo y de Pepe no es que no me fíe, pero mejor lo dejamos fuera del asunto. A las mujeres ni una palabra, porque les faltaría tiempo para ir a contárselo a Eulalia, y ésta es capaz de echarme de casa por sacrilego.

Wallinstein estaba perplejo e iba a responder negativamente a una solicitud que le resultaba descabellada cuando Antón Ozaeta añadió:

—Tendremos que cerrar la pensión y echar a todos si no encontramos una solución.

Lo último que le apetecía en aquellos momentos era andar por las calles a la búsqueda de otro alojamiento que, a buen seguro, no iba a encontrar, no al menos tan bueno y barato.

—Le echaré una mano —dijo finalmente.

—¡Sabía que podía contar con usted!

El hombre tiró por la ventana la colilla, que llevaba ya un rato apagada, y se dirigió a la puerta.

—Ahora venga usted al velatorio —le dijo—. Hay croquetas, o las había hace un rato, porque ya se sabe que los gorriones se multiplican como los piojos con tal de comer gratis. Los pésames finalizan en cuanto se acaba la comida.

Wallinstein tardó todavía en salir de su habitación. Se aseo lo mejor que pudo, se afeitó, se puso para la ocasión su traje oscuro y fue en busca de algo para comer. El casero tenía razón: las croquetas habían desaparecido, las botellas de vino estaban vacías y sólo quedaban algunas personas de todas las que abarrotaban la casa un rato antes. Tenía hambre y se dirigió a la puerta con la intención de llegarse a la taberna que había unos portales

más arriba, pero Casilda lo detuvo cuando ya tenía un pie en el rellano de la escalera y se empeñó en que la acompañara a la cocina, porque, dijo, allí quedaba algo de comer «para los de casa», pero, antes, no le quedó otro remedio que entrar en el dormitorio de la señora Fuensanta, el más próximo a la cocina. La puerta estaba abierta y habría sido descortés no presentar sus condolencias a Eulalia, quien, sentada en una silla al lado del lecho, vestida de luto riguroso, con mantilla en la cabeza, lanzaba profundos suspiros mientras su vecina del primero, también de negro y sentada a su lado, le sostenía la mano y le aconsejaba resignación. A pesar de lo trágico del momento, Wallinstein no pudo evitar una sonrisa que cortó por lo sano para que no se malinterpretase su gesto. Había escuchado a su casera decir barbaridades acerca de doña Patrocinio, causante en parte, según ella, del estado en que se encontraba su madre, pero, al parecer, el fallecimiento de ésta las había reconciliado. Después fijó su atención en la difunta y, esta vez, tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír. A la señora Fuensanta la habían amortajado vestida de fallera, incluidos los aderezos: peineta, pendientes, horquillas y collar a juego en plata repujada.

—Está guapa, ¿verdad? —preguntó Eulalia tras lanzar un suspiro más largo que los anteriores—. Le hacía ilusión..., aunque le quitaremos los aderezos antes de darle tierra porque no somos paganos.

El joven murmuró unas palabras de condolencia y salió del cuarto en cuanto pudo. En la cocina se encontró con Antón, quien le hizo un guiño de connivencia para recordarle su conversación, y también a don Juan José y a Pepe Cantonal comiendo a dos carrillos los restos del ágape funerario. Se sentó con ellos y echó mano a lo primero que encontró, una especie de hojaldre con ensaladilla y atún que se había quedado seco, pero que a él le supo a gloria debido al hambre que tenía. El profesor aprovechó la ocasión para indicarle que se acababa de comer un canapé, del latín *conopeum*, a su vez del griego *konopíon*; fue demasiado. Wallinstein por poco se atraganta de la risa, dejando a todos muy sorprendidos por su reacción.

Al anochecer, en la casa sólo estaban los dueños, sus huéspedes, Benigno y doña Patrocinio, todos resueltos a velar el cadáver de la señora Fuensanta hasta las siete de la mañana, hora prevista para la llegada de la

carroza fúnebre. A fin de entretener la vela, y mientras las mujeres rezaban el rosario en el cuarto de la difunta, los hombres decidieron echar una partida de tute, tras rechazar con amabilidad la oferta del profesor, quien, para amenizar la velada, había propuesto leer en voz alta las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique.

—¿Y dónde ha estado usted estos dos días? —preguntó don Juan José al abogado.

—En Manzanares el Real.

—¿Asuntos de amores? —preguntó a su vez Antón, a quien el vino había alegrado los ojillos.

—De trabajo.

—En Manzanares viven mis tíos —terció el anarquista—. A lo mejor ha tenido usted oportunidad de conocerlos.

—La verdad es que no he tenido mucho tiempo y sólo he conocido a un par de personas.

—Viven en una casona a la salida del pueblo.

—¿Son los tíos a los que fuiste a ver cuando lo del atentado? —le interpeló Antón a la vez que repartía las cartas—. No sabía que vivían en una casona...

—Viven, pero no es suya. Son los cuidadores de la propiedad.

—Y..., y ¿cómo se llaman? —preguntó de nuevo el joven con una corazonada.

—Dolores Cantonal y Amando Gutiérrez.

Wallinstein examinó sus cartas, aunque, en realidad, las miró sin verlas. Ya era casualidad que los tíos de su pareja de tute fueran los guardianes de la casa de la señorita Beltrán. Estuvo a punto de decirle que ellos eran precisamente las personas a las que había conocido, pero prefirió callar, al menos por el momento.

—¿Y va usted por allí a menudo? —le preguntó.

—A veces. No es que yo sea del tipo a quien le gustan las reuniones familiares, pero mi tía es la única pariente directa que me queda y su marido es un buen hombre con quien suelo ir a cazar por Las Pedrizas, que mucho más no hay para entretenerse en aquel lugar.

—¿Y a quién pertenece la casona? —preguntó don Juan José a su vez—. Manzanares el Real es el feudo del Infantado, así que será de ellos. En una ocasión tuve la oportunidad de conocer al actual duque, un hombre elegante, muy educado, que...

—No —lo interrumpió el anarquista, a quien no le agradaba escuchar elogios a la aristocracia—, es de unos que se llaman Beltrán de algo, antiguos ricachones venidos a menos, aunque puedo aseguraros que todavía les sobran los cuartos. En realidad, la propiedad pertenece a dos hermanas que no se hablan desde hace un montón de años. Ambas utilizan la casona, aunque procuran no coincidir y, cuando lo hacen, ni se ven.

Entre mano y mano de tute, Ignacio Wallinstein se enteró de que Cecilia Beltrán se había quedado sin novio la víspera del día en que iba a celebrarse su pedida de mano. Su prometido y su hermana huyeron juntos provocando un gran escándalo, tanto que el hecho fue incluso publicado en los ecos de sociedad de una revista ilustrada madrileña. Los fugitivos reaparecieron un par de meses después y a la familia no le quedó más remedio que casarlos, ya que la joven estaba embarazada.

—¡Miserias de ricos! —exclamó el anarquista.

—De ricos y de los que no lo son —rebatió Benigno—, ¡pues anda que no hay historias de éstas para contar! Pregunte usted a Eulalia, que se las sabe todas. La señora Fuensanta, que en paz descanse, también conocía unas cuantas —añadió a la vez que se persignaba.

—Bueno, basta de cháchara y ¡a ver si nos concentramos en el juego! —exclamó Cantonal.

Era la segunda noche en vela, el sueño los vencía y decidieron dormir unas horas a eso de las dos de la madrugada, las mujeres también. A fin de cuentas, nada podía hacerse ya por la difunta, como aseguró doña Patrocinio a una Eulalia que ya no podía mantenerse recta encima de la silla y a quien, sin dar tiempo a Antón para reaccionar, se llevó a su piso a fin de que pudiera descansar como era debido. Benigno se apoltronó en una butaca y comenzó a roncar de inmediato, Isidoro bajó al taller y los demás se retiraron a sus habitaciones con la intención de levantarse a las seis a esperar la llegada de la carroza fúnebre.

Al abogado le costó conciliar el sueño, a pesar de lo muy cansado que se sentía. Intentaba imaginar a la señorita Beltrán como una joven novia ilusionada a quien su pérfida hermana arrebatava el novio; un melodrama propio de los folletines publicados en las revistas de los cuales abominaba su amigo el bibliotecario, afirmando que eran ridiculeces que ablandaban el seso de los lectores y no aportaban nada al intelecto, más bien todo lo contrario. Sin embargo, y aunque algunos fueran ilegibles por su mala calidad literaria, aquellos dramones no hacían sino reflejar la realidad social en muchos casos. Sin ir más lejos, allí estaba Cecilia Beltrán de Salazar, traicionada en vísperas de sus esponsales por su propia hermana y el hombre con quien iba a casarse. No era de extrañar que no se hablara con una de los causantes de su desengaño y que hubiera abandonado Manzanares el Real a toda prisa al presentarse ésta en el lugar, porque, sin duda alguna, el joven lo sabía ahora, el otro Benz que había visto en la puerta de la casona pertenecía a la hermana «robanovios».

Lo despertaron ruidos de pasos y voces en el pasillo y se apresuró a vestirse, pues, a pesar de sus pocas ganas, debía asistir al sepelio de la suegra de su casero. Odiaba los funerales, no por el hecho de la muerte en sí, único trance seguro para los seres humanos, sino por el aparato que conllevaba, horripilante a su entender, si bien esperaba que en esta ocasión el ceremonial fuera corto, debido a la condición más bien humilde de la finada. Se equivocó. La señora Fuensanta había dejado estipuladas, y pagadas, sus honras fúnebres, así que se vio formando parte del cortejo que seguía a la carroza fúnebre, engalanada como si la difunta fuera una condesa, por lo menos: caballos negros con manteos y cofias emplumadas, también negras; carroza recubierta de coronas de flores, cocheros de luto riguroso con sombreros de copa y caras de circunstancias... No faltaban el crucero —el hombre encargado de llevar una cruz—, cuatro monaguillos con incensarios que caminaban delante del séquito, cuatro plañideras que lo hacían detrás y una docena de niños de la inclusa. A Wallinstein las exequias en la iglesia de San Andrés, con profusión de velas y repique de campanas, y el posterior traslado de los restos hasta el cementerio de la Sacramental de San Pedro y San Andrés se le hicieron eternos, aunque no

pudo evitar pensar con ironía en lo que estaría pasando por la cabeza de su casero, quien caminaba unos pasos por delante de él, ante tanto dispendio, puesto que todo, carroza, coronas, cocheros, crucero, monaguillos, incienso, velas, repique, funeral, oficiante, enterradores, plañideras y acompañamiento de huérfanos, costaba un dineral.

Atendía sin prestar demasiada atención a la inhumación en el nicho que el marido de la difunta había adquirido cuarenta años atrás, cuando sus ojos se posaron en dos mujeres que depositaban un ramo de flores sobre una tumba situada en un camino adyacente, bordeado de sepulturas con imágenes alegóricas, algunas ciertamente desproporcionadas por su enorme tamaño, y creyó reconocer a la señorita Beltrán en una de ellas. No se dio cuenta de que el sepelio de la señora Fuensanta había finalizado y de que los asistentes comenzaban a marcharse, tan concentrado estaba en averiguar si la vista no le engañaba, hasta que oyó preguntar a don Juan José si alguien tenía intención de coger un coche de caballos para regresar a casa, ya que le dolían las piernas después de la caminata hasta el cementerio y el calor apretaba fuerte. Aprovechó entonces para aproximarse a las dos mujeres disimulando su intención en la contemplación de algunos de los mausoleos de personajes importantes allí enterrados. La mujer a la que había tomado por la señorita Beltrán no era tal, aunque su parecido fuera extraordinario, pero lo que en verdad le sorprendió fue descubrir que la otra dama era la señora del desaparecido Mendoza. Alzó el sombrero en señal de saludo, pero ella ni siquiera le miró, por lo que continuó adelante y esperó a que se marcharan para volver sobre sus pasos y averiguar a quién pertenecía la sepultura en la que habían depositado las flores. En letras doradas grabadas sobre el mármol podía leerse: «Familias Alcañizar y Beltrán de Salazar». Consternado por su descubrimiento, echó a correr a tiempo de alcanzar a sus compañeros de pensión, quienes se aprestaban ya a coger unos coches para regresar a la calle del Rollo.

Capítulo 4

El mismo día del entierro, por la tarde, Antón Ozaeta e Ignacio Wallinstein iniciaron la búsqueda del «tesoro» de la señora Fuensanta. Eulalia se empeñó en acudir al rosario en San Andrés, y Casilda e Isabelilla se fueron con ella; también fue Virtudes. Cantonal decidió darse un garbeo por las tascas de La Latina, pero no pudo convencer a su compadre, quien adujo el luto para no acompañarlo, así que se fue solo. Por su parte, el profesor propuso aprovechar que había refrescado un poco para dar una vuelta por el Museo del Prado y, para asombro de todos, Isidoro aceptó la propuesta; nunca había estado en el museo, aseguró, y tenía curiosidad por ver cómo era. Al abogado le habría gustado ir con ellos, pero su casero le hizo un gesto casi imperceptible con las cejas recordándole su promesa y alegó un informe que debía entregar sin falta el lunes en la oficina. Ambos esperaron a que la casa se hubiese quedado vacía y emprendieron la aventura de encontrar lo que tal vez no existía. El primer lugar que registraron fue, por supuesto, la habitación de la difunta, un cuarto abigarrado y repleto de recuerdos.

—Deje usted todo igual a como lo encuentre —ordenó el casero—. Eulalia es muy minuciosa y se daría cuenta si algo no está en su sitio.

Miraron por todas partes: en el armario, en los cajones, debajo del colchón y de la cama; en todas las cajas y cajitas que la fallecida coleccionaba desde su juventud; dentro de un jarrón con flores secas; en los cuatro bolsos, todos iguales o casi, que colgaban tras la puerta; bajo los

tapetes de ganchillo y tras los ajados cortinones de terciopelo de la ventana. No había nada, ni dinero, ni joyas, a excepción de los aderezos del traje de fallera, colocados en orden encima del tocador.

—A lo peor, no existe el tesoro... —apuntó Wallinstein, no sin cierta sorna en el tono de su voz.

—Ya le digo a usted que sí —respondió el otro, malhumorado—. ¿Dónde diablos lo habrá escondido?

—Mejor salimos de aquí, no vaya a ser que vuelva alguien y nos encuentre en plena faena.

—Puede que tenga usted razón, maldita sea.

Iban a abandonar el dormitorio cuando Antón se fijó en el cuadro suspendido encima de la cabecera de la cama que representaba la imagen de la Virgen de la Fuensanta y que siempre le había parecido bastante feo, pese a no entender de arte, pero su suegra sentía verdadera veneración por él y no había querido ni oír hablar de cambiarlo por otro mejor pintado de la Virgen cuyo nombre llevaba. Tuvo una inspiración, lo descolgó y le dio la vuelta; allí, colgada de un gancho minúsculo, había una llave.

—¡Ajá!

Wallinstein ya había salido y volvió a entrar al escuchar su exclamación.

—¡Ya le decía yo a usted que el tesoro existía! —gritó eufórico Antón blandiendo la llave igual que un trofeo—. Ahora hay que averiguar qué es lo que abre esta llave.

No habían visto en el cuarto ninguna caja o cofre cerrados, por lo que optaron por dejar la llave en su lugar hasta encontrar la cerradura correspondiente, no fuera a ser que Eulalia supiese de su existencia y organizase un jaleo si se le ocurría mirar detrás del cuadro y no la encontraba. De todos modos, echarían de nuevo un vistazo, por si acaso les había pasado desapercibido algún escondrijo, ahora que tenían una idea sobre lo que buscar. Era improbable que la mujer hubiese ocultado algo valioso en una de las otras habitaciones de la casa donde cualquiera podría encontrarlo.

Decidieron tomarse una taza de achicoria para calmar los nervios, y en buena hora. Las mujeres aparecieron diez minutos más tarde, momento en

que el abogado aprovechó para retirarse a su habitación hasta la hora de la cena. Tenía que pensar con detenimiento acerca del extraño encuentro en el cementerio, el nombre inscrito en la lápida y algún otro detalle que se le escapaba.

—No se olvide de traer luego la ropa sucia, que mañana toca colada.

La advertencia de Casilda le hizo recordar la ropa que la víspera había dejado tirada en un rincón de la habitación y, al vaciar los bolsillos del pantalón bombacho, dio con la cartera hallada junto al río y cuya existencia había olvidado a causa del ajetreo del funeral. La cédula de identidad estaba expedida a nombre de Carlos José Mendoza y... ¡Alcañizar! También se fijó en su edad y lugar de nacimiento, Madrid. Lo primero que le vino a la mente fue que el desaparecido y don Ramón, el principal de la firma Alcañizar y Asociados, eran parientes, porque ya era casualidad que ambos tuviesen el mismo apellido, aunque podía darse la circunstancia de que no existiese relación alguna entre ellos, sin embargo... había algo... Cogió un lápiz y unas cuartillas de papel y comenzó a anotar los nombres, lugares y hechos relacionados con el asunto; era la mejor forma de ver con claridad los diferentes aspectos de la cuestión y precisar los interrogantes, como, por ejemplo, por qué Matías el cabrero no había dicho nada acerca de la cabaña junto al río, o por qué razón la señorita Beltrán no le había dicho que los Alcañizar y los Beltrán de Salazar eran parientes, ni había mencionado a su hermana. Demasiadas preguntas y ninguna respuesta, pensó, picado en su amor propio. Estaba por asegurar que le habían encargado el asunto por ser él un don nadie en el bufete, creyendo que se limitaría a confirmar sin más lo de la desaparición; por esa razón lo había acompañado la secretaria a Manzanares el Real, para controlar que no averiguase nada que no debía.

Las dos facturas que contenía la cartera no parecían demasiado importantes: una era de un restaurante y, la otra, de un taller de automóviles, pero, al volver a colocarlas en su lugar, el joven se fijó en que había algo más, un papel doblado en varios pliegues, que resultó ser un anuncio de periódico, de los llamados «breves», a menudo la única forma de contacto entre dos enamorados y que él solía leer para entretenerse. Le divertía imaginar a los autores de dichas misivas, a veces tan remilgadas que le

provocaban la risa, otras, dramáticas del tipo «Moriré si no vuelvo a verla a usted pronto», pero, en general, único medio para conseguir una cita. El papel que tenía delante había sido recortado a mano e incluía varios anuncios, pero uno estaba enmarcado con una raya roja: «Jueves, 31, en la cabaña del río. C». No podía ser otra cosa que una cita amorosa, lo que explicaba que Mendoza hubiese acudido a Manzanares el Real para encontrarse con su amante el día de la boda de los reyes, mientras su esposa seguramente acudía a una de las múltiples recepciones ofrecidas por miembros de la alta sociedad para celebrar el enlace. No obstante, razonó, tampoco estaba claro que lo fuese; podía tratarse de cualquier otro tipo de cita, una para cerrar la venta de las huertas, tal como se afirmaba en el documento de la Guardia Civil. Dobló el papel y lo metió en la cartera antes de sacar de ésta la fotografía de la mujer, suponiendo que sería doña Elvira y recuperando la idea de pintarla al estilo de Waterhouse, aunque no dispusiese del original. Chasqueó la lengua decepcionado. La retratada no era ella, eso estaba claro, pues su cabello era oscuro y no pelirrojo; además, la instantánea estaba rayada, como si alguien la hubiese marcado con un objeto punzante, y era imposible adivinar de quién se trataba, si bien las manos superpuestas sobre la falda denotaban que eran las de una persona joven.

Después de cenar, y mientras Antón, Cantonal y don Juan José enseñaban a Isidoro a jugar al mus, él se sentó junto al guardia urbano.

—Dígame, Benigno, ¿sería posible enterrar a alguien en un cementerio sin que las autoridades competentes estuviesen al corriente?

—Por supuesto que no —afirmó el aludido con seriedad.

—¿Por qué no?

—¡Hombre! Hay unos trámites que cumplir.

—Suponga usted que alguien se los salta.

—Eso es difícil que ocurra, puesto que hay que abrir la sepultura y para eso es preciso tener el permiso correspondiente. Los enterradores no aceptarían el encargo sin dicho permiso, ya que se les puede caer el pelo.

—¿Y qué se hace si aparece un cadáver que nadie reclama y cuya identidad se ignora?

—Pues... —el hombre se rascó la cabeza como si estuviera pensando la respuesta— se lleva al depósito, se da parte a la policía y después se le entierra en una fosa común. Suelen ser pobres, vagabundos, prostitutas viejas, ya sabe, ese tipo de gente.

—¿Y en caso de un crimen? Quiero decir, cuando está claro que el muerto ha sido asesinado, pero no se sabe quién es...

—Igual, sólo que, en esos casos, se hace una ficha detallada con las características del finado: color del pelo y de los ojos, tipo de ropa, si tiene alguna marca o cicatriz que más tarde sirva para identificarlo... ¿Por qué me pregunta usted estas cosas en un día tan triste como el de hoy?

—Ya lo siento. Estoy trabajando en un caso de desaparición y no se me ocurre otra persona con más conocimiento de causa que usted.

—Para servirle en lo que sea menester —respondió el municipal sin ocultar su orgullo.

—¿Puede saberse de qué hablan ustedes con tanto secreto? —preguntó Cantonal, a quien el murmullo de sus voces distraía del juego—. Si no es indiscreción, claro.

Los jugadores pararon la partida y se quedaron mirándoles, y lo mismo hicieron las cuatro mujeres, Eulalia y la Isabelilla, que cosían en un rincón de la cocina, y Casilda y Virtudes, ocupadas en recoger los cacharros de la cena. Wallinstein pensó en decirles que era un asunto privado del bufete, acerca del cual no podía comentar nada, pero le vino de nuevo a la cabeza la idea de haber sido manipulado por Alcañizar y la señorita Beltrán. A fin de cuentas, daba igual y, además, apreciaba a todos y cada uno de los miembros de aquel grupo variopinto que había tenido la fortuna de encontrar en su camino. Hasta hacía poco, salía del trabajo, comía algo en una taberna, se encerraba en la habitación de una pensión y los domingos paseaba su soledad por el Retiro. Las cosas habían cambiado desde que se alojaba en La Universal; siempre había un plato para él en la mesa, una sonrisa, una conversación y, por primera vez desde la muerte de sus padres, se sentía parte de una familia.

Al rato, cartas, cacharros y costura habían quedado relegados. Atentos a sus palabras, todos escuchaban su relato, al igual que antaño se reunían las

gentes en torno al hogar para oír hablar de hechos extraordinarios que llenaban sus mentes de fantasías, y también de miedos. Les explicó el asunto desde el comienzo, la desaparición del tal Mendoza, la entrevista con su esposa, el viaje a Manzanares el Real, el hallazgo de la cartera y el sorprendente descubrimiento de aquella misma mañana en el cementerio. Finalizó mostrándoles la cartera y su contenido, además de añadir que, sin querer parecer melodramático, sospechaba que el hombre habría podido morir de manera violenta y que, por razones que no lograba dilucidar, había sido enterrado en el panteón familiar con el conocimiento de sus parientes, por eso estaba la viuda en el cementerio. Los oyentes permanecieron en silencio durante unos segundos y, a continuación, irrumpieron a hablar a la vez, cada cual dando su parecer, excepto Casilda y la Isabelilla, a quienes, era patente, no se les ocurría nada que decir. De pronto, tenía lugar un suceso, el segundo en dos días, que los sacaba de la rutina y les hacía olvidar la realidad de unas vidas con escasas perspectivas de cambio. No aportaron nada que Wallinstein no se hubiera planteado, pero le hizo sentirse bien el hecho de compartir con ellos aquel «secreto», cuya resolución no tenía nada clara. Incluso Eulalia olvidó su duelo, dejó de suspirar y participó con entusiasmo en la conversación, lo que hizo pensar a su marido que las cosas volvían a su sitio y que esa noche se acostarían juntos, cosa que no ocurrió. Llegada la hora de retirarse, la mujer le comunicó que debían guardar luto durante por lo menos un mes, que no sería decente que ellos se divirtieran mientras su pobre madre se pudría en su tumba, y que la mejor forma de evitar la tentación era continuar durmiendo en cuartos separados. Dicho esto, se metió en la habitación de la señora Fuensanta y cerró la puerta por dentro; él se quedó en el pasillo como un pasmarote, mirando a Cantonal, que subía del retrete situado en el patio y que le dio unas palmaditas solidarias en el hombro al pasar por su lado.

Algo más tarde, cuando la casa estaba en silencio y Antón rumiaba su frustración intentando releer un número atrasado de *La Ilustración Española y Americana* que alguien había dejado olvidado sobre una silla durante el velatorio, oyó que la puerta del dormitorio se abría con suavidad.

Sonrió creyendo que Eulalia había cambiado de opinión, que su actitud anterior había sido sólo para hacerse la estrecha y disimular ante los demás, y cerró los ojos a la espera de que ella se acostase, pero cuál no fue su sorpresa al abrirlos y encontrar a la Virtudes metida en su cama.

—He venido a consolarte —le susurró a la vez que le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Pero... ¿y Pepe? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Ha sido idea de él. Dice que los buenos camaradas lo comparten todo.

Virtudes abandonó la habitación una hora más tarde, dejándolo agotado y satisfecho.

Tras el bochorno sufrido durante los últimos días, el lunes amaneció con una tromba que anegó patios y alcantarillas y provocó que las aguas bajaran en caudal por la calle del Rollo, lo que, según don Juan José, la convirtió en una Venecia en miniatura. Nadie sabía dónde estaba Venecia, pero tampoco les costaba mucho imaginar una ciudad inundada por los chaparrones. No obstante, había que volver al trabajo, quienes lo tenían, y los demás debían ocuparse en buscar un quehacer. Antón y Cantonal bajaron al taller y lo encontraron completamente anegado y a Isidoro y al chucho subidos encima de una pila de cajas de madera. La lluvia cesó a media mañana, el cielo se despejó y volvió a brillar el sol como si no hubiese ocurrido nada, momento en que los dos hombres y el chaval aprovecharon para limpiar el lugar y deshacerse de un buen número de cosas inservibles que habían ido acumulándose allí durante los últimos cuarenta años, incluidos varios sacos de grano agujereados por las ratas. Cada cierto tiempo se detenían para liar un cigarrillo y Antón miraba a su amigo a la espera de que hiciese algún tipo de comentario sobre el asunto de la noche anterior, pero éste no parecía darse por aludido y en ningún momento hizo mención al tema, ni un guiño, ni un gesto de complicidad o lo que fuera, como tampoco lo había hecho Virtudes durante el desayuno. El hombre llegó a la conclusión de que ambos habían querido demostrarle su agradecimiento por haberlos acogido bajo su techo, y se sintió en paz.

Subieron a la hora de comer, manchados de barro hasta las orejas, y ni Eulalia ni Virtudes les permitieron entrar en el piso. Les sacaron unas

toallas, muda limpia y una pastilla de jabón y los enviaron a una casa de baños situada en la plaza de la Cruz Verde. Al regresar, se encontraron con que los demás ya habían acabado de comer. Antón musitó algo sobre el respeto debido al jefe de familia, que era él, a lo que Eulalia le respondió que las pochas debían comerse calientes y no recalentadas, lo cual quedó claro cuando los tres hombres comprobaron que las alubias se habían pegado y tenían un punto requemado. Su marido se vengó al quedarse solos informándole de que, en adelante, Isidoro dormiría en el piso, pues había mucha humedad en el taller y no era lugar apropiado para nadie, y menos para un chaval en edad de crecimiento, que lo mismo podía coger las viruelas o cualquier otra peste. Podía dormir en el cuartucho de la Isabelilla, y ésta con Casilda, en la habitación del fondo, cuya cama era suficientemente grande para las dos.

—Pues a ver cómo nos las arreglamos —respondió Eulalia—, porque doña Patrocinio se viene a vivir con nosotros.

La vecina del primero había recibido orden de desalojo porque el dueño aducía necesitar el piso para un pariente. La mujer había subido al segundo hecha un mar de lágrimas y había encontrado amparo en su amiga, olvidada ya la espantada del día del atentado, sobre todo porque no se había separado de ella durante el trance del fallecimiento de la señora Fuensanta, además de ayudar a amortajar el cadáver y peinarle los moñetes en los que sujetar peinetas y horquillas. Detalles así no eran para olvidar y Eulalia era una persona agradecida.

—Pagando, claro —dijo Antón.

—Claro, aunque también está el otro asunto.

—¿Qué asunto?

—El de las cartas.

—¿Qué cartas?

—Hombre de Dios, ¿no sabes que doña Patrocinio echa las cartas?

—Sí, para entretenerse.

—No, vive de eso, y recibe a sus clientes los martes y viernes. También lee las líneas de la mano y los posos de té.

—¿Me estás diciendo que cobra por echar la buenaventura?

Sabía que su mujer y su suegra bajaban a veces al primer piso para, según decían, conocer su futuro. Siempre se reía de ellas y, a la vuelta, les preguntaba a ver si iban a recibir la herencia de un inexistente tío americano o si les iba a tocar el número de la Lotería Moderna que adquirirían todos los años por Navidad y llevaban a bendecir. Él también jugaba, sin decirles nada, por si acaso tocaba, y guardaba su billete en el taller, en el doble fondo de su caja de herramientas. A pesar de ser consciente de que era una posibilidad remota verse agraciado con varios miles de pesetas a cambio de las tres que valía el décimo, acudía todos los años a la administración de la Puerta del Sol y adquiría el papelín que, quizá, transformaría su vida y la de su mujer, aunque procuraba no hacer planes, pues las ilusiones malogradas no eran buenas para el ánimo ni para la salud. Adquiría el periódico a primera hora del día siguiente al de la lotería antes de desayunar y, con él doblado bajo el brazo y docena y media de churros comprados en la chocolatería San Ginés, regresaba a casa, donde su mujer, su suegra e Isabelilla lo esperaban con un pucherito de chocolate. Era un rito que se repetía todos los años. Entre churro y churro les leía las noticias referentes al sorteo y dejaba para el final la lista de los números premiados.

—No conozco a nadie que se haya hecho rico jugando a la lotería —declaraba con ironía al constatar la decepción en los rostros de las tres mujeres.

A continuación alegaba un trabajillo pendiente y bajaba al taller para comprobar uno a uno los números agraciados y cotejarlos con el que aparecía en su billete. Todos los años juraba no volver a caer en la trampa, no dejarse engatusar por los vendedores de espejismos; ya se sabía, al menos él sí, que aquello de la lotería era sólo un tejemaneje del Gobierno para sacar las perras a los ciudadanos, otro más, pero olvidaba su promesa a medida que se acercaba la fecha del sorteo y escuchaba a la gente hablar ilusionada sobre lo que haría si le tocara un pellizco de fortuna. A fin de cuentas, se decía, tres pesetas no eran muchas si alimentaban la esperanza de los pobres durante unas semanas.

—¡Pues claro que cobra! —respondió Eulalia—. A ver, si no, cómo iba a vivir la pobre con las cuarenta pesetas de pensión al mes que le quedaron

a la muerte de su marido, y eso que era funcionario de correos.

—¿Y hay quien paga para que ella le lea el futuro?

—Naturalmente, es un servicio como cualquier otro.

—¿Tú también le pagas?

—No, a mí me lo hace como amiga, así que ahora me toca corresponder. La cuestión es que necesita una habitación cerca de la puerta de la entrada y había pensado que don Juan José podría pasar a otra, una de las que dan al patio.

—¿Y por qué no la pones en el cuarto de tu madre? —preguntó Antón, súbitamente iluminado—. Es el más grande y el más cercano a la puerta de la calle.

—¡Hereje! ¡Sólo lleva un día enterrada y ya quieres que me olvide de ella! —exclamó Eulalia enfurecida—. Además, ¿dónde voy a dormir yo?

—Donde debes, conmigo.

Le vino de pronto a la mente el recuerdo de la noche anterior con la Virtudes. Ciertamente había sido infiel en un momento en que ya empezaba a estar harto de la situación, pues durante las últimas tres semanas no había catado el fruto prohibido, que no era tal, puesto que había sido bendecido por un cura como Dios manda, ni siquiera de extranjís, debido a que era casi imposible encontrarse a solas con su mujer en un piso lleno de gente, pero la culpa de su infidelidad era de ella por olvidar sus obligaciones conyugales. Se levantó de la mesa, cerró la puerta de la cocina con el pestillo y se giró con una mirada que ella conocía bien.

—¿No irás a sobrepasarte? —le preguntó—. No olvides que estamos de luto y no es decente hacer...

La acalló con un beso y se enlazaron de pie, contra la pared que estaba junto al fogón.

—Definitivamente es mucho más cómodo hacerlo en la cama —dijo Antón con la respiración entrecortada antes de salir de la cocina

La pitonisa fue instalada en la habitación de la señora Fuensanta y pudo recibir a sus clientes de los martes y viernes, quienes habían sido advertidos del cambio por el profesor mediante una nota escrita con su mejor caligrafía y que Antón clavó en la puerta del primer piso. Pero antes fue preciso

desmontar el cuarto de arriba abajo. Todos los alojados en la pensión, incluidos don Juan José y la propia Patrocinio, participaron en el desmontaje y posterior montaje de los muebles de la difunta, ya que Eulalia, con suspiros y ayes, insistió en llevárselos a su dormitorio y Antón no rechistó si con ello volvía a dormir a su lado. Además la nueva inquilina también quería sus enseres, de forma que los hombres cargaron con el armario, la cómoda, el tocador, la cama y la mesa donde leía las cartas, mientras las mujeres subían sábanas, sobrecamas, cortinas, tapetes, figuritas y varias cajas de objetos necesarios, un montón de velas entre otros, para crear el ambiente que los clientes esperaban encontrar en un lugar de adivinación. Los muebles de la habitación de los dueños fueron repartidos entre los demás cuartos.

Con la disculpa del traslado, Antón había examinado cada uno de los rincones del dormitorio. Wallinstein hizo lo mismo al llegar después del trabajo y echar una mano. No encontraron nada sospechoso y se miraron un tanto descorazonados. Tendrían que seguir buscando hasta encontrar la misteriosa cerradura que abría la llave oculta tras el cuadro de la Virgen de la Fuensanta, que, por cierto, Eulalia exigió que su marido colocase encima de la cabecera de la cama de su madre, como siempre había estado. Éste hizo lo que le pedía, lo descolgó y lo colgó de nuevo sin dejar que ella lo cogiera por si acaso ignoraba la existencia de la llave. Aquel día todos se acostaron antes de lo previsto, agotados por el esfuerzo y sin ganas de alargar la velada como venían haciendo desde comienzos del verano, si bien el abogado fue el último en apagar el quinqué.

Cecilia Beltrán apenas le había dirigido la palabra en la oficina, una actitud cuando menos extraña para alguien que lo había invitado a pasar la noche en su casa de la sierra. Se había limitado a saludarlo y comunicarle que ya había redactado el informe Mendoza, por lo que podía olvidarse del asunto. Él estuvo a punto de comentarle su descubrimiento en el cementerio, pero se abstuvo; se encerró en el archivo y se dispuso a ordenar el papeleo de la última semana, que llenaba su mesa. Volvía de nuevo a la rutina. Su padre solía decir que no existía ocupación aburrida si se hacía bien y se ponía interés, que siempre había algo que aprender, incluso en los

trabajos más humildes. Quizá tenía razón, pero era difícil interesarse por una labor tan tediosa como la de archivar convocatorias, declaraciones, resoluciones judiciales, denuncias o testamentos, entre otras cosas, de personas desconocidas para él. Había miles de nombres en las carpetas guardadas en archivadores alineados por orden alfabético, algunas de las cuales constituirían un buen material de documentación para un investigador sesudo o un autor de novelas, pero él no había nacido para escribir obras literarias, se conformaba con leer las de otros, como, por ejemplo, las de Alejandro Dumas. La última que había sacado de la biblioteca, *El conde de Montecristo*, que narraba la venganza del protagonista por la traición de quienes creía sus amigos, le había robado horas de sueño. Si él tuviera la pluma y la imaginación del autor francés, desempolvaría alguno de aquellos documentos y escribiría una magnífica historia de infidelidades, maquinaciones y crímenes.

Se detuvo, aturdido por una idea que acababa de cruzar por su cabeza, alargó la mano hacia el grueso archivador en cuyo lomo podía leerse en letra cursiva «*Méndez-Menoyo*» y buscó la carpeta correspondiente a «*Mendoza*». Había varias, pero a él sólo le interesaba una: aquella en la que estaba escrito el nombre del desaparecido Carlos José Mendoza y Alcañizar. La abrió, presa de la excitación, pero sólo encontró dentro una copia de su certificado de matrimonio, ningún documento sobre herencias, pleitos o cualquier clase de turbio asunto que diera una pista sobre su desaparición. Cerró la carpeta, pero la volvió a abrir y sus ojos buscaron un nombre que aparecía en el certificado de matrimonio, el de Elvira Artigas y... Beltrán de Salazar. Aguantó como pudo el resto de la jornada laboral, vio marchar al director y a la señorita Beltrán, esperó a que no quedasen más que un par de empleados de la administración del bufete y salió llevando bien agarrado su portafolio. Al llegar a La Universal pensó en encerrarse en su habitación y examinar los documentos que había tomado «prestados» y que deberían estar de nuevo en su sitio a primera hora del día siguiente, pero se encontró con el asunto del traslado y no tuvo más remedio que arrimar el hombro como los demás, aunque se retiró a su habitación en cuanto acabó de cenar.

En su cuarto tenía una mesa más propia de un despacho, que apenas cabía con holgura en la estancia y bajo cuya pata había tenido que poner un papel doblado para que no cojera, pero que le venía muy bien para dibujar y colocar sus libros.

Retiró dibujos y volúmenes y sacó los documentos extraídos del archivo: dos voluminosas carpetas con los nombres de «*Alcañizar*» y «*Beltrán de Solazar*». Permaneció despierto hasta la medianoche, entonces, volvió a guardar los papeles en el portafolio, puso en hora su reloj de oro, único objeto de valor heredado de su padre, a fin de levantarse a tiempo para estar en la oficina antes que el resto de los empleados, y se acostó. Para cuando el personal de Alcañizar y Asociados llegó a la oficina a la mañana siguiente, hacía rato que él se encontraba allí; había devuelto las carpetas a su sitio y archivado la mayor parte de los documentos que la víspera se apilaban sobre su mesa. No había desayunado y, hacia las diez de la mañana, salió del bufete, topándose con la señorita Beltrán en el portal del inmueble.

—¿Adónde va usted? —le preguntó ella sorprendida.

—A desayunar —respondió a la vez que alzaba el sombrero a modo de hola y adiós.

Entró en el Café de Platerías, pidió un café con leche y una ensaimada, se sentó a una mesa junto al ventanal que daba a la calle e intentó pensar en la información que ahora poseía.

La supuesta «viuda» de Mendoza, Elvira, era la sobrina de Cecilia Beltrán, la hija de su hermana Josefina, y también la sobrina de Alcañizar, según aparecía en el testamento del padre de don Ramón. Esta parte del asunto le había resultado complicada de entender hasta dar con las últimas voluntades del padre del director del bufete, quien legaba una pequeña parte de su fortuna al hijo del primer matrimonio de su mujer, Juan Artigas, dejando el resto a su heredero legítimo, Ramón, y a otra hija, de nombre Elisa. Así pues, su jefe y el padre de Elvira, el novio traidor de Cecilia, eran hermanastros. Por lo tanto, la secretaria y el principal de la firma eran concuñados. Había tenido que elaborar una especie de árbol genealógico para no perderse entre tanto nombre. Se imaginó a la secretaria, abandonada

con el traje de novia ya confeccionado, humillada y herida, y a don Ramón, avergonzado por el comportamiento de su hermano por parte de madre, ofreciéndole una ocupación para olvidar el mal trance hasta que encontrara a un hombre con quien matrimoniar, cosa que no había ocurrido, quizá porque la experiencia la había marcado para toda la vida o porque, tal vez, había decidido quedarse soltera, por aquello de que más valía estar sola que mal acompañada. Cuando era chaval, en Nuevo Baztán había oído contar una historia bastante parecida, sólo que en aquel caso los protagonistas eran labradores, la hermana casada había muerto y la despechada había ocupado por fin el lugar que le correspondía, aunque había hecho pagar con creces el desaire al marido porque, según decían, lo llevaba hecho unos zorros y controlaba todos y cada uno de los céntimos que entraban en su casa. Y tampoco había hijos del primer matrimonio.

Pero todavía le faltaba una pieza en el rompecabezas que no había podido encontrar en los documentos: ¿quién diablos era Carlos José Mendoza y Alcañizar? ¿Un primo? En su certificado de matrimonio constaba que era natural de Madrid, pero ¿de dónde de Madrid? ¿En qué parroquia había sido bautizado? ¿Quiénes eran sus padres?

—¿En qué está usted pensando?

A Wallinstein por poco se le cae la taza de café. Tan absorto estaba que no había visto a Cecilia Beltrán observándolo a través del ventanal, ni tampoco se había dado cuenta de que ella había entrado en el local y se hallaba a su lado, escrutándolo con atención, como intentando averiguar sus pensamientos. En buena hora se le había ocurrido dejar su libreta de anotaciones en la pensión, pensó, porque lo mismo podría haberlo pillado in fraganti consultando los apuntes o los nombres de su complicada familia. Sin darle tiempo a responder, la secretaria se sentó frente a él, pidió un café con leche y abonó la cuenta de ambos, sacando la cartera de su bolso y alargando al camarero un billete de cinco pesetas con un ademán de estudiada indiferencia. Al joven le dio la impresión de que el camarero conocía a la señorita Beltrán, pues no levantó una ceja al coger el dinero de manos de una mujer y darle los cambios, algo que sí hizo el caballero sentado a la mesa contigua, acompañando el gesto con un movimiento de

cabeza que indicaba claramente su bochorno ante una actitud tan poco femenina.

—No me ha contestado —insistió Cecilia—. ¿En qué estaba usted pensando?

—En nada en particular —respondió.

—¿Y por qué ha salido de la oficina a media mañana? Sabe usted que a don Ramón no le agrada que los empleados se ausenten de su puesto sin una explicación.

—He venido muy temprano esta mañana, sin desayunar, y necesitaba tomar algo.

—¿Por qué motivo? —insistió ella sin dejar de mirarle a los ojos.

—No podía dormir; el calor, imagino.

—Me han dicho que el domingo lo vieron en la Sacramental de San Pedro y San Andrés.

La mujer lo miraba directamente a los ojos y el joven tuvo la sospecha de que no se trataba de un simple comentario.

—Acompañé a la familia de mi casero al entierro de su suegra —se molestó en explicar, y añadió—: En el cementerio me crucé con la esposa de Carlos José Mendoza y otra señora, quien, por cierto, se parecía mucho a usted.

Ya estaba dicho. Él había movido su ficha y ahora le tocaba a la reina hacer el siguiente movimiento, que supiese que no era el pardillo que ella imaginaba. Durante unos instantes ambos se observaron sin que ninguno de los dos dejase traslucir sus pensamientos.

—¿Le agrada a usted trabajar en Alcañizar y Asociados? —lo interpeló ella de pronto.

La pregunta sonó como una amenaza en los oídos del joven, miró su reloj de bolsillo y se levantó.

—Es tarde.

Hicieron el trayecto de vuelta a la oficina en silencio, pero, antes de entrar, la señorita Beltrán lo asió por el brazo.

—Tenga usted cuidado, Ignacio, hay muchos ojos observándolo.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Iba para tres meses que La Universal estaba abierta y no había rastro de las ganancias que Antón Ozaeta pensaba obtener con el negocio. De los cinco huéspedes, sólo pagaban el abogado y doña Patrocinio, además de los dos tratantes de Talavera, a quienes habían reservado uno de los cuartos de la casa, pero cuyas seis pesetas por noche, cuatro noches al mes, tampoco era como para echar cohetes. No sólo eso, él había imaginado su particular cuento de la lechera sin pensar en el gasto que suponía la manutención, y allí todo el mundo se apuntaba a las tres comidas diarias, como en una fonda. Eran diez bocas que alimentar, once si contaba a Benigno, que aparecía un día sí y otro también a la hora de la comida, y muchas veces a la de la cena, además de los tratantes, que a veces no cenaban, pero siempre desayunaban. Ciertamente que Pepe Cantonal también abonaba parte de los gastos con el dinerillo que sacaba descargando bultos en el mercado, pero casi nunca era suficiente. De continuar igual, el invierno iba a resultar peliagudo, puesto que los trabajitos que le llegaban al taller eran eso, trabajos de poca monta, sus ahorros habían casi desaparecido, Eulalia continuaba emperrada en no salir a planchar y no podía echar de la casa al profesor, ni a su amigo Pepe, ni a la Virtudes, ni a Isidoro; tampoco a Casilda, cuyo cometido ya no era imprescindible una vez fallecida su suegra. A ninguno podía decirle que se fuera, así, por las buenas; se conocían y apreciaban, compartían muchas horas juntos, hablaban, reían.

No sería caritativo, ni solidario, pero era necesario idear algo para salir de la situación.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó a don Juan José, una tarde en que ambos repasaban las cuentas en la mesa de la cocina.

El profesor no supo qué responder; se sentía culpable porque, además de no pagar por la habitación, en agosto no había clases en el hospicio y, por la misma regla, no aportaba a la despensa comunal su ración de galletas y dulces de las monjas.

El sonido de una charanga interrumpió su conversación y ambos se asomaron a la ventana. Por la cuesta, bajaba un grupo de cuatro personas, dos tocando la corneta y uno el tambor; el cuarto llevaba, clavado en un mástil, un enorme cartel del Teatro Circo de Price en el que se anunciaba la función del día. Detrás, cual un enjambre de polillas, la chiquillería desfilaba imitando a los soldados en medio de la algazara. Antón sonrió. Ya ni recordaba la última vez que había asistido al circo o al teatro. En alguna ocasión, pocas, había acompañado a su mujer y a la madre de ésta a la zarzuela, pero en los últimos tres años su suegra había perdido el gusto por el espectáculo, debido a que se había empeñado en asistir al estreno de una zarzuela de Chapí en el Apolo. Sentía por el maestro casi tanta veneración como por su Virgen de la Fuensanta, quizá porque ambos eran oriundos de la costa mediterránea o, tal vez, porque, en vida de su difunto marido, gran amante del género, no se había perdido ni uno solo de los más de cien estrenos del prolífico autor. El caso fue que sólo encontraron entradas para la cuarta función y, a pesar de que él aconsejó dejarlo para el día siguiente, pues a la última sesión acudían sobre todo hombres, y no precisamente recomendables, su suegra respondió que entonces no sería lo mismo, y allá se fueron los tres. En mala hora. Ya ni se acordaba del título de la zarzuela en un acto, pero sí de la pitada y el alboroto organizado por los espectadores a quienes la obra no convenció; hasta botellas y todo cayeron en el escenario. Los actuantes no se atrevieron a salir a saludar, y mucho menos el autor, pero fueron, sobre todo, los gestos y palabras soeces dirigidos por una parte del público, a quienes otros reclamaban algo de compostura, su suegra entre ellos, lo que más impresión le causó a la señora Fuensanta. A

partir de aquel día, decidió no volver al teatro y, como era ella la que pagaba las entradas, él tampoco volvió.

El circo era otra cosa. Le traía recuerdos de su infancia en Vitoria. Al igual que los chiquillos que acababan de pasar por delante de su ventana, sus hermanos y él también corrían por la calle de la Estación, detrás de los cómicos que llegaban a la ciudad para las fiestas de la Blanca. Se sentaban en el suelo de la plaza Vieja y los veían actuar, hacer equilibrios, dar volteretas. A veces las compañías eran pobres y su actuación también; otras, traían caballos sobre los cuales los artistas hacían piruetas, o una cabra que subía por una escalera, o un oso que bailaba al son de la música, pero fueran pobres o vistosos, todos, niños y mayores, disfrutaban con el espectáculo y echaban después unos céntimos en la gorra que un niño, o quizá un enano, pasaba entre los espectadores. Él siempre guardaba una perra chica, incluso una gorda, para echarles, porque su padre aseguraba que el trabajo gratis era propio de esclavos y los titiriteros no lo eran. En una ocasión, cuando sólo tenía ocho años, se enamoró de la niña con tirabuzones que cabalgaba a lomos de un precioso caballo blanco y hacía toda clase de acrobacias. Acudió todos los días a verla, pero se le acabó la peseta que le habían dado para gastar y, avergonzado, salía corriendo en cuanto acababa la función. Incluso pensó en huir, hacerse él también circense para recorrer el país en busca de aventuras, al lado de la niña de los tirabuzones. Tardó demasiado en tomar la decisión, y al volver a la plaza al día siguiente se encontró con que el circo ya se había marchado.

—La música alegra los ánimos —sentenció don Juan José a su lado—. Incluso la de una charanga, aunque podría discutirse si eso que suena es música o sólo ruido. ¿Sabe usted tocar algún tipo de instrumento?

La voz de don Juan José lo sacó de sus cavilaciones.

—No, no sé, pero aunque sea inmodesto por mi parte decirlo, tengo una buena voz de tenor y disfruto cantando cuplés o romanzas sin demasiada complicación. ¿Y usted?

—Solía tocar el piano. Mi madre, que en paz descansa, me enseñó desde pequeño. Ella tocaba de maravilla, pero el instrumento se lo quedó mi hermana mayor, quien, por cierto, no tenía ni idea de música. Ya sabe usted

que algunas personas arramblan con todo lo que pueden, aunque no les vaya a ser de ninguna utilidad.

—¿Y ya no toca?

—No desde que perdí mi trabajo. Antes, acostumbraba a acudir al Eslava a la hora de comer, a practicar un poco, pero tenía que pagarle al encargado para que me dejara utilizar el piano y ahora no me lo puedo permitir.

Antón hizo memoria, pero no conocía a nadie que tuviese un piano, aunque se prometió no olvidar el asunto. Siempre había sentido una envidia sana por la gente capaz de hacer algo artístico: pintar, cantar, tocar un instrumento; por los malabaristas, trapecistas, payasos. Tenía que ser algo muy gratificante hacer disfrutar a la gente.

—¡Tengo entradas para el Teatro Circo!

Pepe Cantonal entró en la cocina como una exhalación agitando cinco billetes en la mano.

—¿Y eso? —le preguntó su amigo un tanto mosqueado.

—Me las ha dado uno que trabaja de electricista en el Price.

—¿Así, por las buenas?

—Sí, por las buenas —respondió el anarquista a la defensiva—. Somos camaradas desde la huelga, y los camaradas se prestan servicios.

Antón lo miró intentando averiguar si le estaba recordando lo de la Virtudes con aquello de los «servicios», pero la cara de boxeador castigado de su amigo no mostraba ninguna segunda intención.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó.

—Ir al circo, ¡diablos! Nos vamos a la sesión de las ocho, Virtudes, Eulalia, tú y yo, y uno más.

—¿Quién?

—No lo sé. Habrá que echarlo a suertes.

—¿A usted le gustaría ir, don Juan José? —preguntó el casero al profesor, quien tenía los ojos fijos en las entradas que Pepe había depositado sobre la mesa.

—Me gustaría, sí, pero no sería justo para los demás —respondió el hombre en tono resignado—. Creo que lo mejor sería hacer lo que ha

propuesto el señor Cantonal, es decir, sortear el billete.

La cuestión resultó más complicada de lo que en principio aparentaba, pues todos querían ir al espectáculo, pero nadie deseaba que los demás se quedasen sin verlo. Incluso hubo un momento en que el propio Cantonal, en un alarde de caballerosidad que a él mismo dejó asombrado y del que se arrepintió al instante, propuso que fueran las mujeres, puesto que cinco eran los boletos y cinco las féminas que vivían en la casa. La propuesta fue rechazada por unanimidad por parte de ellas. Alguien propuso a su vez que se sortearan las cinco entradas, pero la idea tampoco prosperó. Finalmente, decidieron hacer las cuentas y aportar un fondo común, quien pudiera, para poder adquirir las otras cinco. La llegada del abogado acompañado por Benigno, con quien había coincidido en el portal, obligó a replantear el tema y hacer de nuevo los números, puesto que ahora eran dos más. La cuestión quedó por fin solventada y una hora más tarde la casa quedaba vacía por primera vez en tres meses.

Al salir en tropel por el portal, tropezaron con el vecino que vivía en el antiguo piso de doña Patrocinio. La mujer hizo como que no lo veía y no respondió a su saludo, aunque los demás sí lo hicieron, pero sin demasiado entusiasmo.

El nuevo inquilino era un personaje extraño y poco comunicativo. Antón había intentado entablar conversación con él, pocos días después de que ocupara la vivienda del primero, pero el hombre apenas había respondido con monosílabos. De hecho, conocían su nombre, Paulino Flórez, por un telegrama que el cartero había entregado en La Universal, creyendo que se trataría de uno de los huéspedes. Nunca había llegado un telegrama a la pensión y, después de enviar al cartero al piso de abajo, dejaron la puerta abierta a fin de enterarse de la razón de tan inusitado acontecimiento. No escucharon nada, únicamente la puerta al cerrarse, y se quedaron con las ganas, al igual que el funcionario de correos, acostumbrado a recibir una propina si las noticias eran buenas y a consolar al destinatario si eran malas. De todas formas, si el vecino del primero era un huraño, allá él; ahí se quedaba con sus malos modos, mientras ellos se divertían en el Teatro Circo.

Los asientos de galería quedaban un tanto lejos del escenario, pero no les importó porque el caso era salir, olvidar las últimas semanas, el calor, los problemas que los acuciaban, la falta de trabajo... Rieron las gracias de los payasos y sus perros saltarines; se quedaron pasmados al ver a un solo hombre, «el más fuerte del mundo», según anunció el director, capaz de sostener a otros tres sobre sus hombros; gritaron asustados en el número de los voladores que parecía iban a caer al suelo de un momento a otro y se desternillaron con la pantomima «Una noche agitada en un restaurante parisiense». Al finalizar el espectáculo circense, se proyectaron tres películas para sorpresa del público, que no se lo esperaba, y que fueron acogidas con exclamaciones de alegría. Cada una no duraba más de unos minutos, suficientes para quienes, como Isidoro o la Isabelilla, no habían tenido la oportunidad hasta entonces de conocer el invento del cinematógrafo y contemplaron las proyecciones con las bocas abiertas por el asombro. La primera, unas escenas de una corrida de toros, fue jaleada por los aficionados; le siguió una bendición del papa Pío X desde el balcón del Vaticano que recibió algún que otro silbido, inmediatamente acallado por la mayoría del público; la tercera consistía en unas escenas de la boda del rey. Tras unos instantes de silencio, algunos espectadores que ocupaban asientos en el anfiteatro y la galería comenzaron a abuchear, puesto que todo el mundo sabía que había tenido lugar un banquete, como si nada hubiese ocurrido, tan sólo horas después del atentado que había dejado el final de la calle Mayor sembrado de muertos y heridos. Los del patio de butacas respondieron mandando callar y los de arriba les lanzaron escupitajos e incluso algún que otro zapato. Para entonces la película había finalizado y se encendieron las luces, de manera que los antagonistas podían verse las caras, y la bronca arreció con fuerza, sin que nadie pareciese tener prisa en abandonar el teatro, como si la trifulca fuera parte del espectáculo. La guardia urbana no tardó en hacer acto de presencia y en llevarse a la comisaría a unos cuantos vocingleros de la galería, aunque dejó salir sin problemas al pequeño grupo de La Universal, gracias a que Benigno hizo valer su pertenencia al cuerpo y respondió por los amigos.

Con el ánimo alegre por la representación y estimulados por el altercado, en el que tanto Cantonal como Isidoro habían tomado parte activa, regresaron a la calle del Rollo en animada conversación. Incluso Eulalia parecía más contenta que de costumbre, lo que hizo pensar a su marido que aquella noche habría francachela, pues ella insistía en que seguía de luto a pesar de dormir juntos. Ya no tenía disculpa; si podía ir al circo, también podía cumplir con él. De todos modos, fue un pensamiento al que únicamente dedicó unos instantes, ya que tenía la cabeza llena de piruetas, perros amaestrados, acróbatas voladores, Amazonas sobre caballos de largas crines, payasos, bailarines, comediantes... Había disfrutado como cuando era niño en la plaza Vieja de Vitoria, si no más. Se imaginaba a sí mismo subido a la cuerda floja o, mejor, haciendo cabriolas sobre una bicicleta. Hacía tiempo que no lo intentaba, pero en sus años mozos lograba hacer equilibrios que provocaban los gritos de su madre, temerosa de que fuera a romperse la crisma. Sonrió recordándolo y se prometió probar con la vieja máquina llena de polvo que guardaba en el taller y que no había utilizado por lo menos en los últimos dos años porque se había estropeado el eje del pedalier y no lo había arreglado, quizá porque el velocípedo le recordaba sus sueños juveniles nunca llevados a cabo.

—Y cuando ocurra la revolución, ¿seremos todos ricos?

La pregunta de Isidoro provocó las risas. No habían tomado nada antes de la función y se disponían a comer unas tortillas de patatas, con más patata que huevo. Era tarde, pero ninguno tenía que levantarse a una hora fija para ir a trabajar, a excepción de Wallinstein, y a éste le gustaba trasnochar.

—No es así de sencillo, querido muchacho —respondió el profesor calándose las gafas—. Las revoluciones cambian la situación política de los países, no lo negaré, pero provocan tantos desastres como las guerras. Muere gente, se incendian las fábricas, se pasa hambre. Después aparece una nueva clase dirigente que gobierna y...

—¡Se forra! —exclamó Cantonal.

—Y tiene que pasar el tiempo para comprobar si ha valido la pena o no —puntualizó don Juan José.

—¿En España ha habido alguna revolución? —insistió el chaval, fijo en su idea.

—Varias; a la última la llamaron la Gloriosa. Echaron a la abuela del actual rey y se proclamó la república.

—¡Viva la república! —gritó Antón, en cuyos ojos seguían brillando las estrellas del circo.

—¡Que te van a oír! —le reprendió su mujer.

—¡Que me oigan! A ver si uno no va a poder decir lo que piensa, además, que yo sepa, no está prohibido dar vivas a la república.

—¿Qué diferencia hay entre el rey y la república? —volvió Isidoro a la carga.

—Son la misma bazofia —respondió Cantonal—. No necesitamos gobernantes de ningún tipo. Podemos organizarnos y valernos solos en nombre de la fraternidad entre los seres humanos. ¡Viva la anarquía!

—¡Hombre, Pepe! No nos venga usted ahora con discursos anarquistas, que servidor es funcionario público y estaba presente cuando uno de los suyos soltó una bomba y mató a decenas de personas que habían ido a ver un desfile.

Benigno se había puesto en pie muy serio, como para dar más énfasis a sus palabras.

—Y usted no nos venga metiendo a todos los anarquistas en el mismo saco, que descerebrados hay en todas partes —respondió Cantonal poniéndose también en pie.

—En realidad, la palabra «anarquía» proviene del griego anarchos, que significa «no amo», o lo que es lo mismo «sin amos» —intervino don Juan José para calmar los ánimos—, pero es una utopía. Siempre habrá quien mande y quien obedezca. ¿Qué opina usted, don Ignacio?

El abogado escuchaba la conversación sin intervenir. En su último año de estudios, había participado en las huelgas de estudiantes, que habían acabado con un muerto, varios heridos y la caída del ministro de Educación, quien había optado por la mano dura, en lugar del diálogo, y enviado al ejército contra los jóvenes armados con piedras. A punto de acabar la carrera, se había arriesgado, al igual que los demás, a ser expulsado de la

universidad y, a fin de cuentas, no se había solucionado nada. La lucha del ser humano era una batalla continua entre quienes detentaban el poder y quienes no, pero el profesor tenía razón. Aunque alguna vez las tornas diesen la vuelta, siempre habría unos pocos arriba y los demás abajo.

—Por cierto, señor Wallinstein, he estado investigando su asunto.

La intervención de Benigno evitó que tuviese que responder a una pregunta que no le apetecía contestar.

—¿Mi asunto?

—Sí, hombre, el del desaparecido aquel de Manzanares el Real.

Levantó las cejas sorprendido. Había decidido no volver a pensar en ello desde su encuentro con la señorita Beltrán en el Café de Platerías y la velada amenaza por parte de ella. A él ni le iba ni le venía si un señor de la alta burguesía desaparecía, era asesinado o se hacía el muerto, pero, por el momento, no podía permitirse el lujo de perder el puesto de trabajo, vista la situación del país y la falta de posibilidades laborales. No tenía amistades para enchufarlo en algún ministerio, diputación o ayuntamiento, ni capital para especular, ni un braguetazo a la vista, sólo su diploma de abogado y, eso sí, toda la paciencia que hiciese falta para progresar en su carrera, aunque para ello tuviese que afiliarse a uno de los dos partidos que se repartían el poder. Aquella misma mañana se había encontrado en la calle con un antiguo condiscípulo, el más vago y calavera de todos los que había conocido, a quien le había faltado tiempo para informarle de que trabajaba en el Ministerio de Justicia y esperaba llegar a juez en pocos años o, se lo estaba pensando, a diputado en Cortes.

—¿Y eso? —le había preguntado él.

—Si quieres medrar, amigo mío, métete en política —había respondido el otro con una sonrisa que lo decía todo.

No estaba muy seguro de querer probar, si bien tampoco estaba por la labor de pasarse el resto de la vida realizando cometidos de pasante por un sueldo que no le llegaría para fundar una familia, si es que encontraba a la mujer adecuada, y, al pensar en dicha posibilidad, miró a Casilda, que estaba sentada a la otra punta de la mesa.

—Como le digo —prosiguió Benigno—, ayer me pasé por el depósito de cadáveres del Hospital de la Caridad, que es adonde van a parar la mayoría de los cuerpos sin reclamar, puesto que dispone de una sala de disección...

—¿Una sala de qué? —preguntó Eulalia, especialmente sensible a los temas funerarios desde la muerte de su madre.

—Disección.

—¿Y eso qué es?

—Pues..., ¿cómo te diría yo...? Es un lugar donde se examinan los órganos de personas y animales para fines científicos, para saber cómo han muerto o yo qué sé.

—¿Cortan en cachos a los muertos? —Eulalia estaba horrorizada.

—Mujer, dicho así...

Para zanjar la cuestión y no verse obligado a responder a preguntas que ignoraba, Benigno explicó que había ido al Hospital de la Caridad porque allí disponían de un registro muy detallado y, además, conocía al bedel, quien a su vez le presentó a una monja de las de bigote, pero muy servicial. Le contó una mentira a medias, confesó, sobre un amigo que había desaparecido y que a él se le había ocurrido que, quizá, hubiese sufrido un accidente o algo por el estilo y nadie se hubiese enterado. Así que andaba en averiguaciones por si podía servir de algo, ya que sus amigos eran muy religiosos y, claro, la familia querría un funeral y un entierro decente en caso de que el hombre hubiese muerto. Le dijo que había desaparecido el día de la boda real, o por esas fechas, pero que le constaba que no había asistido al desfile, así que, por lo tanto, no podría ser uno de los fallecidos en el atentado. La monja consultó los archivos y le informó de que por aquellas fechas habían ingresado cinco cadáveres sin reclamar, tres de ellos mujeres, un muchacho y un hombre de mediana edad. A este último lo habían encontrado flotando medio desnudo en el Manzanares, a la altura del Puente del Rey. No llevaba identificación alguna, tenía la cara hinchada y deforme y un corte profundo en la garganta, causa segura de la muerte. El pobre hombre estaba en tan mal estado que no había servido ni para la sala de disección y lo habían enterrado en una fosa común, eso sí, con la debida

presencia del capellán del hospital y varias monjas que habían rezado por su alma, aunque no sirviese para mucho, añadió la religiosa, porque uno no aparecía así como así con el cuello cortado si no andaba en malas compañías.

—Le pregunté si no tenía alguna señal, cicatriz o algo por el estilo que pudiera dar una pista a la familia —prosiguió Benigno, encantado ante la expectación levantada entre sus oyentes, tan atentos que las tortillas se habían quedado frías encima de la mesa— y me contestó que no, que lo único que había era una alianza.

—Leí la noticia en un diario el día en que buscaba nombre para la pensión —recordó Antón—, pero estamos igual que antes.

—No del todo, porque...

El guardia urbano disfrutó de su momento de gloria y miró uno a uno a sus oyentes.

—¡Diablos! ¡Dígalo ya de una vez! —explotó Cantonal.

Benigno metió los dedos en el bolsillo de su chaleco y mostró un anillo de oro en la palma de la mano.

—¿Lo ha robado usted? —preguntó Isidoro.

—¡Naturalmente que no! —exclamó el hombre indignado—. Le pedí a la monja que me lo prestara para enseñárselo a la familia y prometí devolverlo en un par de días.

—Es una alianza como otra cualquiera, aunque un poco más ancha; yo también tengo la mía —afirmó Antón mostrando el anillo de oro de su dedo anular.

—Pero ésta, querido amigo, tiene algo escrito. Véalo usted, don Ignacio.

Benigno alargó el anillo a Wallinstein y todos se levantaron de sus sillas, arremolinándose alrededor del abogado, de forma que a éste le era imposible leer por falta de luz hasta que Virtudes acercó el quinqué y obligó a los demás a dejar espacio.

—«Siempre te amaré. C.» —leyó despacio el abogado.

—A ver cuándo me regalas una sortija con dedicatoria —le dijo Eulalia a su marido.

—Cuando seamos ricos y, por cierto, se me ha ocurrido una cosa que puede sacarnos del atolladero.

—¿Se ha fijado usted, don Ignacio? —preguntó Benigno—. La inicial es la misma que la del breve del periódico.

—Me he fijado, sí, señor.

—No tiene nada de extraño —apuntó Cantonal— si el tipo mantenía relaciones con una mujer.

—Sí lo tiene, porque ésta es una alianza de matrimonio y el nombre de la mujer de Mendoza empieza por e, de Elvira. Parece que, finalmente, hemos encontrado a nuestro hombre.

—A lo mejor resulta que el *espabilao* era bigamo. ¡No será el primero! Yo conocí a uno que tenía dos mujeres y dos familias, una en Alcalá y la otra en Pozuelo, hasta que lo pillaron y fue a parar a la cárcel. Y digo yo, ¿a quién le importa lo que cada cual haga con su vida? ¿No tienen los moros varias mujeres?

—Pero sólo si pueden mantenerlas a todas al mismo nivel —señaló el profesor.

—Bueno, entonces igual que aquí.

—No le entiendo...

—Sí, hombre. Virtudes puede contarle a usted todo lo que quiera saber de las mantenidas por los señorones madrileños. Que mucha misa, mucho rosario, mucha adoración nocturna y procesiones, pero luego a ponerles piso a las queridas y a fornicar a gusto. ¿A que sí, chula?

—Ay, si yo les contara a ustedes...

—Es la pregunta más habitual de las señoras que vienen a la consulta —intervino doña Patrocinio—. La mayoría quieren saber si los maridos las engañan.

—¿Y usted qué les dice? —preguntó Antón un tanto mosqueado. ¡A ver si aquella curruca iba a contarle a Eulalia que la había engañado con la Virtudes!

—Yo no les digo nada, lo dicen las cartas.

—Bueno, ¿y qué dicen las cartas?

—Que sí en la mayoría de los casos, porque, si no, no harían esa clase de preguntas, ¿no cree usted? Si preguntan, es porque sospechan, y cuando una mujer sospecha, seguro que es por alguna razón, y es que los hombres son muy descuidados y dejan huellas por todas partes: un olor a perfume, una marca de carmín, un nombre dicho en sueños...

—¿Y las mujeres no dejan huella o qué? Ahí tiene usted el anillo y también la cita del periódico.

—*Cherchez la femme* —sentenció el profesor.

—¿Cherché qué? Por favor, don Juan José, no nos hable usted en latín, que aquí el único sabido es el señor Wallinstein.

—Es francés y significa «buscad a la mujer».

—¿Qué mujer? —Antón no se aclaraba.

—Aquella cuyo nombre comienza por ce. Seguro que si descubren quién es, averiguarán ustedes el motivo por el cual Mendoza acabó en el río con un tajo en el cuello.

—¡Pues sí que no hay nombres de mujer que empiecen por ce! Carmen, Consuelo, Constancia, Concepción...

—Cecilia —dijo el abogado, pensando en la señorita Beltrán.

—Celestina —añadió Virtudes, pensando en algo muy diferente.

—Candelaria —apuntó doña Patrocinio, por referencia a las velas de sus sesiones.

—Cristina —señaló Eulalia con la mente puesta en la reina madre.

—Ceferina —dijo Isidoro, recordando a una monja del orfelinato.

—Casilda —dijo Casilda, y todos se echaron a reír.

Había sido un día especial, lo habían pasado muy bien, los problemas habían quedado relegados durante unas horas y era ya el momento de acostarse. Antón se prometió que lo repetirían más a menudo; era bueno para todos. No había tenido ocasión de explicarles en qué consistía la idea que se le había ocurrido para salir del atolladero y no tener que cerrar la pensión, aunque mejor así. Tenía que darle más vueltas al asunto. Se metió en la cama y, para sorpresa de su mujer, no intentó yacer con ella, ni siquiera la besó. No la manoseó como acostumbraba y respondió con un par de palabras ininteligibles cuando ella le dio las buenas noches.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Eulalia miró a su marido convencida de que se había vuelto loco de remate y estuvo a punto de echarse a llorar. Lo que le faltaba, después de la muerte de su queridísima madre, era que Antón hubiese perdido el juicio y tuviese que internarlo en el manicomio de Leganés.

—Tú no estás bien de la cabeza —gimió— y quieres matarme a disgustos.

—Que no, mujer, que lo he estado pensando muy seriamente y puede funcionar.

—Ya te dije yo que lo de la pensión no era buena idea.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Los echamos a todos?

—Al final, acabaremos en la calle pidiendo limosna. ¡Ay, Señor, qué vida me estás dando!

—¿Quién va a pedir limosna?

Doña Patrocinio y Casilda entraban en ese momento en la cocina.

—Nosotros, porque este hombre tiene la mollera llena de serrín —respondió Eulalia y añadió—: Anda, cuéntales lo que se te ha ocurrido.

—Cuando estemos todos, que no quiero andar repitiéndome.

Instantes después los dueños de La Universal, sus huéspedes y prohijados se hallaban sentados a la mesa, ante una olla de cocido humeante, cuyos aromas provocaron más de un suspiro de los hambrientos comensales. Nadie se retrasaba a la hora de comer, ritual sagrado donde los hubiere para la mayoría de ellos, que no ignoraban la fragilidad de su

situación, aunque, por lo general, preferían no pensar en ello, pues Dios proveería, como bien aseguraba el ateo de Cantonal. El hambre era la peor de las plagas, vergüenza del ser humano; casi todos ellos la habían sufrido en un momento o en otro y podían volver a sufrirla, que no hacía falta sino darse una vuelta por la calle para descubrir gente en los huesos, pese a estar llenos teatros y tabernas.

—Queridos amigos —comenzó Antón Ozaeta, cual presidente de un consejo de administración—, no ignoráis que las cosas no van bien y que, de seguir así, habrá que cerrar la pensión y la mayoría de vosotros tendrá que buscarse otro lugar donde vivir. Le he estado dando muchas vueltas al asunto, pero la realidad es la que es: el trabajo escasea, los precios han subido un tercio en lo que va del año, no se puede vivir del aire y Eulalia y yo tampoco somos hermanitas de la Caridad.

Miró una por una a las personas que escuchaban sin casi atreverse a respirar. Apreciaba, incluso quería, a don Juan José, el maestro sabio, a Pepe y la Virtudes, al bueno de Benigno, a su protegida Casilda, a la Isabelilla, a Isidoro, a Ignacio Wallinstein y también a doña Patrocinio, a pesar de sus manías y sus cartas; eran amigos a quienes había acabado por conocer y con quienes compartía no sólo los alimentos, sino también los sentimientos. No quería perderlos.

—Así pues, para que sigamos juntos, he tenido una idea —prosiguió—: Que formemos una compañía circense, un circo, vamos.

La estupefacción más completa se plasmó en los rostros de sus oyentes, incapaces de decir nada, y Eulalia aprovechó el momento para llevarse el pañuelo a los ojos, declarar que su pobre marido se había vuelto loco y levantar la vista hacia el techo a la vez que se preguntaba qué había hecho mal en esta vida para que Dios la castigara dos veces en el mismo año. Sin dejarse amilanar por sus palabras ni por el desconcierto provocado en los demás, Antón se lanzó a explicarles su proyecto: una pequeña compañía de circo para moverse por los pueblos de los alrededores de Madrid, sólo un mes, en verano, suficiente para conseguir dinero para el resto del año. No se trataba, por supuesto, de equipararse a un gran circo, pues no contaban con grandes artistas extranjeros, como los contratados por el Price, pero estaba

convencido de que ellos eran capaces de hacer algo digno y con calidad. Por ejemplo, él mismo había desempolvado su bicicleta y pensaba practicar hasta recuperar sus habilidades juveniles, como la de andar sobre un solo pedal y utilizar la máquina a modo de caballo. Además, sería una aventura, disfrutarían de lo lindo, visitarían lugares que no conocían, harían reír a niños y a viejos y, sobre todo, sacarían algunos duros para no tener que separarse. Naturalmente, añadió, el señor Wallinstein y doña Patrocinio podrían encontrar otro lugar donde vivir, pero ¿y el resto?

—Pero ¿tú me ves a mí haciendo el payaso? —Cantonal fue el primero en preguntar—. Porque ya me dirás qué otra cosa puedo hacer.

—¿Y qué hay de malo en hacer reír a la gente? —le preguntó Antón a su vez—. Además, eres tú el que siempre está hablando del pacto voluntario entre las personas.

—No confundamos las cosas, amigo mío, que cuando yo digo eso, me estoy refiriendo al Gobierno.

—Esto también sería un pacto, entre nosotros. Y las ganancias irían a un fondo común para mantener la pensión.

—Tu negocio.

—¡No me toques las narices, Pepe, que nunca te he pedido un real desde que tú y Virtudes estáis en esta casa!

—Eso es cierto, camarada —reconoció el anarquista.

—Pero, señor Ozaeta —intervino don Juan José con semblante preocupado—, una compañía circense tiene que tener algo para presentar, y artistas, cosa que ninguno de nosotros es, con perdón.

—Se aprende, ¿o cree usted que los volatineros que vimos ayer han nacido sabidos? ¿No ha soñado nunca con hacer algo distinto?

—Me gusta la magia, pero...

—No se hable más. Se aprende usted algún truco y ya está.

La comida transcurrió en un jaleo tal que, de vez en cuando, Benigno tenía que imponer su autoridad y mandar callar para poder entenderse. Nadie, excepto Antón, veía viable el asunto del circo, pero eso no era óbice para que cada cual diera su opinión, incluso la silenciosa Isabelilla declaró que la idea le parecía muy divertida. Después se puso roja como un tomate

y no volvió a abrir la boca. Isidoro aseguró que él era capaz de hacer bailar al *Pitañas* y hacerle pasar por un aro, aunque antes tendría que lavarlo y quitarle las pulgas, porque un perro artista no era lo mismo que un chucho callejero.

—Tú podrías ser la mujer barbuda —dijo Cantonal dirigiéndose a Virtudes y soltando después una risotada grosera.

—Y también podría lanzarte hasta la otra punta de la cocina de un tortazo, majadero —respondió ella.

Se le adjudicó el puesto de mujer forzuda, cosa que, al parecer, no le disgustó en absoluto.

—Pues yo no sé si esto del circo es propio de una señora —apuntó doña Patrocinio al constatar que el casero tenía la mirada puesta en ella y una sonrisa sospechosa en los labios.

—De una dama remilgada tal vez no, pero sí de una pitonisa, capaz de leer las cartas, las líneas de la mano o la bola de cristal, si es preciso.

—Doña Patrocinio ya tiene aquí clientela suficiente como para andar por los pueblos haciendo el ridículo —cortó Eulalia, molesta por la euforia que veía a su alrededor.

—Bueno, hija, tampoco estaría mal darme a conocer en provincias —respondió la aludida, quien ya veía anunciado su nombre con luces de neón.

—Ya puede usted ir buscándose un nombre apropiado —señaló Antón como si le hubiese leído el pensamiento.

—¿Qué tiene de malo Patrocinio?

—Nada, nada, claro está, pero no sé..., ya estoy viendo el letrero: «Madame Pompadur, vidente».

A la mujer le brillaron los ojos y soltó una risita avergonzada, aunque, a la vista estaba, complacida. El profesor iba a opinar sobre que el nombre no era exactamente el de una vidente, pero prefirió dejarlo para otra ocasión. Aprovechó, sin embargo, para señalar que el señor Wallinstein era un maestro en el arte del dibujo y de la pintura; podría dibujar retratos a carboncillo, algo que, a buen seguro, sería apreciado en los pueblos, a los que difícilmente llegaban los profesionales de la fotografía. El abogado no dijo nada, únicamente se limitó a asentir con una sonrisa. Escuchaba sin

participar porque el proyecto de Ozaeta le parecía divertido, pero absurdo y abocado al fracaso. Lamentaría tener que buscarse otro acomodo, eso estaba más que claro, pero no estaba dispuesto a poner en peligro su porvenir deambulando por aldeas y pueblos como un vulgar ganapán. Luego se imaginó a sí mismo en la plaza de Manzanares el Real haciendo retratos y que, de pronto, se le aparecía la señorita Beltrán vestida con el abrigo de automovilista, la gorra y las gafas. La sola idea de ese encuentro le provocó una risa alegre que los demás tomaron por aquiescencia y él no se molestó en desmentir.

Quedaban Casilda, Benigno y, por supuesto, Eulalia, quien se negaba a tomar parte en el juego. El guardia urbano adujo su ocupación; estaría mal visto que un funcionario público se metiese a circense. Por otra parte, añadió, en realidad, él no vivía en la pensión, a lo que Cantonal, que se la tenía jurada después de su comentario de la otra noche acerca de los anarquistas, le respondió que no dormía, pero que comía y cenaba allí de balde casi todos los días. El hombre, muy digno, se levantó, se puso la gorra y salió sin despedirse.

—¡Estarás contento! —le recriminó Eulalia—. Pues a ver si te enteras de que Benigno es para mí como un padre y le daré de comer siempre que me dé la gana.

—Ya volverá —aseguró su marido—. Siempre vuelve. Bueno, ¿y usted qué, Casilda? ¿No se anima?

La joven había permanecido callada durante toda la conversación y levantó los ojos del plato.

—No sé hacer nada en particular —se disculpó.

—Sabe cantar muy bien, que yo la he oído cuando cree que nadie la escucha —se chivó Isidoro.

—¿Es eso cierto? —preguntó Antón—. Pues solucionado. Usted cantará cuplés y don Juan José la acompañará al piano, además de hacer lo de los trucos de magia.

—¿A qué piano? —preguntó Eulalia—. No tenemos un piano, ni dinero para comprarlo.

—Pues la acompañará con el tambor que tocaba tu padre en las fiestas de Talavera y, por cierto, ¿tú, qué?

—¿Yo qué de qué?

—Que qué vas a hacer.

—Mira, Antón, no me hagas decir una barbaridad, y que luego tenga que ir a confesarme.

Al igual que había hecho Benigno, la mujer se levantó y salió muy digna de la cocina.

—¡Bah! —exclamó su marido—. Ni caso. Ya le buscaré yo algo que hacer.

—¿Y qué tal un oso? Prefiero hacer de domador de osos que de payaso.

La voz de Pepe Cantonal rompió el silencio provocado por la marcha de Eulalia. Según contó, su tío Amando, el de Manzanares el Real, tenía un oso amaestrado que había encontrado en la sierra cuando era una cría. Estaba viejo, pero era muy dócil y se ponía sobre sus patas traseras cuando su tío se lo ordenaba. Que él supiese no sabía hacer nada más, pero tampoco era mucho lo que hacían otros osos de circo: daban una vuelta y se ponían de pie. Ciertamente algunos también se subían a un taburete, pero todo era cuestión de decirle al tío que le enseñase. Pasaron el resto de la velada haciendo planes como chiquillos organizando una travesura y todos se retiraron a sus habitaciones con la sonrisa en los labios.

Por segunda noche consecutiva, Antón no intentó yacer con su mujer. Eulalia se había metido en la cama y vuelto contra la pared para mostrar su enfado, pero él ni se molestó en averiguar si dormía o lo fingía, tan ocupado estaba con su proyecto. Y cuanto más pensaba, más se convencía de que todo saldría a pedir de boca. Al día siguiente, se reuniría con don Juan José y juntos elaborarían una lista con todo lo necesario: material, trajes, transporte, el piano, nombres para los diferentes números y también para los artistas. Buscarían apelativos extranjeros, que sonaban más exóticos, excepto para Casilda, porque no sería adecuado que una cupletista no tuviese un nombre nacional, aunque el suyo, desde luego, tampoco le iba. El último pensamiento antes de cerrar los ojos fue el nombre de «su» circo; se llamaría: Compañía Circense La Universal.

Durante las siguientes semanas, los miembros de la futura troupe se aplicaron en cuerpo y alma al proyecto, si bien únicamente Antón e Isidoro creían en él; para el resto, era un entretenimiento que no costaba nada y, por otra parte, los mantenía activos. El taller, casi vacío desde la riada, fue utilizado para disponer la tramoya necesaria a fin de que los artistas pudieran desaparecer de la vista del público o cambiarse de ropas, si era menester. Antón, Pepe y el mozalbete pasaron horas enteras construyendo un ingenioso armatoste desmontable a base de tubos que no ocupaba demasiado y les procuraría un telón de fondo digno de un anfiteatro romano, según declaró el primero con orgullo. Una vez más, don Juan José se reservó la opinión acerca del uso indebido de palabras y conceptos; habían recommenzado las clases en el hospicio y volvía a tener su ración de dulces de las monjas, lo que le hacía sentirse menos inútil. También practicaba con una bola que hacía desaparecer en sus bolsillos con bastante gracia, aunque Isidoro siempre adivinaba en cuál de ellos estaba, y se encargaba asimismo de elaborar la estrategia del espectáculo, las necesidades pecuniarias, el orden de las actuaciones, la duración de las mismas y otros asuntos por el estilo, que discutía a las horas de las comidas con el resto del grupo. Nunca había estado tan ocupado como entonces, ni tan feliz. Virtudes, por su parte, se había tomado muy en serio lo de ser la mujer forzuda y practicaba en todo momento, moviendo muebles y levantando objetos pesados, incluso personas. Visto que Pepe había soltado una blasfemia de las de santiguarse al intentar ella levantarlo, agarrándolo por la entrepierna, probó con alguien más dócil e Isabelilla fue la elegida. La moza no se atrevió a protestar cuando la mujerona la alzó como si fuese una pluma, es más, se sintió importante por primera vez en su vida al ser el foco de atención y se mantuvo tiesa para que el cuadro artístico quedase perfecto. A partir de entonces, ambas practicaban todos los días e incluso lograron mejorar la coreografía, de forma que Isabelilla se aupaba y se ponía de puntillas encima de los hombros de Virtudes, lo cual provocaba la estupefacción de sus compañeros de aventura y la consabida alegría del padre de la idea, ahora más que nunca seguro de su éxito. Doña Patrocinio, a su vez, decidió elevar cinco céntimos el precio de las consultas para así

disponer de saldo con que adquirir tela para coserse un atuendo apropiado a su faceta de vidente internacional: una túnica «a la morisca» de mangas anchas y mucho dorado. A ella le gustaba un tejido de estrellas plateadas sobre fondo azul oscuro, pero Eulalia la convenció de que el otro, el amarillo, era más adecuado; le hacía parecer menos «merlina», le dijo. Ambas decidieron que un turbante, dorado, sería el complemento ideal y se pusieron manos a la obra.

Eulalia no había podido evitar dejarse llevar por la euforia que veía a su alrededor. Continuaba pensando que su marido estaba chalado, pero llegó a la conclusión de que no hacía daño a nadie mientras gastase sólo tiempo, y no dinero, en aquella fantasía. Por otra parte, y sin que Antón lo supiese, practicaba en la barra fija, utilizando para tal fin el grueso travesaño de hierro forjado de los pies de su cama. Siempre le había gustado hacerlo, desde que era una cría, después de haber visto a unos acróbatas en la plaza del mercado durante las fiestas de la Almudena. Hacía mucho tiempo que no se subía al travesaño, entre otras cosas porque aquélla era la cama de su madre, ya no era una chicuela y, además, era impropio de una mujer casada andar haciendo el saltimbanqui. No obstante, la primera vez que lo intentó, constató ufana que no se le daba nada mal, teniendo en cuenta el paso de los años, a pesar de caerse repetidamente sobre el colchón. Tendría que quitar algunas grasas si pensaba ser una profesional, cosa que, desde luego, no iba a ocurrir, pero aquella actividad secreta le hacía sentirse bien cuando los demás alardeaban acerca de las suyas y escuchaba fantasear a su marido. Lo había visto bajar la cuesta en la bicicleta, intentando sostenerse sólo con una mano, y estrellarse contra una farola. Soltó un grito horrorizada, que se transformó en una carcajada al ver que no le había ocurrido nada, se levantaba y se frotaba el trasero. No dijo una palabra, aunque tuvo que aguantarse la risa cuando más tarde él comentó, así como de pasada, que la bicicleta necesitaba unos arreglos.

Wallinstein disfrutaba observando el tejemaneje que se traían sus compañeros de pensión, pero seguía pensando que el asunto no iba con él, además de estar convencido de que aquello del circo no iría para delante. Aceptó, sin embargo, realizar un retrato a carboncillo para que todos viesen

que, en efecto, se le daba bien, y dibujó a Isidoro con el *Pitañas* en brazos. El chaval había cumplido su promesa, bañó a conciencia al chucho en un barreño que encontró en el taller, si bien no logró embellecerlo en absoluto, y se dedicaba a enseñarle trucos cuando nadie lo necesitaba para ayudar o hacer los recados. También él se bañó y preguntó si alguien no tendría alguna camisa usada que pudiera utilizar. A Antón le hizo gracia la petición y recordó que en el desván guardaba la ropa que se le había quedado pequeña, puesto que ya no era el muchacho esbelto llegado a Madrid tres lustros atrás, y sólo fue cuestión de tiempo que acabara luciendo la hermosa barriga de su padre. Subió por tanto al pequeño desván bajo el tejado en donde habían ido apilándose los trastos, buscó el arcón de las ropas y sacó varias camisas, pantalones e, incluso, el terno utilizado para su boda y que únicamente se había puesto en aquella ocasión y en el funeral de su suegro. A punto de abandonar el altillo, le vino a la cabeza que la señora Fuensanta y Eulalia tenían sus propios baúles de ropas usadas, que, quizá, pudieran aprovecharse para el espectáculo. A Casilda le iría muy bien un traje antiguo, de aquellos de cola y escote de vértigo que llevaban las mujeres treinta o cuarenta años atrás. La sola idea de imaginarse a su suegra vestida de aquella manera, después de haberla visto amortajada de fallera, le produjo una risa tonta que tardó en dominar.

El baúl de la señora Fuensanta fue todo un descubrimiento. Dentro de él, planchadas, dobladas y con olor a alcanfor, se apilaban todo tipo de prendas: camisones de algodón, blusas de batista, sayas y calzones largos con puntillas en los bajos, así como un par de faldas, otro par de chaquetillas ajustadas y un vestido muy parecido al que se había imaginado, de tafetán azul con aguas, entallado y con un escote generoso. Casilda estaría guapísima con él puesto, aunque primero habría que convencer a su mujer para que se lo prestase, cuestión esta que iba a resultar un tanto peliaguda, dado que Eulalia no sólo no quería saber nada acerca del proyecto del circo sino que, además, el vestido de su difunta madre serviría para vestir a una cupletista. Estaba convencido de que se negaría, así que tendría que hablar con doña Patrocinio, decirle lo elegante que estaría con su túnica «a la morisca» y, de paso, comentarle que sería una pena que los

demás artistas no estuvieran a su altura. Ella se encargaría de convencer a su comadre. Dobló las prendas con cuidado a fin de no dejar huellas reveladoras de su fisgoneo, pero al disponerse a devolverlas a su lugar se percató de que había una tabla desajustada en el fondo del baúl. La levantó y tuvo que reprimir un grito de alegría al descubrir una caja alargada de metal, que intentó abrir de inmediato, tarea que le fue imposible realizar por estar cerrada con llave. Soltó un juramento, aunque antes de intentarlo ya sabía que aquélla era la cerradura que abría la llave oculta tras el cuadro de la Virgen. Colocó la tabla a toda prisa, así como el contenido del baúl, al escuchar los gritos de su mujer por el hueco de la escalera preguntándole si se había perdido, y bajó con sus ropas viejas y un farol de vela, que cogió en el último momento para explicarle que había estado buscando algún objeto útil para la función, a lo que Eulalia respondió con un despectivo «chatarra».

Al entrar en la cocina se encontró a Cantonal intentando convencer a Wallinstein para que fuera con él a Manzanares el Real.

—Es que usted tiene palabrería, don Ignacio —le decía—, y mi tío le escuchará con más atención que a mí.

—¿Y qué le digo? —preguntó el abogado sin poder evitar una sonrisa.

—Pues lo que ya le he explicado: que es usted amigo de un empresario de circo importante que necesita un oso prestado para su espectáculo.

—No me creerá...

—¡Claro que sí!

—Si está tan encariñado con él como dice, no querrá prestarlo a unos desconocidos, así por las buenas. ¿Por qué no le dice usted la verdad?

—Quite, quite..., que mi tío siempre ha pensado que soy un sinsustancia. Además, es monárquico hasta el rabo de la boina y nunca nos hemos entendido demasiado bien en asuntos otros que la caza.

—¿Y por qué ese empeño en ser domador de osos?

—No sé si sabrán ustedes, caballeros, que un oso puede llegar a pesar más de setecientos kilos y matar a un hombre de un simple manotazo —intervino don Juan José.

—Éste está domesticado —replicó Cantonal, molesto por la interrupción.

—Si el hombre puede matar, con más razón puede hacerlo un animal salvaje por muy domesticado que esté.

—Mire, Pepe, si quiere usted, lo acompaño a Manzanares el Real —dijo Wallinstein—, pero con la condición de que explique a su tío sin tapujos de qué va este asunto.

El hombre torció aún más su nariz torcida y pareció meditar unos segundos.

—Bueno, vale. ¿Qué le parece a usted este domingo que viene?

—Ya se lo diré. Recuerde que la patrona de sus tíos suele acudir a la casa los fines de semana y no me gustaría tropezarme allí con ella.

Habían transcurrido varias semanas desde su encuentro en el Café de Platerías y no le habían vuelto a encargar ningún «caso especial». Lo más excitante que le había ocurrido había sido acompañar el día anterior, en calidad de mozo de los recados, a los letrados del bufete a la vista previa al juicio contra José Nakens, como parte de la acusación en nombre de las familias de varios de los fallecidos en el intento de regicidio. Vio llegar al acusado, custodiado por la Guardia Civil, en un carro celular tirado por caballos, sorprendiéndose al comprobar que el hombre era casi un anciano. No supo por qué razón se había imaginado que el director de *El Motín* sería un joven revolucionario, de camisa y pañuelo al cuello, en lugar de un señor de cuidada barba blanca, traje oscuro y corbata de lazo que fácilmente habría pasado por un diputado en Cortes. Leyó su historial mientras el fiscal presentaba la acusación contra quien, tras la masacre de la calle Mayor, había acogido en las instalaciones de su periódico al anarquista Mateo Morral para trasladarlo luego a otro lugar, y se preguntó qué podía llevar a un anciano de aspecto venerable a ayudar a un criminal.

El fiscal, aprovechando la presencia de gaceteros y la gran concurrencia de público en la sala, desgranó la trayectoria de Nakens, a quien imputó su calidad de republicano y anticlerical irredento, antes de centrarse en los motivos que lo habían llevado ante el tribunal. Sus numerosas publicaciones, obras de teatro y discursos lo demostraban, así como los

ochenta y cuatro procesos por delitos de imprenta y, lo más grave, las cuarenta y siete excomuniones emitidas por los obispos contra los redactores de *El Motín*, un panfleto infecto, opinó. De nada valieron las protestas de la defensa en cuanto a que su defendido estaba imputado por ayudar a Morral, no por ser republicano o anticlerical, ni por publicar un periódico autorizado por la ley. El tribunal denegó sus argumentaciones y el fiscal pudo proseguir enumerando lo que, a su parecer, eran las causas que estaban llevando al país a la anarquía. La prueba era que el detenido mantenía una estrecha relación de amistad con Ferrer i Guardia, preso igualmente debido a que el asesino trabajaba en aquel engendro de Escuela Moderna de Barcelona, clausurada a raíz de los acontecimientos, germen de anarquistas y vendepatrias ateos, según el criterio del acusador.

Wallinstein observaba el perfil del reo, quien en ningún momento movió un músculo de la cara y esperó a ser interrogado para soltar un discurso en favor de la libertad de España y de los españoles. No negó haber ayudado a Mateo Morral, puesto que él no era un delator, pero aseguró que no defendía la violencia ejercida contra personas inocentes, sino que luchaba contra el poder envilecido de liberales y conservadores, pero, sobre todo, del clero, verdadera lacra de una sociedad corrupta, anquilosada en un pasado feudal. Estas declaraciones provocaron tal jaleo, a favor y en contra, que al juez del tribunal le costó hacerse oír a la hora de declarar que el detenido continuaría en la cárcel hasta la celebración del juicio.

—¿Qué le ha parecido la vista? —le preguntó la señorita Beltrán de vuelta en el bufete.

—Interesante —respondió con cautela.

—Me da la impresión de que Nakens le cae simpático.

—¿Por qué lo dice?

—Sólo es una impresión...

—Las impresiones engañan —replicó él—. A mí ya me ha pasado, aunque imagino que uno espabila a medida que descubre la verdad.

—¿Lo dice por algo en particular?

—No, es sólo un comentario.

La secretaria se quedó mirándole, como intentando averiguar si había un mensaje oculto en sus palabras, pero él le mantuvo la mirada e, incluso, esbozó una sonrisa.

—Aquí tiene este dossier para archivar —repuso ella alargándole la carpeta «Mendoza», que él tomó sin un gesto que revelase su interés.

Abrió la carpeta en cuanto se encontró a solas en su cuchitril. El primer documento era el acta de defunción «a causa de las fiebres» de Carlos José Mendoza, firmada y sellada por el juez, con lo que se daba carpetazo, nunca mejor dicho, al asunto y la ya oficialmente viuda podía hacer uso de sus bienes. Los tentáculos de Alcañizar y Asociados llegaban lejos, pensó. Recordó el pobre despojo del Hospital de la Caridad, enterrado en una fosa común, y tuvo una curiosidad. Antes de regresar a la pensión, pasó por el cementerio de la Sacramental de San Pedro y San Andrés y comprobó que, en efecto, se había añadido un sencillo «Mendoza» en relleno blanco bajo las ostentosas letras doradas de las dos familias propietarias. Sólo se le ocurrió preguntarse quién diablos estaría allí enterrado, si es que había alguien.

Al día siguiente, tras su conversación con Cantonal, se hizo el contradizo con la señorita Beltrán y se interesó por saber si continuaba acudiendo a la casona de Manzanares el Real.

—¿Por qué lo pregunta? —lo interrogó ella con suspicacia.

—Por nada en particular. Hace unos días me encontré con un sujeto, amigo de un amigo, que me comentó que era sobrino de los guardianes...

—¿Un hombre con pinta de malhechor?

—Yo más bien diría que de boxeador de tercera categoría...

—Sí, lo he visto un par de veces. Es sobrino carnal de Dolores, pero no he hablado nunca con él.

—Me comentó que el domingo pensaba acercarse por allí.

—Este fin de semana tengo un compromiso, así que no iré a la sierra, de lo cual me alegro, porque me molesta la presencia de gente extraña a mi alrededor.

Wallinstein preguntó por el anarquista nada más regresar a la pensión y le informaron de que andaba chapuceando, así que volvió a bajar y, ya en la

calle, se cruzó con Paulino Flórez, el vecino del primero, quien respondió a su saludo con el gruñido acostumbrado. No se fijó en que el hombre se giraba y lo observaba entrar en el taller. Cantonal, Antón e Isidoro se hallaban inmersos en la construcción de un artilugio que, le explicaron, permitiría cambiar de decorados gracias a un rodillo en el que irían enrolladas varias telas pintadas que podrían hacer descender mediante una simple manivela. El problema estribaba en cómo arreglárselas para que las telas no bajasen todas al mismo tiempo.

—Pepe, el domingo tenemos vía libre para ir a Manzanares —informó Wallinstein a Cantonal—. La señorita Beltrán me ha dicho que no acudirá allí este fin de semana.

—¿Prefiere usted ir en bicicleta o en carro de viajeros?

Decidieron que era preferible utilizar la primera opción, porque el carro tardaba más de cinco horas en recorrer los cincuenta kilómetros que separaban el pueblo de la capital y, además, solía ir lleno hasta los topes. No irían mucho más rápido en las bicicletas, pero el otoño era una estación agradable para recorrer los caminos a su aire y podrían salir a una hora temprana, aseguró Cantonal.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

El domingo siguiente, temprano por la mañana, emprendieron el viaje en busca del oso bajo un cielo azul y con una brisa suave que hacía el pedaleo menos esforzado. Cada uno llevaba una bolsa colgada al hombro con un bocadillo de chorizo, una manzana y una bota llena de agua con sabor a vino para reponer las fuerzas, según les dijo Virtudes, lo que no impidió que se detuvieran en cada venta, posta o cantina de carretera que encontraron en el camino, que no fueron muchas. Llegaron a Manzanares el Real antes del toque de campanas para la misa de doce y se dirigieron directamente a la casona. No se veía ningún automóvil por allí y Wallinstein respiró tranquilizado. En algún momento, se le había ocurrido pensar que la señorita Beltrán podría haber cambiado los planes, lo cual lo colocaría a él en un brete a la hora de explicarle el motivo de su presencia en su propiedad sin haber sido invitado.

Las puertas estaban cerradas, incluso la de la verja de entrada, y supusieron que los guardianes habrían acudido a misa, así que Cantonal se despatarró debajo de un frondoso avellano, hermano sin duda del que sombreaba el patio interior, decidido a echar una cabezadilla, pues, según afirmó, la Virtudes había andado peleona la noche anterior, y eso dejaba huella. El abogado prefirió acercarse hasta el río para meter en el agua sus pies recalentados y, de paso, estirar las piernas y recomponer el esqueleto, ya que no estaba acostumbrado a recorrer en bicicleta largos trayectos por caminos de tierra y baches. Le dolían los huesos y lo que, en principio, iba a

ser una simple mojada de pies, acabó en baño en una poza. Tardó en encontrar un lugar frondoso, no visible desde el camino, y se zambulló en el agua sin pensarlo demasiado. Hacía mucho tiempo que no se bañaba desnudo, desde que era un chaval, pero recordó la sensación de libertad que entonces se adueñaba de todos sus sentidos y dejó la mente en blanco, reconfortado por la caricia del agua, helada, a pesar del caluroso verano transcurrido. No era un gran nadador, lo suficiente para dar unas brazadas, bucear durante intervalos cortos y, sobre todo, no ahogarse. Salió al observar sus manos amoratadas y buscó su ropa, pero no estaba donde él la había dejado, al lado de un arbusto repleto de moras en sazón. Perplejo, miró a su alrededor y creyó alucinar al descubrir a Cecilia Beltrán de pie ante él con ella en las manos.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí?

La pregunta le cortó la respiración. Cayó entonces en la cuenta de que estaba en cueros, corrió de nuevo a la poza y se tiró dentro. Aguantó todo lo que pudo debajo del agua sin sacar la cabeza para reaparecer momentos después resoplando cual cañería reventada.

—¡Deje de hacer el tonto y salga de una vez! —le ordenó la señorita Beltrán.

—¡No pienso hacerlo mientras usted no se vaya! —gritó.

—Tendrá que salir en algún momento o acabará arrugado como una pasa seca —rio ella—. ¡Ande, Ignacio, salga! Ése no es el comportamiento de un hombre maduro.

—Ni el suyo el de una dama decente.

La risa de Cecilia resonó en aquel lugar, únicamente visitado por los animales de la sierra en los días de canícula, pero depositó las ropas en el suelo y se retiró de la vista. Sin tenerlas todas consigo, Wallinstein corrió a cuatro patas y se vistió sentado en el suelo, raspándose con piedras y plantas espinosas. Jamás se había vestido a velocidad semejante y pudo al fin levantarse, empapado y con el amor propio más dolido que sus partes íntimas.

—Parece un gato mojado —le dijo la mujer cuando asomó al camino.

—No lo parecería si usted no me hubiese espiado —respondió disgustado.

—Estas tierras pertenecen a mi familia.

—¿A cuál de ellas? ¿A los Alcañizar o a los Beltrán de Salazar?

No debería haberlo dicho, debería haberse comido el orgullo y callar, pero verla allí delante de él, riéndose de su aspecto después de haber estado observándolo en cueros, lo enfureció como nunca antes nadie ni nada lo había logrado, y se dio por despedido de la firma de abogados. Este pensamiento, en lugar de angustiarlo, pareció liberarlo de un gran peso y se echó a reír. No iba a quedarle más remedio que apuntarse al circo de su casero, para recorrer los pueblos de la provincia haciendo retratos a viejas apergaminadas, parejas de recién casados y alcaldes pedáneos, bastón de mando incluido, o meterse en política.

—¡Venga!

Cecilia lo asió por un brazo y lo arrastró literalmente hasta la cabaña de Mendoza, situada un poco más lejos, y en la que él no se había fijado a la llegada, quizá porque, con la idea de meter los pies en el agua, tampoco había echado un vistazo a los alrededores. El candado estaba abierto y ella lo introdujo de un empujón, antes de entrar y cerrar la puerta. Estaba sofocada, los ojos brillantes, un mechón de cabellos escapaba del bien sujeto moño. Wallinstein pudo jurar que fue ella, y no él, quien se abalanzó haciéndole perder el equilibrio y caer sobre la cama. No podía creer lo que ocurría, ¡estaba siendo forzado por una mujer! Ciertamente que tampoco él opuso resistencia y se dejó quitar los pantalones, acariciar, besar, olvidando que la ardorosa fémina, que había acabado de golpe con la castidad a la que se había visto obligado durante los últimos meses, era la rígida secretaria que amedrentaba a los empleados del bufete.

—No me has contestado por qué razón estás aquí.

—He venido a acompañar a Cantonal.

—¿A quién?

—Al sobrino de tus guardianes. Quiere convencer a su tío de que le preste el oso.

No habían hablado desde su entrada en la cabaña y sus propias palabras le provocaron de nuevo la risa. Era absurdo. Acababa de fornicar con una mujer mayor que él y, por ende, su jefa en cierto sentido; peligraba su puesto de trabajo y no se le ocurría otra cosa que decir la verdad.

—¿Te estás burlando de mí?

El tono de su voz le cortó la risa de golpe y alzó la vista. Se estaba recogiendo el cabello y se sintió empequeñecido al verse a sus pies mientras se ataba los zapatos. Era de ley reconocer que Cecilia Beltrán no era una mujer cualquiera. Fuerte sin llegar a estar gorda, pechos repletos aprisionados bajo la chaquetilla con hombreras que marcaba un talle esbelto, y un rostro que, sin ser una belleza, mostraba unas facciones armoniosas y maduras capaces de perturbar a cualquier hombre. Había leído una novela, no recordaba el título, en la que un joven inexperto se enamoraba de una mujer mayor, que en su momento le hizo cavilar y llegar a la conclusión de que a él jamás le ocurriría algo parecido. Acostarse con una mujer más vieja que él sería como hacerlo con su propia madre, pero, desde luego, no había sido así ni mucho menos, aunque tampoco él era un experto en lances amorios. Su experiencia se limitaba a sus años estudiantiles cuando, en compañía de varios condiscípulos, iba de juerga a los tugurios de La Latina, o incluso a los de las afueras, pero él era hombre precavido. No ignoraba los riegos implícitos en el asunto, no sólo en lo concerniente a la salud, puesto que conocía a un par de tipos fulminados por la sífilis sin haber cumplido los veinticinco, sino que, además, corría el peligro de verse detenido por la policía de la Sección de Higiene, encargada de comprobar que todas las prostitutas estaban debidamente censadas, y pagaban por ejercer. Aparecía cuando uno menos lo esperaba y metía en el furgón a mujeres y clientes en paños menores, tal y como los pillaba. Así pues, sus aventuras lupanarias habían sido más bien escasas, y aliviaba su necesidad en solitario, a pesar de que el párroco de Nuevo Baztán había advertido a todos los muchachos de su generación sobre la certeza de quedarse tarados, además de ir derechos al infierno para toda la eternidad, si cometían el tremendo pecado de aplacar manualmente sus impuros deseos.

—No —respondió.

Se alzó para estar a su altura y, a largos trazos, le explicó la descabellada idea del dueño de la pensión en la que vivía de montar un circo para sacar algunos dineros con que mantener a un grupo de personas que, por razones diversas, carecían de medios económicos. En el fondo, aseguró, Antón Ozaeta era como un misionero que intentaba paliar de alguna manera las injusticias de una sociedad manipulada por ricos avariciosos que, no contentos con lo que ya tenían, ansiaban siempre más.

—¿Es usted socialista? —La pregunta de Cecilia no estaba exenta de curiosidad—. Porque el señor Alcañizar odia el socialismo y lo pondría a usted en la calle en un santiamén.

No contestó, y regresaron en silencio a la casona, topándose con Pepe Cantonal, que había salido a la búsqueda de Wallinstein, preocupado por su larga ausencia. Los tíos habían vuelto de la misa y él no se atrevía a tratar el tema del oso hasta tener al abogado a su vera. Saludó con torpeza a la señorita Beltrán quitándose la gorra, pero ella apenas respondió y continuó andando mientras los dos hombres la seguían veinte pasos atrás.

—¿No decía usted que ella no iba a estar hoy aquí? —susurró Cantonal.

—Eso me dijo.

—¿Y dónde la ha encontrado?

—En el río.

—¿Y qué le ha dicho?

—Nada. Hemos estado hablando de asuntos de la oficina.

Si algo no tenía intención de hacer, era confiar lo ocurrido al correveidile de su compañero, quien, nada más regresar a la pensión, relataría el asunto a Virtudes, quien, a su vez, se lo contaría al resto antes de la cena. No deseaba escuchar comentarios, recomendaciones o bromas, ni tampoco quería que Casilda se enterase de su aventura a través de un bocazas. El mismo no sabía qué opinar al respecto. Cecilia había vuelto a ser la señorita Beltrán, se había acabado el tuteo y, de nuevo, presentía una amenaza velada en el tono y las palabras de quien tan sólo un rato antes se había entregado con un apasionamiento propio de una insaciable Mesalina, el final de algunos de cuyos amantes recordó y se prometió tener cuidado. Al entrar en la casa, ella desapareció y él acompañó a la cocina a Cantonal,

donde Dolores preparaba la comida y Amando, sentado en una banqueta, fumaba un cigarrillo.

Con precaución, más osado a medida que hablaba, el hombre le explicó al tío la razón de su visita. Exageró todo lo que pudo y más a la hora de describirle la gran Compañía Circense La Universal, repleta de artistas internacionales de fama mundial, todos rusos, que iniciaría su recorrido por la comarca para la época del carnaval. Naturalmente, debido a la distancia, no habían podido traerse un oso desde Rusia, lo cual perjudicaba a la función, pues, como todo el mundo sabía, un oso daba categoría al espectáculo. Conocía al director, un hombre de palabra que le había confiado sus cuitas, momento en que él recordó al animal, sin segundas, de su querido tío Amando. Y eso era todo.

Wallinstein tenía que hacer esfuerzos para aguantar la risa; jamás había escuchado tantos embustes y tan bien hilvanados sin que al autor le temblase la voz. Cantonal sería un magnífico vendedor ambulante, aunque tampoco quedaría nada mal como diputado. Había acudido al palacio de las Cortes en varias ocasiones, obligado como el resto de sus compañeros por el catedrático de Derecho Constitucional, que pasaba lista y bajaba la nota a los ausentes. Lo que en principio le pareció una actividad apasionante, acabó por aburrirle al descubrir que los discursos se repetían, que algunos representantes de la nación mentían como bellacos, que los diputados centraban su atención en echarse unos a otros a la cara todos los males de España, en lugar de buscar soluciones a la falta de trabajo, la pobreza, el hacinamiento en los barrios obreros, la inmigración y la atención sanitaria. A veces, ni siquiera asistían a los plenos y daba la impresión de que el país estaba siendo gobernado por cuatro ciudadanos que bostezaban o leían la prensa mientras un orador recitaba su ponencia con una voz monótona, capaz de dormir a un insomne. Seguro que Cantonal lo haría mucho mejor. Hablaría con él del asunto.

—Si *Olga* va, yo también —declaró Amando tras unos minutos de silencio.

—¿Quién es *Olga*? —preguntó su sobrino.

—La osa.

En ese momento, Wallinstein no aguantó más y soltó una carcajada.

Un par de horas más tarde, con la comida todavía en el gaznate, ambos hombres viajaban de vuelta a Madrid en el destartado Benz de la señorita Beltrán, después de recogerlo en casa de Matías el cabrero, quien, al parecer, no entendía de cabras, pero sí de automóviles y se había encargado de cambiar los neumáticos desgastados, principal problema de los vehículos motorizados. Por dicho motivo no lo habían visto al llegar a la casona. Wallinstein iba sentado al lado de la conductora, mientras Cantonal lo hacía en el portaequipajes, de espaldas a ellos, tragando polvo cada vez que intentaba respirar. Las bicicletas se habían quedado en Manzanares con la promesa de que les serían devueltas en cuanto fuera posible; la propia Cecilia se las llevaría la próxima vez que fuese al pueblo. El anarquista murmuró algo sobre que eran prestadas, pero el abogado aceptó rápidamente la oferta para hacer el viaje de regreso en el automóvil y no verse obligado a pedalear otras cuatro horas o más. No sólo estaba cansado por la ida y el lance amoroso, sino que, además, le ardía la bragadura debido al incidente de la mañana, lo que le obligaba a caminar como si estuviese orinándose encima y, aunque veía las estrellas a cada bote que daba el vehículo, aquél era el medio de transporte más rápido.

La señorita Beltrán había reaparecido a la hora de comer y lo había invitado a compartir su mesa. A Pepe Cantonal le indicó que podía comer con sus tíos en la cocina. Pensaba que, al estar solos *tête-à-tête*, ella volvería a tutearlo, existiría cierta complicidad entre ellos y quizá quedaran para verse en otra ocasión, pero no fue así. La comida resultó lo más parecido a un interrogatorio. Cecilia quería saber cómo había averiguado él que los Alcañizar y los Beltrán de Salazar eran parientes.

—Lo supuse al ver los nombres inscritos en la lápida del cementerio —respondió él.

—¿Y qué más ha averiguado?

—¿Acerca de qué?

—De lo que sea.

—Nada.

—Mire, Ignacio, ambos somos mayorcitos y podemos hablar sin disimulos. Yo sé que usted sabe algo más, y quiero que me lo diga.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Curiosamente, ya no le intimidaba su actitud altiva, tal vez debido a que ya se había hecho a la idea de que iba a ser despedido, o a que no se mira con los mismos ojos a una persona a quien se ha visto desnuda.

—Porque hay muchas cosas en juego en este asunto —cedió ella—, que me es imposible revelarle en estos momentos, pero quizá podría ayudarlo si usted me dice lo que sabe.

—¿Y para qué iba yo a necesitar ayuda?

—Supongo que no querrá pasarse la vida trabajando de mozo de los recados...

Le molestó la alusión a su situación laboral, a todas luces injusta para su preparación, y aún más le molestó que quisiera hacerle chantaje, así que esperó para responder a acabar el filete empanado acompañado de verduras y el tazón de natillas espolvoreadas con abundante canela.

—Sé que su hermana le robó el novio la víspera de sus esponsales; sé que la mujer de Mendoza es también su sobrina y sé que don Ramón Alcañizar era hermano de madre del marido de su hermana, por lo que son ustedes concuñados. Lo que no sé es quién era la madre de Mendoza, puesto que su segundo apellido es asimismo Alcañizar.

—Es..., era hijo de Elisa, la hermana de don Ramón.

—Ah, ya... Todos se quedan, pues, dentro de la familia, los vivos y los muertos.

—Y eso ¿a qué viene?

—Puesto que estamos en plan confidencial, dígame, ¿cómo han conseguido ustedes el acta de defunción «a causa de las fiebres» de Carlos José Mendoza, si el hombre está desaparecido y puede que también vivo?

Observó que Cecilia empalidecía bajo la fina capa de polvos de arroz que blanqueaba su rostro, imperativo de la moda entre las damas acomodadas para distinguirlas de las campesinas y trabajadoras en general. Ella no respondió, se levantó de la mesa y le anunció que regresaba a Madrid, invitándolos a él y a su acompañante a volver en el automóvil.

Desde entonces no habían vuelto a intercambiar ni media palabra, y Wallinstein se alegraba de no haber ido más lejos, porque él sí sabía que Mendoza estaba muerto. La pregunta era: ¿lo sabía también ella?

La señorita Beltrán los dejó justo enfrente de La Universal. Cantonal descendió del vehículo todo lo rápido que fue capaz después de haber pasado más de dos horas con las piernas dobladas; apenas pudo despedirse ya que estaba a punto de ahogarse debido al polvo tragado durante el viaje, y entró apresuradamente en el portal. Wallinstein le dio las gracias, pero ella mantenía la vista al frente y no respondió, aunque lo llamó antes de que entrara en la casa y él volvió sobre sus pasos.

—Hasta mañana —le dijo, luego lo obligó a inclinarse y le susurró al oído en tono amenazador—: No se le ocurra comentarle a nadie que usted y yo nos hemos acostado.

A continuación apretó el acelerador y desapareció cuesta abajo hacia la calle de Segovia.

El joven se las vio y deseó para ascender los escalones hasta el segundo piso. Al entrar, fue directamente a la cocina, donde Virtudes restregaba con una esponja humedecida en un barreño de agua a un Cantonal en calzones que no dejaba de soltar palabrotas y juraba que jamás, jamás, volvería a subirse a un automóvil.

—¿También necesita usted un buen *fregao*? —le preguntó al verlo aparecer.

—No, lo que necesito es algo para calmar los dolores.

—¿Dónde le duele?

—Ya sabe usted..., la bicicleta..., el escozor...

—¡Isabelilla! —gritó la mujerona—. ¡La vaselina!

La muchacha corrió al armario de las boticas y sacó un enorme frasco que tendió a Virtudes.

—¿Quiere que se la ponga yo? —preguntó con sorna, siendo coreada por las risas de todos, que esperaban a que acabara el baño de Cantonal para empezar a cenar.

Rojo como un tomate maduro, Wallinstein cogió el frasco de las manos de la mujer y se encerró en su cuarto. Un rato después oía unos golpes en su

puerta.

—¿No viene usted, don Ignacio? Lo estamos esperando.

Reconoció la voz de Casilda y respondió que todavía no, que empezaran sin él, que ya iría luego a reunirse con ellos. La vaselina había comenzado a hacer su efecto y calmado un tanto sus ardores, pero era un pringue y no quería aparecer ante los demás con las perneras de los pantalones grasientas. Antes de decidirse a salir de la habitación, se puso unos calzoncillos debajo del pijama y la bata de noche de felpa granate para disimular las posibles consecuencias del ungüento.

—¡Parece usted un marqués! —exclamó Ozaeta al verlo aparecer.

Se había colocado asimismo un pañuelo al cuello, de motitas blancas y azules, para no tener que vestir la camisa y la corbata de lazo. Todos celebraron la ocurrencia, pero enseguida dejaron de prestarle atención y pudo comer la sopa de garbanzos con tranquilidad, mientras Cantonal no dejaba de hablar acerca de la terrible experiencia que había supuesto viajar encogido en un automóvil conducido por una mujer. El hombre pasó después a relatarles el resultado de su empresa. Su tío Amando estaba dispuesto a prestarles la osa a condición de ser parte del invento, lo que llevó a una discusión sobre la conveniencia o no de meter a una persona más en la compañía, sin contar con los problemas que acarrearía una bestia de setecientos kilos, a la que habría que transportar y dar de comer. En ello estaban cuando la puerta de la cocina se abrió y apareció Benigno con una maleta.

El guardia urbano llevaba semanas sin presentarse, ofendido por el comentario del anarquista en su última visita, pero traía tal cara de pena que nadie le reprochó su ausencia y fue acogido con cariño, en especial por Eulalia, quien se apresuró a servirle un plato de sopa lleno hasta el borde. Entre cucharada y cucharada, el hombre les confesó que había sido licenciado. El conde de Romanones, ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas, Gracia y Justicia y Gobernación, es decir, de casi todo, había decidido que los guardias urbanos de Madrid montasen a caballo para controlar mejor las calles. Con la disculpa del alto coste que suponía la adquisición de las caballerías, había igualmente decidido

prescindir de los individuos más viejos, y por ende menos capaces de asimilar la modernidad; él, entre otros.

—Y aquí me tienen ustedes —gimió—, con una pensión de cuarenta y cinco pesetas al mes después de cuarenta años de servicio, a peseta por año trabajado como quien dice, y sin vivienda, puesto que tampoco puedo ya ocupar la habitación en la casa de los guardias.

—No se preocupe, Benigno, que techo no ha de faltarle en esta casa, que es usted como un padre para mí y sería una ingrata si no lo tratase como a tal con todo lo que usted ha hecho por mi madre y por mí.

—Gracias, querida Eulalia, tú también eres como una hija para mí —respondió el hombre a punto de echarse a llorar.

Tras tan emotivo intercambio de palabras, todos los presentes expresaron su apoyo al ya antiguo guardia urbano, incluido Cantonal, olvidada la rencilla, que fue quien con mayor efusión mostró su solidaridad al nuevo desempleado y, de paso, aprovechó para calificar de canalla al conde de Romanones y hacer rimar su nombre con un sustantivo y en consonante. Después volvieron al tema que les interesaba: la Compañía Circense La Universal. Ahora tenían que buscarle oficio a Benigno y se decidió por unanimidad nombrarlo presentador de las diferentes actuaciones, puesto que era ducho en el arte de dirigir el tráfico y poner orden. Además, y no era algo que desestimar, se había traído el uniforme. Eulalia y doña Patrocinio se encargarían de apañarlo y coserle unos galones dorados con las trencillas para sujetar las cortinas de la difunta doña Fuensanta, guardadas en la caja de los hilos desde el desmantelamiento de su habitación.

—¡Parecerá usted un general! —exclamó la primera a fin de animarlo.

—Podría encargarme de la vigilancia cuando no esté de servicio, que hay mucho rufián suelto por ahí —señaló él—. También me he traído la porra.

Una vez solucionada la cuestión, Cantonal volvió al tema de la osa, su mayor preocupación, y sugirió construir una jaula con ruedas para poder transportarla de pueblo a pueblo.

—Reconoce, Pepe, que lo del animal de tu tío, sin ofender, nos complica un poco el asunto —señaló Antón.

—¿Por qué?

—¡Hombre! ¿Quién va a tirar de la jaula?

—Una mula.

—¿Y de dónde sacamos una mula?

—Y no se olvide de que son ustedes rusos —intervino Wallinstein en tono irónico.

—¿Quiénes?

—Ustedes, los del circo. Aquí, nuestro amigo le ha dicho a su tío que éste es un circo ruso, llegado de Rusia, repleto de artistas internacionales, todos rusos.

—¿Es cierto eso?

—Bueno..., algo tenía que decir para convencerlo, porque si le digo que somos nosotros, lo mismo me manda a hacer gárgaras.

—¿Rusos? —Su amigo estaba atónito.

—Sí, rusos. Fue lo primero que se me ocurrió.

—Y con razón —terció don Juan José—. El circo, tal como lo conocemos y que nada tiene que ver con el antiguo circo romano, es una invención rusa.

—¿Y qué sabemos nosotros de los rusos?

—*Tovarich!* —profirió Cantonal muy satisfecho de sí mismo.

—¿Qué significa?

—Camarada.

—Pues nada, te quedas con el nombre. ¿Alguna otra aportación?

—Tatiana —apuntó el profesor—. Es el nombre de la heroína de la ópera *Eugenio Onegin* del maestro Chaikovski.

—¿Es vasco? —preguntó el casero.

—No, ruso.

—Pues lo parece, porque *on egin* en vasco significa «buen provecho», y mi abuelo materno se llamaba Eugenio. Me quedo con el nombre. ¿Se sabe usted algún otro?

El profesor conocía los de algunos escritores y músicos rusos, así como los de los protagonistas de sus obras, y pasaron el resto de la velada eligiendo alias artísticos, que Casilda iba apuntando en una lista para que no los olvidaran. Así hubo disputa entre Isidoro y Benigno por ver cuál de los dos se quedaba con el de Fiódor Karamázov, pronunciado *Karamázof*, que le fue adjudicado al segundo, por edad y dignidad, teniendo que conformarse el muchacho con el de Nikolái, uno de los protagonistas de la novela *Guerra y paz*, que el profesor guardaba en su cuarto como oro en paño y que prometió leerle en voz alta. Llevaba ya un mes enseñándole a leer y a escribir y estaba muy satisfecho con los progresos del chaval. Él mismo eligió llamarse Piotr Ilich, en honor a su admirado Chaikovski. Los nombres femeninos eran más fáciles de pronunciar y no hubo discusiones entre las mujeres. Virtudes optó por el de Grushenka, que le pareció muy adecuado para una mujer forzada, mientras que doña Patrocinio elegía el de Madame Natasha, apelativo evocador de los misterios del más allá. Por su parte, Eulalia declinó elegir, puesto que, como ya había reiterado en numerosas ocasiones, ella no estaba por hacer el ridículo, pero en su fuero interno decidió que Tatiana le iba de perlas. Isabelilla no tuvo que pensárselo cuando don Juan José le informó de que había existido una zarina de nombre Isabel, al parecer guapa y culta, aunque no le dijo que había llegado al trono gracias a un golpe de Estado y, en lugar de gobernar, se había dedicado a acumular vestidos, joyas y amantes. La muchacha, que estaba un poco harta de oír su diminutivo en boca de todos, decidió que ya era hora de hacerse llamar por su nombre de bautizo y eligió el de Zarina Isabel.

A Casilda no le tocó nombre ruso; una cupletista debía llevar uno castizo y muy español. Entre otros, se barajó el de Cayetana, pero Ozaeta y Cantonal se opusieron por sus connotaciones aristocráticas y, al final, se decidieron por la Mari-pepa, la protagonista de *La revoltosa*. El casero, que presumía de voz de tenor, entonó entonces el dúo de ésta y Felipe, siendo coreado por los demás, que se lo conocían de memoria, y aprovechó el momento para animar a la joven a iniciar el solo y comprobar, de paso, si era verdad que sabía cantar como decía Isidoro, aunque nadie, excepto él, la

hubiese escuchado ninguna vez. Sabía. Su tono, diáfano y potente, dejó boquiabiertos a todos, y el improvisado tenor, tan atónito como el resto, olvidó su entrada. Siguieron aplausos, bravos y peticiones para que interpretara otras canciones y, aunque remisa en un principio, acabó deleitando a sus oyentes con varias romanzas del repertorio más popular, coreadas por todos a pleno pulmón. Por una noche, La Universal se transformó en el Teatro Apolo.

—¿Y usted qué nombre ha elegido, don Ignacio? —preguntó el profesor tras consultar la lista de los alias llegada la hora de retirarse.

Wallinstein casi había olvidado sus molestias, había tomado parte con entusiasmo en la elección de los alias, pero, sobre todo, se había quedado embelesado al escuchar cantar a Casilda. Definitivamente, aquella gente le hacía olvidar la vida real.

—Yo...

Recordó el nombre de un pintor ruso, osado, colorista, diferente, alguna de cuyas obras había visto reproducida en una de sus dos revistas de *The Studio*.

—Kandinski —dijo sin vacilar.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Dos días después de la memorable velada, Antón logró al fin lo que ansiaba: hacerse con la llave, subir al desván y abrir la caja oculta bajo el tablón del baúl de su suegra. Le había sido imposible hasta entonces, puesto que siempre había alguien decidido a acompañarlo cada vez que iniciaba su ascensión al altillo. El lugar se había convertido en un pozo sin fondo, una cueva de Alí Baba, donde todo era aprovechable: telas, cartones, hierros, trastos viejos. El hombre temía que Eulalia también subiese, pues participaba como quien más, pese a seguir en sus trece en cuanto a que lo del circo era una chifladura, y había montado un taller de costura para vestir a los artistas en un rincón de su dormitorio, justo debajo del cuadro de la Virgen de la Fuensanta. Tembló al oírle decir que en cualquier momento subiría a revisar los arcones del desván cuando Virtudes aseguró que la mujer forzuda debería vestir algo parecido al «hombre más fuerte del mundo» que habían visto en el Price, con calzones por debajo de una especie de bañador, por supuesto con un toque femenino que no la hiciera parecer hombruna.

Por suerte para él, durante el desayuno, don Juan José lo felicitó por ser el día de la onomástica de su alias artístico, San Eugenio, única fecha autorizada para recoger bellotas en El Pardo y excusa para organizar comidas campestres y bailes. Decirlo y montarse el alboroto fue todo uno. En menos de treinta minutos, los residentes de La Universal habían dispuesto la salida. Habían llenado las cestas que luego servirían para traer

las bellotas con panes, embutidos, queso, fruta y lo que pillaron a mano, se habían vestido para la ocasión, que tampoco era cuestión de ir de romería como quien va al mercado, y se disponían a salir hacia la Puerta de San Vicente, una puerta que ya no existía aunque el lugar continuara manteniendo el nombre, para coger el tren de vía estrecha que los llevaría hasta El Pardo. Antón pensó que entonces o nunca y, al levantar una de las cestas, se dobló como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—No es nada; sólo el lumbago —aseguró—. Tendréis que ir sin mí.

No era la primera vez que aducía dicha dolencia inexistente para eludir alguna tarea ingrata, y siempre había funcionado. Logró que se marcharan tras asegurar a su mujer y a los demás que lo único que necesitaba era pasar unas horas en la cama, sin moverse ni hacer esfuerzos. Prometió darse las friegas con el linimento para caballos y mulas olvidado en la casa años atrás por un tratante y que seguía siendo el remedio más eficaz que conocían para dolores de músculos o torceduras, y aseguró que se calentaría las lentejas que habían sobrado del día anterior y, por fin, los vio marchar con un sentimiento de alivio. Esperó todavía un rato por si Eulalia tenía remordimientos de conciencia y volvía para ocuparse de él, pero, al parecer, la perspectiva del festejo era más fuerte, pues, pasada una hora, no había señales de ella ni de los otros. Se dio unas friegas por si acaso, ya que, de no hacerlo, su mujer podría recelar al no advertir el fuerte olor del linimento, cogió la llave y salió corriendo hacia el desván.

Las manos le temblaban al abrir la caja oculta bajo las tablas del baúl de su suegra y estuvo a punto de rezarle un avemaria a la Virgen de la Fuensanta al descubrir que su corazonada era cierta. La mujer había escondido allí un fajo de billetes de a cinco y calculó que habría unas mil quinientas pesetas por lo menos. Tenían suficiente dinero para pasar el invierno sin penurias y continuar con los preparativos de su gran proyecto, pero había que guardarlo de nuevo para no levantar sospechas e ir utilizándolo poco a poco, muy poco a poco. Tardó casi media mañana en buscar un nuevo escondrijo, decidiéndose finalmente por ocultar los billetes en el taller, envuelta la caja en papel de periódico dentro de un saco de grano, rescatado de la inundación y que había conservado por si necesitaba

su contenido para lo que fuera. Después se acercó hasta la plaza de la Cebada, entró en una taberna y pidió un plato de callos, que hacía mucho que no probaba porque a Eulalia no le gustaban. Se sentía bien. Saber que disponía de un pequeño capital con el que hacer frente a las necesidades le había abierto el apetito y los callos acallaron cualquier reproche que pudiera hacerse por no entregar el dinero a su mujer, legítima heredera de su madre. Ella le había dicho que era el hombre de la casa quien debía encargarse de buscar el sustento, y eso era lo que estaba haciendo, por el bien de todos. Aprovechó también para acercarse hasta la plaza de los Carros e interesarse por los precios del alquiler de carretas y carromatos, puesto que la compañía precisaría de medio de locomoción llegado el momento. Preguntó asimismo por los utilizados para el transporte de toros bravos, por si acaso seguían adelante con el asunto aquel de la osa de Cantonal. De vuelta a casa, se echó una siesta y soñó con su circo.

Le despertaron unos gritos procedentes de la calle llamando al señor Oneguin y tardó unos instantes en darse cuenta de que aquél era su alias artístico. Al asomarse a la ventana descubrió al grupo de excursionistas, que, entre risas, le mostraban las cestas llenas de bellotas y dos sartas de rosquillas atadas con una cuerda.

—¿Cómo está usted, señor Oneguin? —le preguntó Isidoro.

—Bien, Nikolái, bien.

—¿Se te ha pasado ya lo del lumbago? —le preguntó Eulalia a su vez.

—Sí.

—¡Pues baja la llave, que dice Karamázof que dejemos las bellotas en el taller!

Habían decidido utilizar sus nombres rusos de vez en cuando, para acostumbrarse a ellos y que no les pillara de sorpresa a la hora de presentarse ante el público, aunque casi todos estaban convencidos de que sólo se trataba de una broma que duraría lo que durase y que después olvidarían.

Al bajar con la llave, le salió al paso Paulino Flórez.

—Perdone usted, pero he oído que lo llamaban..., y bueno..., yo creía que su apellido era Ozaeta.

—El otro es mi alias —respondió Antón, sorprendido de que el huraño morador del primero le dirigiese la palabra.

—Suen a extranjero...

—Sí, es ruso. Perdona, pero me están esperando.

El hombre se asomó al hueco de la escalera para verlo bajar y, a continuación, entró a toda prisa en su piso a observar durante un buen rato, medio oculto por las cortinas, el ajetreo que se traían sus ruidosos vecinos. Esperó hasta la noche, cuando ya las lámparas de gas alumbraban las calles con su luz mortecina, salió cerrando la puerta del piso con mucho cuidado para no hacer ruido, bajó las escaleras con igual celo y se dirigió al Café de la Montaña, situado en los bajos del Hotel de París, en la Puerta del Sol, lugar de reunión de gentes bohemias, repleto de humo y voces. Tras echar una ojeada al local, descubrió a la persona a quien buscaba, un caballero de mediana edad que fumaba un puro mientras sostenía una copa de coñac entre los dedos.

—Buenas noches, señor secretario —saludó quitándose el bombín.

—Buenas noches, Flórez. ¿Toma usted algo?

Se moría de ganas por un coñac, pero no debía dar la impresión de ser un aprovechado, así que pidió un anís.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el caballero al retirarse el camarero.

—Creo que los tengo —afirmó el otro con voz pausada, tal y como convenía para dar una noticia trascendental.

—¿Está usted seguro?

Su interlocutor, alzó el tono de tal modo que el grupo de contertulios sentados a la mesa de al lado interrumpió su debate sobre las nuevas tendencias literarias y se quedó mirándolos con aire reprobador.

—¿Está usted seguro? —preguntó de nuevo bajando la voz.

—Casi —respondió el hombre con cautela.

Funcionario de tercera categoría en el Ministerio de la Gobernación, Paulino Flórez tenía la clara intención de ascender a lo más alto del escalafón sin entrar en la política, puesto que el Gobierno cambiaba con suma facilidad y él no estaba por la labor de verse ascendido y descendido al albur de los acontecimientos. Había llegado a la conclusión de que la

única forma de alcanzar un cargo seguro y bien remunerado era mantenerse neutral, no dejar trascender su ideología, que por otra parte tampoco tenía, y convertirse en alguien imprescindible para los diferentes titulares de su departamento, el de policía. Sus estudios de contable le habían permitido acceder a una plaza en la contaduría de dicho departamento, pero tenía siempre los ojos y los oídos bien abiertos, dispuesto a recabar información de cualquier tipo, de manera que la respuesta era siempre la misma cada vez que alguien precisaba una información: «Pregunte usted a Flórez».

El hombre pasó a relatarle lo que varias semanas atrás había sospechado y que ya le había expuesto con anterioridad: que sus vecinos del segundo eran en realidad miembros de una célula bolchevique infiltrada en España con el fin de difundir las nefastas ideas comunistas entre los honrados y cristianos obreros españoles. La prueba era que ninguno de ellos trabajaba, a excepción de un abogado, lo cual daba base a su hipótesis, puesto que era del todo inaudito que un señor con estudios viviese hacinado con una chusma de vagos y maleantes, a menos que fuese el cabecilla de la banda, que ya se sabía que los mayores revolucionarios no eran gente de baja estofa, sino burgueses con educación. Asimismo, era altamente sospechosa la presencia en aquella casa de un profesor, probable ideólogo de la célula, quien impartía clase a los niños expósitos del Real Hospicio, sin duda para disimular. También había varias mujeres.

—¿Y viven todos ellos juntos? —se interesó su interlocutor.

—Sí, todos en un mismo piso, en una pensión llamada La Universal. Ya me dirá qué se puede esperar con un nombre como ése, de clara alusión comunista.

—Puede que en verdad sea una pensión...

—Permítame recordarle con todo respeto, señor secretario, que la bomba contra nuestro amado rey fue lanzada desde el balcón de una pensión. Por otra parte, ¿de qué viven, si como ya he mencionado, casi ninguno de los inquilinos tiene un trabajo como Dios manda?

—Aun así, ¿tiene usted alguna prueba segura?

—Usan alias.

—¿Alias?

—Sí, cada uno se hace llamar por un nombre... ruso. No he logrado conocerlos todos, pero sé, por ejemplo, que el abogado utiliza el de Kadechinski, o algo parecido, el profesor es Pitrolich, otro es Tovarich y el supuesto dueño de la pensión, Onegin.

—Ése suena a vasco.

—Pues es ruso, se lo puedo asegurar porque el propio individuo me lo ha confirmado esta misma tarde.

—¿Algo más?

—Disponen de un taller mecánico en los bajos de la casa, pero yo no veo que haya clientes entrando y saliendo, aunque sí hay actividad, porque hace semanas que Onegin, Tovarich y un chaval se pasan las horas allí metidos dando martillazos. No me extrañaría que estuviesen fabricando artefactos incendiarios o algo peor.

El señor secretario de segunda categoría del Ministerio de la Gobernación permaneció en silencio durante largo rato, haciendo volutas de humo mientras meditaba los pasos que debían seguir. Iban ya para tres los presidentes del Consejo de Ministros en aquel mismo año; el último, el marqués de la Vega de Armijo, de ochenta y dos años, un parche, por decirlo de alguna manera, hasta encontrar a otro candidato; las importaciones masivas de cereales a un precio menor que el nacional para beneficio de cuatro especuladores habían llevado a los campesinos a la miseria, y ello había repercutido en las empresas de herramientas vascas, así como en las textiles catalanas; la hambruna se abatía sobre el país, en especial sobre Andalucía y Extremadura; la falta de trabajo había obligado a miles de españoles a cruzar el océano en busca de una vida mejor; cientos habían muerto lejos de su tierra defendiendo los restos del antiguo imperio y era incontable el número de los desaparecidos. El campo estaba abonado para la rebelión a la que están obligados los desesperados. El partido de los obreros creado por Pablo Iglesias así como su sindicato estaban más o menos controlados, puesto que no se escondían y celebraban mítines públicos, pero no ocurría lo mismo con los anarquistas, anarcosindicalistas y otros grupos similares. El ministerio tenía conocimiento de la llegada a España de elementos subversivos procedentes de otros países europeos,

incluida Rusia, que no eran fáciles de detectar. Él había propuesto al señor secretario de primera categoría la creación de un cuerpo especial de policía, al igual que ya se había hecho en Francia y en Inglaterra, dedicado exclusivamente a descubrir a revolucionarios antipatrióticos dispuestos a socavar los cimientos de la nación con el pretexto fútil de la injusticia social, el hambre, los bajos salarios y cantinelas del estilo. ¡Como si fuese tan fácil gobernar un país! Su superior no había atendido a sus razonamientos, pero él estaba decidido a llevar a cabo su proyecto, entre otras cosas porque tanto al señor secretario de primera categoría como al propio ministro de la Gobernación les quedaban, como mucho, dos o tres meses antes de ser sustituidos. El régimen liberal tocaba a su fin y ahora era el turno del conservador con el apoyo de la Iglesia, irritada por el decreto que autorizaba de nuevo los matrimonios civiles en un país católico, apostólico y romano. Antonio Maura, liberal mudado a conservador, era el candidato que más sonaba. Con suerte, él mantendría su puesto, ya que no se había significado políticamente y era socio de la Sociedad Tiro de Pichón, lugar de encuentro de destacados conservadores. De todos modos, con o sin el beneplácito de su superior, estaba decidido a continuar, aunque para ello tuviese que echar mano de personajillos como Flórez. Crearía una red de espías, al igual que había hecho Felipe II, y nadie estornudaría en España sin que él lo supiese, pero había que ser prudentes.

—Debemos ser cautos, amigo mío —dijo finalmente—. Antes de proceder, debemos asegurarnos de que, en efecto, sus vecinos conforman una célula bolchevique, comunista, marxista, o lo que sea. Por lo tanto, desde este mismo instante queda usted dispensado de sus obligaciones en la contaduría; se dedicará a vigilarlos y a recabar pruebas contra ellos. Quiero un informe encima de mi mesa todos los lunes.

Dicho esto, el señor secretario se levantó, depositó una moneda de dos pesetas encima de la mesa y, sin esperar las vueltas, salió del café, saludando a derecha e izquierda a conocidos y desconocidos.

Paulino Flórez permaneció sentado e hizo una seña al camarero pidiéndole una copa de coñac, que abonó con la moneda de su jefe y paladeó con aire de entendido mientras escuchaba las conversaciones de la

mesa contigua. Los contertulios hablaban de obras literarias, mencionaban nombres extranjeros, reprobaban la Ley de Jurisdicciones votada por las Cortes, por la cual el poder militar se imponía al civil al someter al código militar el juicio por los delitos de opinión y obra contra el ejército, la nación o su bandera. También insistían en la necesidad de alfabetizar a los españoles, puesto que la mitad de la población no sabía leer ni escribir. Chasqueó la lengua. En cuanto acabara con los rusos, pensó, se ocuparía de todos aquellos ociosos charlatanes con pinta de sabios. El pueblo no necesitaba aprender a leer ni a escribir, necesitaba trabajar y obedecer las leyes, que para eso estaban. Pidió otra copa de coñac, aunque esta vez tuviera que pagarla de su bolsillo; se la bebió de un trago al escuchar que la censura civil y eclesiástica era arma de cobardes, incapaces de enfrentarse dialécticamente a sus oponentes, y se marchó del local. Llegó a la calle del Rollo dando tumbos. Había sido demasiada bebida dos coñacs y un anís con el estómago vacío. Tenía ganas de meterse en la cama, pero la puerta del segundo estaba entreabierta y se oían voces. Ascendió y se quedó a mitad de la escalera, sentado en un escalón. No lograba distinguir la conversación, si bien la palabra «panfletos» le llegó con claridad, justo en el momento en que su estómago no aguantó más, se le llenó la boca y vomitó con gran estrépito el alcohol ingerido. Antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, una mujer apareció en el rellano con un quinqué en la mano y ambos se miraron.

—¡Marrano! ¡Será usted guarro!

Aterrorizado, echó a correr escaleras abajo a trompicones y acertó a meter la llave en la cerradura de su piso, pero no lo suficientemente rápido como para no escuchar la amenaza de la mujer:

—¡Mañana limpia usted esta peste o yo misma me encargaré de que lo haga con la lengua!

—¿Qué ha pasado, Eulalia? —oyó preguntar a un hombre.

—¡El del primero, el muy guarro ha vomitado en nuestro tramo de escaleras!

La puerta del piso de arriba se cerró de golpe y Paulino Flórez respiró, dejándose caer sobre la cama sin tan siquiera quitarse los zapatos. La

cabeza le daba vueltas. Se había salvado por los pelos y tuvo una pesadilla horrible en la que se veía atrapado, torturado, el cerebro lavado por sus vecinos.

—¿Alguien sabe a qué se dedica ese tipejo? —preguntó Eulalia, enfurecida, al entrar en la cocina.

—Creo que trabaja en el Ministerio de la Gobernación —respondió Benigno—. Lo veía por allí cuando hacía la ronda por Puerta del Sol.

—¿De qué?

—No lo sé, pero, si quieres, me informo.

—Por cierto, señor Wallinstein —intervino doña Patrocinio, a quien la mención del ministerio le había recordado algo—. Una de mis clientas me ha preguntado hoy si podía contactar con los difuntos.

Ozaeta y el abogado intercambiaron una mirada y se mordieron los labios para evitar la risa. Martes y viernes, días laborables, la mujer encendía unos inciensos y unas velas en su habitación y abría consulta de cuatro a siete. Sus clientes eran casi todas mujeres, aunque también aparecía por allí algún que otro hombre. Isabelilla les abría la puerta y les indicaba unas sillas en el minúsculo recibidor del piso a la espera de su turno. En dichas ocasiones, dueños e inquilinos de La Universal procuraban no dejarse ver, si bien no siempre podían evitarlo, sobre todo el casero, su amigo Pepe e Isidoro, que bajaban al taller y volvían a subir cada dos por tres. Wallinstein había tenido ocasión de ver a la clientela de doña Patrocinio en un par de ocasiones en que había llegado pronto a casa y se había quedado muy asombrado. No se imaginaba a sí mismo haciendo cola para que alguien le adivinara el futuro, aunque, a la vista estaba, no todo el mundo opinaba igual. Quizá debería probar él también, igual Madame Natasha le descubriría un futuro esplendoroso. A la mujer le encantaba su apodo artístico, que había adoptado asimismo en su faceta profesional, y le había pedido que pintara un rotulillo con cierto arte, estrellas incluidas, para colocar en la puerta de su habitación, ofreciéndose, a cambio, a leerle las cartas o las rayas de la mano, lo que prefiriese. Pintó el rotulillo, pero declinó la oferta con una sonrisa, prometiendo no obstante consultarle más adelante a fin de que no se ofendiese.

—No sabía esa faceta suya de hablar con el más allá —dijo Ignacio tratando de no sonar demasiado irónico.

—No, no —protestó ella—. Esos asuntos son muy serios y yo nunca lo he intentado, aunque estoy convencida de que podría ser una buena médium. De hecho, puede que lo intente algún día de éstos.

—¿Y por qué deseaba esa señora contactar con los difuntos?

—Quería preguntarle a su marido dónde había guardado unos documentos o unos dineros, no me lo ha aclarado. He pensado que le interesaría saberlo.

—¿A mí? —preguntó el abogado, sorprendido—. ¿Por qué iban a interesarme los asuntos de una desconocida?

—Porque es la viuda del señor aquel que desapareció y que luego Benigno dijo que habían enterrado en una fosa común.

—¿Cómo sabe que es ella?

—Porque es la viuda del hombre que desapareció el día del atentado contra el rey y... es pelirroja, como usted nos dijo.

Wallinstein se quedó pensativo. ¿Qué documentos podrían ser aquéllos para que Elvira Artigas se tomase la molestia de acudir a una vidente de tres al cuarto? Por suerte no se habían encontrado; habría resultado una situación comprometida.

—¿Va a volver? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí, el jueves. Le he dicho que ya voy a informarme sobre alguien que pueda ponerla en contacto con su difunto marido.

—¡Por Dios, Patrocinio! —exclamó Eulalia—. ¿No creerás tú en esas cosas?

—Ay, hija, yo me creo todo.

—Se me está ocurriendo una idea... —Antón había escuchado la conversación sin intervenir.

—Tiemblo cada vez que dices eso de que se te ha ocurrido una idea —replicó su mujer—. ¿De qué va esta vez?

—Ya os la contaré cuando le haya dado un par de vueltas.

A la mañana siguiente, nada más despertarse, todavía en camisón y bata, Eulalia salió a la escalera con un barreño de agua, dispuesta a fregar la

pestilencia que estaba segura que su vecino no habría limpiado, pero su sorpresa fue mayúscula al comprobar que no solamente sí la había limpiado, sino que además había encerado los escalones.

Wallinstein regresó a la pensión en cuanto dieron las siete de la tarde. Cada día se le hacía más cuesta arriba pasar las horas encerrado en el archivo del bufete, cuando en la calle del Rollo gozaba de un ambiente que sus compañeros de trabajo considerarían disparatado, pero que a él lo llenaba de vida. Además, se había cruzado en el pasillo con Ozaeta y éste le había susurrado un misterioso «ya sé cómo hacer para saber lo de los documentos del muerto». Seguro que se trataba de otra de las alocadas ideas de su casero, pero no podía evitar sentir curiosidad. No había vuelto a hablar con la señorita Beltrán desde el día de su encuentro en Manzanares el Real y posterior regreso a Madrid, pero sentía su mirada fija en él cada vez que salía del archivo o hablaba con los demás empleados, y tenía la impresión de que ella trataba de advertirle que mantuviera la boca cerrada acerca de su encuentro en la cabaña de Mendoza. Esto lo llevó a pensar que, tal vez, los documentos que la viuda buscaba estaban escondidos en algún rincón de dicha cabaña, aunque rechazó tal posibilidad. Cecilia, Amando y él habían registrado bien el lugar y no habían encontrado nada de particular; los escondrijos secretos eran más propios de las novelas que de la vida real, y él tenía demasiada imaginación. De existir, aquellos documentos estarían a buen recaudo, en un banco, o en manos de terceros. De vuelta a La Universal, no se percató de Flórez, quien lo seguía unos pasos por detrás sin perderlo de vista.

Encontró a todos, menos a doña Patrocinio, ocupada con una clienta, sentados alrededor de la mesa y, encima de ésta, una tablero de madera con las letras del abecedario pintadas en él, así como los números del uno al cero, un «sí» en la parte superior izquierda, un «no» en la derecha y un «adiós» en la inferior.

—¿De dónde han sacado ustedes este tablero de ouija? —preguntó atónito.

—¡Ouija y no aguja, zopenco! —le espetó Antón a Cantonal—. Ya te lo decía yo. Lo hemos hecho nosotros. ¿A que ha quedado como si fuera

comprado? Lo hemos copiado de uno que hemos visto en el escaparate de un comercio.

—¿Para qué?

—A éstos —intervino Virtudes—, que se les ha ocurrido hacer ese trasto porque dicen que los señoritos y las damas lo utilizan para hablar con los muertos.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Eulalia haciendo la señal de la cruz—. ¡Antón! ¡A mí no me traigas a casa chismes de éstos!

—¿Están ustedes seguros de que es legal? —preguntó Benigno.

—¿Y si nos excomulgan? —Eulalia volvió a santiguarse.

La Isabelilla e Isidoro no decían nada; contemplaban atónitos el tablero intentando imaginar cómo podría hablarse con los muertos con un pedazo de madera. El profesor inició una reflexión acerca de la probabilidad real o inexistente en cuanto a la posibilidad de establecer contacto con los difuntos, a menos que fuesen almas en pena que todavía no hubieran encontrado el camino hacia la otra vida. Claro que, apuntó, para ello, era preciso creer en el más allá, a lo que Cantonal respondió que aquello eran monsergas. Casilda, por su parte, señaló que ella había jugado a la ouija una vez, que había pasado mucho miedo y que por nada del mundo volvería a probar. Hablaban todos a la vez, quitándose la palabra, hasta que Antón pegó un puñetazo encima de la mesa.

—¡Que aquí nadie va a hablar con los muertos, rediez! —gritó—. Sólo se trata de hacer que la viuda diga qué documentos busca.

—¿Qué viuda? ¿Qué documentos? —preguntó Virtudes.

Ella y su hombre habían salido la víspera a dar una vuelta y no se habían enterado de la visita de doña Elvira a doña Patrocinio, asunto que fue preciso explicarle, no así a Cantonal, quien ya había sido puesto al corriente por su amigo mientras construían el tablero.

—La idea es que, cuando esa señora venga a la consulta, doña Patrocinio le informe de que ha encontrado la *media* capaz de...

—Yo no he perdido ninguna media.

La afirmación de la mujer, que justo entraba en la cocina en ese momento, provocó la hilaridad de los demás y el pasmo de la interesada, de

forma que Antón tuvo que recomenzar su explicación. Había leído un artículo que hablaba en tono crítico acerca de la moda de las sesiones de espiritismo, la cual alcanzaba por igual a las clases pudientes y a las menos afortunadas, entre otras cosas porque no se precisaba apenas nada para llevarlas a cabo. En algunos casos, únicamente hacían falta cuatro o cinco participantes y una mesa redonda; en otros, se utilizaba un lápiz; en otros, una copa, pero en el periódico venía la imagen de una ouija, que le pareció una pieza curiosa. Se había olvidado del asunto, pero lo recordó de nuevo al comentar doña Patrocinio la visita de la viuda de Mendoza, así que aquella misma mañana habían ido Cantonal y él a una tienda de la calle de Postas donde vendían artilugios raros.

—El Ojo de Isis —señaló doña Patrocinio en tono entendido.

—Esa misma. Pero nos pedían dos pesetas y cincuenta céntimos por un tablero de éstos, lo que nos ha parecido una barbaridad, así que, con la disculpa de estar interesados, nos hemos fijado bien y lo hemos hecho nosotros —concluyó Antón.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Eulalia, que no acababa de estar convencida de que el tablero no fuera un artilugio diabólico.

—Ahora, cuando la viuda venga el jueves, doña Patrocinio le dice que ha encontrado a una *media* de esas que dicen que pueden ponerse en contacto con los muertos...

—Una médium —recalcó la aludida.

—Una médium... Bueno, pues se lo dice y queda para la semana que viene. Entretanto, nosotros practicamos con el tablero y, cuando vuelva, le organizamos una sesión.

—¡Que yo no pienso hacer algo prohibido por la Iglesia! —insistió Eulalia.

—¡Que nadie lo va a hacer! Sólo fingiremos, pero ella no lo sabrá y nos dirá lo de los documentos. ¿Qué le parece a usted la idea, don Ignacio?

—Fantástica. Es usted el tipo más ingenioso que he encontrado en mi vida —rio el abogado.

—Bien, ¿quién va a ser la médium esa? —preguntó el casero mirando a las mujeres.

—¡Yo no! —exclamó Casilda como si previese ser la elegida.

—Pues en usted estaba pensando precisamente, porque doña Patrocinio no puede ser, que le ha dicho a la viuda que no sabe de esas cosas, y las demás tampoco porque no saben juntar letras.

Tras mucho rogarle, la joven aceptó por fin el cometido y, a continuación, pasó el resto de la velada comentando con Eulalia y doña Patrocinio el traje que debería ponerse para la ocasión, mientras los demás escuchaban las explicaciones de don Juan José acerca de cómo utilizar el tablero de manera convincente.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

La semana transcurrió sin mayores novedades, cada cual ocupado en sus asuntos, y todos, en los de todos. La temperatura había descendido considerablemente, los vendedores ambulantes de castañas y churros hacían el agosto a finales de noviembre, las coladas se quedaban tías en los tendedores y los pucheros de los pobres se llenaban con bellotas, patatas y pan duro. En La Universal, sus moradores alargaban las veladas en torno a la chapa económica y corrían luego a meterse bajo las dos o tres mantas de sus camas, pues las habitaciones estaban frías y únicamente había un braserillo de carbón en la de doña Patrocinio, a fin de que sus clientes, y ella misma, no se trocaran en carámbanos mientras soñaban con el cálido futuro pronosticado por las cartas. La esperaban para cenar y, después, practicaban lo que iba a ser, según decía Ozaeta, la prueba de fuego de su capacidad melodramática, un ensayo para cuando les llegara la hora de actuar en público. Eulalia, su amiga, y Benigno consideraban que no era honesto engañar al prójimo, pero sus quejas eran rápidamente acalladas por el resto, aduciendo que se trataba de resolver un crimen y que, tal vez, la respuesta se hallara en aquellos documentos que la viuda deseaba con tanto afán. Podrían buscarlos ellos si conseguían sonsacarle de qué tipo de papeles se trataba. Además, añadía el casero, en todo caso se trataría de gastar una broma como mucho, y no hacían daño a nadie.

El jueves siguiente todo estaba dispuesto. Elvira Artigas apareció poco antes de las siete y no tuvo que esperar en el recibidor porque aquel día los

clientes eran despedidos con la excusa de que Madame Natasha no se encontraba bien. La habitación había sido iluminada con velas, pero el resto del piso estaba a oscuras para crear un ambiente enigmático. Cuando Isabelilla la hizo entrar, la mujer encontró a la vidente y a otras cinco personas sentadas alrededor de una mesa redonda.

—Le presento a la señora Larina, una eminente médium rusa que está de visita en nuestro país —introdujo con mucha ceremonia doña Patrocinio a una exótica Casilda vestida con su túnica «a la morisca» y el turbante—. Ha aceptado presidir la sesión gracias a la intervención de una amistad común, cuyo nombre no puedo revelar por tratarse de una dama de la aristocracia. Baste con que usted sepa que sus servicios son a menudo requeridos en el palacio de los zares de Rusia.

Impresionada ante tales referencias, la viuda de Mendoza hizo una pequeña reverencia y saludó a Casilda, quien se limitó a inclinar la cabeza como respuesta. Antón se había empeñado en que hablasen con acento extranjero, seseando y rulando las erres, pues más valía empezar a practicar cuanto antes si iban a ir por los pueblos haciéndose pasar por rusos. Quizá porque su papel de cupletista no la obligaba a simular extranjería, la joven intentó «hablar en ruso», pero no logró ser convincente, así que decidieron que no abriese la boca durante la sesión.

—Lo siento —intervino doña Patrocinio—, la señora Larina entiende nuestro idioma, pero no lo habla.

A continuación, le presentó a los demás: el conde Onegin; el profesor Pitrolich; la señora Grushenka, dama de compañía de la médium, y el coronel Tovarich, su guardaespaldas, todos rusos, por supuesto, que respondieron a su saludo con palabras seseantes, excepto el último. Vestido con el uniforme de Benigno, galones dorados incluidos, Cantonal se levantó de la silla y dio un taconazo marcial con tanto ímpetu que por poco vuelca la mesa.

—Bien, vamos a proceder ahora que ya estamos todos —declaró doña Patrocinio, muy en su papel de anfitriona—. Invocaremos al espíritu y, una vez manifestado, usted, doña Elvira, preguntará lo que desea saber. Primero,

cojámonos de las manos e invoquemos la presencia del difunto señor Mendoza.

Permanecieron en silencio durante unos instantes hasta que la mesa comenzó a traquetear, movida por las rodillas de Antón y Cantonal, lo que provocó un gritito de la consultante, mientras los otros permanecían impasibles.

—Su marido se ha manifestado. Ya puede usted preguntar.

—Hola, querido, soy Elvira. ¿Estás aquí?

Casilda dirigió la flecha de la ouija hacia la parte superior izquierda.

—Dice que sí —tradujo doña Patrocinio.

—¿Estás bien?

La flecha se dirigió hacia la derecha.

—Dice que no.

—Lo siento. Quería preguntarte dónde has guardado el dinero.

Tras una pequeña vacilación, la flecha se movió hacia las letras.

—Pregunta que cuál.

—Ya sabes...

—Dice que no.

—El de... —la mujer tragó saliva antes de acabar la frase casi en un susurro— Mariano Segura.

—Pregunta que de qué Mariano habla usted.

—¡El de la estafa, hombre, cuál va a ser!

En ese momento, chirriaron los goznes de la puerta de la habitación, que se abrió lentamente, y asomó por ella un espectro cadavérico vestido de negro e iluminado por el resplandor de las velas, provocando tal conmoción entre los reunidos que la mesa cayó al suelo, la ouija salió despedida por los aires y ellos se agruparon en un rincón temblando de miedo a la vez que se oía un golpe seco y el espectro se desplomaba sin conocimiento.

—Es el marrano del primero —aseveró Eulalia, quien asía una sartén por el mango.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó su marido.

—Husmear en huerta ajena. Pues, mira, que hubiera llamado.

Mientras tenía lugar la sesión, Eulalia, Benigno, Wallinstein y los dos más jóvenes esperaban en la cocina, con la luz apagada, para ver si podían enterarse de lo que ocurría en la habitación de doña Patrocinio, situada justo enfrente. Distinguieron una sombra al abrirse la puerta y Eulalia no vaciló; asió la sartén y la descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de quien ella había tomado por un ladrón.

—¿No lo habrás matado? —preguntó de nuevo Antón—. Que tú eres muy capaz...

—¡Quia! Tiene la cabeza demasiado dura para desgraciársela de un sartenazo.

Tras comprobar que así era, los hombres lo bajaron a su piso y lo dejaron tumbado encima de una cama. Para entonces, Casilda se había desvanecido, doña Elvira había salido escaleras abajo como alma que lleva el diablo y los demás intentaban recuperar el juicio, asegurando que en ningún momento habían sentido temor, que pensaban que a Wallinstein se le habría ocurrido aquello para añadir veracidad a la escena y que la señora de Mendoza no pudiera continuar preguntando una vez que ya conocían la naturaleza de su búsqueda.

—Ya lo sabe usted, don Ignacio —dijo Ozaeta—, lo que la señora busca es el dinero de una estafa de o a un tal Mariano Segura. ¿Le suena a usted de algo?

—No.

—Bueno, pues se ha hecho lo que se ha podido.

A continuación, pasaron a discutir acerca de la actuación, felicitándose unos a otros ya que, a su entender, todos, en especial doña Patrocinio y Casilda, habían actuado como verdaderos profesionales, si bien decidieron practicar el «ruso», porque, a fin de cuentas, sólo habían dicho un par de palabras cada uno y. necesitarían expresarse con fluidez durante la gira por provincias. La joven se había recuperado de su desvanecimiento, que achacó al susto, y tenía al abogado pendiente de ella, actitud que no pasó desapercibida y fue recibida con gestos de complicidad y sonrisas por parte de los demás.

Lo primero que hizo Wallinstein al día siguiente, nada más llegar a la oficina, fue buscar la carpeta de Mariano Segura, pero no encontró ninguna con ese nombre. Estaba, no obstante, convencido de que el bufete tenía algo que ver con el asunto, porque, si no, ¿a qué tanto misterio? Era una pena que el impresentable del piso de abajo hubiese estropeado la sesión y muy improbable que la viuda volviese a consultar a doña Patrocinio después del susto. Si al menos supiese en qué había consistido la estafa o si el tal Segura era el estafador o el estafado... Debía dejar de pensar en el asunto, se dijo por enésima vez, pero lo cierto era que éste venía a él cuando menos lo esperaba y de la manera más casual. Le habría gustado ser Sherlock Holmes, pero él no sólo no tocaba el violín, sino que tampoco tenía la capacidad analítica del personaje de Conan Doyle, cuyas novelas devoraba en cuanto tenía oportunidad de echarles el guante en la biblioteca. Por otra parte, ¿qué haría si llegaba a conocer la verdad de lo ocurrido? ¿Si descubría quién y por qué había degollado al desgraciado de Mendoza y había tirado su cuerpo al Manzanares? Y, además, ¿a quién le importaba?

Al salir del trabajo, y muy en contra de su costumbre, se metió en un bar y pidió una copa de orujo para entrar en calor. El archivo no disponía de brasero ni estufa para evitar cualquier posible incendio y, después de las horas allí metido, tenía los pies helados, pese a los dos pares de calcetines que llevaba puestos. Apoyado en la barra, contemplaba el vidrio y pensaba en Casilda. Tenía que reconocer que la joven le interesaba, y mucho, e ignoraba si desear estar a su lado en todo momento, escuchar su voz, besar sus labios o acariciarla era amor o simple necesidad de un hombre solo. Lo único que sabía era que el tiempo a su lado se le pasaba sin darse cuenta. Cerró los ojos y la recordó cantando, en medio de la cocina, las mejillas arboladas, los ojos brillantes.

—Brindo por el difunto Mendoza, que estará ardiendo en el infierno.

Su evocación se evaporó al oír las palabras del hombre que estaba a su lado, a todas luces ebrio, quien levantó su vaso de vino y se bebió el contenido de un trago.

—¡Sírrame otro! —gritó a continuación.

—Lo siento, señor —respondió el camarero—. Primero pague lo que debe y luego le sirvo.

El hombre se echó a reír.

—Pues lo va a tener crudo, porque no tengo un real.

—Entonces, tendré que llamar al encargado para que avise a los guardias.

—Yo me ocupo —intervino Wallinstein dejando varias monedas encima del mostrador—. Sirva al caballero.

Un rato más tarde, ambos compartían mesa detrás de una columna. El hombre, que dijo llamarse Augusto Romancero, se gastó en vino el sueldo de una semana del abogado, pero mereció la pena, aunque a cada vaso que bebía resultaba más difícil entender lo que decía. Él y Mendoza habían sido socios en varios asuntillos de poca monta no demasiado legales, contrabando de alcohol, casas de apuestas, pequeños fraudes y otros por el estilo, que les proporcionaban dinero sin mucho esfuerzo, hasta que vieron la posibilidad de enriquecerse de golpe vendiendo unos terrenos inexistentes en la zona de Alcorcón a un incauto llegado de la provincia de Segovia con la intención de invertir en la capital. El hombre, ganadero acomodado sin hijos varones para continuar en el oficio, había decidido trasladarse a Madrid. Lo habían conocido en su empresa *Mencero Inversiones, Sociedad Anónima*, una tapadera para sus trapicheos, adonde el segoviano había acudido para interesarse por la compra de un edificio en la calle del Carmen, cuyos pisos quería vender o alquilar y de esta manera iniciar su andadura como rentista. Lograron convencerlo de que el futuro estaba en los terrenos de las afueras gracias a la buena presencia de Carlos José Mendoza, sus relaciones con la alta burguesía, su labia, los planos de las barriadas que iban a construirse y los documentos firmados por el ministro de Fomento, unos y otros falsos. El hombre picó el cebo y les entregó trescientas mil pesetas en mano, todos sus fondos tras la venta de la ganadería, tierras y casa de su propiedad, además del importante préstamo obtenido del Banco de España

—Cuando Mariano Segura, que así se llamaba el hombre —continuó Augusto con la voz pastosa—, se presentó en su «propiedad», descubrió

que todo era un fraude y se pegó un tiro. Para entonces, nos habíamos mudado, la empresa *Mencero Inversiones, Sociedad Anónima*, ya no existía y el hijo-puta de Mendoza se negó a entregarme mi parte, amenazándome con acusarme de estafa e incitación al suicidio, porque fui yo quien firmó los documentos de compra y venta, que él guardaba a buen recaudo, según me dijo.

Wallinstein dejó al hombre, borracho como una cuba, cuando ya no pudo sonsacarle más información, aunque antes buscó en sus bolsillos y encontró un sobre a su nombre y con su dirección: la fonda El Brezo, en la calle Tetuán. Estaba claro que Augusto Romancero tenía razones para asesinar a Mendoza, pero no podía ir a denunciarlo a la policía porque no lo tomarían en serio con los pocos datos que obraban en su poder. La cuestión era complicada e implicaría acciones muy graves, como la de abrir la sepultura de los Alcañizar y Beltrán de Salazar para comprobar si el cadáver allí enterrado era el del supuesto difunto. Algo así podría acarrearle un juicio y la pérdida de su licencia de abogado. Una vez más, pensó que tenía que olvidarse del asunto, pero nada más llegar a la oficina al día siguiente, buscó en el archivo de empresas la carpeta de «*Mencero Inversiones, Sociedad Anónima*». Y la encontró.

Atónito por el hecho de que la búsqueda le hubiera resultado tan fácil, permaneció unos instantes con los ojos puestos en la etiqueta, sin atreverse a abrir la carpeta y, al hacerlo, notó que le temblaban las manos. Estaba convencido de que allí descubriría la clave del misterio, pero no fue así. Sólo encontró en ella tres documentos: el acta notarial de fundación de la empresa, la del registro de actividades industriales y la del cese de negocio, así como las facturas correspondientes a la gestión del bufete, pero nada acerca de la venta de los terrenos de Alcorcón a Mariano Segura, ni de otros de parecido pelaje. Releyó de nuevo los papeles, intentando encontrar un nexo entre ellos, y por poco suelta un sonoro «¡Imbécil!» dirigido a sí mismo por no haberse fijado a la primera en las firmas de los socios que aparecían tanto en el acta fundacional como en la del cese de negocio. En ambas, además de las de los dos sinvergüenzas, podían verse dos firmas que él conocía bien: la del señor Alcañizar y la de la señorita Beltrán. Y, aún

más importante, la fecha de disolución de *Mencero Inversiones, Sociedad Anónima*. Guardó rápidamente la carpeta en su sitio e intentó pensar. Podía entender que los tíos de la pareja formada por Carlos José y Elvira hubieran querido ayudar al primero a la hora de crear una empresa, lo que ya no estaba tan claro es que hubieran firmado su disolución el viernes 1 de junio, es decir, al día siguiente del atentado contra el rey, cuando, en principio, Mendoza ya había sido dado por desaparecido. Aunque, en este caso, su firma debería haber sido falsificada.

—¿Pensando en alguna mujer en particular?

La voz de la señorita Beltrán le provocó tal sobresalto que a punto estuvo de soltar una exclamación. Desde el quicio de la puerta, Cecilia lo miraba con un brillo irónico en los ojos.

—Pase usted, por favor, por el despacho del procurador Ruiz Cortés y recoja unos documentos que don Ramón espera con urgencia —añadió sin esperar su respuesta—. Le envío a usted porque son de suma importancia y no podemos arriesgarnos a que se extravíen por el camino.

Le dio la impresión de que la mujer intentaba justificar el hecho de tratarlo como a un recadero, cosa que en otro momento le habría molestado, pero no ahora. Asintió con un gesto de la cabeza y se dirigió al perchero sin perderla de vista con el rabillo del ojo, tomándose su tiempo para ponerse el abrigo, la bufanda y los guantes. Al comprobar que él no tenía intención de entablar conversación, Cecilia Beltrán dio media vuelta y regresó a su despacho. Rápidamente, Wallinstein sacó la carpeta de «*Mencero Inversiones, Sociedad Anónima*» y la introdujo en su portafolio, cogió su sombrero y salió a la calle. Pasó por el despacho del procurador, pero, a continuación, acudió a un perito calígrafo a quien el despacho solía consultar en materia de firmas, sobre todo de testamentos, para certificar si las rúbricas de Mendoza en los tres documentos se correspondían. El resultado no dejaba lugar a dudas. De acuerdo con el experto, en los tres casos, la caligrafía pertenecía a la misma mano. El hombre se perdió después en una serie de explicaciones que ratificaban su examen y finalizó con una afirmación sorprendente:

—De hecho, también la estilográfica y la tinta utilizadas en el último documento son las mismas.

—Las de las firmas del sujeto en cuestión...

—Las de todos los firmantes, aunque... en éste, una de las firmas ha sido falsificada.

—No lo entiendo.

—La del tal Augusto Romancero. A simple vista parece igual en los tres documentos, pero si usted se fija bien, verá que el rabillo de las erres no coincide con los dos primeros. También son diferentes las letras capitales y la inclinación de la escritura.

En cuanto estuvo de regreso en el bufete, entregó los documentos del procurador a la señorita Beltrán y se apresuró a devolver la carpeta al archivo sin dejar de dar vueltas al asunto. Mendoza estaba todavía vivo el día siguiente del atentado, y en Madrid, no en Manzanares el Real. El señor Alcañizar se hacía fabricar una tinta especial, entre azul y morada, para su estilográfica de oro Waterman, que siempre llevaba encima y no dejaba utilizar a nadie, lo cual era motivo de bromas entre los empleados de la oficina. Así pues, él, Cecilia y Carlos José se habían reunido para firmar la disolución de la empresa en una jornada en la que casi nadie había trabajado en la capital, conmocionada por el terrible acontecimiento de la víspera. Y uno de ellos había falsificado la firma del socio.

De vuelta a La Universal, se cruzó en las escaleras con el vecino del primero; recordó la falsa sesión de espiritismo y el sartenazo que Eulalia le había propinado la víspera y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Está usted bien? —preguntó.

El hombre musitó algo ininteligible y continuó su camino.

Creyendo que los bolcheviques habrían acudido a una reunión ilegal al no escuchar ningún ruido en el piso de arriba, subió a investigar y encontró la puerta entreabierta. Pensaba echar un vistazo, a ver si daba con alguna prueba que pudiera incriminar a sus vecinos, en especial una máquina para imprimir panfletos, pero al oír voces que salían de la habitación más cercana a la entrada, acercó la oreja, con tan mala fortuna que se apoyó en la puerta y ésta se abrió, causando el subsecuente jaleo.

Al despertar en su cama, con un terrible dolor de cabeza, únicamente recordaba al grupo de conspiradores alrededor de una mesa redonda. No había podido distinguirlos a todos debido a la poca luz, si bien se le quedó grabado el rostro de una mujer, aterrorizada por el hecho de haber sido sorprendida en pleno contubernio con otros individuos de su misma ralea. La conocía; estaba seguro de haberla visto en alguna parte, pero no podía acordarse de dónde. Se levantó a media mañana, se puso una bolsa de agua fría en la cabeza sujeta con una bufanda para calmar el dolor y ocupó varias horas repasando los periódicos de todas las tendencias, que había apilado en una de las habitaciones del piso, hasta dar con lo que buscaba. Allí, en la página de sociedad de *El Imparcial* aparecía la mujer que había visto la víspera junto a un militar ruso: doña Elvira Artigas y Beltrán de Salazar. La instantánea había sido tomada un par de semanas atrás con motivo de un baile en el palacio de la marquesa de Esquilache y el pie de foto celebraba la belleza y el buen gusto en el vestir de la señora viuda de Mendoza y Alcañizar.

—¡Los tengo! —gritó, y tuvo que llevarse las manos a la cabeza porque sintió un dolor como si una aguja le trepanara el cerebro.

Esperó a la caída de la noche para salir sin ser visto por sus vecinos, aunque tuvo la mala fortuna de toparse con el abogado, quien, a buen seguro, se lo diría a los demás, pero tenía que arriesgarse. Acudió al Teatro Eslava, en la calle del Arenal, frecuentado por asiduos a las funciones subidas de tono que en él se representaban, hombres en su mayoría, a la espera de ver a la Chelito, una tonadillera joven a quien los expertos del género ínfimo auguraban un futuro brillante. La moza cantó *La pulga*, uno de los cuplés favoritos del público desde hacía dos décadas, mientras buscaba el insecto en su cuerpo y dejaba ver parte de su anatomía, en especial las piernas, lo que causó furor entre los asistentes, que coreaban el final de las estrofas. Al llegar a la frase «Porque me pica y se esconde», se escuchó un estruendoso «¿Dónde?». La joven, entonces, se arremangó las faldas con mucha gracia y dejó ver unos primorosos calzones cortos adornados con pasacintas que volvieron loco al contable y lo animaron a proseguir su ardua batalla contra los enemigos de España y de la religión.

Sería famoso, lo recibirían en el Palacio Real, se haría rico y podría solicitar los favores de la cupletista. Ya se veía a sí mismo, vestido a la última moda, sombrero panamá incluido, zapatos acharolados, traje sastre con raya en los pantalones, acompañado de la bella Chelito en un automóvil, regalándole joyas y, ante todo, ropa interior bordada a mano con encajes y alforzas cosidas a punto de vainica. Los aplausos y la petición de besos del respetable lo despertaron de su ensoñación.

Tras la representación, entró en el café situado en los bajos del teatro. Las artistas solían acudir a tomar algo después de la función y, de paso, a buscar un «protector» que redondease sus a menudo escasos salarios o satisficiera sus caprichos sin más. Al hombre le costó llegar hasta la barra y pedir una cerveza, pero al final lo consiguió, aun a sabiendas de que no tendría posibilidad de entablar siquiera conversación con alguna de las tonadilleras. Pero la Chelito le había calentado los ánimos y era preciso aplacar el fuego. Además, no estaba allí con intención de cortejar, sino de buscar a Fermín Salvador, soltero sin posibles al igual que él, a quien había conocido en aquel mismo lugar meses atrás y que, daba la casualidad, era el mayordomo de la viuda de Mendoza. No estaba seguro de encontrarlo, porque era sábado y creía recordar que el hombre le había dicho una vez que libraba los domingos por la tarde, sin embargo allí estaba, donde acostumbraba, debajo de unas fotografías enmarcadas y colgadas en la pared en las que se podía ver a diferentes actores y actrices que habían actuado en el Eslava.

Salvador no pudo darle información acerca de la militancia política de su señora porque, afirmó, ignoraba que la tuviera y, de hecho, le extrañaba mucho. Doña Elvira no era del tipo de personas inquietas por cambiar la sociedad, ocupada como estaba en ampliar su guardarropa y en asistir a todo tipo de actos de la buena sociedad madrileña. Hasta donde él sabía, su única cuita tras la desaparición de su marido había sido el acceso a su herencia, cuestión que había quedado solucionada al ser declarado oficialmente muerto tan sólo dos meses después. Aunque, a su entender, había algo extraño en todo aquel asunto, pues la señora no se había mostrado compungida, como correspondería a una mujer que ha perdido al

marido de manera repentina. El señor Mendoza, quizá, había desaparecido a propósito y se encontraba en algún otro país por razones desconocidas, si bien... El hombre no acabó la frase.

—Siga —le apremió el contable.

Salvador alargó su copa vacía, clara alusión a que debía llenársela si deseaba que continuara hablando, y él pidió una copa de licor para su acompañante y otra cerveza para él.

—Decía usted... —le recordó.

—Que bien pudiera ser que la desaparición del señor Mendoza no fuera del todo voluntaria.

—¿Qué quiere decir?

—Que alguien podría haber estado interesado en hacerlo desaparecer.

—¿En asesinarlo?

—No lo sé. Yo sólo digo que podría ser.

La entrada en el Café Eslava de un grupo de coristas interrumpió la conversación, que no pudo ser retomada, pues los parroquianos organizaron un revuelo que las mujeres animaron al iniciar una de las tonadillas del espectáculo, y Fermín Salvador desapareció en el tumulto, aunque Flórez tenía las cosas ahora mucho más claras. El aprendiz de confidente se montó su propia historia, tratando de emular al prolífico Joaquín Dicenta, aunque jamás hubiera asistido a la representación de ninguna de sus obras por haber oído que era ateo confeso, además de estar amancebado con una bailaora gitana.

Había averiguado que el abogado del piso de arriba trabajaba en la firma Alcañizar y Asociados, y siendo también Alcañizar el segundo apellido del desaparecido Mendoza, no era difícil llegar a la conclusión de que existía una conexión entre ellos, que no podía ser otra que la mujer de este último, pues ¿qué otro motivo habría para que una dama de la alta sociedad se encontrase en un antro en compañía de unos conspiradores? Estaba claro, el tipo había seducido a la mujer de Mendoza y la había envuelto en sus redes mediante el sexo, perdición de las mentes débiles; ambos habían asesinado al marido a fin de dar rienda suelta a su lujuria y,

de paso, quedarse con el dinero del muerto para financiar sus actividades clandestinas.

Pese al chichón del tamaño de un huevo de su cabeza, Paulino Flórez durmió de un tirón aquella noche, satisfecho consigo mismo por haber hallado la clave del complot que estaba a punto de resolver. Sólo existía un problema: no había logrado aún una sola prueba para presentar al señor secretario de segunda categoría del Ministerio de la Gobernación.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

No había caído una gota desde antes del verano, y el frío era tan intenso que cortaba la cara y entumecía manos y pies. Los campos estaban yermos; los caños de las fuentes, helados; los mercados, desabastecidos; las gentes se refugiaban en sus hogares, procurando calentarse como bien podían y los pobres dormían vestidos, gorras, mitones y zapatos incluidos. Se rumoreaba que España podría volver de nuevo a la guerra, esta vez en el norte de África, y las protestas se sucedían, pero no llegaban a las Cortes, donde los diputados perdían el tiempo enzarzados en disputas pueriles. Tampoco las oían los dueños de palacios y palacetes, de fincas y fábricas, que llenaban los cafés y los teatros y organizaban banquetes y bailes para celebrar el fin de año. En La Universal, sin embargo, raramente se hablaba de todo ello, quizá porque la magia de la palabra circo encerraba la promesa de un mañana diferente.

Proseguían los preparativos para el inicio de la gran aventura, previsto para mediados del mes de febrero. Se llevaría a cabo un ensayo general durante las fiestas de carnaval, fechas en las cuales la autoridad mostraba manga ancha y, con la disculpa de que los locos andaban sueltos por las calles, no sería necesario pedir permiso para actuar. Podrían, incluso, presentarse al concurso de carrozas, que mejor que la de ellos seguro que ninguna. Naturalmente, sólo se trataría de una prueba para ver qué tal se les daba la actuación callejera y comprobar el efecto que producían en los espectadores, aunque no saldrían al completo, por mucho que Cantonal

insistiera en traerse a Madrid la osa del tío. Tras muchas discusiones, llegaron a un acuerdo: se limitarían a hacer una especie de presentación de la compañía. Sacarían el escenario sobre un carromato con ruedas para poder trasladarlo y harían algunos de los números, por ejemplo, el de Isidoro y su chuchito, que ya pasaba a través del aro y se levantaba sobre sus patas traseras encima de una escalerilla. Don Juan José realizaría un par de trucos de magia; Virtudes demostraría su fortaleza levantando a Isabelilla con una mano y, aunque sin acompañamiento de piano, Casilda cantaría un cuplé o una romanza de zarzuela para finalizar la función, si para entonces no nevaba, claro, que febrero era mes de nieves. La joven aseguró que no se veía capaz de cantar en público, y menos en la capital, pero los «universales», como se llamaban entre risas, aseveraron que lo haría muy bien y que, si lo prefería, ellos la acompañarían, aunque era preciso decidirse por una de las piezas más populares, y ensayarla, lo que les llevó a un largo debate sobre cuál elegir. Ganó por mayoría de votos el tango de Menegilda, de la zarzuela *La Gran Vía*, porque todos conocían la letra, pese a tratarse de una partitura para soprano. Cantonal entonó con voz de cazalla aquello de «pobres chicas las que tienen que servir», siendo imitado por los demás, incluido Isidoro, a la vez que marcaban el compás con los pies y el *Pitañas* aullaba como si estuviese en celo. El animal era ahora parte de la familia y dormía con el muchacho desde una mañana en que éste lo había encontrado casi tieso en el taller. Lo subió al piso con lágrimas en los ojos, y ni siquiera Eulalia fue capaz de negarle la entrada. El chuchito era un miembro más de la compañía circense y no se le podía dejar morir de frío, entre otras cosas porque se quedaban sin uno de los números si algo le ocurría, menguando así un repertorio necesitado de todos sus artistas.

Como de costumbre, a comienzos del mes de diciembre, Antón Ozaeta había comprado un billete de la Lotería Moderna, que Eulalia guardó en la caja de puros de cedro forrada con el grabado de una hermosa mujer, con flores en el cabello, mantilla de orlas blanca y collar, impreso en fina lámina de oro, al igual que las vitolas, los escudos y el nombre «Gran Fábrica de Tabaco», único objeto que su padre había traído de Cuba. Nunca hablaba acerca de la guerra, ni de las decenas de miles de muertos, cubanos y

españoles, que habían sucumbido por culpa de las balas y la fiebre amarilla. Como mucho fruncía el ceño cuando oía decir a alguien la recurrente frase «Más se perdió en Cuba», respondiendo siempre de forma invariable: «Qué sabrá usted de aquello».

—Los malos recuerdos no han de olvidarse —solía decir— porque son el único remedio contra la indiferencia.

Al morir su padre, Eulalia se quedó la caja de puros y en ella guardaba su cadenita de oro con la medalla de la Virgen de la Almudena, un par de sortijas, el collar de granates minúsculos, herencia de su madre, algunas otras joyas de poco valor y el billete de lotería.

La mañana siguiente al sorteo, Antón salió a comprar el periódico y la consabida ración de churros, que en esta ocasión debía ser bastante mayor dado que ahora eran más de cuatro. De regreso, sonrió al contemplar a sus amigos sentados a la mesa, mientras su mujer revolvía con una cuchara de madera el chocolate del puchero, también más grande de lo habitual. Como si de una ceremonia ritual se tratase, Eulalia llenó los tazones y él repartió los churros. Después se sentó a la cabecera, buscó la lista del sorteo, cotejó su número y se limitó a decir:

—Otra vez será.

Nadie hizo comentario alguno, nadie se lamentó, y eso que, durante la espera, don Juan José había asegurado que tenía un pálpito porque aquél estaba siendo un año muy especial, y un español, el doctor Ramón y Cajal, había ganado el Premio Nobel, afortunado augurio. La suerte no existía, aseguraban algunos, pero los residentes de la pensión estaban convencidos de que sí, y la prueba era que allí estaban todos, con un techo sobre sus cabezas y comiendo chocolate con churros cuando tantos no tenían qué llevarse a la boca. Lo de la lotería era tan sólo una anécdota.

—Tenemos otro billete —declaró Antón como si nada en el momento en que la Isabelilla empezaba a recoger los tazones.

—¿Cómo que tenemos otro? —preguntó Eulalia.

—Así es.

Metió la mano en el bolsillo interior de su ajada chaqueta de pana y sacó el papel que agitó como un abanico.

—¿Se puede saber...?

—Luego —interrumpió a su mujer—. ¿Alguien quiere una participación? Son treinta céntimos por cabeza, y la doy barata. ¡Pasen damas y caballeros! ¡Vengan a ver a la Compañía Circense La Universal! ¡Contemplan el mayor espectáculo del mundo! ¡A los mejores artistas llegados de Rusia con oso y todo! ¡El gran Nikolái y su perro siberiano! ¡La mujer forzuda! ¡El mago Pitrolich! ¡La bella Maripepa! ¡Sólo treinta céntimos nada más a cambio de un sueño!

Se había subido encima de la silla y agitaba las manos cual director de orquesta ante la estupefacta mirada de los demás, en especial de Eulalia, quien no pudo menos que pensar que, definitivamente, su marido se había vuelto loco de remate.

—¡Yo quiero una! —gritó Wallinstein, muerto de risa.

Era una locura gastar el dinero en nada, pero ¿acaso la ilusión no tenía también su precio? Su entusiasmo contagió al resto y, uno tras otro, depositaron los céntimos encima de la mesa, menos Casilda y los dos más jóvenes, que nada tenían y miraron al casero con ojos de borrego sacrificado.

—A vosotros os las regalo yo —les dijo.

—Bueno, ya has conseguido contagiarnos tu locura —le reprochó Eulalia—. Mira a ver si ha tocado.

—No hace falta —Antón continuaba subido encima de la silla—, porque sé que ha tocado, que lo he mirado antes de venir: ¡doscientas pesetas! —gritó.

El revuelo que se armó fue enorme; el suelo vibró encima de la cabeza de Paulino Flórez, quien se despertó sobresaltado creyendo que había comenzado la revolución. No era una fortuna, algo más de dieciocho pesetas para cada uno, pero como si lo fuera.

—¿Y el dinero para comprar el segundo billete de lotería? —le preguntó Eulalia cuando ambos se fueron a dormir.

—Uno que me debía un arreglo y se ha sentido generoso —mintió él sin remordimiento alguno.

—¿Por qué has repartido el billete si sabías que había tocado?

—Precisamente por eso.

—Eres un *atontao*.

—Y tú la mujer que me quita el hipo.

Le hizo el amor como no se lo había hecho en los últimos meses, debajo de tres mantas y con los calcetines puestos, sin prisas, mientras crujía el jergón de la difunta Fuensanta a cada acometida, suscitando las sonrisas de sus huéspedes, que los oían, y la envidia de Virtudes y Cantonal, que no tardaron en imitarlos. Aquella noche a todos les costó conciliar el sueño, en parte, por los ruidos producidos por ambas parejas y, en parte, porque cada cual pensaba en la mejor forma de emplear unos dineros que, nunca mejor dicho, habían caído del cielo.

—Habrá que comprar un jergón nuevo con el premio —dijo Antón antes de quedarse dormido.

Dos días más tarde, a media mañana, un lacayo con librea llamó a la puerta de La Universal, preguntó por doña Patrocinio y le entregó un sobre de color malva que desprendía un suave olor a perfume. Estaban solas, ella, Eulalia y Virtudes, y las tres se quedaron mirando el sobre como si se tratase de un objeto extraordinario. Por no atreverse, ni siquiera se atrevieron a abrirlo. Así fue como las encontró Antón al subir del taller a por un tentempié para entrar en calor: sentadas a la mesa con la vista puesta en la carta, que habían apoyado en una jarra.

—«La señora viuda de Mendoza y Alcañizar tiene el placer de invitarlos a usted y a sus acompañantes al concierto de villancicos que tendrá lugar en su domicilio el viernes, día 28 de diciembre, festividad de los Santos Inocentes, a partir de las ocho de la noche. Nota: habrá bufé» —leyó, tras abrir el sobre y extraer la invitación con la correspondiente ceremonia, pues era la primera vez que alguien de la casa recibía una, y encima de manos de un lacayo con librea.

El tarjetón, también de color malva, estaba impreso, pero la remitente había añadido unas palabras de su puño y letra en el reverso: «Querida doña Patrocinio, espero que logre convencer a la señora Larina y a sus distinguidos amigos para que acudan a mi pequeña velada».

—¿Qué es eso de bufé? —preguntó Virtudes.

—Ni idea.

Durante la comida, don Juan José les aclaró que se trataba de una costumbre francesa de colocar diversos platos sobre una mesa larga donde los invitados se servían a su gusto.

—Pues igual que en las reuniones del sindicato —opinó Cantonal—. Cada uno lleva algo y luego se comparte.

—¿Y qué? —inquirió Antón—. ¿Se va o no se va?

—¡Pero hombre de Dios! —exclamó su mujer—. ¿Cómo vamos a ir nosotros a una fiesta de señoritos?

—Porque nos han invitado.

—Invitan a doña Patrocinio y a sus amigos, los rusos.

—Nosotros.

—¡No digas tonterías!

—¿Te apuntas, Pepe?

—¡Ni lo sueñes! ¿Dónde has visto tú que un anarquista como yo se mezcle con la clase opresora? —preguntó éste indignado.

—Pues a mí no me importaría. Seguro que conozco allí a más de uno, ¡aunque no sé si lo reconoceré vestido! —añadió Virtudes soltando una carcajada.

Esperaron hasta la noche para plantear la cuestión al abogado, a quien los últimos días del año lo mantenían muy ocupado en la oficina. De todos ellos, él era el único que conocía un poco más de cerca a la clase pudiente, así que era lógico pedir su consejo. Wallinstein sonrió, como hacía a menudo desde que vivía en La Universal, al enterarse de la invitación e imaginarse a sus compañeros de pensión codeándose con la alta sociedad madrileña, y opinó que debían ir, aunque sólo fuese para divertirse un rato. Cantonal se negó en redondo a discutir el tema por mucho que Virtudes se lo rogó; sería una traición a los de su clase, afirmó rotundo, y era capaz de decir cualquier barbaridad a nada que alguien le tirase de la lengua. El velado reproche hizo mella en su amigo, a quien, todo hay que decirlo, no le entusiasmaba en absoluto pasar una velada escuchando villancicos en compañía de unos pisaverdes que jamás habían dado un palo al agua. Ya casi habían decidido que no irían cuando Benigno comentó en voz alta que,

tal vez, aquélla era una buena oportunidad para averiguar algo más sobre la desaparición de Mendoza. La gente largaba con mayor facilidad con un vaso en la mano. Quedaron en que sólo acudirían doña Patrocinio y Casilda, pues no era cuestión de invadir el palacete de Recoletos como una manada de vacas en un pastizal, además no tenían ropas adecuadas; pero las señoras necesitaban acompañantes. El puesto les fue adjudicado a don Juan José y a Wallinstein. Al primero por edad y modales y al segundo también por edad, más acorde con la de la joven que cualquier otro, y porque era el principal interesado en el asunto. El abogado no creía que averiguase nada de provecho en una velada social, pero le divertía imaginar la cara que pondrían Cecilia Beltrán y el señor Alcañizar, si es que estaban allí, al verlo llegar del brazo de una bella desconocida, y además «rusa». Estaba claro que su vida había cambiado desde que vivía en La Universal o, mejor dicho, había cambiado su carácter. Había perdido el miedo, por no decir la vergüenza, en el buen sentido de la palabra.

Llegado el día, los vecinos de la calle del Rollo contemplaron, asombrados, el simón estacionado delante de la esquina con un cochero vestido de uniforme engalanado en el pescante y dos criados con sombreros hongos de pie en la parte trasera del vehículo. Se sorprendieron todavía más al ver salir del portal a dos parejas, una mayor y otra joven, vestidas de gala, y al resto de los habitantes de la pensión detrás, despidiéndoles ruidosamente.

La última semana había sido muy agitada. Con la alegría del premio de la lotería, la expectativa de la velada en el paseo de Recoletos y las fiestas navideñas, los días transcurrieron sin darse cuenta. Era preciso que los cuatro elegidos para acudir a la invitación de doña Elvira fueran vestidos y trajeados de acuerdo con las circunstancias, y el dormitorio de los dueños de la pensión se convirtió en un taller de costura en el que las mujeres pasaban las horas dándole a la aguja, de forma que hubo veces que Antón se vio obligado a compartir la cama de Cantonal en el momento de la siesta. Los hombres, a su vez, se encargaron de ir al mercado a por género para celebrar las Navidades y preparar comida y cena.

—Dios sólo nos ha dado dos manos —afirmó Eulalia cuando su marido insinuó que la cocina era asunto de mujeres—. O trajes o potajes, tú decides.

Decidió que mejor los trajes y que, a fin de cuentas, aquello de cocinar tampoco debía ser cosa del otro mundo. Lo difícil era hacer puentes, se dijo. En Nochebuena cenaron una col a medio cocer y unas morcillas churruscadas, y el día de Navidad, gallina en salsa, que su mujer aseguró era ave de trapero alimentada en el basurero, aunque dicha aseveración no mermó el apetito de los comensales, cada uno de los cuales había aportado algo a la mesa, puesto que los regalos individuales eran cosa de ricos, según Cantonal. Él y su amigo permanecieron en el piso mientras los demás asistían a la misa del gallo en San Andrés y se bebieron entre los dos la botella de aguardiente que el segundo se había regalado con el dinero de su difunta suegra. Demasiado bebido para yacer con su mujer, Antón sacó de debajo de la almohada un paquetito envuelto en papel de flores y se lo dio cuando ambos estaban ya acostados.

—Feliz Navidad, querida —le dijo, cerró los ojos y de inmediato se quedó dormido.

Atónita, Eulalia abrió el paquete. En un estuche forrado de tela, brillaba un broche de plata en forma de mariposa labrada. Era la primera vez en quince años que su marido le regalaba un objeto «inútil», como él solía decir refiriéndose a las joyas en general, y se le saltaron las lágrimas de la emoción.

El broche hizo parte, con los pendientes y el collar de fallera de la señora Fuensanta, del atuendo de Casilda para asistir a la velada de Elvira Artigas. Con el vestido azul de tafetán con aguas de la difunta y el talle oprimido por el corsé de ballenas, prenda utilizada por las mujeres que no trabajaban, ya que era imposible doblar la cintura con ella puesta, Casilda estaba radiante. No le había costado a Antón convencer a su mujer de que la joven necesitaba vestir como una dama, no sólo para dar el pego, sino para no hacer el ridículo en la velada del paseo de Recoletos.

—¿No tendrás en los baúles del desván algo que pueda servir? —le preguntó en tono inocente.

Ese mismo día, doña Patrocinio y ella emprendieron la tarea de adecuar el vestido de la difunta a la moda del momento, eliminando el polisón y la cola, que ya no se llevaban. Asimismo arreglaron la chaquetilla que iba a juego, a falta de un abrigo o una capa, pues la joven corría el riesgo de morir de una pulmonía si acudía a la fiesta con un vestido sin mangas y con escote. Y, ya de paso, arreglaron también uno de doña Patrocinio de color oro viejo que la mujer guardaba para una ocasión especial que nunca acababa de llegar. Wallinstein y don Juan José consiguieron sus trajes, chisteras y levitas incluidas, gracias al encargado de la guardarropía del Teatro de la Princesa, quien se ganaba unos buenos cuartos alquilando parte del vestuario a espaldas del administrador. Tras un par de discusiones, Antón también convenció a Cantonal para que ambos interpretaran el papel de lacayos, aduciendo que era por una buena causa. Con toda seguridad, tendrían acceso al servicio y podrían sonsacar alguna información a las doncellas de la casa. Su amigo aceptó a regañadientes, ya que él no era criado de nadie, afirmó con vehemencia, y nunca lo sería.

—¡Antes me cuelgo de las pelotas! —exclamó.

—¡A ver esa boca! —le gritó la Virtudes—. ¡Que aquí hay mujeres y niños!

A Benigno no costó nada persuadirlo para que asumiera el papel de cochero. En sus años mozos había trabajado de carretero, allá en Talavera, y dominaba el tema de las caballerías; además, esperaba cruzarse en el camino con alguno de sus antiguos colegas, llamados con sorna los «romanones» por los madrileños, y mirarlo desde la altura del pescante. Por otra parte, había quien le debía favores al haber hecho la vista gorda en más de una ocasión cuando patrullaba por la plaza de los Carros, de forma que consiguió un simón a precio de ganga con el requisito de devolverlo antes de la medianoche, lo que provocó las consabidas bromas en la pensión, ya que todos, menos Isidoro, se sabían el cuento de *La Cenicienta*. Naturalmente, el muchacho pidió conocer el motivo de las risas, y don Juan José leyó en voz alta varias de las narraciones, contenidas en una de las primeras versiones de la *Pequeña Edición de los cuentos recopilados por los hermanos Grimm*, bastante más crueles que las publicadas con

posterioridad, y que el profesor conservaba con infinito cariño por haber sido el primer libro que había comprado en su vida.

La entrada de doña Patrocinio y sus acompañantes en el enorme salón del palacete, a la vez sala de baile, en este caso de conciertos, causó sensación. Elvira Artigas no había dejado de informar a sus invitados de que esperaba la llegada de la mejor médium de todas las Rusias, vidente y confidente de la propia zarina Alejandra, advirtiéndoles acerca de su desconocimiento del idioma castellano. Cada vez que alguien se dirigía a ella, la joven respondía con una sonrisa y un «*panimai nie*», «no entiendo», que Cantonal había aprendido de un discípulo del anarcocomunista Kropotkin, exiliado en Inglaterra al igual que su mentor, que había estado en España durante las huelgas. Su belleza y su elegante vestido, comparado con los perifollos, lazos, adornos y complicados atuendos de las féminas presentes, hizo mella en los invitados, hombres y mujeres, que no le quitaban el ojo de encima, incluso mientras el coro de niños del Real Hospicio del Ave María y San Fernando interpretaba su repertorio de villancicos a una voz. Para alivio de los asistentes, el concierto no duró más de treinta minutos, durante los cuales don Juan José permaneció disimulado detrás de una columna, puesto que los cantores venían acompañados por tres monjas, que lo habrían reconocido nada más verlo. Salió de su escondite, una vez que niños y religiosas se hubieron marchado y, al igual que el resto de los invitados, atacó el bufé y entabló conversación con varios caballeros sin olvidar su acento «ruso».

Wallinstein se sintió defraudado al comprobar que Cecilia Beltrán y el señor Alcañizar no estaban presentes, pero se entretuvo hablando con la anfitriona, empeñada en averiguar si se conocían, ya que, insistió repetidamente, su cara le resultaba familiar. Era una suerte que tuviera tan mala memoria, aunque era normal que no lo recordase, pues habían pasado casi cinco meses desde la entrevista, durante la cual ella apenas le había dirigido la mirada. De todos modos, resultaba divertido estar de nuevo en aquella casa y ser el foco de interés de la atractiva pelirroja, cuya piel blanca destacaba en contraste con su vestido negro de viuda. No fue menos amena la conversación mantenida con la madre, doña Josefina, la

robanovios preñada antes de tiempo. Era más joven que Cecilia, aunque parecía mayor que ella, y pudo comprobar que no había errado en el cementerio, puesto que el parecido entre ambas era asombroso, si bien sus rasgos eran más dulces que los de su hermana. La mujer se interesó por él de manera descarada, inquiriendo sobre su estado civil, su situación laboral y familiar. Wallinstein no fue demasiado explícito, y dejó caer que era soltero, hijo de un *banquero* alemán, y que ejercía de asesor legal de importantes personajes, la señora Larina, entre otros. No podía creer que fuera capaz de mentir con semejante aplomo; debía de tratarse de otra de las influencias de La Universal, que justificó por el hecho de que tanto él como sus compañeros estaban representando una farsa. No esperaba, sin embargo, el cambio de actitud de la mujer porque, si hasta entonces había mostrado una educada amabilidad, a partir del momento en que escuchó la palabra *banquero*, lo asió por el brazo y no dejó de ponderar la belleza de su hija.

—Sola, la pobre, desde la desaparición de su marido —se lamentó.

—Lo siento. ¿Cómo ocurrió? —preguntó él aprovechando la ocasión.

Doña Josefina lanzó un suspiro, puso cara de protagonista de melodrama y comenzó a hablar, animada sin duda por la perspectiva de echar el lazo para su hija a aquel joven rubicundo, hijo de *banquero* y asesor de aristócratas, y también por el ponche de ron con frutas que se hizo servir con generosidad por segunda vez desde que habían iniciado la conversación.

Su yerno, el difunto Carlos José, comenzó diciendo, era sobrino de su marido, también fallecido, y nieto de un abogado madrileño que había amasado una cuantiosa fortuna durante el reinado del añorado Alfonso XII. El caballero ya era rico antes, pero puso su dinero a disposición del legítimo rey durante la última guerra carlista y, naturalmente, fue recompensado con creces, con muchas «creces», añadió bajando la voz.

—Pobre rey... Yo tenía trece o catorce años cuando murió y recuerdo que lloré durante días, pensando que no era justo que Dios se llevara a los mejores cuando hay tanta chusma que llega a vieja, para que luego haya quien diga que la gente se muere de hambre.

—Entonces, su yerno... —intervino Wallinstein a fin de evitar que la señora se fuera por los cerros de Ubeda.

—Mi yerno, que Dios me perdone, era un sinvergüenza que vivía de las rentas del abuelo y del trapicheo. Engañó tanto y como quiso a Elvira, quien además era su prima. La hizo muy desdichada. Estoy deseando que encuentre a un hombre honrado para que vuelva a ser feliz.

—¿Quiere usted decir que tenía líos de faldas? —preguntó él sin darse por aludido.

—¿Y qué hombre no los tiene? No habría sido tan grave si se hubiese limitado a tener una querida o dos, que por ahí hemos pasado todas y aquí seguimos, pero es que él aseguró que pensaba marcharse a vivir con su amante, lo que ya es el colmo de la desvergüenza. Siento tener que decirlo, pero está mejor donde está.

—¿Y dónde está? —no pudo evitar preguntar.

—En el cementerio, claro.

—¿Fue larga la enfermedad?

—No. Murió en un accidente de caza, en la sierra.

El abogado no movió una ceja ante dicha información, tan diferente a la «oficial». Le habría gustado continuar con la conversación, pero doña Josefina fue requerida y tuvo que dejarlo, pero antes él tuvo que prometerle que iría sin falta a visitarla a su casa de la calle del Arenal. Minutos más tarde, Casilda se le acercó y le dijo al oído que quería volver a la pensión; se aburría. Los invitados comenzaban ya a despedirse, doña Patrocinio y el profesor habían acabado con el bufé y en cualquier momento perderían su acento «ruso». Era más sabio desaparecer a tiempo, así que se despidieron de la anfitriona, quien alargó una mano lánguida que él besó, aunque disimuló su sorpresa al notar en la suya un papelito doblado.

Antón, Cantonal y Benigno aguardaban dentro del simón, tapados para paliar el frío con una manta que el dueño guardaba bajo el asiento. Al igual que los demás cocheros y criados, habían sido invitados a acercarse a la puerta de la cocina, aunque sin permitírseles la entrada, a tomar un caldo caliente o un ponche sin alcohol, por lo que habían decidido meterse en la tasca más cercana y calentarse por su cuenta. Hicieron el trayecto de vuelta

todos apretujados en el vehículo, puesto que los dos primeros se negaron a viajar asidos a la parte posterior; habían bebido y corrían el riesgo de descoyuntarse si se caían. Benigno también estaba más alegre que de costumbre, pero aún conservaba sus cinco sentidos y los guió sin percances. Wallinstein lo acompañó luego a devolver el simón. A su regreso, los esperaban Eulalia y la Virtudes, deseosas de conocer cómo había ido el asunto, ya que sus hombres no habían visto nada y doña Patrocinio, el profesor y Casilda se habían acostado sin soltar prenda. El abogado tuvo que describir los platos del bufé, los trajes de las mujeres, la decoración del salón y todo tipo de detalles de una velada que, en realidad, no había sido tan fructífera como él esperaba. Cuando finalmente lo dejaron irse a la cama, se desvistió y colgó la ropa en una percha para devolverla a la guardarropía del Teatro de la Princesa al día siguiente sin falta. Al inspeccionar los bolsillos, además de las llaves y la cartera, encontró el billete de Elvira Artigas que había guardado de inmediato, olvidándose de él. Había escrita una sola frase: «El domingo a las doce en el Prado».

Capítulo 11

Paulino Flórez había sido testigo de la marcha de sus vecinos, lo mismo que el resto de los residentes de la calle del Rollo, sólo que él los había espiado desde detrás de las cortinas, aunque, en el último momento, se asomó a la ventana y pudo verlos subir al carruaje. ¿Adónde podrían ir unos desharrapados vestidos de marqueses? Echó a correr escaleras abajo cruzándose con los demás, que subían en aquellos momentos y que tuvieron que hacerse a un lado para no ser arrollados. No los miró, pero sí oyó el «cochino» que le espetó Eulalia. Se las vería con ella en cuanto destapara la célula bolchevique y fueran todos a parar a la cárcel. ¡A ver si entonces tenía agallas para insultarlo! Pero, por ahora, lo único que le interesaba era seguir al simón y averiguar qué se traían aquéllos entre manos. No lo perdió de vista y acabó con la lengua fuera al llegar al paseo de Recoletos. No le costó demasiado descubrir el vehículo que buscaba entre la fila de carruajes estacionados en la calle. Tres de los sospechosos liaban un cigarrillo y hablaban de hacer algo para entrar en calor. Los vio echar a andar en dirección a la calle de Prim y aprovechó para acercarse a la casa y preguntar por Fermín Salvador. El talante desabrido de la doncella, quien no lo dejó entrar y le ordenó que esperara fuera con los demás sirvientes, cambió al comprobar que era amigo del mayordomo. Entonces lo invitó a entrar en el office y le ofreció, para congraciarse con él, un vaso grande de ponche con mucho ron y nada de fruta. Salvador no podía atenderlo, pero le indicó que

podía servirse lo que quisiera y que lo esperase, si no tenía nada mejor que hacer; irían a tomar algo al finalizar la reunión.

El hombre observó sin ser visto, vio a la anterior inquilina de su piso en compañía de una joven desconocida, y también al viejo con barbas de chivo que, a todas luces, se ocultaba de alguien durante la interpretación de los huérfanos y después atacaba el bufé como un muerto de hambre, pero su atención estaba sobre todo puesta en el abogado. Vestido como un caballero, parecía, en efecto, un caballero. No le quitó el ojo de encima mientras conversaba con la dueña de la casa en plan confidencial, sonrientes ambos, lo que confirmaba su sospecha de que había algo entre ellos, suposición corroborada al comprobar la familiaridad con la cual era tratado por una dama que la doncella desabrida afirmó que era la madre de su señora. Así que se conocían, pues ninguna dama de la buena sociedad trataría con semejante confianza a un desconocido. Pensó en seguir a aquella cuadrilla de malhechores cuando los vio despedirse, pero imaginó que regresaban a la pensión y no estaba en su ánimo echar a correr de nuevo, así que prefirió esperar a su amigo.

Salvador lo llevó a su habitación y allí, sentados en la cama, comiendo los canapés sobrantes, el mayordomo le confió que la señora pensaba vender la casa e irse a vivir con su madre, debido a que la herencia del marido había resultado ser una miseria y las rentas no daban para mantener una propiedad tan lujosa.

—Nos ha anunciado que cierra la casa después de las fiestas de Navidad y que todos estamos despedidos, excepto su doncella personal, aunque, eso sí, nos dará un mes de salario y una carta de recomendación a cada uno.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—No lo sé. Tengo algunos ahorros, pero no durarán mucho y no es fácil encontrar trabajo en estos momentos.

—Pero usted tiene experiencia...

—Sí, pero también cierta edad. Llevo toda la vida sirviendo y creo que empiezo a estar cansado de ser un lameculos.

El impropio sorprendió a Paulino, acostumbrado a los modales distinguidos de su compadre, pero encendió una luz en su cerebro, algo

abotargado por el ron. Salvador era como él, un hombre capaz de grandes proezas ninguneado por gentes mediocres cuyo único mérito era disponer de poder y dinero. Ambos eran prescindibles y debían velar por su propio futuro: La última vez que se habían visto, en el Café Eslava, hablaron de la extraña desaparición del señor Mendoza, pero él no le informó de que su interés por la viuda iba mucho más allá. Así que ahora le confió sus sospechas, le habló de los bolcheviques anidados en el piso de arriba de su casa, de lo grave de la situación, en la cual el atentado del anarquista Morral sólo era la punta del iceberg, y de la herencia del desaparecido, seguramente asesinado por su mujer y el amante de ésta, que dejaba sin trabajo a personas honradas y estaba siendo utilizada para poner en peligro a la nación.

—Si usted quiere, podemos trabajar juntos en este asunto y en los que vengan después —finalizó.

Se despidieron pasadas las doce de la noche. Salvador se trasladaría a la calle del Rollo en cuanto le abonaran lo adeudado y le entregaran la carta de recomendación, que podía serles de utilidad en cualquier momento. Paulino caminó despacio, con la mente puesta en el futuro. Ya no estaría solo en su desangelado piso, tendría con quien hablar y aprendería maneras, imprescindibles para medrar en una sociedad encorsetada donde no eran bien recibidos aquellos que no disponían de fortuna, educación o de un apellido blasonado. Lo conseguiría todo: amigos, dinero, prestigio y, para empezar, uniría sus dos apellidos, Flórez y Aparicio, mediante un guión, como había hecho más de uno para darse lustre. Estaba contento, y entró en el portal silbando la música de *La pulga* e imaginándose a la Chelito asida de su brazo. A punto de abrir la puerta de su piso, un ruido le hizo mirar hacia arriba. Un militar sin cabeza bajaba las escaleras; en su mano derecha sostenía una vela y en la izquierda blandía un sable.

—Necesito una cabeza nueva —le escuchó decir con voz cavernosa.

Tras un instante de estupor, Paulino entró en su casa y cerró la puerta de golpe.

—¡Se ha orinado en los pantalones! —oyó gritar y, después, risas.

Notó sus muslos húmedos y, una vez más, juró vengarse.

De vuelta a La Universal, Antón y Cantonal recordaron que era el día de los Inocentes y que no le habían hecho una inocentada a nadie. Se les ocurrió entonces gastar una broma al vecino. Llenaron con agua una botella de anisete vacía para regalársela en nombre de la buena vecindad, pero no estaba en su piso, lo que les dio tiempo para preparar algo más sustancial. Mientras Wallinstein explicaba los detalles de la velada, Cantonal se puso el uniforme de Benigno con la intención de llamar a la puerta de Flórez y decirle que venía a llevárselo preso, acusado de cualquier cosa que ya pensaría, pero al ser el guardia más alto y corpulento, la ropa le sobraba por todos lados, y metió la cabeza dentro de la guerrera, lo que dio lugar a una nueva idea. Una vela y un sable de imitación, encontrado en el desván cuando buscaban elementos para el espectáculo, completaron el disfraz de militar descabezado. Oyeron el golpe del portal al cerrarse la puerta, escucharon silbar al incauto y Cantonal salió al rellano, sujeto por detrás por su amigo para que no acabara rodando por la escalera.

A la mañana siguiente continuaban celebrando la broma e imaginando otras. Era una lástima que no conocieran a ningún libretista que pudiera escribirles un sainete para interpretar a mitad del espectáculo, pues, misterios de la vida, estaban descubriendo que el teatro se les daba bien, muy bien. Tal vez don Juan José, que era hombre aprendido, pudiera escribir uno, todo era cuestión de preguntarle.

—Hombre..., tanto como escribir una obra teatral, no sé si sabría — declaró el profesor—, que para eso, como para todo, hay que valer. No basta con saber escribir, hay que tener también ingenio. Pero puedo repasar alguno de los entremeses del Siglo de Oro, que los hay con mucha gracia.

Eulalia y Virtudes se miraron y movieron la cabeza; aquellos dos no tenían remedio, eran como niños, vivían ajenos al mundo que los rodeaba, pensando en gastar bromas al vecino o en meterse a teatreros.

Había helado durante la noche y don Juan José había agarrado un buen catarro, así que lo obligaron a meterse en la cama. Por su parte, Wallinstein tenía que acudir a la oficina, por lo que los dos amigos decidieron encargarse de la devolución de los trajes a la guardarropía del Princesa el mismo sábado por la mañana. Cogieron el tranvía hasta Cibeles y

continuaron a pie por el paseo de Recoletos en dirección al teatro. Con las gorras caladas hasta las orejas y las bufandas cubriéndoles medio rostro, caminaban a paso ligero con la mente puesta en alguna taberna donde quitarse el frío que tenían metido en los huesos.

—¿No es ése el vecino de abajo? —preguntó Cantonal al llegar a la altura del palacete de los Mendoza.

Se detuvieron sorprendidos. En efecto, lo era; Paulino Flórez hablaba con un hombre de aspecto distinguido, aunque una segunda mirada descubría que levita y chistera eran de servicio. No podían escuchar lo que decían, pero por la gesticulación de enfado del vecino, casi podrían asegurar que le estaba reclamando una deuda o, se divirtieron imaginando, le estaba explicando lo ocurrido la víspera. De todos modos, era extraño verlo precisamente allí, junto a la verja de la casa de la viuda de Mendoza. Les habría gustado quedarse para observar en qué acababa la conversación, pero empezaban a no sentir los pies y continuaron adelante. El encargado de la guardarropía examinó los trajes para comprobar que no estaban manchados o les faltaba un botón y después les pidió cinco pesetas más de las ya abonadas porque, afirmó, había subido el precio del pan.

—¿Y qué te parece si te rompo los morros o, mejor, voy a hablar con tu jefe y le cuento que te dedicas a alquilar el vestuario sin su permiso? —le preguntó Cantonal en un tono que no dejaba dudas en cuanto a su intención de cumplir una u otra amenaza.

Después de que el hombre farfullara una palabrota al cerrarles la puerta en las narices, se metieron en la primera taberna que encontraron y pidieron una jarra de vino y una cazuelita de patatas con chorizo, a pesar de no ser todavía media mañana, que Antón pagó sin que su amigo hiciese el menor ademán de contribuir al dispendio. Andaban arrebañando la salsa cuando entró en el local un conocido de Cantonal y éste se levantó para hablar con él en un aparte. Volvió al cabo de un rato y untó el último pedazo de pan que quedaba.

—¿No era ése «el incendiario»? —preguntó Antón al ver que el otro no parecía tener intención de soltar prenda.

—¿Lo conoces?

—De vista, de cuando las manifestaciones durante la huelga. Me dijo uno que lo llamaban así porque siempre andaba gritando que había que quemar Madrid. ¿No te habrá liado?

—No, sólo quiere que asista a una reunión.

—¿De anarquistas?

—¡No va a ser de obispos! Se trata de una reunión para organizar un sindicato de trabajadores anarquistas.

—Ten cuidado, Pepe, que las cosas andan muy revueltas y pueden meterte en chirona por menos de nada. Al Gobierno le interesa tener callado al pueblo.

—¡Así nos va!

—Es lo que hay.

Volvieron a subirse los cuellos de las chamarras, a encasquetarse los gorros y a cubrirse la cara con las bufandas y salieron de nuevo a la calle. El frío cortaba el aire e incluso les costaba respirar y se apresuraron a volver a casa, las manos metidas en los bolsillos, los cuerpos encogidos. El tranvía iba lleno a rebosar y únicamente pudieron encontrar sitio asidos a la escalerilla con medio cuerpo fuera, pero se ahorraron el billete, pues el cobrador no llegaba a ellos y, aunque lo oyeron reclamar el pago, no le hicieron caso, que bastante tenían con no caerse. Antes de llegar a la plaza Mayor se bajaron en marcha para evitar que el funcionario les echase el guante y salieron corriendo hacia la chocolatería San Ginés, la mejor de la ciudad, porque a Antón se le ocurrió ir a por churros haciendo caso omiso al comentario de Cantonal de que era un despilfarro comprar churros dos veces en menos de un mes. A Eulalia le encantaban y era una forma de compensarle por no haberle confesado lo del dinero de su madre, aunque debía andarse con cuidado porque su amigo tenía razón, su mujer podría empezar a sospechar si se sobrepasaba.

Les dio la impresión de que todo Madrid había tenido la misma idea, pues el local estaba lleno y la cola llegaba hasta la calle. No estaban dispuestos a pasar más frío y decidieron no esperar, pero, por segunda vez en aquella mañana, divisaron al vecino del piso de abajo, caminando por la otra acera hacia la calle Mayor. No tenían ningunas ganas de encontrarse

con él, no fuera que les recriminara la broma del día anterior, así que esperaron a que pasara y echaron a andar unos pasos por detrás. Lo vieron detenerse al lado de un portal e iban a cruzar la calle para evitarlo cuando Wallinstein salió de aquél y Flórez lo siguió. Se miraron sorprendidos. No podía ser una casualidad, puesto que habían visto cómo el hombre se detenía sin razón aparente, así que ellos también los siguieron. De vez en cuando, el vecino se paraba y miraba hacia atrás, como si sintiese que alguien lo vigilaba, pero la calle Mayor era un hervidero los sábados al mediodía y era imposible que pudiera divisarlos entre tanta gente y con las caras medio tapadas. Al llegar a la calle del Rollo, aceleraron el paso para entrar en el portal casi pisándole los talones.

—Alguien espía a alguien —comentó Antón en tono jocoso al pasar por su lado.

—A los chivatos se los mete en un saco y se los tira al río —añadió Cantonal con la misma voz utilizada para actuar de militar descabezado.

El hombre entró a toda prisa en su piso y ellos se echaron a reír.

—A lo mejor quiere pedirle algo a don Ignacio —aseveró don Juan José cuando narraron en la mesa el extraño comportamiento del vecino, a quien habían visto dos veces en una misma mañana—, un consejo legal o algo similar.

—En efecto, como ya les comenté a ustedes, trabaja en el Ministerio de la Gobernación —intervino Benigno.

—¿De qué, un cochino como él? —inquirió Eulalia.

—Es contable, pero ahora tiene una excedencia.

—Le vomitaría encima al ministro —insistió Eulalia, fija en su idea de que el vecino del primero era un sucio impresentable.

—Al parecer está en misión secreta. Según me ha dicho el ordenanza del ministerio, es un individuo con los ojos y los oídos muy abiertos.

—¿Y eso qué significa?

—Que es un confidente de la policía.

—Será un chivato —aclaró Cantonal.

—Confidente, que no es lo mismo.

—Chivato.

—Entonces, ustedes se han equivocado —intervino Wallinstein dirigiéndose al casero y a su amigo—, porque mi vida no tiene secretos. Seguro que no me esperaba a mí. Se habrá detenido por cualquier razón y ha dado la coincidencia de que yo salía de la oficina.

—Ya me caía gordo —Cantonal torció aún más su nariz—, pero ahora que sé que es un chivato, tendré que aguantarme para no romperle la cara.

—¡Cuidado con lo que haces! —se le encaró la Virtudes—. Que tú te calientas con facilidad y estás fichado. Si el tipo ése es un confidente, lo mismo te acusan de atacar a la autoridad y te empapelan.

—De todos modos, no voy a perderlo de vista y se va a enterar como lo pille espiando a alguno de nosotros.

Olvidaron el asunto y, en vista de que no podían hacer gran cosa dado el frío reinante, los hombres ocuparon la tarde jugando a las cartas mientras las mujeres se reunían con doña Patrocinio para que les leyera el futuro. Wallinstein no jugó; no dejaba de darle vueltas a su cita del día siguiente con Elvira Artigas.

Estaba en el Prado cinco minutos antes de que dieran las doce. Quince minutos después continuaba esperando y mirando a través de uno de los ventanales de la entrada. Ya empezaba a pensar que había sido víctima de una broma cuando la vio apearse de una calesa. Pero no venía sola. ¡Diablos! Cecilia Beltrán la acompañaba. Reculó, buscando un lugar en donde esconderse y no encontró otro mejor que detrás de un fornido atleta griego desnudo. En general y para no dar la impresión de interesarse por sus atributos masculinos, las señoras pasaban de largo sin mirar la estatua, al menos no abiertamente, aunque, dado su carácter, no estaba muy seguro de que Cecilia lo hiciese; era muy capaz de plantarse delante, hacer cualquier tipo de comentario y descubrirlo a él, justo entre las piernas del atleta. No obstante, respiró aliviado al verlas atravesar el vestíbulo y dirigirse a las escaleras que llevaban al salón oval, desde cuya balconada podían observarse las esculturas de la planta baja. Aprovechó el momento y salió del museo a paso veloz sin levantar la vista. ¡Se había librado por los pelos!

El solecito del mediodía templaba un poco el ambiente y aprovechó para acercarse al Retiro a fin de calmar su momentánea agitación. Al

parecer, las relaciones que él creía inexistentes entre Cecilia y doña Josefina no eran tales, si bien pudiera ser que tía y sobrina se entendieran, aunque las dos hermanas no se hablaran; en todas las familias se daban situaciones extrañas. Quizá Elvira había querido presentar a su tía a un posible «pretendiente» a fin de recabar su opinión o su beneplácito. De todos modos, ahora que estaba al corriente de sus buenas relaciones, en el futuro procuraría no volver a coincidir con la primera para evitarse complicaciones.

No había mucha gente paseando por el parque, algunas damas con abrigos de piel, niñeras, niños corriendo de un lado para otro, señores de bastón y sombrero alto y parejas cogidas del brazo. Se acercó hasta el Palacio de Cristal para visitar el jardín botánico, donde siempre hacía calor, pero se detuvo a varios metros al descubrir a Casilda delante de la puerta hablando con un hombre. Sintió un pellizco en el estómago. Por lo que él sabía, la joven no tenía familiares ni amigos en Madrid, pero su actitud denotaba que ambos se conocían bien, o eso le pareció. Continuó andando, aparentemente entretenido en la contemplación de la naturaleza, y se hizo el encontradizo. El apuro de Casilda al verlo confirmó lo que sospechaba, que ella y el hombre de mediana edad y bien trajeado eran algo más que simples conocidos. Alzó su sombrero a modo de saludo y entró en el invernadero repleto de plantas exóticas traídas desde Filipinas veinte años atrás. Al salir, una media hora más tarde, ya no estaba ninguno de los dos. No tenía ganas de regresar a la pensión y encontrarse con ella; acababa de romperle una ilusión. Caminó por la calle de Atocha en dirección a la plaza Mayor con la intención de comer en alguna fonda de las muchas que se abrían en esa calle. En mala hora. El vino estaba aguado, la sopa era un caldo con cuatro garbanzos y un hueso sin médula y sólo comió medio filete empanado porque tenía sabor a rancio. La temperatura había descendido bruscamente y todo hacía presagiar que helaría de nuevo, así que decidió volver a La Universal con el firme propósito de encerrarse en su cuarto y dedicarse a pintar el rostro idealizado de Elvira Artigas, a sabiendas de que era el de Casilda el que le gustaría pintar.

Encontró mucha agitación al entrar en el piso y le costó un rato averiguar la razón. Ozaeta y Cantonal habían salido de casa a las once de la mañana y todavía no habían regresado. Virtudes creía, aunque no estaba del todo segura, que habían acudido a una reunión clandestina con el fin de organizar un sindicato de trabajadores anarquistas; doña Patrocinio intentaba calmar a una Eulalia a punto del síncope, mientras Benigno y el profesor hablaban sobre la posibilidad de que hubieran sido arrestados y conducidos a La Modelo, donde, solía decirse, se sabía cuándo se entraba, pero nunca cuándo se salía. El antiguo guardia municipal decidió acercarse al cuartelillo de los «romanones» para enterarse de si había tenido lugar alguna redada, y Wallinstein se llevó a Virtudes a su habitación a fin de obligarla a pensar sin ruidos a su alrededor adónde podrían haber ido. Ella tenía que saber, o quizá no, dónde se reunían los anarquistas; Cantonal podría haberlo mencionado alguna vez. Finalmente, la mujer le dio una dirección, una casa en la calle del Olivar, en el barrio de Lavapiés. No se acordaba del número, pero aseguró que era el siguiente portal después del cruce con la calle del Calvario, en el tercer piso. Su hombre acudía allí a reunirse con otros anarquistas cuando ella todavía ejercía. Rápidamente, el abogado se cambió el traje, se metió en sus pantalones bombachos, pidió a Eulalia la pelliza de Antón, puesto que era preferible pasar desapercibido en aquella zona y su abrigo de paño llamaría la atención, y salió seguido por Isidoro, quien se obstinó en acompañarlo porque, aseguró, el señor Antón era como un padre para él, y a un padre no se lo abandonaba.

Al llegar al lugar indicado, un edificio desconchado y en bastante mal estado, se toparon con un grupo de personas que les informaron de que, en efecto, había habido una redada pasado el mediodía. Los guardias habían obligado a los vecinos a salir a la calle, habían hecho un registro piso por piso y se habían llevado a todos los que se hallaban en el tercero, hombres y mujeres. Había ocurrido a la hora de comer, pero todavía ningún residente se atrevía a entrar por si acaso volvían a por más. Según unos, se trataba de un local de mala reputación, un burdel, vamos, sin declarar; según otros, allí se hacían negocios al margen de la ley, y hubo quien señaló la posibilidad de que fuese un garito de juego clandestino. El abogado preguntó si todavía

quedaba alguien en el piso a un hombre mayor que se mantenía algo apartado del corrillo y golpeaba el suelo con una cachava tan vieja como él.

—Se pierden las colonias, y la culpa es de los nativos de aquellas tierras, que quieren ser libres —respondió—; se arruina el campo, y la culpa es de los campesinos, cuyo grano es más caro que el americano o el ruso; se cierran las fábricas, y la culpa es de los obreros que piden un salario digno; hay hambre, y la culpa es de la gente que quiere comer todos los días. Ellos nunca tienen la culpa.

—¿Sabe usted si queda alguien en el piso que han registrado? —Wallinstein repitió la pregunta.

—La culpa siempre es del pueblo, cada día más pobre, mientras ellos son cada día más ricos.

Estaba claro que no iba a obtener una respuesta cabal de aquel viejo, empeñado en repetir su lamento. Siempre seguido de Isidoro, entró en la casa, cuya escalera estaba a oscuras, y ambos tuvieron que subir tanteando la pared, hasta llegar al tercer piso. Encontraron la puerta desencajada, si bien no daba la impresión de que el registro hubiera sido exhaustivo, tal y como pudieron comprobar, puesto que, aparte de un par de sillas tiradas y el contenido de un armario por los suelos, todo estaba en su sitio. A punto de marcharse, desalentados, oyeron un ruido procedente de la alacena de la cocina, sobre cuya chapa había un cazo renegrido.

—¡A lo mejor es un perro que se ha quedado encerrado! —exclamó Isidoro corriendo hacia el mueble y abriendo las puertas.

Cómo dos hombretones como Antón y Cantonal habían podido meterse en la alacena era un misterio que ni siquiera ellos pudieron explicar. Sólo sabían que habían oído a los municipales golpeando la puerta y derribándola a continuación justo en el momento en que ellos estaban calentando agua para preparar café de cascarilla, un brebaje inmundo, pero no había otra cosa en aquella cochambre. Por suerte para ellos, se trataba de una alacena de las antiguas, que ocupaba la mitad de la pequeña cocina, y estaba vacía. Bajaron las escaleras apoyándose en Wallinstein y en el muchacho, incapaces de recuperar el equilibrio tras las dos horas transcurridas en una postura imposible, y salieron a la calle ante la sorpresa

de los vecinos, que habían visto entrar a dos hombres y ahora veían salir a cuatro, mientras el viejo continuaba en su sitio, golpeando el suelo con la cachava y repitiendo su letanía.

Tuvieron que detenerse en una taberna a fin de que Ozaeta y Cantonal recuperaran el aire. Aún bajo la impresión provocada por el susto, ambos se bebieron sendos vasos de ginebra de un trago y pidieron otros dos más cada uno, prometiendo al abogado que le devolverían el dinero de la consumición. Llegaron a La Universal cantando a voz en grito el tango de Menegilda y subieron los unos dando tumbos, los otros intentando que no rodasen escaleras abajo. No se fijaron en que la puerta del primero se había entreabierto con suavidad y en que su vecino asomaba la cabeza para averiguar a qué se debía semejante escándalo. Tampoco pudieron percatarse de que Paulino Flórez los miraba como quien ve a unos fantasmas; estaba seguro de que aquellos dos habían ido a parar al calabozo con sus compinches y no entendía qué hacían allí, a todas luces bebidos, como si nada.

Los había seguido por la mañana hasta la calle del Olivar, seguro de que a la iglesia no iban. Le pareció sospechoso que se juntasen con otros cinco o seis delante del portal y entrasen todos, seguidos por algunos más, varios hombres y tres mujeres, que llegaron a continuación. No tuvo que pensárselo dos veces. Allí, ante sus propios ojos, tenía la prueba que buscaba: un contubernio de izquierdosos, quienes, a buen seguro, tramaban terribles atentados contra la nación y se disponían a fabricar bombas incendiarias. Salió disparado hacia la comisaría más próxima, invocó el nombre del secretario de segunda categoría del Ministerio de la Gobernación y conminó al sargento al mando a prender de inmediato a los conspiradores. El sargento tampoco tuvo que pensárselo. Desde el atentado contra el rey, había orden de arrestar a todo sospechoso, con razón o sin ella. Una mirada aviesa hacia un miembro de la autoridad, un comentario en una taberna criticando al Gobierno, un insulto hacia el monarca o sus ministros, una blasfemia o una ofensa al clero eran motivos más que suficientes para detener a cualquiera e interrogarlo, que más valía prevenir que lamentar. Sin más tardanza, ordenó a sus hombres que cogieran las

porras y dispusieran el furgón para los detenidos, dirigiendo él mismo la redada que, de ser cierto lo que aquel hombre afirmaba, le aseguraba por lo menos un ascenso.

Flórez permaneció en la calle, entre los preocupados vecinos, pues no era conveniente que un detective secreto, como ya se denominaba a sí mismo, revelara su condición. Observó cómo los guardias se llevaban presos a los sediciosos y los introducían en el furgón entre gritos y empujones de unos y otros. Después regresó a su casa con la satisfacción del deber cumplido. Los dos cabrones que se habían burlado de él serían interrogados y confesarían, ¡vive Dios que confesarían! Y los demás bolcheviques del piso de arriba serían detenidos a continuación. Atento al menor ruido, esperó toda la tarde a que llegase la policía, pero los únicos que llegaron fueron los tres hombres y el muchacho cantando y desentonando a grito pelado. Él tuvo que tomarse una tila para tranquilizarse.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Se aproximaban las fiestas del carnaval y la excitación era cada vez mayor en la pensión, aunque no dejaba de nevar y corría el rumor de que, de persistir el mal tiempo, ese año no habría carrozas. Así era la naturaleza. Después de meses de sequía, la lluvia y la nieve no dejaban de caer desde mediados de enero, aunque no habían provocado inundaciones; al menos no en la calle del Rollo. Antón, Cantonal e Isidoro pudieron trabajar en el taller para dejar listo el tablado con ruedas al que dieron aspecto de teatro pequeño, con un frontis decorado por el abogado en el que podía leerse en letras blancas sobre fondo rojo: «Gran Compañía Circense La Universal». En los laterales, no se le había ocurrido otra cosa que pintar unos fuegos de artificio de varios colores, a cual más chillón. El grupo estaba encantado con el invento, en especial con el mecanismo que abría un telón confeccionado con las cortinas del antiguo cuarto de la señora Fuensanta, de un tono granate tirando a rojo. Antón llegó a la conclusión de que, después de todo, su suegra les estaba resultando muy útil, si bien no pudo evitar sonreír con ironía pensando en la cara que habría puesto la difunta de haber visto el uso que se les estaba dando a sus pertenencias. La mujer nunca había tenido sentido del humor.

El domingo de Ramos amaneció completamente despejado y durante los siguientes días continuaría el tiempo seco, según afirmación de Benigno, experto meteorólogo tras cuarenta años pateando calles. El profesor declaró que se debía a las corrientes de aire procedentes del Cantábrico, pero

Eulalia estaba convencida de que habían sido las dos «docenas» de trece huevos que la Isabelilla y ella habían llevado a las clarisas. Le había dado vergüenza decir que era para que no lloviese durante el carnaval —no le pareció pudoroso—, y lo dejó en una simple petición de oraciones. La hermana portera cogió el cestillo, sonrió y les deseó unas buenas carnestolendas, vocablo que don Juan José hubo de aclararle más tarde. Pero Eulalia no confesó al profesor ni a los demás que había ido con huevos a La Encarnación, advirtiéndole a Isabelilla que ella tampoco lo hiciese. De vez en cuando, se acordaba de que estaba en contra de aquella mamarrachada del circo, pero enseguida lo olvidaba; cosía cortinas y trajes, y continuaba practicando en la barra fija, que ya dominaba con soltura, aunque se le había quedado pequeña. Su orgullo le impedía pedirle a Antón que le proporcionase una barra más larga y ancha, sobre la cual saltar y girar con mayor precisión, aunque sabía que acabaría cediendo, pues lo cierto era que gozaba con su secreto y estaba deseando ver la cara de su marido cuando descubriera que podía sostenerse sobre un solo pie encima del travesaño de la cama de su madre.

Estuvieron todos de acuerdo en actuar el martes de carnaval, jornada en la que ricos y pobres disfrutaban lo mismo, cada uno a su manera, por supuesto, pero antes, a modo de prueba, saldrían en el desfile de carrozas del domingo por la tarde. Mientras los pudientes organizaban bailes de máscaras en sus palacetes, el pueblo bailaba en las plazas de los barrios, pero todos coincidían en el desfile de carrozas, aceptándose incluso apuestas acerca de la ganadora. Debido al mal tiempo, el número de éstas había disminuido de forma considerable en comparación con el de otros años, pero había aumentado el de los coches adornados, más fáciles de preparar. Eran, sin embargo, las carrozas las que suscitaban mayor interés entre el público. Alegorías a la moda de París, gnomos, estampas gallegas y andaluzas, escenas campestres, cuadros de terror y una variada mezcolanza de gustos y escenificaciones se sucedían entre aplausos y silbidos, que de todo había. La Universal iba en último lugar, aunque seguida de tres coches engalanados y una comparsa que cerraba el desfile.

El escenario tirado por dos mulas de alquiler que habían conseguido en la plaza de los Carros y que eran guiadas por Antón y Cantonal, el profesor haciendo juegos malabares a un lado, Isidoro al otro con el *Pitañas* saltando por el aro una y otra vez y Virtudes en medio, sosteniendo en lo alto a la Isabelilla, causaron furor, y la suya fue la carroza más vitoreada y aplaudida de todas, aunque no ganó. El jurado la encontró imaginativa, pero carente de la distinción de *Las horas felices* de la marquesa de Villamagna, asidua ganadora del evento. No les molestó, porque lo importante era conocer la reacción del público, y ésta había sido muy positiva; les daba confianza para montar el espectáculo el martes en la plaza de la Paja, antiguo centro comercial de la villa antes de que la actividad se trasladase a la plaza Mayor, habitada por nobles que habían vendido sus palacios para la construcción de viviendas baratas de las que obtenían rentas por su alquiler. Era el lugar más cercano a la calle del Rollo y podrían volver de inmediato a la pensión en caso de que hubiese algún percance.

El cielo, claro a primeras horas de la mañana, fue cubriéndose a medida que transcurría la jornada y hubo momentos en que los «universales» pensaron en abandonar su proyecto. Isidoro corrió hasta la plaza a eso de las cinco de la tarde y comprobó que la amenaza de lluvia no parecía preocupar a la gente, ansiosa de festejar lo que fuera con tal de olvidar la realidad, así que decidieron aventurarse. ¡Habían trabajado mucho durante los últimos meses para renunciar a su sueño por cuatro gotas de agua! Esta vez no tenían acémilas; total, el lugar se hallaba cruzando la calle de Segovia, afirmó Antón. Él y su amigo hicieron de mulas de tiro, mientras Benigno e Isidoro empujaban el carro por detrás y Wallinstein y el profesor acompañaban a las mujeres. Colocaron el escenario en un lateral de la plaza, dejando para los artistas espacio en la parte trasera, que disponía de escalerilla, y se vieron rodeados de curiosos antes siquiera de que el muchacho comenzase a tocar el tambor del difunto padre de Eulalia para llamar a los espectadores, tal como habían convenido.

—¡Damas y caballeros! ¡En breves instantes va a comenzar la función de la Gran Compañía Circense La Universal, llegada de la misma Rusia para deleite de grandes y pequeños! ¡Verán a Grushenka, la mujer más

fuerte del mundo; a Nikolái, el domador más joven del mundo; a Pitrolích, el mejor mago del mundo, y a la Maripepa, la mejor cupletista de todo Madrid!

Con muchos nervios, Benigno intentaba imitar al presentador del Price, agitando los brazos y soltando algún gallo que otro, lo que suscitaba las risas de los espectadores, convencidos de que se trataba de una farsa más de carnaval. Muchos conocían al antiguo guardia urbano y, pese a que con toda probabilidad nadie allí había oído hablar de Dostoievski ni leído su obra, las risas arreciaron con fuerza cuando un hombre le preguntó por su nombre y el antiguo guardia urbano contestó muy serio que él era Fiódor Karamázof.

El primero en salir al escenario fue don Juan José, a quien se le cayó una de las bolas y fue a parar al sombrero de una mujer vestida de pastora, oveja incluida, lo que provocó la carcajada unánime del respetable. No le salieron mejor los otros trucos que llevaba preparados, pero eso no fue óbice para que continuara actuando con seriedad y recibiera un fuerte aplauso al finalizar su desastroso debut. Le siguieron Virtudes y la Isabelilla. La primera vestida de Diana cazadora, con una túnica griega corta y unos calzones a juego, y la segunda, con un vestido lleno de lazos que la hacían parecer más niña de lo que era. La facilidad con la que la mujerona alzó a la moza con una sola mano asombró al público, pero hizo exclamar a un joven que no hacía falta ser Sansón para levantar a una cría flacucha. Virtudes depositó a la Isabelilla en el suelo, se bajó de un salto del escenario, metió la mano por la entrepierna del osado y lo levantó con igual facilidad para regocijo de los espectadores, y susto del protagonista. A continuación, salieron Isidoro y el *Pitañas*, pero, al contrario que durante el desfile de carrozas, el chucho se negó a pasar por el aro y cada vez que el mozo le ordenaba saltar, se arrastraba por debajo o daba un rodeo para chirigota del público y bochorno de su domador. Finalmente, Casilda asomó tímidamente por entre las cortinas con el vestido azul de la señora Fuensanta y fue recibida con piropos por parte de la concurrencia masculina, dispuesta a continuar divirtiéndose con el espectáculo a la espera de más risas, pero la joven abrió la boca y enmudeció el bullicio de la plaza al entonar la primera estrofa de la romanza *Me llaman la primorosa*.

—¿No te recuerda esa moza a la hija de Mariano Segura?

A Wallinstein, que escuchaba embobado, se le cortó la respiración.

—Perdonen mi intromisión, caballeros —dijo una vez repuesto de la impresión—. ¿Conocían ustedes a Mariano Segura?

—Era un buen hombre, sí, señor, vecino y amigo nuestro en Palazuelos, provincia de Segovia —respondió uno de ellos mientras el otro asentía con la cabeza.

—¿Y por qué han dicho que esa joven les recuerda a su hija?

—Se le parece mucho. Ella fue la razón de que Mariano dejase el pueblo para venirse a la capital, donde cayó en manos de unos ladrones que lo llevaron a la tumba.

—¿Por qué fue ella la razón?

—Porque tenía una voz de ángel. Su padre sólo vivía para ella. Quería que estudiase en el conservatorio y llegase a ser una gran cantante, pero después de su triste final, la chica desapareció y no hemos vuelto a saber nada de ella.

—¿Y cómo se llamaba?

Una gran ovación, bravos y peticiones reclamando otra romanza interrumpieron su conversación en el mismo momento en que un rayo iluminaba la plaza de la Paja y el estruendo de un trueno anunciaba la inminente tormenta, dando por finalizado el festejo. Las gentes corrieron a guarecerse, los vendedores de rosquillas y churros recogieron las mercancías y cubrieron los puestos con lonas, los críos gritaban, los jóvenes reían y, mientras, Wallinstein permanecía inmóvil en medio del barullo. Un nuevo relámpago seguido de otro trueno aún más potente que el anterior lo espabiló, y buscó a los dos segovianos. Le fue imposible encontrarlos, y acudió a ayudar a sus compañeros, quienes intentaban llevarse el carro antes de que la lluvia estropease el decorado. La tormenta no esperó. Llegaron calados a la pensión, metieron el armatoste en el taller y subieron al piso a celebrar su «bautizo» artístico con agua y velas celestiales, como señaló Cantonal en tono irreverente.

La actuación había sido un éxito, a juicio de todos, excepto de Isidoro, quien anunció al *Pitañas* que aquella noche lo desterraba de su cama, por

inútil. Eulalia tampoco estaba satisfecha; la próxima vez pondría atención en cuanto al número de días a pedir buen tiempo, puesto que, por lo visto, cada docena de huevos valía sólo para uno. El abogado, por su parte, no dejaba de mirar a Casilda, feliz y todavía anonadada por la respuesta del público. Si ella era en verdad la hija de Mariano Segura, ¿por qué no había dicho nada cuando se trató el tema de su suicidio por culpa de Mendoza y de su socio? Aunque recordó su desmayo durante la sesión de espiritismo. Pensó que se había debido al susto, pero tal vez la razón fue oír mencionar el nombre de su supuesto padre. No quería ni imaginar que hubiera tenido algo que ver con la muerte del primero, pero daba que pensar aquella «C.» en el breve del periódico y en el anillo. Quizá había tenido amores con Carlos José, quien se habría aprovechado de la hija para engañar al padre, y podría haber sido asesinado por ella en venganza por el suicidio de su progenitor. No sería la primera vez que algo así ocurría, y ¿qué mejor medio de escapar de la justicia que hacerse pasar por una pobre desgraciada sin hogar para ocultarse hasta que el asunto quedara olvidado? Este pensamiento no lo dejó dormir en toda la noche, pues cada vez que cerraba los ojos veía a Casilda, cual Judith vengadora, rebanando el pescuezo de su enemigo. Se había enamorado sin remedio de la joven, pero la nueva situación no le permitía intentar un avance con vistas a un noviazgo, y se planteó la posibilidad de mudarse de alojamiento para no tener que verla cada día. Sabía que le iba a ser muy difícil dejar de pensar en el asunto y una relación bajo sospecha estaba irremediabilmente abocada al fracaso.

—¿Está usted bien?

La señorita Beltrán lo examinó con atención cuando él fue a entregarle unos documentos.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque tiene usted ojeras de enfermo.

—He dormido mal.

Ya ni recordaba la última ocasión en que ella le había dirigido la palabra para otra cosa que no fueran asuntos de trabajo. A veces, rememoraba su encuentro en la cabaña de Manzanares, esperando que ella lo invitase de nuevo a ir por allí. La experiencia había sido ciertamente singular; tanto que

había momentos en que dudaba de que hubiese tenido lugar. Por supuesto, dicho deseo no tenía nada que ver con los sentimientos que albergaba hacia Casilda, pues, para ser sincero consigo mismo, no se imaginaba a la joven lanzándose fogosa sobre él, ni lo pretendía. Aquel tipo de aventuras chocaba de lleno con su educación, de alguna manera conservadora, y con lo que ansiaba fuera una tranquila relación sentimental, pero, tenía que reconocerlo, era lo más excitante que le había ocurrido en la vida y no le importaría repetir.

—¿Estuvo usted en casa de mi sobrina Elvira el día de los Inocentes? Me habló de un joven atractivo, hijo de un banquero, cuyo apellido dijo ser Walsein, o algo por el estilo.

La pregunta lo dejó descolocado.

—Ya me gustaría a mí ser hijo de un banquero —bromeó.

—Me recordó a usted por la descripción que me hizo. El caballero en cuestión acudió con unas personas procedentes de Rusia al concierto de villancicos que mi sobrina organiza todos los años, un fastidio que procuro eludir.

—Puedo asegurarle que no conozco a ningún ruso.

—Quedó con él en el museo, pero no se presentó —prosiguió ella como si no lo escuchara—. Imagino que, de haber sido usted y haberme visto en compañía de Elvira, habría intentado esconderse para no ser descubierto por mí.

—Sería lo más probable. —Wallinstein decidió seguirle el juego.

—Porque no quedaría muy elegante que una joven viuda, de buen parecer y familia honorable, supiera que había sido engañada.

—En efecto —admitió él—, pero también podría tratarse de una especie de diversión. No olvide que, según ha dicho usted, era el día de los Inocentes.

—¿Y por qué habría de divertirse nadie a costa de una mujer crédula como mi sobrina? A menos que quisiera sonsacarle algún tipo de información.

—¿Y qué tipo de información podría ser?

—Una, tal vez, relacionada con el fallecimiento de su marido.

La voz de la señorita Beltrán había dejado de ser amable y Wallinstein decidió dar por terminado el juego.

—Siento no poder ayudarla en este asunto. Si me disculpa.

La voz de Cecilia lo detuvo antes de llegar a la puerta.

—Me gustaría que me acompañara a casa de mi hermana. Debo solucionar unos asuntos y necesitaré un pasante.

Wallinstein se giró. Aquello era un golpe bajo por partida doble: intentaba dejarlo en ridículo ante Elvira y su madre y, encima, recordarle cuál era su puesto en el despacho.

—Creía que ustedes dos no se hablaban desde que ella le robó a su prometido —respondió mordaz mirándola a los ojos—. Lo siento, estoy muy atareado; tendrá que decirle a otro de los empleados que la acompañe.

Tenía el estómago vacío y se le abría la boca debido al sueño, así que, de camino al archivo, pidió al bedel que le subiera un café. No solía hacerlo, pese a que el hombre se desvivía por servirlo desde el día en que le había aconsejado acerca de cómo solucionar a su favor una querella interpuesta por el propietario de su vivienda, pero necesitaba un estimulante que lo mantuviera despierto hasta el final de la jornada. El bedel no tardó ni cinco minutos en estar de vuelta con el café y con un recado: don Ramón requería su presencia. Bebió el líquido a toda prisa, a riesgo de quemarse la lengua, y se presentó en el despacho del principal preguntándose qué querría, pues habían transcurrido casi ocho meses desde la última vez que había pisado la alfombra del sanctasanctórum de la firma.

Al contrario que en la ocasión anterior, el señor Alcañizar se mostró incluso amable y le indicó una silla para que tomara asiento. En un tono de voz que Wallinstein encontró sospechosamente paternal, don Ramón le habló de lo que suponía levantar una empresa, de cómo su padre había fundado la suya y él había seguido sus pasos y podía ahora vanagloriarse de haber convertido Alcañizar y Asociados en uno de los más prestigiosos e importantes despachos de abogados de Madrid, si no del país. El joven no entendía adónde quería ir a parar, pero escuchaba con atención, pese a que tenía que hacer esfuerzos para mantener los ojos abiertos y la mente lúcida.

—Como todo cesto de manzanas, también en el nuestro aparece de tiempo en tiempo una podrida que es preciso eliminar para bien de nuestro respetado nombre —continuó su patrón—, y cuando dicha infortunada circunstancia acaece, no es bueno para la empresa, ni para sus empleados —recalcó—, remover el fango.

Wallinstein intentaba pensar, ¿a qué diablos se estaba refiriendo el viejo? El café le había sentado mal y necesitaba ir al servicio.

—Ha llegado a mi conocimiento que está usted demasiado interesado en averiguar ciertos asuntos que conciernen únicamente a la dirección del bufete y le rogaría que dejase de preocuparse por ellos si desea continuar siendo uno de los nuestros.

—Ignoro a qué se está usted refiriendo —logró articular Wallinstein a la vez que notaba una bola en el estómago que pujaba por salir de una manera u otra.

—Le hablo del caso Mendoza. Está ya cerrado y no hay nada más que indagar al respecto.

—Si usted lo dice...

—Lo digo y lo exijo. Tenemos grandes proyectos para usted, querido Wallinstein. Sería una lástima que malograra su brillante futuro por un asunto sin importancia.

¿Había entendido mal o acaso su jefe lo estaba amenazando? Las náuseas se repetían, estaba a punto de vomitar el café encima de la alfombra persa. En situación tan comprometida, sólo se le ocurrió pensar en el vecino de abajo y en la buena de Eulalia llamándolo marrano. Tenía que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde. Se levantó de la silla, hizo una reverencia y escapó apretando las nalgas y el estómago, dejando al señor Alcañizar escandalizado por su conducta, impropia de un subalterno. Al salir del retrete, se puso el abrigo y el sombrero, recogió sus pocas pertenencias y se dirigió al despacho de la señorita Beltrán.

—Renuncio. Mi secretario personal pasará a cobrar las tres semanas de sueldo que se me adeudan —le comunicó desde la puerta, y se marchó a continuación sin darle tiempo a responder.

Se metió en la cama nada más llegar a la pensión y durmió hasta media mañana del día siguiente, más de veinte horas seguidas. En su sueño, escuchó pasos, voces de mujer hablando en voz baja, notó una mano que acariciaba su frente, unos labios que rozaban los suyos.

—Nos tenía muy preocupados —le dijo Eulalia cuando entró en la cocina a por un vaso de agua—, pero veo que ya está usted bien. Habrá sido un corte de digestión o algo por el estilo.

Sonrió. El ayuno y la cura de sueño habían sido un buen remedio para sus males. Tenía las piernas flojas, pero ahora era capaz de pensar con claridad. Y lo primero que pensó fue que era un parado más de los miles que deambulaban por el país en busca de trabajo, aunque él mismo se extrañó al constatar que no le preocupaba lo más mínimo. Era joven y estaba sano; ya encontraría algo. Volvió a su cuarto y dedicó el resto de la mañana a bosquejar de memoria los rostros de las personas que conocía, aunque no el de Casilda. Si iba a ser parte de la compañía circense, más valía que empezase a ejercitarse, ya que, tras el éxito obtenido en la plaza de la Paja, Ozaeta estaba decidido a repetir y los demás, hasta entonces recelosos, parecían secundar su determinación.

Minutos antes de la una del mediodía, hora habitual de las comidas, se escuchó un gran ruido que alarmó a todos los moradores de la pensión, quienes, en unos instantes, estaban en el pasillo intentando averiguar su procedencia. La sorpresa fue mayúscula al descubrir la cama de la habitación de los caseros desfondada y a Eulalia en paños menores por los suelos. La mujer soltó un grito y se cubrió rápidamente tirando de la colcha, pero los huéspedes trataban de averiguar dónde estaba Antón, pues, a simple vista, aquello parecía el resultado de un embate conyugal más impulsivo que de costumbre.

Sin embargo, el casero no aparecía por ninguna parte. Cantonal y Benigno se apresuraron a levantar la cama por si acaso se había quedado debajo, lo cual resultaba ciertamente inviable, aunque no se detuvieron a considerar tal posibilidad, preocupados como estaban en ayudar. Dejaron de buscarlo cuando Eulalia les pidió que salieran de la habitación. Un rato más tarde, se reunía con ellos en la cocina y cinco minutos después aparecía

Antón. Las risitas de los comensales, los comentarios con segundas de su amigo y los sofocos de su mujer le indicaban que algo ocurría, aunque no pudo descubrirlo hasta que fue a su habitación a por tabaco.

—¿Qué ha pasado con la cama? —preguntó a Eulalia.

—¡Como si no lo supieses, bribón! —exclamó Cantonal guiñándole un ojo.

—Quizá se han aflojado los tornillos de las patas —señaló el profesor— y, claro, con el vaivén...

—¿Qué tengo que saber? ¿De qué vaivén habla usted, don Juan José?

—Ya sabe usted...

—No, no lo sé.

—¿Y qué hacía Eulalia en culeros? —Virtudes se echó a reír.

—¿Se ha quedado usted debajo de la cama? —preguntó Isidoro.

—¡Eulalia! ¿Qué has hecho, mujer?

—Es que cuando tengo un momentito libre, ensayo... —A Eulalia se le habían subido los colores.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—Practico la barra fija.

—¡No sabía que ahora se llamaba así! —Cantonal soltó una carcajada.

—Sepan todos ustedes, y también tú, Antón, que servidora es una magnífica equilibrista. No quería decirlo para daros una sorpresa, pero llevo meses practicando encima del travesaño de la cama. Me sostengo sobre un pie, hago giros y doy volteretas, pero el travesaño es demasiado pequeño y, por lo que se ve, la cama demasiado vieja. Y mi nombre artístico es Tatiana —finalizó ante el pasmo de sus oyentes.

Su declaración, dicha en el mismo tono que el de un presidente del Consejo de Ministros mientras presenta su programa, arrancó los aplausos de Wallinstein. Si alguna duda le quedaba sobre lo acertado o no de su decisión de largarse del bufete, había desaparecido en aquel mismo instante.

Se hallaba la mujer explicando, muy orgullosa, cómo se le había ocurrido la idea de convertirse en equilibrista y riéndose del susto que se había llevado al caerse la cama, cuando media docena de guardias civiles, pistola en mano, invadió la cocina.

—¡Todos contra la pared! —gritó el oficial al mando—. ¡Quedáis detenidos en nombre de la ley!

—¿Por qué cojones? —vociferó a su vez Cantonal encarándose a él.

—¡Por terroristas!

—¡Eso lo será tu madre!

La respuesta fue un golpe con la culata de la pistola en plena cara que lo dejó tambaleante, con la consiguiente reacción de Virtudes, quien se lanzó como una furia contra el oficial y lo habría tirado por la ventana si Antón y Benigno no llegan a detenerla. Este sacó su placa de municipal, que siempre llevaba encima por si pudiera serle de utilidad y porque, en el fondo, continuaba sintiéndose miembro del cuerpo, e intentó razonar con los guardias. Tras no pocos esfuerzos para entenderse sin gritar, lograron saber que el motivo de la toma de La Universal era una denuncia debida a un estruendo oído una hora antes y el asunto quedó dilucidado en cuanto se les mostró el dormitorio de los dueños y la cama por los suelos.

—Es que andamos alertas desde lo del atentado a Su Majestad —se disculpó el oficial.

Tras la marcha de los guardias, Eulalia envió a Isidoro a la carnicería a por un filete de carne para poner en la mejilla de Cantonal, quien no dejaba de proferir palabrotas y juraba que iría a romperles los morros a los vecinos de abajo, seguros culpables del chivatazo. Antón lo calmó prometiendo que ya pensarían en devolverles la faena, pero que, por el momento, era mejor dejar las cosas como estaban.

Esa misma tarde, el profesor se presentó en Alcañizar y Asociados a reclamar el finiquito y las tres semanas adeudadas al señor Ignacio Wallinstein, de quien era secretario personal, según declaró. El contable de la empresa hubo de consultar con la señorita Beltrán, pues no tenía conocimiento de que el joven abogado hubiese abandonado la empresa. Cecilia intentó sonsacarle los motivos por los cuales su supuesto jefe había tomado dicha decisión, pero don Juan José no soltó prenda y se limitó a reclamar la liquidación en nombre de su representado.

Capítulo 13

Flórez y Fermín Salvador se atrincheraron aquella noche en su piso, colocando una cómoda delante de la puerta de entrada por si a los bolcheviques se les ocurría bajar al abrigo de la oscuridad a vengarse por la denuncia. No les iba mal juntos, llevaban dos meses de camaradería, ambos eran poco habladores, sobrios en el comer, aunque no tanto en el beber, y apenas les quedaba dinero.

Tal y como anunciaban los pronósticos, el Gobierno liberal no había aguantado más allá de las Navidades debido a su incompetencia para dirigir el país, la desunión entre las diversas familias políticas dentro del propio partido, el caciquismo, la corrupción, la malversación de fondos y la falta de respuestas a los problemas que acuciaban a la población, entre otros motivos. Era el turno de los conservadores, pese a que los ciudadanos desconfiaban tanto de los unos como de los otros. La única satisfacción de muchos fue ver empacar a los otrora poderosos, puesto que el cambio de Gobierno conllevaba asimismo la mudanza de despachos. Cada ministro, secretario, subsecretario, jefe de departamento y demás nuevos cargos había desalojado no sólo a su anterior ocupante, sino también a su respectiva camarilla, de forma que durante semanas fue continuo el trasiego en los edificios oficiales. Individuos mediocres que habían medrado a la sombra del anterior Gobierno fueron sustituidos por otros iguales a ellos, pero que, esta vez, tenían el as en la manga.

Entre los «desaparecidos», a pesar de su calidad de miembro de la Sociedad Tiro de Pichón, se hallaba el señor secretario de segunda categoría con quien Paulino Flórez había llegado a un acuerdo. De nada valieron las explicaciones del contable en cuanto a que disfrutaba de una excedencia para investigar asuntos de suma gravedad para la nación. No existía documento alguno que así lo acreditase, ni tampoco otro que justificase su ausencia del trabajo desde hacía más de medio año, así que fue despedido de forma fulminante por abandono injustificado del puesto laboral. Durante aquel tiempo había percibido su sueldo con regularidad, pero a partir de entonces no cobró una peseta. Se ofreció entonces como confidente a la Guardia Civil, donde le informaron de que los delatores cobraban una remuneración por servicio cumplido, es decir, si el soplo era real y llevaba a la caza y captura de los malhechores. También había brindado su colaboración a los «romanones» y al Real Cuerpo de Guardias Alabarderos, encargados de la protección del monarca y de su familia. Ni que decir tiene que el hombre se veía en apuros, y más cuando las dos delaciones —la de la calle del Olivar, una falsa alarma, puesto que los anarquistas, aunque vigilados, no estaban fuera de la ley, y la más reciente, la de la bomba que tanto él como Salvador estaban convencidos de que había explotado accidentalmente en el piso de arriba— habían resultado dos fiascos que lo colocaban en una situación difícil. Era preciso encontrar de una vez la prueba incriminatoria que llevase ante la justicia a los subversivos.

Los habían seguido el día de las carrozas, seguros de que tramaban algo con aquella tramoya circense, a todas luces una tapadera para sus actividades clandestinas. Él y Salvador caminaron a la par durante el desfile sin quitarles el ojo de encima, dispuestos a lanzarse sobre ellos a nada que observaran algo sospechoso, aunque, para su decepción, no ocurrió ninguna cosa extraña. También los siguieron el martes de carnaval hasta la plaza de la Paja y los vieron hacer, a su entender, el ridículo, aunque reconocieron que la cantante no estaba del todo mal, pero tampoco obraron de manera sospechosa, ya que ni siquiera repartieron panfletos revolucionarios. Llegaron a la conclusión de que debía de ser una estrategia para ganarse la confianza del pueblo, siempre cándido, una manera original de conseguir

adeptos, que ya se sabía que al populacho le gustaba reír y se le deslumbraba con cualquier bobería. No se les escapó la conversación que el abogado mantuvo con dos hombres con aspecto de tratantes, a los que siguieron en cuanto empezó la tormenta. Entablaron conversación con ellos y los invitaron a un vaso de vino en una taberna de la plaza. Así supieron que eran de la provincia de Segovia y que, aparentemente, no conocían al hombre que les había preguntado por un antiguo conocido que se había suicidado al verse arruinado por los tejemanejes de unos desaprensivos. Los segovianos recordaban el apellido de uno de los sinvergüenzas, un tal Romancero, porque se lo habían oído decir al suicidado y les había hecho gracia, por poético.

Al día siguiente, antes del asunto de la supuesta bomba en el piso de arriba, acudieron a la Cámara de la Propiedad, donde Flórez conocía a uno de los empleados, y lograron averiguar que Romancero y su socio habían fundado la empresa Mencero Inversiones, Sociedad Anónima, para disolverla tan sólo unos meses más tarde. Ambos se miraron sorprendidos al descubrir que el otro socio era Carlos José Mendoza, el difunto patrón de Salvador. El contable de la cámara les informó de que, en su momento, se había hablado de un fraude cometido por los dos socios en la persona de un incauto provinciano, a quien habían sacado, más bien robado, trescientas mil pesetas, si bien el asunto no se había aireado por ser Mendoza miembro de una familia importante. El antiguo mayordomo sabía que su patrón andaba en negocios, aunque nunca había oído mencionar en la casa el nombre de la empresa y, desde luego, estaba seguro de que la viuda no se había beneficiado, puesto que, de ser así, no habría necesitado cerrar la casa, ni despedir al personal. Decidieron por tanto demostrar que el abogado había engatusado a la señora de Mendoza a fin de asesinar al marido y quedarse con los cuartos para emplearlos en sus conspiraciones.

Varios días después, dieron con la dirección de Augusto Romancero en la oficina de correos y le hicieron una visita. El hombre estaba sobrio, a falta de dinero para gastar en alcohol, y se puso a la defensiva en cuanto mencionaron el nombre de su antiguo socio y el de Mariano Segura, en la creencia de que eran inspectores del fisco o policías que venían a buscarlo

por el asunto del fraude. Se negó a decir una palabra y recibió una somanta de golpes propinados por Salvador, quien, además de mayordomo en paro, era boxeador aficionado. Finalmente, confesó, pero juró por su madre que no había visto un duro, pues su socio se había guardado el dinero para él solo, ya que pensaba abandonar a su esposa y establecerse con una mujer, cuyo nombre desconocía, con la cual solía citarse en Manzanares el Real, donde poseía una casita, o algo parecido, según le había oído comentar alguna que otra vez. Unos cuantos golpes más los convencieron de que Romancero no tenía nada que añadir y lo dejaron hecho una ruina tras advertirle que volverían si los denunciaba o llegaba a sus oídos que se había ido de la lengua. Estaba claro que tenían que ir a Manzanares, puesto que, con toda seguridad, Mendoza había escondido el botín en la casita aquella, pero tuvieron que esperar debido a que el mal tiempo hacía los caminos intransitables. Sin embargo, necesitaban dinero.

Una noche se acercaron a El Pozo, el tugurio de la calle de la Cava Baja. Observaron durante un par de horas cómo varias mujeres, más bien entradas en años, y en carnes, subían a los clientes a la casa de dormir y volvían a bajar a por más al cabo de un rato, después de entregar al dueño del local una parte de las ganancias. Fueron a hablar con el Negro cuando éste se disponía a echar a los parroquianos tardíos. Paulino le enseñó su carné de funcionario del Ministerio de la Gobernación y le exigió que les mostrara las cartillas de la Oficina Municipal de Higiene, en las que debían estipularse los nombres, edades y salud de las mujeres dedicadas al viejo y lucrativo oficio, para chulos y alcahuetas, del puterío. En un primer momento, el tabernero se puso gallito, insinuando incluso que podrían no contarle si persistían en su requerimiento, pero el aspecto de inspector de la Gobernación de Paulino y el no menos impresionante de matón de Salvador, ambos vestidos de negro, lo obligaron a cambiar de actitud. No era la primera vez que sufría chantaje por parte de la autoridad, que, a cambio de su silencio, reclamaba una parte de los beneficios. No tardó en llegar a un acuerdo con ambos y les entregó un adelanto de veinticinco pesetas con la promesa de que recibirían la misma cantidad todas las semanas si se olvidaban de su garito. A la espera de recibir una sustanciosa

recompensa cuando fueran atrapados los bolcheviques, los dos hombres retomaron su labor de vigilancia con la conciencia bien tranquila, una vez solucionado el asunto del condominio y otros gastos, pues, a fin de cuentas, estaban trabajando, y hasta arriesgaban sus vidas, por el bien de la nación.

No hubo nada que reseñar durante las siguientes jornadas, aunque observaron una actividad mayor que la habitual en el piso de arriba, ya que oían a los vecinos subir y bajar las escaleras más a menudo que de costumbre y continuaban escuchándose ruidos extraños, tanto en el taller como en el piso. Sin embargo, una noche en que regresaban de su visita semanal a El Pozo, encontraron en el portal una hoja de papel que Paulino recogió rápidamente y se metió en el bolsillo antes de que apareciese alguno de los subversivos. Ya en casa, la leyeron estupefactos y no les cupo la menor duda de que estaban ante la prueba tangible de que sus conjeturas eran tan reales como las veinticinco pesetas que acababan de embolsarse con total desfachatez. En grandes letras negras podía leerse:

HOY A LAS EN
¡LA REVOLUCIÓN QUE CAMBIARÁ
VUESTRAS VIDAS!
¡ACUDID SIN FALTA!
¡TODOS UNIDOS!
¡LA UNIVERSAL!

Estaba claro que aquello era un panfleto en toda regla que convocaba una manifestación, o algo peor, aunque no podían ir a la policía sin conocer la hora y el lugar, ya que habían sido advertidos por un mando de la Guardia Civil de que tendrían problemas y podrían acabar en el calabozo si continuaban denunciando en falso y les hacían perder el tiempo.

Antón Ozaeta estaba más que satisfecho con la propaganda que había hecho imprimir a costa de los dineros de su suegra, aunque le dijo a Eulalia que tenía un conocido, linotipista en la Imprenta Alemana, a quien había

arreglado el eje de su bicicleta y, a cambio, él le había impreso cien hojas para repartir por los pueblos cuando fueran de gira. Había redactado él mismo el texto, obviando a propósito la mención al circo para crear una mayor expectación, explicó; así la gente iría a ver de qué se trataba y se encontraría con una función circense inesperada. Eulalia hubiese preferido que cobrara en dinero contante y sonante por sus trabajos, pero no dijo nada, porque ella también estaba ilusionada con su próximo debut artístico. Su marido y Cantonal le habían preparado una barra fija profesional, un travesaño con patas atornilladas, parecido al utilizado por los gimnastas de la Sociedad Gimnástica Española. Dejó asombrados al resto de los «universales» al subirse encima y demostrar que, en efecto, era capaz de sostenerse sobre un pie, andar hacia atrás y girar sin perder el equilibrio. Dicha seguridad, así como la anchura del madero, mayor que la barra de la cama, la incitó a ensayar piruetas más difíciles, que primero practicaba en el suelo para no romperse la crisma si le salían mal. A los pequeños saltos de rana, que dijo Cantonal, recibiendo ipso facto un codazo de Virtudes, los siguieron volteretas que arrancaban un «¡Oh!» sorprendido a sus espectadores. La cuestión del traje que debía llevar durante la actuación le ocupó casi más tiempo que el entrenamiento, pues no podía salir ante el público con unos pantalones viejos de su marido, utilizados para la preparación para evitar tener que ensayar en paños menores, y no estaba dispuesta a ponerse unos calzones; recordarían demasiado a la ropa interior femenina y se sentiría medio desnuda, aseguró. Doña Patrocinio y ella acabaron pidiéndole a Wallinstein sus pantalones bombachos para sacar el patrón y cosieron unos parecidos, aprovechando la tela de un par de camisones de felpa de la señora Fuensanta.

Se aproximaba la fecha del estreno de la Compañía Circense La Universal, prevista para el Domingo de Resurrección, y aún quedaban varios cabos sueltos, entre ellos el más importante, el de la osa. Cantonal no había ido a Manzanares el Real en todo el invierno y tal vez el tío pensara que el asunto había quedado pospuesto, o también cabía la posibilidad de que el animal hubiera muerto, ya que no se recordaba un mes de febrero tan frío como el que acababa de transcurrir. Decidieron, por tanto, acercarse al

pueblo a fin de dejar las cosas claras y tomar una decisión definitiva. Un viernes de mediados de marzo el grupo al completo se trasladó a Manzanares a bordo de un carro, de los utilizados para transportar ganado, alquilado a uno de los tratantes de Talavera, amigos de la familia, a cambio de dos meses de alojamiento gratuito en la pensión. Como si fueran a emprender un viaje a un lugar lejano, llevaron con ellos comida y ropas, mantas incluidas, hornillo, puchero y sartén para cocinar. Ninguno de ellos, a excepción de Ozaeta, el abogado y Casilda, había salido jamás de Madrid, y la excursión adquiría niveles de acontecimiento.

Llegaron a la localidad a eso del mediodía, pero no se dirigieron a la casona de los Beltrán de Salazar, sino hacia la orilla del río. Había que explicarle toda la verdad al tío, confesarle que no se trataba de un circo llegado de Rusia, que sólo era un grupo de gentes sin oficio a quienes se les había ocurrido la idea de la farándula para sacar algún dinero mientras las cosas no mejoraran. Por esa razón estaban todos allí, para demostrarle que eran personas de buena voluntad y que, dicho sea de paso, tampoco lo hacían nada mal, pero era necesario ir poco a poco, no darle la noticia de golpe. Decidieron que primero acudirían Cantonal, Wallinstein y don Juan José, ya que, entre los tres, tenían suficiente labia para convencerlo. Los demás se quedarían disfrutando de un día de campo hasta tener noticias de ellos.

—¿Pensabas que yo me había creído eso de los rusos? —preguntó el hombre una vez escuchadas las explicaciones de boca de su sobrino.

—¿Ah, no?

—No, que uno es ya perro viejo para saber distinguir entre liebre y conejo.

—¿Y aun así nos dejarías a *Olga*?

No hizo falta insistir demasiado. Bajo su aspecto de campesino tranquilo y de pocas palabras, Amando era una persona inquieta, a quien le habría gustado hacer alguna que otra locura en su mocedad, y nada en su ordenada vida hacía vislumbrar un cambio en la vejez. Dolores era una buena mujer; llevaban juntos cerca de cuarenta años, pero, desde la muerte de su única hija, el silencio entre ellos había ido agrandándose con el paso

del tiempo. El único capaz de arrancarle una sonrisa era aquel cabeza loca de Pepe. Por él había sabido de la doctrina anarquista que intentaba igualar a los seres humanos, en su opinión, abocada al fracaso en una España de señoritos, pocos, y de campesinos y obreros, millones. Su padre había muerto durante el segundo alzamiento carlista, nunca sabría en qué bando; su madre, durante la epidemia de cólera de 1855, y su cuñado, el padre de Pepe, durante la Gorda, que otros llamaban la Gloriosa. A lo largo de sus casi sesenta años de vida había conocido cuatro reyes, una república, un golpe de Estado, la guerra de las colonias y decenas de Gobiernos, y había constatado que siempre, siempre, en guerra o en paz, los señoritos eran los únicos que salían ganando, de manera que, puestos a elegir, prefería que el mayor beneficiado fuera un rey, lo que, naturalmente, provocaba la inmediata reacción del sobrino. Necesitaba poco para vivir, pero la falta de ilusión, de proyectos, había convertido su vida en una sucesión de días sin alicientes, cada uno igual al siguiente. Ya no le quedaba sino esperar el final de su gris existencia cuando Pepe fue a pedirle la osa y una luz se encendió en su cerebro al escucharlo hablar de circos, funciones y rusos. Supo que lo del circo era real, no así la patraña de los rusos, porque al sobrino de su mujer le asomaba un tic en el ojo derecho cada vez que mentía, pero la idea de tener aquella oportunidad que había esperado durante toda su vida, la de hacer algo diferente, le alegró la jornada, y las que siguieron. Llegó a pensar que todo había sido una fantasía al ver que los meses transcurrían sin noticias; sin embargo, enseñó al animal a subirse a un taburete, a dar vueltas a su alrededor, a levantarse sobre sus patas traseras y a mantenerse durante un rato en pie, hermoso, colosal. Lo cepilló hasta que su pelo brilló como el oro y le habló de viajes a países que sólo conocía de nombre, de montañas cuyas cimas alcanzaban el cielo, de ríos caudalosos y praderas sin fin adonde irían los dos juntos.

—*Olga* y yo estamos listos desde hace meses —dijo, y a continuación sirvió a sus visitantes un vaso del mejor vino de la bodega de sus señoras.

No regresaron aquel día a Madrid. El viento sur azotaba la región, no se veía una sola nube en el cielo y, por primera vez, entendieron el apego de los gitanos a la vida bohemia que los llevaba de un lado para otro.

Montaron un campamento junto al río, en tierras de los Beltrán de Salazar, para que nadie del pueblo viniera a protestar, y mientras las mujeres se ocupaban de preparar la comida, los hombres, por indicación de Wallinstein, inspeccionaron el lugar, en especial la cabaña de Mendoza, donde, efectivamente, no encontraron ninguna pista que pudiera aclararles lo ocurrido. El abogado no perdía de vista a Casilda, esperando algún tipo de reacción por parte de ella. Se mostraría nerviosa, se dijo, de haber estado allí alguna vez antes, pero la joven, sentada en la orilla en compañía de la Isabelilla, parecía casi tan feliz como el día de su actuación en la plaza de la Paja. Amando se unió a ellos a la hora de comer, aportando una garrafiña de vino; no así Dolores, quien temía que las dueñas aparecieran en cualquier momento, fue un manojo de nervios hasta que se reunió con ellos al atardecer, ya más tranquila. Se echó entonces su chal de ganchillo por encima de los hombros y se acercó al río. Llevaba años sin ver a su marido tan alegre y hablador y, aunque con reticencias en un principio, acabó participando de la charla y las risas de aquellos locos, empeñados en mostrarles sus habilidades, que pretendían montar un circo en un país acuciado por el hambre y la miseria.

Sentado a su lado, Wallinstein aprovechó para preguntarle cómo era que la señorita Cecilia no se hablaba con su hermana, pero mantenía tan buena relación con la hija de ésta. La mujer, algo achispada por el vinillo de la garrafa y el calor de la fogata que habían encendido para paliar el frescor de la noche, le explicó que ambas siempre se habían llevado muy bien, y más desde que la tía había mediado en el noviazgo y posterior matrimonio de la sobrina.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido.

—Ya sabe usted, cosas de familia. Antes de casarse con doña Elvira, el señorito Carlos José solía venir a la finca en compañía de la señorita Cecilia. No estoy muy segura, pero creo que era sobrino segundo de ella.

Wallinstein se quedó pensativo. Recordaba perfectamente su primera visita a la casona. Cecilia había preguntado a los sirvientes acerca de Mendoza como si no lo conociese de nada y se había reído cuando Dolores

había mencionado la cabaña donde mantenía sus «apaños». Entonces él ignoraba que eran parientes.

—Dígame, Dolores, ¿la chabola que está más allá era del señor Mendoza?

—No, estos terrenos pertenecen todos a las señoras y también la chabola; la utilizaba su señor padre cuando venía a pescar al río.

—¿Se acuerda usted de la primera vez que vine a Manzanares el verano pasado?

—Sí.

—Usted y Amando aseguraron que el señor Mendoza había comprado unas piezas a una viuda, en una zona junto al río en donde apenas había agua, y se había hecho construir una chabola que, según la gente del pueblo, utilizaba para sus líos de faldas.

—No, yo... —Dolores vaciló, el miedo reflejado en sus pupilas iluminadas por las llamas del fuego.

—Hablaron de él como si no lo conociesen personalmente, ni ustedes ni la señorita Beltrán, ¿por qué razón?

En ese momento Casilda comenzó a cantar una copla que acababa de estrenarse y estaba en boca de todo el mundo. La mujer hizo ademán de levantarse, pero él la sujetó por el brazo, obligándola a permanecer sentada.

—¿Por qué mintieron ustedes? —le preguntó de nuevo procurando no alzar la voz.

—La señorita Cecilia nos lo ordenó.

—¿Por qué motivo?

—Dijo que era usted un inspector de policía que venía a investigar la muerte de don Carlos José y que éstos eran asuntos familiares que no había por qué ir pregonando por ahí.

—¿Lo vieron ustedes el día de su desaparición?

—No, no vino a la casa.

Dolores pudo, por fin, desasirse de los dedos que la mantenían sujeta y salió corriendo sin despedirse de nadie.

Pasada la medianoche, bajo un cielo estrellado y un fuerte descenso de la temperatura, las mujeres se acurrucaron en el carro y los hombres lo

hicieron debajo de éste, abrigados con mantas y edredones que los guardianes habían bajado de la casona.

De vuelta a la ciudad a la mañana siguiente, se cruzaron en el camino con un automóvil que levantó una nube de polvo a su paso y provocó las consabidas protestas por parte de todos, en especial de Antón y Cantonal, que iban a las riendas. Sentado en la parte trasera del carro, con las piernas colgando, Wallinstein reconoció el ruidoso Benz de Cecilia Beltrán y se alegró de no haber coincidido con ella en Manzanares el Real. Su presencia y la de sus amigos en la propiedad hubiese ocasionado un grave perjuicio a los tíos de Cantonal. Habían limpiado el lugar antes de abandonarlo, procurando no dejar huellas de su presencia, aunque fue imposible enderezar la hierba pisoteada y disimular la tierra quemada por la hoguera. Amando los tranquilizó, asegurando que las señoras no solían moverse por aquellos parajes y que, de hacerlo, les diría que la chamusquina era obra de cazadores furtivos. Por otra parte, el abogado no estaba muy seguro de que hubiera podido contenerse, ahora que sabía que ella le había mentido desde el principio. No existiendo ya ninguna relación laboral entre ellos, no tenía por qué callarse y le habría exigido que le explicara el motivo por el cual lo había tratado como a un imbécil.

Hacía ya un mes que había abandonado Alcañizar y Asociados. Durante los primeros días pensó que Cecilia iría a buscarlo o enviaría a un recadero, puesto que conocía su domicilio, pero no lo hizo, y a él tampoco le importó. Aun así, le quedó cierto resquemor, no por el hecho de que sus servicios profesionales fueran prescindibles, sino por la indiferencia de una mujer que había yacido con él. Ahora, sin embargo, el asunto se presentaba desde una perspectiva muy diferente. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que todo había sido una treta para confundirlo y que se olvidase de Mendoza. Lo intentó obligando a mentir a sus sirvientes; y lo volvió a intentar en la chabola, esta vez con armas mucho más persuasivas, al darse cuenta de que él continuaba interesado en el tema y fisgando en un asunto cada vez más enrevesado y turbio. Dicho pensamiento lo llevó a otro, que no dejaba de rondarle por la cabeza desde su conversación con Dolores, quien había afirmado que Carlos José y su señora mantenían una

relación estrecha antes de la boda de aquél con Elvira. ¿Y si su relación era más profunda que la de unos simples parientes? ¿Y si la «C.» del breve y del anillo correspondía a Cecilia y no a Casilda, como había llegado a pensar? ¿Y si el asesinato de Mendoza había sido obra de Cecilia? Era una mujer dura, se dijo, capaz de matar a un amante infiel, aunque, por muchos esfuerzos que hizo, no logró imaginársela cortando el pescuezo a alguien para, después, tirarlo al río.

Estaba en su habitación cuando Isabelilla fue a avisarle de que una señora preguntaba por él, que no había querido entrar y que había dicho que lo esperaba en la calle. Supo sin verla que la mujer era ella, y bajó las escaleras de dos en dos. En efecto, allí estaba, al volante de su Benz.

—Suba —ordenó, y él obedeció.

Sin decir una palabra más, Cecilia guió el vehículo con pericia de conductor avezado por las calles del Madrid antiguo para salir de él y adentrarse en el barrio de Salamanca. Se detuvo delante del portal de un edificio de nueva construcción en la calle Marqués de Villamejor del que emergió un solícito portero, que se hizo cargo del coche, mientras ella, seguida por un Wallinstein más desconcertado a cada momento, entraba en un elevador de cristal y caoba de última generación que ascendió hasta el tercer piso. Siempre sin hablar, la mujer llamó al timbre. Una sirvienta uniformada les abrió de inmediato la puerta y recogió el gabán, la gorra y las gafas que su señora casi deja caer al suelo.

—Cuénteme ahora qué hacían usted y sus amigos en mi casa de la sierra —le oyó decir—. Dolores me ha confesado que han pasado ustedes la noche en mi propiedad.

El abogado estaba perplejo. Había visto una exposición de mobiliario, leído algo al respecto e, incluso, contemplado un par de cuadros, pero era la primera vez que lo veía todo junto. El salón en que se encontraban, desprovisto de cualquier elemento barroco, tan del gusto de la gente adinerada, era un muestrario completo del llamado art nouveau o modernismo, como se conocía en España. Nunca había visto una colección como aquélla de muebles y objetos, incluidos lámparas, alfombras, espejos, jarrones o vidrieras de estilos curvos y asimétricos, de formas estilizadas y

coloridas. Sus ojos se detuvieron, atrapados de modo fulminante, en el retrato de una mujer apenas cubierta por lo que parecía ser un mantón de Manila, en el que destacaba su piel blanca en contraste con el fondo dorado y el mantón negro, repletos ambos de pequeñas piezas de color. No había duda alguna de que aquella mujer de porte altivo y mirada severa era Cecilia.

—¿Es un Klimt? —preguntó en tono reverencial.

—Sí —respondió ella—. No ha contestado usted a mi pregunta.

—¿De verdad que es un Klimt original? —preguntó de nuevo.

—¡Ignacio! ¿Quiere hacer el favor de contestar qué hacían usted y sus amigos en mi propiedad de la sierra?

Le costó un esfuerzo desviar la mirada del cuadro y, aun así, todavía giró la cabeza hacia él un par de veces antes de responder.

—Hemos ido por el asunto de la osa...

—¿Qué osa?

—La de Amando, ya se lo expliqué hace unos meses, el día en que...

No se atrevió a acabar la frase, pues aquél había sido el día en que habían yacido juntos, un recuerdo que lo perseguía desde entonces, aunque para ella sólo hubiese sido un intento de anular su curiosidad.

Momentos después estaban acostados en un lecho de proporciones enormes, o al menos esa impresión le dio a Wallinstein, quien, antes de perder la noción de la realidad, se sintió como el macho de la mantis religiosa, hermosa, agresiva, letal a veces.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Tras las procesiones y los rezos del Jueves y Viernes Santo, a los cuales asistieron todos los residentes de la pensión, excepto Ozaeta y Cantonal, que prefirieron quedarse en casa o ir a dar una vuelta por los tugurios de La Latina, abiertos para los ateos, como proclamaban indignados los curas, el sábado dedicaron toda la mañana a cargar el carro de los tratantes con el frontis del teatro, los baúles de los trajes y cortinajes y demás accesorios necesarios para la función, que sería conducido por Benigno, Isidoro y el Pitañas. El resto de los «universales» montaron en otro carro de parecidas características —ambos cerrados— que Antón había alquilado con dinero de su tesoro particular y por el que no tuvo que dar explicación alguna, ya que Eulalia creyó que también era parte del trato con los de Talavera. Al mediodía estaba todo dispuesto para emprender la gran aventura ante la expectación de los vecinos de la calle, quienes salieron a verlos partir, deseándoles todo lo mejor, pues, a esas alturas, nadie ignoraba que los de La Universal se habían vuelto locos y pensaban ganarse la vida en la farándula.

Recorrieron el trayecto hasta Manzanares el Real bajo un espléndido sol de primavera, llegando al atardecer y estacionándose en una esquina de la propia plaza. Amando había hablado con el alcalde y obtenido el permiso correspondiente, después de asegurarle que se trataba de una compañía circense de total solvencia, rusa para más señas, que había decidido acercarse al pueblo, ya que había oído hablar acerca de las excelencias del

paisaje, del clima y de la hospitalidad de sus habitantes. El alcalde, frustrado porque el año anterior un circo había actuado en Colmenar Viejo durante las fiestas y rechazado la oferta de acercarse a Manzanares, autorizó la presencia de los dos carros en la plaza, a condición de que no interrumpiesen el paso de los vecinos a los servicios religiosos del Sábado Santo y del Domingo de Resurrección, insinuando que no estaría bien visto que los titiriteros no asistiesen. También les hizo prometer que no actuarían en Colmenar Viejo y que la representación se llevaría a cabo el domingo por la tarde. Su aparición causó el natural interés entre los manzanariegos, poco habituados a las sorpresas. Enseguida se vieron rodeados de curiosos y no les quedó más remedio que hablar en «ruso» y llamarse por sus alias para no levantar sospechas ni desmentir la afirmación del tío de Cantonal referente a su procedencia.

Habían montado el teatro antes del servicio religioso de la noche, al que todos acudieron, excepto, por supuesto, una vez más, Ozaeta y su amigo, quienes se escabulleron por una calleja en cuanto los demás se dirigieron hacia la iglesia. Se detuvieron delante de una casa vieja, algo apartada del resto, y se sentaron a liar un cigarrillo en el murete de piedra, igualmente desvencijado, que la rodeaba. Estaban tan tranquilos, allí, contemplando las moles rocosas de color grisáceo, cuyas sombras se recortaban amenazadoras en un anochecer azul y rojo, cuando se llevaron el mayor susto de sus vidas al ver ante ellos a un hombre malcarado con una escopeta de perdigones en las manos y con pinta de ir a dispararles en cualquier momento.

—¡Tranquilo, hombre, que ya nos vamos! —le gritó Antón a la vez que se bajaba de un salto del muro.

—¡Joder! —exclamó Cantonal imitándolo—. ¡Ni aquí puede echarse un cigarrillo un honrado anarquista!

El hombre bajó la escopeta y esbozó una mueca, parecida a una sonrisa.

—¡Viva la anarquía! —gritó dejando atónitos a los dos amigos.

—¡Viva! —gritó Cantonal a su vez.

Minutos más tarde, los tres hombres bebían bajo una parra seca un vaso de vino acompañado de un plato de cecina y pan. Según les dijo Agapito, el

dueño de la ruinoso propiedad, él era el único anarquista del pueblo, dominado por el cacique del alcalde, puesto a dedo por el duque, amo y señor de tierras y gentes. Era herrero y ganaba para ir tirando, que mucho no necesitaba, herrando las caballerías, fabricando aperos y arreglando arados, aunque apenas tenía tratos con sus vecinos, unos meapilas de cuidado, según afirmó, dominados por el cura, el alcalde y sus compinches.

—En especial, Matías el cabrero, mala gente donde la haya, que ya una vez intentó rajarme, pero salió mal parado porque le solté un perdigonazo que lo ha dejado cojo de por vida. Se escurre como la rata que es si alguna vez nos cruzamos en el pueblo.

—¿Y por qué te atacó? —preguntó Cantonal.

—Andaba en tratos con un señorito de Madrid, casado con una de las Beltrán. Una noche me acerqué al río a lavar las hachas, que dicen que la luz de la luna afila las hojas, y los vi juntos cerca de la chabola que el viejo Beltrán utilizaba para guardar los aperos de pesca, y el lechugino, para llevar mujeres. Unos días después vino la Guardia Civil a investigar sobre la desaparición del madrileño, el cabrero dijo que no lo había visto y yo lo llamé embustero a la cara. Aquella misma noche anduvo rondando la casa, navaja en mano, y le disparé.

—A lo mejor sólo daba un paseo... —apuntó Antón en tono conciliador.

—Pues no me denunció, y para justificar la cojera, dijo que había tenido un accidente en Las Pedrizas. Por eso saco la escopeta en cuanto veo a alguien cerca del muro, que no me fío un pelo de ese sujeto.

—Y esas Beltrán...

—Hace tiempo que no las veo, aunque sé que vienen al pueblo muy a menudo. Una es una señora que no sabe lo que es dar un palo al agua; la otra, una antipática, y la más joven, la mujer del desaparecido, tonta de remate, que no se enteraba de que su marido se la pegaba con su tía, la antipática, cuando todo el mundo en el pueblo lo sabía.

—¿Y qué tratos tenía el cabrero con Men... —Cantonal había estado a punto de descubrirse, y mejor no hacerlo, no fuera a ser que el hombre se cerrara como una lapa— con el madrileño?

—¡Ni idea! Que uno no se mete en asuntos ajenos, pero, conociendo a Matías, seguro que le buscaba mujeres de la zona y cobraba por el encargo.

—¿No has dicho que se lo hacía con la tía de su mujer?

—Y con otras, ¡menudo pájaro el señorito! Aunque no es el único. Muchos señores vienen al Real, dicen que a cazar, pero se traen a sus queridas o se las buscan por aquí, mientras las legítimas se quedan en casa rezando novenas.

Regresaron a la plaza del pueblo pasada la medianoche y se acomodaron en el carro reservado a los hombres, donde sus compañeros hacía rato que roncaban, sobre todo Benigno, que parecía una locomotora de vapor, pitidos incluidos. Cantonal se tumbó entre éste y don Juan José, pues aseguró que a él los ruidos no le impedían dormir; Antón lo hizo al lado de Wallinstein.

—La señorita Beltrán y Mendoza eran amantes —susurró el casero.

—Lo sé.

El abogado era el único que permanecía despierto con la vista puesta en las estrellas, pensando en que Cecilia estaría en la casona, ya que, durante su último encuentro, le había asegurado que no se perdería la actuación del circo ni por todo el oro del mundo. Claro que aquello había sido antes de que lo echara de su piso.

El día en que había ido en su búsqueda, se habían amado sin freno a lo largo de toda la noche, como si tuvieran necesidad de entregarse hasta sus últimas consecuencias, sin apenas hablar, durmiendo a ratos y comenzando de nuevo. El amanecer los pilló extenuados. Él se vistió, salió del piso procurando no hacer ruido para no despertar al servicio y regresó a La Universal; las piernas flojas, la sangre bullendo en sus venas. Cecilia era una droga y, al igual que todas las drogas, corría el riesgo de convertirse en su esclavo, algo que no estaba por la labor de hacer, pues sabía que la adicción acaba con la voluntad, pero ¿cómo dominarse cuando el placer sentido no puede compararse con ningún otro? Se juró no volver a verla, pero dos días más tarde un recadero le llevó un mensaje donde le pedía que acudiera a su casa aquella misma noche, después de las diez, y acudió. De nuevo, surgió en su mente la imagen de la mantis religiosa, rodeando con

sus patas el cuerpo del macho, al que, en ocasiones, devora tras la cópula, pero la rechazó, ebrio de deseo. Si su destino era morir en aquel momento, nada podría impedirlo, así que ¿para qué preocuparse? Ella no lo devoró, apoyó su cabeza en su pecho y le preguntó si era feliz.

—La felicidad es una noción muy amplia —respondió él en plan filósofo—. Depende de lo que cada cual entienda por felicidad. En estos momentos me siento saciado, colmado, y no me importaría continuar igual.

—¿Por qué no vuelves al bufete? No hay nada que no pueda arreglarse, y yo puedo hablar con don Ramón.

Una señal de alerta sonó en su cerebro.

—¿Por qué debería volver después de haber sido amenazado?

Cecilia se echó a reír, pero su risa sonó falsa.

—Nadie te ha amenazado.

—Por supuesto que sí. El señor Alcañizar me advirtió que no trabajaría para nadie si continuaba interesándome en el asunto Mendoza.

—¿Y continúas interesándote?

—No puedo evitarlo. Aparece nueva información cada vez que intento olvidarlo.

—¿Qué tipo de información?

—Pues..., no sé..., por ejemplo, que tú conocías a Carlos José Mendoza antes de que se casase con tu sobrina, que fuiste tú quien alentó su boda y, sin embargo, la primera vez que fui a Manzanares el Real, me hiciste creer que era un perfecto desconocido para ti.

Sintió que se ponía rígida.

—Ya veo que los guardianes se han ido de la lengua.

Cecilia se levantó de la cama, se envolvió en una bata de seda color sangre de toro y se giró para mirarlo. Con el cabello oscuro, suelto hasta media espalda, la piel blanca, la mirada airada, nunca había estado tan bella. Wallinstein alargó los brazos para que volviera a la cama, pero ella no prestó atención a su ademán.

—Carlos José y yo éramos amantes cuando Elvira todavía estaba en el colegio, fui yo quien lo obligó a casarse con ella sin perder un ápice de nuestra relación, que continuó después de la boda.

—¿Por qué?

—Para vengarme de mi hermana y porque él quería tener unos hijos que yo no podía darle.

—Pero... ¿por qué razón aquel embuste de que la chabola se la había comprado a una viuda cuando es tuya y de tu hermana?

—Ah, eso también lo sabes. Quería que te olvidases del asunto cuanto antes, pero ya veo que no ha sido así. Márchate.

Ante su tono autoritario, fue incapaz de decir nada. Se vistió y salió de la habitación sin que ella hubiese vuelto a dirigirle la palabra. Al pasar por el salón no pudo evitar mirar el Klimt, iluminado por un aplique situado encima del cuadro. Desde su altura, Cecilia Beltrán de Salazar lo miraba sin un atisbo de ternura. Durante los siguientes días, esperó que ella le enviara un nuevo recado, pero no hubo tal.

—Pero lo que no sabe usted —prosiguió Ozaeta— es que el día de la desaparición alguien vio a Mendoza cerca del río con Matías el cabrero.

—El hombre aseguró que no lo había visto más después de dejar el automóvil delante de su casa.

—Pues mintió.

El casero se quedó inmediatamente dormido, pero él permaneció despierto durante mucho rato. No había duda alguna de que el asunto Mendoza volvía a él una y otra vez. Si hubiera creído en los espíritus, habría asegurado que el difunto quería que descubriera al culpable de su asesinato.

Y llegó el momento esperado. El domingo, después de comer un buen potaje en el único mesón de la localidad, los «universales» se prepararon para la función, los nervios a flor de piel. Estaba prevista para las cinco de la tarde, tal como se señalaba en las octavillas que Isidoro había repartido por el vecindario, si bien los espectadores comenzaron a llegar a la plaza casi dos horas antes, cada cual con su taburete o silla que colocaba delante del teatro, esta vez ubicado entre los dos carros para conseguir un mayor secretismo y que los curiosos no asomaran por entre bambalinas, como había ocurrido en la plaza de la Paja.

El espectáculo duró casi una hora y media. Benigno dejó al público impresionado por su aspecto de verdadero director de circo ruso. A don Juan José se le volvieron a caer las bolas malabares y no encontró las cartas elegidas por los espectadores, pero los manzanarriegos, deseosos de divertirse tras la Cuaresma, las procesiones y las penitencias, se lo tomaron a broma, convencidos de que aquel señor Pitrolich, con aspecto de serio profesor de escuela, era en realidad un payaso que fallaba a propósito. El Pitañas saltó tanto y como le ordenó Isidoro, y al final cogió carrerilla, dio un brinco y acabó en los brazos del muchacho para hacerse perdonar el fracaso de su primera actuación. Virtudes y la Isabelilla asombraron al respetable, y la primera recibió más de un piropo por parte de los solteros del pueblo, que ya se la imaginaban tirando del arado con la fuerza de dos mulas. Antón hizo equilibrios con la bicicleta, Eulalia se lució sobre la barra fija y Casilda tuvo que repetir dos veces la romanza de La Paloma, de la zarzuela El barberillo de Lavapiés, la primera, sin coro, y la segunda, acompañada por los integrantes de La Universal, que arrancó aplausos y solicitud de bises, a pesar de algún que otro desafino. Pero el plato fuerte estaba por llegar.

Tras un retumbar de tambores, más bien un tambor, el del difunto padre de Eulalia, a cargo de Isidoro, y la exagerada presentación de Benigno, hicieron su aparición Cantonal, Amando y *Olga*, los dos primeros vestidos de zíngaros para la ocasión, si bien el sobrino permaneció todo el tiempo en un segundo plano mientras el tío se encargaba de dar órdenes al animal, provocando el asombro de sus vecinos. Conocían la existencia de la osa, pero eran pocos los que la habían visto hasta entonces, ya que su dueño la mantenía en la parte trasera de la casona, lugar difícil de atisbar al estar protegido por una verja de hierro y un buen número de árboles y arbustos. Cantonal se mantenía atento; no se fiaba de que el animal no se espantase ante un montón de gente que hablaba y gritaba, pero *Olga* se comportó como una verdadera profesional para satisfacción del viejo Amando, que no cabía en sí de orgullo. Tampoco Dolores ocultaba su contento e, incluso, se llevó a los ojos la punta del delantal un par de veces para enjugar su emoción. Su marido había conseguido lo que siempre había anhelado: hacer

algo sorprendente, aunque sólo fuera una vez en su vida. Para finalizar, doña Patrocinio colocó su mesa camilla delante del teatrillo a fin de leer las cartas a todos aquellos que lo desearan por el precio de veinticinco céntimos la consulta. Durante la función, Wallinstein realizó el retrato del alcalde sin que él se apercibiera y se lo regaló en agradecimiento, lo que trajo una cola de personas deseosas de tener el suyo propio, aunque éstas tuvieran que abonar una peseta por cada lámina, ya que no era cuestión de andar regalando retratos a todo el mundo.

Tan satisfechos quedaron los vecinos, con el alcalde y el cura a la cabeza, que la municipalidad invitó a cenar a los artistas, les pagó la generosa suma de cien pesetas por la actuación y, por primera vez, Eulalia y los demás creyeron en el proyecto de Antón Ozaeta, quien se sentía tan orgulloso y feliz como un padre recién estrenado.

Se trasladaron después a la casa de Agapito, por expresa invitación de éste, para así poder prolongar la velada sin molestar al vecindario, ya que ninguno de ellos tenía que levantarse de madrugada para atender a las labores del campo. El hombre, solterón solitario, había disfrutado del espectáculo y estaba encantado de tener compañía, más aún si se trataba de camaradas anarquistas, manifestó, que se ganaban la vida haciendo felices a los pobres de la Tierra. Nadie le aclaró que allí el único libertario era Pepe Cantonal, y Ozaeta un poco, pero que los demás iban incluso a misa. Estaban cansados y no les entusiasmaba la perspectiva de pasar otra noche al raso, durmiendo en los carros, arrullados por el fresco de la sierra, muy sano, pero que se metía hasta la médula de los huesos. Agapito tenía varias habitaciones en su casa, si bien no había sábanas y los colchones estaban llenos de pulgas, pero llevaban sus mantas y, a fin de cuentas, estarían bajo techo. Las risas, voces y cantos se alargaron varias horas hasta que, finalmente, apagaron los candiles y se hizo el silencio, momento en que dos sombras furtivas se aproximaron a la casa.

Paulino Flórez y Salvador habían seguido a sus vecinos tras conseguir una tartana mientras ellos preparaban la caravana. No tenían intención alguna de perderlos de vista como había ocurrido la vez anterior y corrieron a la plaza de los Carros a fin de proveerse de un medio de transporte. Sólo

consiguieron una vieja tartana tirada por una mula, igual de vieja y, además, tuerta. Volvieron a la calle del Rollo en el momento en que los carros emprendían la marcha. Los siguieron a una distancia razonable y, al llegar a Manzanares el Real, dejaron la tartana a la entrada del pueblo para no descubrirse antes de buscar un lugar donde dormir. No había ninguna fonda con habitaciones, pero consiguieron una de una sola cama en casa de un vecino, que recibía huéspedes y que les cobró por adelantado, advirtiéndoles que aquélla era una casa decente, por si acaso. Se fueron a dormir una vez que comprobaron que los bolcheviques acampaban en la plaza y tras recoger del suelo uno de los panfletos en los que se avisaba que el alzamiento, o lo que fuese, tendría lugar al día siguiente, en la misma plaza, a las cinco de la tarde. No salieron de la habitación, a fin de no correr el riesgo de verse descubiertos, aguardando hasta las cinco y cuarto para asomarse a la plaza y mezclarse entre los espectadores que no habían llevado la silla correspondiente.

La impaciencia los fue corroyendo a medida que transcurría el espectáculo y no había señales de que fuera a ocurrir el acto subversivo que esperaban, casi anhelaban. Vigilaron los movimientos de los sospechosos hasta finalizar la función y los vieron entrar en la casa de comidas y ponerse morados mientras a ellos les hacían ruido las tripas, ya que llevaban sin probar bocado desde el día anterior, pero el deber era lo principal y no podían bajar la guardia en ningún momento. A punto estaban ambos espías de desesperarse, cuando la compañía salió, recogió la tramoya y movió los carros en dirección desconocida. Los siguieron y oyeron al vecino de la nariz torcida gritar vivas al anarquismo, lo cual no hizo sino reafirmar su convicción de que tramaban algo muy grave, pero no se atrevieron a traspasar el murete que rodeaba la casa destartada hasta que se apagaron las luces y el lugar quedó en silencio. Dieron un rodeo entonces para aproximarse por la parte trasera, a fin de atisbar en el interior, donde, a buen seguro, encontrarían la prueba del contubernio que se traían, pero tropezaron con lo inesperado.

Amando no había vuelto a la casona con Dolores. Deseaba alargar lo máximo posible la sensación de bienestar que sentía; no quería encerrarse

de nuevo entre los muros de un edificio vetusto que había cuidado durante casi toda su vida, pero que no le pertenecía. La compañía de aquel grupo de gentes diversas, sin un real, pero dueñas de sus destinos, era lo mejor que le había ocurrido en años, así que decidió acompañarles y enterarse, al mismo tiempo, de los planes para el futuro. Tras el éxito obtenido, era preciso elaborar un calendario de actuaciones. Él conocía muy bien el Real de Manzanares, sus poblaciones y fiestas; no le costaría nada ir a hablar con los alcaldes para proponerles la presencia de La Universal y negociar el precio. Pensaba regresar a la casona después de pasar un rato con sus nuevos amigos, ahora compañeros de oficio, pero la velada se alargó, bebió más vino de lo acostumbrado y se quedó dormido en un rincón de la cocina de Agapito. Se había llevado a *Olga* con él y la dejó atada en la parte trasera de la casa con un pedazo de carne de jabalí que guardaba para darle tras la función, pero el animal no tenía hambre y, quizá tan excitado como su dueño, también se quedó dormido con la carne entre las garras hasta que despertó bruscamente al tropezarse Paulino Flórez con él y caerle encima.

Los gruñidos de la osa defendiendo su pedazo de jabalí y los gritos de los dos hombres, aterrorizados ante la súbita aparición de un monstruo gigantesco que daba manotazos al aire a la luz de la luna, despertaron a Agapito, quien salió de la casa instantes después, en cueros y escopeta en mano. Para entonces, los que él supuso que eran ladrones corrían hacia el murete. La detonación del disparo, seguido de un aullido, fue todo lo que se escuchó antes de que los miembros de La Universal se asomaran a la puerta y las ventanas, alertados por los ruidos.

—¿Qué ha sido eso, camarada? —preguntó Cantonal saliendo él también de la casa dispuesto a ayudar.

—Salteadores —respondió el hombre—. Han sido dos, aunque ninguno cojo, así que o eran ladrones o secuaces del cabrero, pero podéis dormir tranquilos, que éstos no vuelven.

—¿Qué edad tienes, Agapito? —preguntó a su vez Virtudes, que había salido tras su hombre con un quinqué en la mano.

—Ni lo sé, pero viejo ya.

—No tanto por lo que veo.

La mujer se echó a reír, percatándose entonces el herrero de que estaba desnudo. Se tapó lo que pudo con la culata de la escopeta y entró en la casa a toda prisa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Isidoro con medio cuerpo fuera de la ventana.

—¡Nada que le importe a un mocoso como tú! —respondió Cantonal.

—¿Lo he imaginado o Agapito estaba en pelotas? —preguntó Ozaeta a su vez.

—¡Antón! ¡No seas ordinario! —se oyó exclamar a Eulalia.

Poco después todo volvía a estar en silencio.

Flórez y Salvador corrieron como alma que lleva el diablo en busca de la tartana que habían dejado junto al pozo, a las afueras del pueblo, pero allí no había tartana ni nada que se le pareciese. Alguien se la había afanado o, quizá, un alma caritativa se había apiadado de la mula, que llevaba todo el día sin beber, y la había guardado a la espera de que aparecieran sus dueños. No podían ponerse a buscar a aquellas horas de la madrugada y regresaron a la casa de huéspedes donde se habían alojado la víspera, pero el dueño había echado el cerrojo y no respondió a sus llamadas, ya que no habían quedado para una segunda noche, ni pagado por adelantado. Acabaron en el establo, compartiendo espacio y paja con un par de vacas, un borrico y un macho cabrío que no dejó de mirarles con sus ojos sanguinolentos hasta que se quedaron dormidos, lo que Paulino hizo boca abajo, pues Agapito le había dado de lleno en la nalga derecha y cualquier roce le hacía ver las estrellas.

A la mañana siguiente, la dueña de la casa le sacó media docena de perdigones y lo bañó literalmente en alcohol sin atender a sus gritos de dolor. Después su marido cobró por la cura y les informó de que la tartana estaba en la cuadra de un vecino, un tal Matías el cabrero, y añadió a continuación que dejar a una mula de tiro al sol sin comer ni beber todo un día era propio de mastuerzos. No respondieron. Salieron en busca de la tartana a toda prisa, sin acordarse siquiera de que los bolcheviques tal vez continuaran en la población y podrían sorprenderlos. Tenían que marcharse de allí lo antes posible y regresar a Madrid a sacarle los duros al dueño de

El Pozo, pues el lunes era día de cobro, y con el carromato, la cama y la cura habían gastado lo que les quedaba de la última entrega y ya no tenían ni para un bocadillo.

—¿Son ustedes de la capital? —les preguntó Matías cuando se personaron en su casa para reclamar la tartana y la acémila.

—Así es —respondió Salvador adoptando el aire de suficiencia que utilizaba cuando trabajaba de mayordomo.

—Tendrán que pagarme veinte reales por guardar el carro y dar de comer a la mula.

—¿Conocía usted al señor Carlos José Mendoza? Sabemos que solía venir por el pueblo.

Paulino no supo por qué razón se le había ocurrido preguntar algo que no venía a cuento, pero el rostro súbitamente desencajado del hombre le indicó que había dado de lleno en el blanco.

—¿Qué tal si hablamos?

—¿De qué tendríamos que hablar? —preguntó el cabrero a la vez que, con gesto amenazador, llevaba la mano al mango del cuchillo que asomaba por la faja.

No le dio tiempo a sacarlo; en un instante, se vio atenazado por una llave de Salvador, que lo dobló hasta el suelo dejándolo imposibilitado para hacer cualquier tipo de movimiento. Antes del mediodía, los tres se presentaban en el cuartelillo de la Guardia Civil de Colmenar Viejo para denunciar el asesinato del señor Mendoza a manos de un abogado de nombre extranjero, amante de la esposa del asesinado, que en aquellos precisos momentos se encontraba con sus cómplices anarquistas en Manzanares el Real, si es que todavía no habían abandonado la población. Seis guardias a caballo salieron rápidamente hacia la localidad con la orden de detener a todos los integrantes de la banda. Los pillaron en el momento en que se disponían a emprender el viaje de regreso a Madrid y los escoltaron, Agapito incluido, hasta Colmenar Viejo. Amando hacía un rato que se había marchado con la osa.

Los «universales» no lograron saber el motivo de su detención hasta verse delante de un oficial que les informó sobre las acusaciones

presentadas contra ellos, en especial contra Wallinstein, y sobre su decisión de mantenerlos retenidos hasta recibir órdenes de la capital. Como no había sitio en el cuartelillo para todos ellos, metieron a las mujeres en la única celda de que disponían y obligaron a los hombres a permanecer dentro del carro vacío, custodiados por unos cuantos guardias armados. Pasados los primeros momentos de estupor, don Juan José solicitó permiso para ir a orinar, lo que le permitieron después de asignarle a uno de los números a fin de que lo escoltara al retrete.

—Han sido nuestros vecinos del piso de abajo —declaró al volver—. Los he visto en compañía del oficial y de un hombre cojo.

—¡El cabrero! —exclamó Agapito.

—¿Y qué diablos hacen aquí? —preguntó Antón.

—Nos habrán seguido los muy hijos de puta —afirmó Cantonal—. Ya te dije que había que darles un escarmiento después de lo de la denuncia, cuando lo de la cama.

—Pero ¿a qué viene eso de decir que don Ignacio ha matado a un hombre y que los demás estábamos preparando un atentado? —preguntó Benigno preocupado.

No tenían respuesta para esa pregunta y permanecieron en silencio, cada uno tratando de entender lo que ocurría. Un par de horas más tarde, llegó la orden por telégrafo de enviar a los sospechosos a Madrid sin perder un instante, y volvieron a la carretera, siempre escoltados por guardias a caballo, lo que hizo pensar a quienes los veían pasar que se trataba de un cargamento importante para el Ministerio de la Gobernación.

Capítulo 15

Las pruebas eran contundentes, o al menos lo parecían. De acuerdo con las declaraciones de los testigos, respetables ciudadanos libres de toda sospecha subversiva, los detenidos eran parte de una célula comunista aleccionada por Juan José Cornejuelo, profesor despedido por inculcar ideas libertarias a sus alumnos, según manifestó el director de su antiguo colegio, y por José Cantonal, anarquista varias veces detenido durante las huelgas y, más recientemente, después del atentado contra el rey, que, además, se había enfrentado a la autoridad durante una investigación. Su compañero, Antón Ozaeta, había sido fichado por la policía por encontrarse en su poder varios ejemplares de *El Motín*, publicación anticlerical de Nakens, protector a su vez del asesino Mateo Morral. Asimismo, Matías juró que Agapito el herrero era un anarquista confeso, todo el mundo en el pueblo lo sabía, no iba a misa, había acogido en su casa a los acusados y había disparado contra él sin motivo alguno, dejándolo cojo. A ellos se habría unido Ignacio Wallinstein, abogado, supuesto asesino de don Carlos José Mendoza, desaparecido hacía casi un año. Había sido visto en varias ocasiones por la población de Manzanares el Real, rondando una cabaña junto al río, propiedad de la mujer del asesinado, con quien se sospechaba mantenía relaciones ilícitas y en cuya vivienda había estado en dos ocasiones, según Fermín Salvador, que había sido mayordomo de doña Elvira Artigas, la segunda vez, acompañado por sus cómplices. El motivo del crimen habría sido, aparte de su licenciosa relación con la susodicha,

hacerse con una importante cantidad de dinero para patrocinar actividades delictivas en contra de la nación. Matías el cabrero añadió que él había visto al sospechoso en compañía del muerto, cuando aún estaba vivo. Por su parte, el testimonio de Paulino Flórez ocupó varios folios.

El hombre se sentía, por fin, una persona importante. Hizo hincapié en el acuerdo mantenido con el anterior secretario de segunda categoría, no respetado por su sucesor, señaló con énfasis, y pasó a relatar las pésimas relaciones con sus vecinos, quienes en varias ocasiones habían intentado perjudicarlo. Contó cómo había empezado a recelar de ellos al oírles llamarse por nombres extranjeros, que luego supo eran rusos; su actividad en el taller y en el piso a cualquier hora del día y de la noche, y el hecho de que ninguno de ellos tuviera un trabajo honrado y, sin embargo, dispusieran de dinero para gastar en comilonas y loterías. Para rematar su declaración, presentó el manifiesto que alentaba a los sencillos habitantes de Manzanares el Real a la revolución, demostración palpable de que el asunto aquel del circo era solamente una tapadera para sus actividades ilegales. Su compañero y él habían sido atacados durante su investigación y él mismo había sufrido en sus propias carnes la violencia de los revolucionarios. Para demostrar la veracidad de la afirmación, se bajó los pantalones y mostró al juez su nalga herida, lo que provocó las risas de los acusados, obligados a permanecer en silencio bajo amenaza de ser desalojados de la sala. En cuanto a Wallinstein, cuyo alias de militancia era «Kadeiensi» o «Kadinski» o algo parecido, prosiguió Flórez, iba en contra de todos los principios que un abogado empleado en una de las firmas más importantes del país viviese en una pensión de tercera y hubiese renunciado a su puesto de trabajo en un momento en que tantos españoles carecían de él.

El juez decretó prisión incondicional para Wallinstein, Cantonal, Agapito y don Juan José hasta la celebración del juicio. A los demás los dejó marchar con la condición de presentarse todas las semanas en el juzgado, puesto que todavía no tenía muy claro cuál era el grado de culpabilidad de cada uno de ellos, pero les advirtió que serían vigilados estrechamente y detenidos de inmediato si algo les ocurría a los vecinos del

piso de abajo. Por otra parte, los dos carros y sus contenidos quedaban confiscados para sufragar los gastos de la detención.

Aquella noche, los miembros liberados de La Universal permanecieron en vela hasta el amanecer. Reunidos en torno a la mesa de la cocina, cada cual proponía una idea para sacar de la cárcel a sus compañeros, cuestión asaz difícil, vistas las acusaciones que pesaban sobre ellos. Virtudes quería bajar a estrangular a los del primero, pero la convencieron de que era mejor no hacerlo, puesto que entonces irían todos a parar a la cárcel y no podrían ayudar a sus amigos. Era preciso acabar con aquello de una vez, buscar un buen abogado, contarle lo ocurrido y todo lo concerniente al asunto Mendoza.

—¡No tenemos un real para pagar a un abogado! —exclamó Eulalia al borde del llanto.

—Algo tenemos... —afirmó Antón.

—¿El qué, si puede saberse?

—Unos ahorrillos guardados para las necesidades.

Sin decir más, bajó al taller, sacó la caja de su suegra de debajo del saco de trigo y de ella el dinero, por si acaso su mujer conocía la caja y hacía preguntas.

—Mil pesetas —dijo dejando los billetes encima de la mesa.

—¡Por Dios, Antón! —A Eulalia se le salían los ojos de las cuencas.

—He ahorrado durante todos estos años —explicó él— por si acaso algún día lo necesitábamos, como es el caso. Con este dinero podemos contratar a un abogado, vamos, digo yo.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó su mujer en tono de reproche.

—Porque quería darte una sorpresa llegado el momento.

Al día siguiente, vestidos con sus mejores ropas, Antón y Benigno se presentaron en el despacho de abogados Alcañizar y Asociados. No conocían ningún otro y, visto que Wallinstein había trabajado allí, les resultaría más fácil explicar lo sucedido. Solicitaron hablar con la señorita Beltrán, y únicamente con ella, pese a que un oficinista les informó de que

debían hacerlo con uno de los asociados para tratar sobre casos de defensa o acusación.

—Dígale a la señorita Beltrán que se trata de un asunto de vida o muerte relacionado con su familia —ordenó Antón con firmeza.

Poco después eran introducidos en el despacho de la secretaria. Ninguno de los dos la había visto nunca, pero la reconocieron por las descripciones que de ella les había hecho el abogado con, a su parecer, demasiado entusiasmo. Desde luego, no era del tipo que le gustaban a Antón, y Benigno tampoco sentía especial predilección por las mujeres de ordeno y mando, pero los gustos, como los colores, eran cuestión de cada cual. Cecilia Beltrán los observó con atención antes de preguntarles a qué se debía su visita y por qué habían dicho que se trataba de un asunto de vida o muerte para su familia.

—Para su familia, no —puntualizó Ozaeta—; relacionado con su familia.

—Pues aclárense ustedes, que tengo mucho trabajo y poco tiempo que perder.

Al casero le molestó el tono de suficiencia de la mujer, que los miraba desde detrás de una mesa digna de un ministro y que ni siquiera les había ofrecido asiento, así que fue al grano.

—Nuestro amigo don Ignacio Wallinstein, antiguo empleado de esta empresa, ha sido acusado del asesinato de un tal Carlos José Mendoza, que, según tenemos entendido, era el difunto marido de una sobrina de usted. También ha sido acusado, en compañía de otros tres amigos nuestros, de pertenecer a una célula revolucionaria con ánimo de atentar.

—¿Y?

Antón tuvo que reconocer que la señorita Beltrán tenía una gran sangre fría, puesto que no mostró sorpresa alguna al recibir la noticia e, incluso, daba la impresión de que el asunto la traía sin cuidado. No le había preguntado al abogado acerca de dos noches en que había llegado a la pensión a altas horas de la madrugada —no era asunto suyo lo que hacían sus huéspedes, y menos aquél, que pagaba religiosamente cada semana—, pero, de alguna forma, se sentía responsable de quienes se alojaban bajo su

techo. La Isabelilla le había dicho que, en la primera ocasión, había ido a buscarlo una señora en un automóvil que, por la descripción que hizo, dedujo que era un Benz, modelo 1900, muy usado, el mismo en el que Wallinstein y Cantonal habían vuelto de Manzanares. No hacía falta ser muy sagaz para adivinar quién era la señora en cuestión y lo que había estado haciendo el abogado con ella hasta el amanecer; trabajar, no.

—Pues verá... —prosiguió—, necesitamos un abogado para defenderlos y hemos pensado en Alcañizar y Asociados, dado que ustedes conocen al señor Wallinstein.

—Para eso no hacía falta hablar conmigo.

—Ya, pero es que otro de los detenidos es Pepe Cantonal, sobrino de los guardianes de la finca de usted en Manzanares el Real.

—El anarquista.

—Sí, pero inocente de las acusaciones.

—Todos dicen lo mismo y una defensa lleva tiempo y cuesta dinero.

—Si es por eso, no hay cuidado; tenemos con que pagar.

—Entonces, deben pedir cita con uno de nuestros letrados. Los atenderán en la mesa de la entrada. Buenos días.

Cecilia Beltrán dio por terminado el encuentro y se centró en uno de los documentos que llenaban su escritorio ante el pasmo de los dos hombres, desconcertados por una actitud tan seca. Benigno se dirigió hacia la puerta, pero Antón permaneció clavado al suelo.

—¿Desea usted algo más? —le preguntó la secretaria alzando la vista al cabo de unos instantes.

—No, sólo esperaba un poco más de interés por dos hombres a quienes usted conoce.

—Ante la ley, somos todos iguales. Si son inocentes, nuestros abogados lograrán que sean absueltos.

—Hemos venido aquí con la intención de contratar sus servicios, y abonarlos como es debido, pero creo que hemos cambiado de opinión.

—Existen otros despachos de abogados en Madrid; yo no puedo hacer nada más.

—Yo sí. Puedo acudir a un gacetero de *El Imparcial* a quien conozco, y contarle una historia bastante curiosa, la de un hombre que apareció degollado y medio desnudo bajo el Puente del Rey, fue llevado al Hospital de la Caridad y enterrado en una fosa común, como un indigente sin familia. Sin embargo, resulta que, al parecer, ese hombre fue dado por desaparecido hace casi un año, aunque, de manera misteriosa, su nombre está inscrito en la lápida del mausoleo de dos importantes familias madrileñas y existe un certificado de defunción en el que se dice que murió de fiebres. Me pregunto qué cara pondrá el juez cuando se descubra que no hay ningún cadáver reciente enterrado en esa tumba.

Cecilia Beltrán se había puesto en pie y miraba fijamente a Ozaeta, quien, como buen aldeano alavés, no se sentía en absoluto intimidado por alguien, en apariencia, superior a él.

—Imagino que al gacetero también le interesará la otra parte de esta historia: la de una mujer de la buena sociedad que se acostaba con el difunto, casado con su sobrina, un tipo que, por otra parte, había estafado miles de pesetas a un hombre que se suicidó al verse arruinado. La verdad —finalizó con una sonrisa—, esto parece un folletín de los que tanto gustaban a mi suegra, que en paz descanse.

—¿Quién más sabe esto? —La voz de la secretaria sonaba crispada.

—Todos en La Universal, claro está.

Benigno asintió con la cabeza.

—Esperen aquí un momento.

Al rato, estaban ambos sentados en las imponentes butacas Chester del despacho del principal de la firma, escuchando un discurso, que se les escapaba a medias, acerca de la honorabilidad de una empresa con una antigüedad de más de setenta años y lo que supondría un escándalo, dado que algunos de los implicados en el asunto eran miembros de la familia. A continuación, pasó a asegurarles que Alcañizar y Asociados se haría cargo de la defensa del señor Wallinstein y de sus compañeros, a condición de que ellos dos y los restantes moradores de la pensión no hablasen con nadie sobre aquella lamentable cuestión.

—¿Y cuándo será el juicio? —preguntó Antón al finalizar el abogado su perorata.

—Bueno, la Justicia es desgraciadamente algo lenta. Puede que dentro de cinco o seis meses, pero les prometo que a sus compañeros no les faltará nada hasta entonces. Ya saben, ropa, comida, tabaco...

Benigno dio un respingo en el asiento, pero su amigo permaneció impasible.

—El caso es que..., ¿cómo se lo diría yo? Nosotros sabemos que ellos son inocentes y han sido acusados sin pruebas por los malnacidos del primero, de forma que no estamos dispuestos a esperar tanto tiempo. Llevan un día encerrados, y ya es demasiado.

—¿Y qué pretenden que hagamos? ¿Qué asaltemos La Modelo?

La cortés amabilidad mostrada hasta entonces por don Ramón dejó paso a una actitud displicente, típica de algunos miembros de la alta burguesía en su trato con las clases populares, algo que a Antón Ozaeta le molestaba en grado sumo. Se levantó de la butaca y se puso la gorra que hasta entonces había sostenido en las manos.

—Podría ser —dijo en un tono no exento de ironía—, pero nos conformamos con que vayan al juez, le digan que su pariente murió «de fiebres», que para eso tienen ustedes su acta de defunción y, de paso, le expliquen el asunto del circo.

—¿Qué circo?

—El nuestro, la Compañía Circense La Universal. ¿No le ha hablado la señorita acerca de ella? Mi amigo y yo vamos a tomar un café y volveremos dentro de una hora. Mientras, ustedes pueden deliberar sobre cómo sacar hoy mismo a nuestros compañeros de chirona. Aquí les dejamos un par de octavillas con el anuncio de nuestra actuación, que el juez ha tomado por un panfleto revolucionario, ¡qué tontería!

Una semana más tarde, los «universales» al completo esperaban impacientes delante del juzgado la salida de sus amigos, que fueron recibidos con gritos y aplausos de forma tan ruidosa que la policía los obligó a desalojar el lugar de inmediato. Ninguno de los cuatro entendía lo ocurrido. Tras ser interrogados por el juez, habían sido enviados a La

Modelo y encerrados en una misma celda, bastante sucia, según apuntó don Juan José, quien añadió que estaba deseando darse un baño para quitarse la mugre de encima. Ya empezaban a hacerse a la idea de que tendrían que pasar allí una larga temporada antes de ser juzgados cuando los habían llevado de vuelta al juzgado sin darles mayores explicaciones. Para su sorpresa, sobre todo la de Wallinstein, sus antiguos jefes, el principal a la cabeza, presentaron el certificado de la muerte por fiebres de Carlos José Mendoza y a dos testigos: el alcalde y el cura de Manzanares el Real, quienes testificaron que tres de los acusados eran, en efecto, miembros de la compañía de circo que había actuado el Domingo de Resurrección en el pueblo, que el cuarto era el herrero de la localidad y que en ningún momento habían organizado un mitin político, ni nada similar. Fueron puestos en libertad, aunque se les avisó de que las diligencias seguirían su curso hasta quedar dilucidado todo el asunto, debido a la militancia anarquista de, al menos, dos de los denunciados.

Regresaron a la pensión a toda prisa, dispuestos a celebrar la liberación con un banquete, aunque el único que hizo honor al guisado de conejo fue Cantonal, acostumbrado como estaba a pasar por la cárcel de vez en cuando. Los otros tres se hallaban todavía bajo la impresión de haber sido fichados y encerrados como vulgares criminales y tardaron en tranquilizarse, si bien recuperaron el ánimo después de haberse aseado y echado la siesta. Entonces, sentados a la mesa de la cocina, los hombres y las mujeres de La Universal decidieron, puesto que habían sido tomados por conspiradores, confabularse en serio, descubrir de una vez por todas lo ocurrido con el desaparecido, degollado, Mendoza y mandar al infierno a los vecinos del primero, quienes no sólo los espiaban en todo momento, sino que, además, eran los principales causantes del mal trago que acababan de pasar cuatro de los suyos, incluido Agapito, adoptado por todos como uno más. De no haber mediado el chantaje de Ozaeta a Cecilia Beltrán, amenazando con hacer público el enredo de su familia, los abogados de Alcañizar y Asociados no habrían presentado el certificado de defunción de Mendoza, ni se habrían molestado en traer a Madrid al alcalde y al cura de Manzanares el Real; los habrían abandonado a su suerte, y las

consecuencias podrían haber sido funestas para Wallinstein, ya que la pena por asesinato era el garrote. A cambio de su ayuda, el casero y Benigno habían jurado al señor Alcañizar, en su nombre y en el de sus compañeros, no hablar con nadie acerca del asunto, y pensaban mantener su palabra, que otra cosa no tenían los pobres, según afirmó el primero, si bien eso no era óbice para aclarar el embrollo, pues no estarían completamente a salvo hasta poner a cada cual en su sitio. Y, al igual que se habían repartido las tareas para crear su compañía de circo, también se las repartieron para averiguar de una vez quién había matado a Mendoza, sin olvidarse de Matías el cabrero y de los vecinos de abajo, aunque, en este caso, Wallinstein y don Juan José hubieron de utilizar toda su habilidad disuasoria para convencer a Cantonal y a la Virtudes de que bajar y partirles la cara no era la mejor forma de solventar la cuestión.

Flórez y Salvador se movían con absoluta seguridad en la creencia de que sus vecinos seguían en la cárcel y de que los demás tendrían mucho cuidado en no meterse con ellos si no querían ir a hacer compañía a sus amigos. Ignoraban que los primeros estaban libres de cargos, pues, entre otras cosas, el abogado, Cantonal, Agapito y el profesor habían decidido tener cuidado en no dejarse ver por los dos chivatos para poder llevar a cabo su plan con mayor tranquilidad. A partir de aquel mismo día, Benigno e Isidoro se dedicaron a espiarlos. El chaval jugaba en la calle con el *Pitañas*, llamaba al antiguo guardia urbano en cuanto los veía salir y los tres los seguían a donde quisiera que fueran. El hombre, sintiéndose de nuevo agente de la ley, y el mozo, encantado con su actividad de detective, no tardaron en descubrir que repetían visita a la taberna El Pozo. Benigno conocía al dueño, de cuando patrullaba por la Cava Baja, ya que había tenido que intervenir en más de una ocasión para poner orden o llevarse detenido a algún borracho pendenciero, además de conocer de sobra el otro oficio del dueño, el de alcahuete. Entró, dejando a Isidoro y al chucho de vigilancia en la puerta, después de haber visto a sus vecinos entrar en el tugurio un día a media tarde, hora demasiado temprana para frecuentarlo y abandonarlo a los cinco minutos. El local, en efecto, estaba vacío, y el Negro no lo reconoció en un primer momento vestido de civil, aunque lo

recordó al mostrarle él la placa e informarle de que, debido a la edad, había dejado de patrullar las calles, si bien ahora se dedicaba a investigar otros asuntos.

—¿Como cuáles? —preguntó el hombre, que ya pensaba que tendría que pagar un soborno más para poder continuar con su negocio de prostitución clandestino.

—De todo tipo, como, por ejemplo, qué se traen entre manos los dos individuos que acaban de salir de tu local y a quienes hemos visto por aquí en varias ocasiones. —Benigno recalcó el plural para hacer más verosímil su afirmación.

—Han venido a beber un trago...

—Un trago muy rápido.

—Bueno, no tenía el licor que ellos querían.

—¿Y no será que han venido a sacarte los cuartos?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Dímelo tú.

Fuera hacía calor, no así en el interior de la tasca, pero la frente del dueño se había cubierto de gotitas de sudor, prueba de que Benigno, excelente jugador de mus, no había errado al lanzar un ordago sin tener mano.

—¿Y qué pasará conmigo si se lo digo? —preguntó el hombre.

—Nada. Tus asuntos no me interesan, sólo me interesan ellos. Si me dices la verdad, tu nombre y tu local no serán mencionados para nada en mi informe.

Y el Negro comenzó a soltar como si hubiese estado esperando aquella ocasión durante mucho tiempo. Los dos individuos eran agentes de la Oficina Municipal de Higiene, afirmó, y llevaban meses chantajeándolo porque algunas pobres mujeres se ganaban la vida en su local como bien podían. Al principio, les había entregado veinticinco pesetas cada semana para impedir que lo denunciaran y le cerraran el negocio, pero ahora exigían el doble. De seguir así, acabaría teniendo que darles todo lo que ganaba, que no era mucho dada la mala situación del país, y a ver cómo ahorra para la vejez. Esta última aseveración estuvo a punto de provocar un

comentario por parte de Benigno, ¡menudo sinvergüenza!, pero permaneció impasible tomando notas en la libreta que le había entregado el profesor para darle un aire más «oficial».

—Pasaré por aquí un día de éstos y ya te informaré de cómo van las pesquisas —dijo al marcharse.

—Acuérdese usted de no mencionar mi nombre ni mi local.

—Yo soy un profesional —aseveró con tanta seriedad que el otro estuvo a punto de hacerle una reverencia.

Él, Isidoro y el *Pitañas* regresaron a toda prisa a la pensión, aunque tuvieron que esperar a estar todos para contarles lo averiguado a fin de no tener que repetirse. Así pues, los dos de abajo no sólo eran unos chivatos mentirosos, sino que también se dedicaban a chantajear a la gente. Tras discutir un rato sobre lo que debían hacer, si denunciarlos a la policía o a la Oficina Municipal de Higiene o, quizá, bajar a hablar con ellos y amenazarlos con delatarlos si no los dejaban en paz ya de una vez, Virtudes dirimió la cuestión con una simple frase:

—Chivaos al Negro; él se encargará de ellos.

Al día siguiente, Benigno, en esta ocasión solo, se personó de nuevo en El Pozo y habló largo y tendido con el dueño, informándole de que los dos chantajistas no trabajaban para el Gobierno ni para el municipio, que no eran agentes de nada y que el carné de funcionario de uno de ellos ya no valía porque el hombre había sido despedido de su trabajo como contable en el Ministerio de la Gobernación. A medida que hablaba, el rostro rubicundo del tabernero iba tornándose rojo de ira y a Benigno se le pasó por la cabeza que no le gustaría hallarse en el pellejo de Flórez la próxima vez que él y su compinche aparecieran por el tugurio a reclamar la paga. El antiguo guardia urbano e Isidoro continuaron con su labor de espionaje, aunque únicamente durante el día, después de haberlos seguido varias noches y haber constatado que, de todas todas, entraban en el Café Eslava, seguramente a gastarse los dineros obtenidos de manera fraudulenta. A Benigno no le agradaba trasnochar y tampoco era un lugar adecuado para un mozalbete a quien se le iban los ojos tras los escotes de las cupletistas que acudían al café después de la función, como comprobó Ozaeta una

noche en que los acompañó. El chaval era lo más parecido a un hijo y pensaba velar por su futuro, así que, para gran decepción del susodicho, se suprimieron las salidas nocturnas.

Al atardecer de un día en que Flórez y Salvador habían salido sin que Isidoro se apercibiera de su marcha, tan absorto estaba enseñando al *Pitañas* a coger una pelota en el aire, los vecinos de la calle del Rollo se vieron sorprendidos por un inusitado ajetreo. Media docena de «romanones» invadió la calle a lomos de caballerías, cuyos cascos retumbantes sobre el adoquinado recordaron a Agapito las tormentas de granizo en Las Pedrizas. Los guardias descabalgaron delante del portal de la pensión y, sin responder a las preguntas de los curiosos, subieron al primer piso, abrieron la puerta de un puntapié y registraron la vivienda de cabo a rabo. Temiendo que vinieran a por ellos, Cantonal, don Juan José y el propio Agapito escaparon escaleras arriba para esconderse en el sobrado o, en el peor de los casos, salir por el tejado, mientras Benigno y Antón, seguidos por Eulalia y Virtudes, bajaban a enterarse del motivo que había alertado al vecindario. Al reconocer al primero, el sargento al mando les informó de que había habido una reyerta en la Cava Baja. Dos hombres habían sido vapuleados hasta perder el conocimiento y abandonados en plena calle. Los sanitarios los habían trasladado al hospital, pero, al ser desnudados para comprobar el alcance de sus lesiones, se había encontrado entre sus ropas una importante cantidad de morfina y la cédula de identidad de uno de ellos, con su dirección. Tenían orden de registrar la vivienda por si acaso guardaban más narcóticos en ella, ya que la autoridad estaba decidida a acabar con el tráfico ilegal de medicamentos y a encerrar a los alijeros. Ambos heridos pasarían una buena temporada en la cárcel, concluyó.

—Bueno, ¡dos menos! —exclamó Antón, una vez pasado el susto.

El Negro había hecho exactamente lo que esperaban que hiciese: vengarse de los araneros que le habían estado sacando los cuartos. De paso, les había quitado un incordio de encima.

—De todos modos, me habría gustado romperles la cara antes de que los enchironaran —declaró Cantonal, quien se había rasgado el pantalón

con la tabla suelta al intentar esconderse dentro del baúl de la señora Fuensanta.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Libres de sus molestos vecinos, los miembros de La Universal se dedicaron en cuerpo y alma a solucionar el otro asunto: el de la muerte de Carlos José Mendoza. Por otra parte, pronto sería la festividad de San Isidro Labrador y tenían pensado realizar una gira por los pueblos de la provincia que festejaban al santo, además de llegarse hasta Talavera de la Reina, aunque allí no fueran fiestas, porque Benigno y el tratante que les había prestado el carro habían insistido, prometiéndoles por lo menos techo y comida durante su estancia en la población manchega. No tenían, por tanto, tiempo que perder, pero no sabían por dónde empezar, puesto que únicamente disponían de cabos sueltos que era preciso ligar.

Wallinstein encontró un momento para hablar con Casilda. Hacía tiempo que quería hacerlo, pero lo había ido posponiendo por una razón u otra. Era una joven tan hermética que no encontraba el medio de abordarla sin que saliera huyendo de él como un pajarillo asustado. Sin embargo, su conversación no podía dilatarse más. Le preguntó si podían hablar en privado y, ante la respuesta afirmativa de ella, la invitó a salir a dar una vuelta. Caminaron despacio, en silencio, hasta el jardín del vecino convento de las monjas, y se sentaron en un banco, separados tres palmos el uno del otro.

—Dígame, Casilda, ¿es usted la hija de Mariano Segura?

Había pensado allanar el terreno antes de lanzar la pregunta que le quemaba la lengua desde el martes de carnaval, pero era tan grande el deseo

de confirmar su sospecha que no pudo evitar soltarla a bocajarro. La joven no salió corriendo; se limitó a afirmar con un gesto de la cabeza.

—¿Y por qué no dijo nada cuando supimos lo ocurrido a su padre?

Casilda no respondió, de forma que él llegó a pensar que nunca lo haría y no insistió. En su lugar, hizo repaso de los meses, casi un año, transcurridos desde que una bomba había alterado su hasta entonces ordenada, y anodina, vida. Si Mateo Morral no hubiera atentado contra el rey y causado un sinfín de daños, él continuaría en la pensión de la calle Mayor, no habría conocido a sus extravagantes compañeros de alojamiento ni dormido al raso debajo de un carromato, ni se habría divertido y conocido a la joven sentada a su lado, muda como una estatua, diferente en todo a Cecilia Beltrán, pero cuyos labios deseaba besar en aquel mismo instante.

—Juré ante la tumba de mi querido padre vengar su muerte, descubrir al causante y matarlo con mis propias manos —dijo por fin Casilda—. No obstante, siguen sin aparecer los ahorros que reunió con tanto esfuerzo y cuya pérdida fue el motivo de que se quitara la vida y esté sepultado en tierra sin consagrar. No cejaré hasta averiguar quién se ha beneficiado de ellos y me cobraré la deuda.

Wallinstein la miraba atónito, pero ella hablaba como si estuviese ausente, la vista puesta en algún lugar entre los árboles y el cielo.

Mendoza era un tipo mujeriego, continuó la joven sin desviar los ojos de aquel punto entre las ramas, lo sabía porque su padre hablaba a menudo de él, cuando todavía lo creía un hombre honrado, aunque reprobara que un casado se jactase con descaro de sus conquistas. Para evitar que hiciese con ella lo mismo que con otras, le tenía prohibido asomarse cada vez que él acudía al piso que habían alquilado en la calle de Alcalá, a la espera de tener una vivienda en propiedad. Pero lo vedado es siempre más atractivo que lo permitido. Era un hombre cautivador, guapo, elegante. Lo espiaba a través de la cristalera del salón, admiraba sus modales, escuchaba sus conversaciones, e incluso llegó a creer que se había enamorado de él. Un buen día dejó de aparecer por la vivienda. Su padre perdió el apetito, envejeció de repente y, una mañana, la doncella de servicio lo encontró

tumbado sobre su cama con un disparo en la sien y la pistola, todavía tibia, en la mano. Tras enterrarlo en la zona destinada a los suicidas y asesinos, sin misa ni responso, como correspondía a un alma condenada al infierno, según le dijo el cura, buscó al causante de su infortunio. Gastó lo poco que le quedaba en vestir a la última moda, trajes entallados con escote, sombreros y estolas, y esperaba a que saliera del hermoso palacete que habitaba con su mujer e hijos, lo seguía y se hacía la encontradiza con él en los lugares más diversos, incluido el teatro, el parque o el Café Oriental, que frecuentaba. Cuando finalmente entablaron conversación, le hizo creer que era hija de una familia adinerada procedente de Bilbao.

—Hay hombres tan pagados de sí mismos que son fáciles de engañar, porque están convencidos de ser el centro del universo, de que todo gira a su alrededor, y él era uno de ellos. No me costó hacerle creer que yo era una mujer moderna, liberada, dispuesta a llegar en mis relaciones hasta las últimas consecuencias, pero no le permití que me tocara un pelo. Se me ponía la piel de gallina con sólo pensar que aquel tipejo era el responsable de la muerte de mi padre. Observé que su agitación aumentaba en cada uno de nuestros encuentros. Se mostraba nervioso, como un cazador ante una presa difícil de atrapar, me obsequiaba con regalos valiosos, que yo regalaba a la primera mendiga que encontraba en la calle, e impedía que sus conocidos hablasen conmigo. Me quería para él solo y, finalmente, acepté encontrarme con él en la cabaña.

—Usted era la «C.» del breve publicado en el periódico —afirmó Wallinstein con la garganta seca.

—Sí. A mi vuelta de Manzanares el Real, anduve días perdida, sin saber adónde ir —prosiguió ella sin inmutarse—. Para entonces, me habían echado del piso de Alcalá por no pagar las mensualidades, había vendido mis trajes a un ropavejero, empeñado mis joyas y gastado la última peseta en el billete del viaje. No me quedó más remedio que mendigar para no morirme de hambre. Entonces conocí a Antón y a Eulalia. Pensaba quedarme en su casa sólo unos días, hasta recuperar las fuerzas para continuar la búsqueda de quienes se habían aprovechado del dinero de mi padre, pero apareció usted, y con usted el asunto que ocupaba mis

pensamientos día y noche. Todos en La Universal han trabajado para mí sin que yo haya tenido que mover un dedo, por lo que les estoy muy agradecida.

Wallinstein estaba estupefacto. Aquella mujer cerebral, cuyo discurso lo había dejado anonadado, nada tenía que ver con la joven tímida, incapaz de decir dos frases seguidas sin ruborizarse, que conocía y de quien se había enamorado. Luego recordó que se había desmayado al mencionar Elvira Artigas el nombre de su padre durante la supuesta sesión de espiritismo, aunque todos creyeron que fue debido al susto por la aparición del «fantasma» del vecino.

—¿Asesinó usted a Carlos José Mendoza? —preguntó, todavía bajo la impresión.

—No. Alguien se me adelantó, y ya estaba muerto cuando llegué a la cabaña.

—¿Qué hizo entonces?

—Coger el carro de viajeros y regresar a Madrid.

—Pero... ¿lo habría matado de haberlo encontrado vivo?

—Sí. —Esta vez ella lo miró de frente y él no supo qué más preguntar.

Volvieron a la pensión de la misma manera que habían salido, sin decir una palabra. El abogado intentaba entender, poner en orden sus pensamientos, pero le resultaba imposible con la joven a su lado, caminando como si nada, en un cálido día de mediados de la primavera. Quería preguntarle si alguna vez había sentido algo por él, si era de ella el anillo que el degollado llevaba en el dedo, si el hombre con el que la había visto hablar en el Retiro era un simple conocido o algo más que un amigo. No se atrevió, pero se detuvo al llegar al portal y se volvió hacia ella.

—No hace falta decir nada a los demás —musitó.

—Decida usted.

Era de nuevo la joven introvertida y silenciosa que a menudo pasaba completamente desapercibida, una mosquita muerta que, sin embargo, acababa de afirmar con total frialdad que habría sido capaz de degollar a un hombre, si es que no lo había hecho. Ya no sabía qué pensar. Al entrar en la casa, encontraron a Ozaeta esperando impaciente; no dio ningún tipo de

explicación, asió a Wallinstein por el brazo y lo obligó a bajar de nuevo las escaleras.

Él, Cantonal y Agapito llevaban varios días de guardia ante el bufete de abogados por si acaso ocurría algo extraño, veían entrar a alguien, o lo que fuera. La idea se le había ocurrido al casero, pues, aseguró, aquella gente no era trigo limpio y, antes o después, se descubrirían, como ocurría siempre, al menos en las novelas por entregas que publicaba la revista *La Ilustración*, a la cual se había aficionado al leer los ejemplares olvidados tras el velatorio de su suegra. Wallinstein le advirtió de que él ya lo había intentado, pero no había sacado nada en claro. Si los dueños del bufete de alguna forma estaban implicados, y seguro que lo estaban, habrían tenido buen cuidado de guardarse las espaldas. De todos modos, Antón se mantuvo en sus trece. Los tres hombres llegaban a primera hora de la mañana con un taburete alto, otro pequeño y una caja de betunes, se colocaban en la acera de enfrente y vigilaban el portal de Alcañizar y Asociados. A pesar de sus protestas en cuanto a que él no limpiaba los zapatos a los ricos y a que sería una vergüenza si algún compañero del sindicato le echaba el ojo encima, a Cantonal le tocó el papel de betunero, pues era el más fácilmente reconocible por la señorita Beltrán; a él, adujo su amigo, sólo lo había visto en dos ocasiones, una de ellas de pasada, y no conocía a Agapito. Con la gorra bien calada y sentado en el taburete bajo, pasaría desapercibido si ella cruzaba por su lado o se le ocurría mirar por la ventana; además, había perdido su trabajo de descargador en el mercado a causa de una trifulca con el encargado y podía ganarse unos reales. No quedó claro si fue la mención de Antón a que todas las tareas, aun las más humildes, eran honorables o la idea de embolsarse alguna que otra peseta lo que convenció al libertario, pero el caso es que ponía tanto afán en el lustre que los otros dos tenían que recordarle que estaban allí para vigilar, no para hacer negocio.

Empezaban a pensar que eran una pérdida de tiempo todas aquellas horas plantados en una esquina y que mejor harían trabajando en el taller, pues su teatro había sufrido importantes desperfectos en el almacén donde había sido guardado por orden del juez, cuando vieron entrar en el portal de los abogados a un viejo conocido de Agapito: Matías, con camisa cerrada al

cuello, pantalón de pana y zamarra de paño a pesar del calor. ¿Qué diablos hacía el cojo del cabrero en la capital?

—He dejado a Pepe y a Agapito vigilando y he venido a avisarle a usted —explicó Ozaeta mientras él y Wallinstein corrían hacia la calle Mayor—. ¡A ver si tenemos suerte y llegamos antes de que se haya marchado!

La tuvieron. Mientras el manzanariego no quitaba ojo del portal, Cantonal había recogido la caja de los betunes y discutía con un caballero, empeñado en que le lustrara los zapatos, a lo que él se negaba aduciendo que ya había cerrado el puesto. No tuvieron que esperar mucho más. Vieron salir al cabrero nada más acabar de dar las doce del mediodía el reloj de la Casa de Correos y lo siguieron, dispuestos a pillarlo desprevenido y a sonsacarle lo que sabía y no había dicho, aunque fuera a golpes. Por otra parte, tenían cuentas pendientes con él; había mentido al declarar que había visto a Wallinstein en compañía de Mendoza y que Agapito lo había atacado sin razón alguna por no ser anarquista. Lo vieron entrar en una fonda de la calle Tetuán de nombre El Brezo y entraron ellos también detrás, al recordar el abogado que aquélla era la dirección de Augusto Romancero, el socio de Mendoza.

Después de decirle al dueño de la fonda que eran amigos de Romancero y que tenían asuntos de dinero que tratar con él, subieron a su habitación. Al oír mencionar lo del dinero, el hombre, que ya estaba pensando en echar de su fonda al moroso del número tres que llevaba un mes sin pagar, los acompañó hasta la misma puerta del cuarto, pero estaba cerrada por dentro y nadie respondió a la llamada. Sin embargo, oyeron ruidos en el interior y lo que creyeron era un gemido. Sin más dilación, el posadero abrió con su llave maestra y los cinco hombres se quedaron petrificados al contemplar a Romancero en el suelo, degollado y agonizante. En el mismo instante, Matías el cabrero salió corriendo en dirección a la puerta, navaja en mano, pero su cojera y la zancadilla que le puso Agapito dieron con sus huesos en el suelo, momento aprovechado por Cantonal para acogotarlo e impedir su huida. Minutos después llegaba la Guardia Civil y algo más tarde lo hacían los sanitarios del Hospital de la Caridad.

La noticia se había aventado como el polvo con el viento; eran decenas las personas sin otro quehacer agrupadas delante y en los alrededores de la fonda, ansiosas por conocer los detalles del suceso que acababa de conmocionar la calle y el barrio, para desesperación del dueño de El Brezo y de su mujer, quienes veían peligrar el futuro de su modesto establecimiento. La gente era supersticiosa, e incluso había quien aseguraba que el espíritu de un asesinado siempre regresaba al lugar del crimen. ¡A ver quién se hospedaba en una habitación donde se había cometido uno tan horrendo! Porque había sido horrendo. El asesino había sacado un cuchillo de monte y degollado al huésped, no se sabía por qué motivo, siendo necesaria más de una docena de paños para enjugar el charco de sangre en la habitación, según informó a los curiosos una de las criadas de la fonda. La mujer se había enterado del asunto al volver de lavar un cesto de ropa en el lavadero municipal, pero, tal y como se explicaba, parecía haber sido testigo presencial del propio homicidio. Los guardias urbanos dispersaban a los fisgones cada dos por tres, pero éstos se reagrupaban de nuevo, hasta que, a eso de la media tarde, el juez ordenó el levantamiento del cadáver, el asesino fue trasladado a los calabozos del Juzgado, los cinco testigos tuvieron que acudir a prestar declaración a las dependencias policiales y decreció el interés de los curiosos.

Al anoecer, todavía afectados por la visión de un ser humano desangrado ante sus ojos y cansados tras horas de interrogatorio, Ozaeta, Wallinstein, Cantonal y Agapito regresaron a La Universal, donde los demás los esperaban preocupados por su ausencia. Benigno había acudido a su antiguo cuartelillo. A instancias de Eulalia y Virtudes, convencidas de que sus hombres habían sido nuevamente arrestados por acudir a una reunión clandestina. Allí se había informado de que hacía varias semanas que no había redadas de anarquistas, pero también de que había ocurrido un hecho luctuoso con numerosos testigos en una fonda de la calle Tetuán. No se imaginaba a sus amigos en dicho lugar y continuó indagando, para regresar a la pensión sin haber hallado rastro de ellos, aunque intentó calmar los nervios de ambas mujeres asegurando que unos hombres hechos y derechos no desaparecían porque sí, y que ya volverían cuando hubiesen

acabado lo que fuera que los mantenía ocupados. No dijeron nada al observar el aspecto descompuesto que traían y esperaron a que ellos se decidieran a contar lo ocurrido.

Habían sido interrogados cada uno por separado y también todos juntos para comprobar que sus declaraciones coincidían, puesto que, de acuerdo con la información del posadero, conocían al asesinado. Estaba claro que ellos no habían tenido nada que ver en la muerte de Romancero, incluso habían detenido al asesino, pero la policía quería saber de qué conocían al muerto y por qué habían ido a verlo. El juez que llevaba el caso resultó ser el mismo que los había enviado a la cárcel unas semanas antes, y su sorpresa fue mayúscula al verlos allí de nuevo. Ordenó sacar el expediente y lo cotejó con sus declaraciones, en especial con las de Wallinstein, a quien hizo llamar a su despacho.

—Por segunda vez en poco tiempo se encuentra usted implicado en un asesinato, aunque al parecer el primero no fuera tal. ¿Quiere hacer el favor de explicarse?

—Si su señoría desea conocer la historia...

—Lo exijo.

—Todo empezó hace un año, con la desaparición de un miembro de una influyente familia madrileña —comenzó diciendo.

A lo largo de casi dos horas, el abogado relató al juez la desaparición de Carlos José Mendoza; el hallazgo en el Manzanares de un cuerpo sin identificar; el interés del despacho Alcañizar y Asociados en no indagar demasiado sobre el asunto, pese a que el desaparecido era sobrino del principal y de la secretaria del bufete; el acta de defunción «por fiebres» y el cadáver, que él creía inexistente, en un mausoleo de la Sacramental de San Pedro y San Andrés; la estafa que le había costado la vida a un honrado segoviano, en la que estaban implicados el desaparecido y su socio, Augusto Romancero, la víctima del cabrero; la evaporación de una importante cantidad de dinero, y las mentiras de Matías, a quien Agapito había visto junto al río con Mendoza.

—¿Cree usted que el juez hará algo? —preguntó don Juan José cuando Wallinstein hubo finalizado.

—No lo sé. Uno cree en la ley, en lo que es justo, en la bondad de las personas, pero, a veces, la realidad es muy diferente y acaba decepcionando.

Al decir esto, miró a Casilda, cuyo nombre no había mencionado al juez para que no se viese involucrada. Ella le devolvió la mirada sin pestañear siquiera.

Tres semanas más tarde, se celebró la vista previa al juicio contra Matías López por la muerte de Augusto Romancero. A requerimiento del juez, asistieron todos los miembros de La Universal, si bien ninguno de ellos fue llamado a declarar, puesto que el fiscal consideró suficiente el testimonio del dueño de la fonda. No había atisbo de duda en cuanto a que el cabrero era culpable del crimen del que se le acusaba al haber sido pillado in fraganti por cinco testigos y con el arma en la mano.

Asimismo, fueron convocados representantes de las familias Alcañizar y Beltrán de Salazar. Al magistrado, la historia contada por Wallinstein le había parecido más bien fruto de la imaginación de un botarate, como quedaba demostrado por el hecho de que, siendo abogado titulado, se hubiese metido a circense. No obstante, hombre precavido, prefirió comprobar personalmente el asunto a fin de eliminar la sospecha que se cernía sobre dos familias respetables, y ordenó la apertura del panteón familiar. El último difunto allí enterrado era el padre de don Ramón Alcañizar, fallecido hacía más de veinte años. Así pues, en algo tenía razón Wallinstein: los familiares de Mendoza habían falsificado un acta de defunción y enterrado un cadáver inexistente, lo cual suponía un delito y planteaba una serie de incógnitas que estaba dispuesto a esclarecer.

Al ser interrogado, el cabrero no negó haber degollado a Romancero, pero, al preguntarle por el motivo para tan execrable acción, respondió que se había tratado de un encargo de la señorita Beltrán, provocando las quejas airadas de los abogados de la firma, quienes, puestos en pie, exigieron se borrara dicha declaración difamatoria. El juez amenazó a Matías con añadir una acusación por calumnias a sus ya de por sí graves cargos, a lo que él respondió acusando a Cecilia Beltrán de tener que ver con la muerte de Mendoza, de quien era la amante, como todo el mundo en el pueblo sabía.

En ese momento se oyó un grito en la sala, Elvira Artigas se desvaneció, doña Josefina lanzó un sonoro «¡Putá!» dirigido a su hermana, los abogados de ambas partes protestaron, el público asistente organizó un barullo y el juez ordenó desalojar la sala.

Wallinstein pudo permanecer gracias a su credencial de letrado. Sentado en la parte trasera, escuchó el alegato del propio don Ramón, quien aseguró que el imputado había acudido al bufete en la mañana de autos con la intención de pedir dinero, a lo que la señorita Beltrán se negó. La conocía por poseer ésta una propiedad en Manzanares el Real y se la imaginaba adinerada cuando, en realidad, trabajaba honradamente para ganarse la vida y, por supuesto, jamás había mantenido relaciones íntimas con su sobrino. El cabrero era un hombre de pésima reputación y él estaba dispuesto a llamar a numerosos testigos que así lo confirmarían. Por otra parte, semanas antes había acusado a un «distinguido colega» de la muerte de Mendoza. ¿Iba a creer el tribunal en la palabra de un embaucador que acababa de asesinar a un hombre a sangre fría ante testigos o en la de una distinguida miembro de la sociedad madrileña, cuyos méritos eran más que demostrables? Alcañizar recordó que el cadáver de Carlos José Mendoza no había sido hallado, así que nadie podía asegurar que estuviese muerto y, de hecho, sus familiares estaban convencidos de que se había marchado al extranjero llevándose una importante cantidad de dinero, producto de una estafa perpetrada por él y por su socio, Augusto Romancero. Era una deshonra para el buen nombre de la familia, afirmó; una vergüenza que, de manera equivocada, habían querido encubrir con el certificado de defunción falso y la simulación de su enterramiento, para que doña Elvira y sus hijos no sufrieran la infamia del comportamiento de su esposo y padre.

Matías López fue acusado de homicidio, engaño, calumnia y desacato, y se le envió a La Modelo hasta la celebración del juicio. Hicieron falta varios guardias para sujetar al cabrero, quien no dejó de insultar y acusar a la señorita Beltrán hasta que lo sacaron de la sala.

Esa misma tarde, apenas dos horas después, Wallinstein recibía un billete de manos de un recadero en el que se podía leer un lacónico «Venga esta noche. C». Su primera reacción fue tirar la nota a la papelera; no estaba

por la labor de jugarse el pellejo tras lo escuchado durante la vista. De acuerdo con que el cabrero era un loco peligroso, pero ¿qué necesidad tenía de acusar a una mujer como Cecilia? ¿Y por qué había ido a verla? Lo de pedir dinero no se tenía en pie; además, ¿como sabía Matías la dirección de Romancero? También resultaba sospechoso que no se hubiese impuesto siquiera una multa, pese a lo del certificado de defunción y el falso enterramiento. El juez y don Ramón eran viejos conocidos, lo supo al verlos conversar amigablemente; con toda probabilidad, el magistrado había puesto en antecedentes a su antiguo jefe acerca de su declaración, razón por la cual habían ido ya preparados con la excusa aquella de que Elvira Artigas y sus hijos necesitaban protección contra la maledicencia. Lo mismo la cita era una encerrona para acabar con él; sabía demasiado y podía resultar molesto en caso de que averiguara algo más. Luego se lo pensó y pidió a Ozaeta y a Cantonal que lo acompañaran. No dijo adónde para no tener que dar explicaciones, y porque no quería que Casilda supiera que la señorita Beltrán lo invitaba, más bien le ordenaba, que fuera a verla de noche a su domicilio.

Cecilia no pareció sorprendida al verlo aparecer acompañado, pero exigió hablar a solas con él y envió a los dos hombres a la cocina con la sirvienta.

—¿No se fía usted de mí? —preguntó con ironía.

—No.

—¿Cree usted de verdad que yo he podido enviar a un asesino a matar a un hombre?

—Lo único que sé es que usted y don Ramón ayudaron a Carlos José Mendoza, o al menos lo encubrieron, en la estafa a Mariano Segura, y puede que en otros asuntos de igual pelaje.

—¿Cómo se atreve a decir algo así?

—Porque ustedes dos avalaron su fraudulenta empresa. También firmaron su disolución al día siguiente de la boda del rey, cuando se supone que él ya había desaparecido.

—Tiene usted mucha imaginación. No me extraña que se haya metido a titiritero.

—Y usted tiene muy poca vergüenza para negar la evidencia. Su firma, la de don Ramón y la de Mendoza aparecen en el documento de disolución, con fecha del 1 de junio del año pasado.

Cecilia pareció turbarse durante un instante, pero rápidamente recobró su aplomo habitual.

—Sólo ayudábamos a un familiar.

—A un ladrón, querrá usted decir, a quien tal vez también quitaron de en medio para evitarse problemas.

—¡Vaya! Ahora resulta que también somos asesinos —ironizó ella—. ¿De verdad nos cree a Ramón y a mí capaces de matar a nuestro sobrino?

—Ya no sé qué creer. Sólo sé que Mendoza no se largó al extranjero.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque lo sé, ya se lo dije en una ocasión; su cuerpo fue encontrado enganchado a un pilón del Puente del Rey.

—¿Y cómo sabe que era él?

—Porque llevaba un anillo con unas palabras grabadas.

—¿Qué palabras?

—«Siempre te amaré. C», o algo por el estilo, no recuerdo bien.

Para sorpresa de Wallinstein, Cecilia empalideció y se derrumbó sobre una butaca, la boca abierta, los ojos desorbitados. A continuación, rompió a llorar con tal desesperación, en medio de tantos gritos y lamentos, que la sirvienta y los dos hombres corrieron al salón creyendo que había ocurrido una tragedia irremediable.

Epílogo

Manzanares el Real, 31 de mayo de 1907

La agitación era enorme en La Universal. De nuevo la compañía se aprestaba a actuar y, esta vez, no sería una sola representación y vuelta, sino que permanecería varias semanas fuera de Madrid. Era necesario, por tanto, prever todo tipo de necesidades: ropas, mudas, zapatos, alojamientos, comidas. La intención era actuar en todas las poblaciones del Real de Manzanares, incluida Colmenar Viejo, por mucho que hubieran prometido al alcalde de Manzanares el Real que no lo harían en esa localidad. El trabajo era el trabajo, y ellos no le decían a él a quién tenía que vender su grano, afirmó Agapito, que tenía una cuenta pendiente con el edil por el arreglo de un arado que todavía no había cobrado. El herrero había vuelto al pueblo tras la vista previa por el crimen de Matías el cabrero, pero regresó a la capital a los pocos días.

—Os echaba en falta —afirmó con simplicidad, y a los «universales» les pareció lo más natural del mundo.

No volvió solo; se trajo con él un percherón, con una alzada bastante más alta de lo normal, que podría ser utilizado para el espectáculo, además de para tirar de uno de los carros, aunque todavía no habían decidido de qué forma. Lo alojaron en un rincón del taller, siendo de inmediato adoptado por Isidoro y el *Pitañas*. Al mozo le vino enseguida a la mente el número que había visto en el Price, el de un perro subido a lomos de un caballo,

aunque decidió guardarse la idea hasta no estar seguro de que podría funcionar. El chucho, por su parte, debió de pensar que ya era hora de tener compañía animal, pues no se separaba del cuadrúpedo e incluso se quedaba dormido entre sus patas. Además del percherón, Agapito también les entregó una lista con las poblaciones donde actuarían. El tío Amando había cumplido su palabra y se había molestado en recorrer la comarca ofreciendo el espectáculo. Serían bien recibidos en Guadalix, Miraflores, Soto, Becerril, Navacerrada, Cercedilla..., además de en Talavera de la Reina, en este caso la confirmación les llegó por medio del tratante de grano. En buena hora.

Pese a no haber tenido que abonar los honorarios de los abogados, los «ahorros» de Ozaeta disminuían día a día, al igual que los de Wallinstein, escaseaba la clientela de doña Patrocinio debido a la recesión económica que sufría el país y al consecuente paro laboral, Cantonal trabajaba un día sí y cinco no, y don Juan José había dejado de dar clases en el hospicio porque las monjas ya ni siquiera le pagaban con dulces, así que la gira les proporcionaría algunos ingresos, aunque, de todos modos, ya podían ir pensando en buscarse algo que hacer durante el invierno, aseguró Ozaeta mirando directamente a su mujer, porque tampoco era cuestión de echarse al camino con las heladas, y no podrían subsistir si nadie aportaba un duro.

Mientras el rey, los ministros y multitud de personas acudían a los funerales en la Colegiata de San Isidro por los muertos del atentado, ocurrido ese mismo día un año antes, los miembros de La Universal cargaron los carros, cerraron la puerta de la pensión y emprendieron viaje con la alegría en el cuerpo. Al «disfrazarse», que decía con guasa Cantonal, se olvidaban de sí mismos, de la insignificancia de sus existencias, de los sueños no alcanzados. Se transformaban en personas diferentes, desconocidas incluso para ellas, y eran felices. Ansiaban que llegara el momento en que Benigno hiciera la presentación mientras los demás esperaban en la trasera del escenario, inquietos, los nervios a flor de piel, y era tal el placer que sentían al escuchar los aplausos de los espectadores que anhelaban que el momento se repitiese una y otra vez.

Llegaron a Manzanares el Real casi a la puesta del sol, y se dirigieron a la casa de Agapito, que les serviría de cuartel general durante las siguientes semanas. Nada más saberse que habían vuelto los del circo, el alcalde en persona se presentó en la vivienda para rogarles que actuaran en la plaza, a lo que, naturalmente accedieron, aunque recalcaron que también pensaban hacerlo en Colmenar Viejo, le gustase a él o no. De paso, el herrero le reclamó los veinte reales que le debía. El hombre pagó al momento, no fuera a ser que se negasen a actuar después de haber anunciado él a bombo y platillo que habría espectáculo circense gracias a sus buenos oficios. Amando y Dolores tampoco tardaron en hacer acto de presencia. Según les informó el primero, *Olga* estaba desgana y apenas comía. El veterinario le había dado un potingue, pero no parecía que le estuviera haciendo mucho efecto.

—Está vieja como yo —añadió con humor su dueño—, pero estoy seguro de que se pondrá buena en cuanto os vea y sea la reina de la función.

Pasaron después a hablar de Matías el cabrero. La noticia de su crimen y encarcelamiento había llegado enseguida a Manzanares y causado el natural estupor entre los vecinos, incapaces de imaginarse a uno de los suyos matando a un hombre y el nombre del pueblo arrastrado por el fango de la ignominia. La mujer, prima y barragana como apuntó Dolores, se había encerrado en su casa y no había vuelto a salir desde entonces.

—Ya se habría muerto de hambre si no fuera por nosotros, que todos los días le dejamos un cestillo con comida —añadió—. Ninguno de los dos es querido aquí, y la gente, ya se sabe, suele ser bastante cruel.

—Son ustedes muy caritativos —señaló Eulalia.

—En realidad, son órdenes de la señorita Cecilia.

—¿Y eso? —preguntó Wallinstein interesado.

—Ella sabrá, porque, desde luego, a mí me acusa alguien de asesina y no vuelvo a mirar a nadie de la familia, si no hago algo peor.

El abogado tenía todavía en la retina la imagen de Cecilia Beltrán descompuesta, lamentándose cual viuda desconsolada. Ozaeta, Cantonal y él permanecieron mudos, sin saber muy bien qué hacer, no sólo por la sorpresa al verla llorar como una plañidera, sino porque no supieron decir si

sus lloros y gemidos se debían al hecho de haber sido descubierta o a que verdaderamente ignoraba el final de su amante. Poco después, y tras tomar una taza de tila que la criada preparó a toda prisa para ella, Cecilia, ya más calmada pero sin dejar de llorar, confesó que aquel anillo había sido regalo de ella a Carlos José Mendoza. Habían planeado marcharse al extranjero, donde reharían sus vidas con el dinero de la estafa, aunque primero se iría él para no levantar sospechas. Desde entonces todos los días esperaba un telegrama que le indicara el lugar dónde se reunirían, en Francia o en Italia, pero los meses habían transcurrido, sin noticias. El hecho de que el anillo que él había jurado no quitarse jamás del dedo hubiese sido encontrado en un cadáver irreconocible acababa de destrozarle el corazón y arruinar su vida, prosiguió abatida. Nunca debería haber permitido que se casara con su sobrina, tan insulsa y carente de interés como su madre. Ellos habían nacido el uno para el otro, eran almas gemelas. A Wallinstein le dolieron sus palabras. ¿Y él qué? ¿No había representado nada en su vida?

—¿Y el dinero? —le preguntó—. ¿Qué ha sido del dinero?

—Carlos José lo guardaba en un lugar seguro.

—¿Dónde?

—¿Y a ti qué te importa? —lo había tuteado.

—Claro que me importa. Mariano Segura tenía una hija y ese dinero le pertenece.

—¡No sé dónde está el maldito dinero! ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

—No antes de que me digas por qué razón fue Matías al bufete.

—¿No lo oíste durante la vista previa? Quería dinero.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Es cierto, te lo juro. Nos había visto a Carlos José y a mí en la chabola y amenazó con contárselo a Elvira.

—¿Y cómo supo la dirección de Augusto Romancero?

—¡Y yo qué sé!

—¡Lo sabes, claro que lo sabes!

La había sujetado por los hombros y la zarandeaba como a un pelele, ante la asustada mirada de la sirvienta.

—¡Ya está bien de mentiras! —le gritó—. ¡Haz el favor de decir la verdad por una vez en tu vida!

—¡Se la di yo! Hice averiguaciones y descubrí dónde vivía el socio de Carlos José. Pensé que quizá conocería su paradero, pero habría sido muy comprometido por mi parte ir a hablar con él. Le dije a Matías que fuera en mi lugar y prometí pagarle por la información, pero jamás le ordené que lo matara. El cabrero es un bruto y se pasó.

—Me das pena.

—Y usted es un abogado sin ningún futuro. —Había dejado de tutearlo tras el breve intervalo de la bronca—. Ya me encargaré yo de que no le admitan en ningún despacho de abogados de Madrid y tendrá que ejercer en provincias.

No quiso continuar discutiendo con ella, pero estaba furioso. Cogió un jarrón de porcelana en el que había un precioso ramo de flores y lo estrelló contra el Klimt. A continuación, salió del piso seguido por sus atónitos compañeros. Nunca lo habían visto enfadado.

—¿Tenía Segura una hija? —le preguntó Ozaeta al cabo de un rato.

—Sí, Casilda.

—¿Nuestra Casilda?

—La misma.

No volvió a hablar sobre el tema, que bastantes disgustos le había dado ya. ¡Allá los Alcañizar y los Beltrán con sus historias, engaños y cuernos! Se centró en sus pinturas y envió su curriculum a un par de empresas que habían puesto anuncios en los periódicos solicitando letrados, aunque todavía no había recibido contestación alguna, probablemente porque habrían pedido informes al bufete y Cecilia habría cumplido su amenaza.

—Podríamos ir a hacerle una visita a la mujer del cabrero —propuso Eulalia.

—¿Para qué?

Dolores estaba extrañada de que gente de fuera quisiera visitar a la mujer del asesino, que era como ahora llamaban a Matías en el pueblo.

—Pues... para saber cómo está. A fin de cuentas, la pobre no tiene la culpa de lo que haya hecho su hombre.

—Los acompaño —terció Wallinstein.

—No, no se moleste usted. Entre mujeres solas nos entendemos mejor.

Eulalia le guiñó un ojo, asió a Dolores por el brazo y ambas se dirigieron a casa del cabrero. Una hora más tarde estaban de regreso. La mujer, Encarna, no había querido abrirles en un primer momento, pero acabó dejándolas entrar tras mucho insistir. Al principio apenas habló, pero luego, como impelida por la necesidad de confiarse a alguien, les contó la miserable vida que llevaba con un hombre huraño, siempre metida en casa, sin amigas, sin nadie con quien hablar, ya que Matías no decía dos frases seguidas. ¡Y ahora esto! Ni siquiera sabía que se había ido a la capital. Estaba acostumbrada a sus ausencias, por lo que no se preocupó al no verlo aparecer en dos días, hasta que llegó la noticia al pueblo y el cura en persona fue a comunicársela. No tenía dinero, trabajo ni medios para sobrevivir, añadió con amargura, por lo que no le quedaría más remedio que buscarse la vida en algún otro lugar. Dolores, entonces, la había animado diciéndole que la señorita Beltrán había dado orden de que no le faltara comida, a lo que la mujer respondió lanzando un escupitajo al suelo, dejándolas a ellas dos escandalizadas por semejante comportamiento.

—¿Y por qué ha hecho eso? —preguntó Wallinstein sorprendido.

—Dice que la señorita Beltrán es la culpable de todo, que nada habría ocurrido si no hubiese enviado a Matías a hablar con Romancero. Al parecer se conocían.

—¿Quiénes?

—Matías y Romancero. Éste había venido en varias ocasiones en busca del dinero y el cabrero lo había acompañado a la chabola del río.

—Pero... a mí me dio a entender que nunca había estado por aquí.

—Pues le mintió, porque, según Encarna, sí estuvo, y más de una vez. También le pregunté si sabía algo de la desaparición de Mendoza y me contestó que lo había matado él.

—¿Quién?

—Romancero, hombre, que no se entera usted. Me ha dicho la mujer que Matías lo encontró al lado del cadáver degollado de Mendoza y que entre los dos le quitaron las ropas y lo tiraron al río para evitarse problemas.

Así pues, el misterio estaba resuelto. Por fin. Mendoza y su socio habían discutido por el dinero de la estafa y éste lo había matado, pero había sido descubierto por el cabrero, quien, a su vez, había intentado extorsionarle. Entonces el hombre, sin un céntimo y desesperado por la traición de quien creía era su amigo, había desaparecido en Madrid, donde era casi imposible que un pueblerino pudiera encontrarlo. Hasta que Matías fue a chantajear a Cecilia por el asunto de sus relaciones con el difunto y ésta le dio la dirección del socio. Lo siguiente era fácil de imaginar. Romancero ignoraba el paradero del dinero; se habrían acalorado y llegado a las manos, y el cabrero, hombre de mal carácter, habría sacado el cuchillo. Sólo lamentaba que no se hubiese podido recuperar el dinero para devolvérselo a su legítima dueña.

No había vuelto a hablar con Casilda desde aquel día en el parque de las monjas, aparte de los saludos de rigor entre compañeros de alojamiento, pero en la intimidad de su habitación había realizado decenas de dibujos a carboncillo con ella como único tema. Tenía sentimientos encontrados. No podía evitar sentirse avergonzado por haber pensado, aunque sólo un momento, que podría haber asesinado a Mendoza. Por otro lado, ella había ocultado su identidad y también la del hombre con quien la había visto hablando en el Retiro. Ciertamente que no le había preguntado al respecto, pero ella había asegurado en una ocasión que no conocía a nadie en Madrid. Era imposible que pudiese haber ningún tipo de relación entre dos personas que no confiaban la una en la otra, siempre lo decía, pero le dolía. De haber encontrado el dinero, Casilda sería una mujer rica, se habría marchado de La Universal y él habría podido olvidarla. Tampoco había vuelto a tratar el asunto con Ozaeta y Cantonal, pero sonreía al observar que tanto ellos como sus mujeres intentaban ser todavía más cariñosos con la ahora pobre huérfana que había perdido a su padre y sus bienes debido a las malas artes de dos desaprensivos, lo que daba alas al libertario para denostar, siempre que se le presentaba la ocasión, los chanchullos de los señoritos que se aprovechaban de la buena fe de sus conciudadanos para esquilmarlos, aunque, en este caso, hubiesen recibido su merecido. Todo había acabado, se dijo antes de quedarse dormido, y ahora sólo quedaba olvidar.

Al día siguiente, llevaron los carros a la plaza y se dispusieron a ofrecer la función a los manzanarriegos, deseosos de entretenerse un rato tras el drama que los había sobrecogido, tema principal de sus conversaciones durante semanas. Esta vez, además, los artistas contaban con la colaboración del dulzainero y del tamborilero del pueblo, quienes, a una señal de Benigno, introducían cada uno de los números, dando al espectáculo una apariencia verdaderamente profesional. El profesor no dio pie con bola, provocando la risa del público, aunque luego se justificó diciendo que no había ensayado lo suficiente a causa del penoso asunto que lo había llevado a la cárcel. Virtudes volvió a asombrar a la concurrencia, ya que esta vez, además de a la Isabelilla, levantó a varios jóvenes que se presentaron voluntarios. Incluso recibió una propuesta de relaciones por parte de un viudo al acabar su actuación. Eulalia demostró que su vocación de volatinera estaba justificada, y lo mismo hizo Antón, quien arrancó un «¡Oh!» del respetable al ponerse en pie durante unos segundos sobre la barra de la bicicleta mientras ésta continuaba rodando. También Isidoro y el *Pitañas* fueron muy aplaudidos. La presentación por parte de Benigno de los zingaros llegados desde Rusia, acompañada por el retumbar del tamborilero y de Isidoro suscitó más risas, puesto que todo el mundo conocía a Amando y a su sobrino Pepe. No obstante, los dos hombres salieron muy dignos, uno a cada lado de la osa. Esta vez, habían decidido dejar a Casilda para el final, para redondear la representación y que el público se fuera a casa con el hermoso sonido de su voz en los oídos.

Olga dio varias vueltas, se subió a un taburete y se tumbó en el suelo cuan larga era, haciéndose la muerta, después de que su dueño hubiese hecho el simulacro de dispararle, lo que causó el entusiasmo de los vecinos, orgullosos de tener en el pueblo una bestia tan enorme y dócil como aquélla. Para finalizar, Amando comunicó a los espectadores que iban a representar el famoso «abrazo del oso», solicitando el mayor de los silencios a fin de no poner nervioso al animal. Le acarició el lomo, le dijo algo al oído y ella se alzó sobre sus patas traseras; a su lado, él parecía un liliputiense. La osa lo abrazó, levantándolo del suelo, y nadie se atrevió ni a respirar. Nunca se había visto una proeza semejante. Entonces, como

alcanzada por un rayo, *Olga* se desplomó hacia delante, sepultando a su dueño bajo su enorme corpachón. Durante unos instantes, tanto los miembros de la compañía como los habitantes de Manzanares permanecieron estupefactos, creyendo que aquella caída era parte del espectáculo. Los gritos de Dolores los sacaron de su pasmo. La osa estaba muerta. Costó Dios y ayuda sacar a Amando de debajo del animal; aún respiraba y fue llevado a toda velocidad a la casa más cercana, donde Juana la partera, la única persona que sabía algo de medicina en el pueblo, dictaminó que el hombre tenía la columna vertebral rota, fatal por necesidad.

Los «universales» habían invadido la casa, todavía con sus trajes de actuar encima, y se apelotonaban junto al lecho del moribundo. Amando abrió los ojos y sonrió. No podía imaginarse una muerte mejor que abrazado por su querida *Olga* y rodeado de aquellos locos del circo que le habían hecho disfrutar los mejores momentos de su vida desde la muerte de su hija.

—Dejadnos solos. Quiero hablar con Pepe y con el señor Ignacio — musitó sin fuerzas.

Un rato más tarde los dos hombres salían del cuarto y Dolores se precipitaba dentro con un reproche en los ojos por el tiempo que, a su entender, le habían robado de estar con el agonizante. Tras ella entraron varias mujeres y el cura con los Santos Óleos, mientras Wallinstein y Pepe se miraban desconcertados.

—No era mi intención hacerlo —les había confesado Amando, en voz tan baja que los dos hombres tuvieron que inclinarse sobre él para poder escuchar lo que decía—, pero ocurrió. Él seguía tratándome como si nada; llegaba a la casona y daba órdenes, me obligaba a acompañarlo hasta la chabola y a prepararle los aperos de la pesca. También tenía que permanecer vigilante cada vez que llevaba allí a una mujer para que nadie descubriese que era un mal hombre. Aguanté cinco largos años, creyendo que todo había sido cosa del destino o que Dios me había castigado por mis pecados, hasta aquella tarde. Había salido a dar una vuelta, vi abierta la puerta de la cabaña y me acerqué creyendo que se trataría de un furtivo. Era

él. No pareció sorprendido al verme, a fin de cuentas yo sólo era un criado, sin oídos, ni ojos, ni alma. Me dijo que esperaba la visita de una joven y que fuera al pueblo a buscarla. Iba a obedecer, lo juro, pero entonces el malnacido se echó a reír y dijo que había robado el dinero al padre y que ahora iba a robarle la honra a la hija. Perdí el sentido de las cosas, sólo vi al hombre que me arrebató a mi niña e iba a hacer lo mismo con otra inocente; saqué la navaja y degollé allí mismo al señorito Mendoza.

—¿De verdad que fue usted? —preguntó su sobrino sin poder dar crédito a sus oídos.

—Sí, hombre.

—¿Por qué ha dicho que él le arrebató a su niña?

—Deshonró a mi hija, la dejó embarazada y después la abandonó. Ella y su criatura murieron durante el parto.

Cantonal ignoraba lo del parto. Su prima había fallecido cinco años atrás y sus tíos le dijeron que la causa de su muerte habían sido las viruelas.

—¿Por qué no lo denunció a la policía?

—Porque no me habrían hecho caso y, encima, se habría sabido nuestra vergüenza. Le rebané el pescuezo como al cerdo que era y...

Amando emitió un estertor de agonía, pero abrió de nuevo los ojos.

—El dinero está a salvo en la chabola. No he tocado ni un real y lo he guardado para que sea devuelto a quien... pertenezca...

Tras el funeral y el sepelio los miembros de La Universal se reunieron en la cocina de Agapito para decidir qué debían hacer.

—Al tío le habría gustado que siguiéramos con las actuaciones —aseguró Cantonal.

—No sería decente —afirmó Eulalia.

—¿Por qué no? —preguntó Antón a su vez.

—Porque estamos de luto, y no se hace circo cuando se está de luto.

—Pues a ver cómo nos las arreglamos para comer, porque no tenemos un duro.

—¿Qué opina usted, don Juan José?

—Ciertamente, es una lástima que Amando y la osa hayan fallecido, pero, en este caso, se trata de un trabajo —señaló el profesor—. Si en lugar

de circenses fuéramos operarios, continuaríamos con nuestro oficio.

—No es lo mismo.

—Lo es, mi querida Eulalia. Es el sino de todo ser humano, y no se para el mundo cada vez que uno de nosotros desaparece.

—Además, el tío había dado su palabra de que actuaríamos por los pueblos —insistió Cantonal.

La discusión se alargó hasta la medianoche, pero, finalmente, prevaleció la opinión de la mayoría, es decir, la de continuar. Recordarían al tío Amando al finalizar cada función y cantarían una canción en su honor. De nuevo, discutieron sobre la melodía que más le habría gustado al difunto. Ignoraban sus gustos musicales, aunque sabían de su gran cariño a los animales, por lo que eligieron *La tarántula*, una copla muy popular. Don Juan José señaló que se trataba de una araña gigante, de la familia *lycosidae*, procedente de las Américas, aunque también existía otra mediterránea, algo más pequeña. Eulalia planteó sus dudas acerca de si una araña sería lo más adecuado para honrar la memoria del pobre Amando, pero doña Patrocinio aseguró que el bichejo aquel era muy laborioso y un artista, no había más que ver las maravillosas telarañas que era capaz de tejer. Finalmente decidieron que *La tarántula* sería la copla elegida, más que nada porque no conocían ninguna otra de temática animal.

Durante las siguientes dos semanas y media anduvieron de pueblo en pueblo, aunque decidieron dejar el viaje a Talavera para más adelante. La localidad manchega estaba lejos y todos deseaban regresar a Madrid para dormir en sus camas. Hablarían con el tratante y le pedirían que, de ser posible, les buscara más actuaciones en la zona y, de esta manera, compensar un desplazamiento largo y cansado. De todos modos, no podían quejarse. Los humildes aldeanos encontrados durante su periplo les habían llenado la bolsa, además de regalarles huevos, chorizos, costillas adobadas, frutas y verduras. Era su forma de agradecerles que hubieran llevado un instante de alegría a sus vidas. Antes de volver a la capital, pasaron la última noche en casa de Agapito, quien de nuevo había decidido quedarse en Manzanares el Real.

—Hasta que las tornas cambien —aseguró, si bien les dejó el percherón a modo de prenda.

Wallinstein, Cantonal y Ozaeta, a quien los dos primeros habían puesto al corriente de la confesión de Amando, se acercaron una vez más a la cabaña del río con intención de buscar el dinero para devolvérselo a Casilda, pero no encontraron ni rastro de él. Quizá alguien se les había adelantado, se dijeron; o las palabras del viejo sólo habían sido fruto de su delirio. De regreso, pasaron por la casona, a despedirse de Dolores, a ver qué tal le iba y a ofrecerle un hogar en la pensión. Cantonal lo había hablado con Antón y Eulalia; ella era su única pariente viva y no podía dejarla allí sola, pero la mujer aseguró que estaba bien y que pensaba seguir al servicio de las señoritas Beltrán de Salazar.

—Llevo aquí desde que me casé, hace ya tantos años que ni siquiera recuerdo cuándo fue, pero todavía soy útil —dijo acariciando la rasposa mejilla de su sobrino—. No trates de convertirme en una inválida antes de tiempo. Además, me gusta el campo.

—Si podemos hacer algo por usted...

—Pues mira, sí. Hay que tirar la chabola y, claro, ése es más bien un trabajo de hombres jóvenes y fuertes como vosotros.

—¿Qué chabola? —preguntaron los tres al unísono.

—La de la osa. Está en la parte trasera del jardín, al lado de la verja. A la señorita Josefina no le agradaba nada tener un animal salvaje en su casa, pero lo permitía porque mi difunto Amando le prometió que no sacaría a *Olga* cuando ella estuviese en Manzanares porque...

La dejaron con la palabra en la boca y se dirigieron a toda prisa al jardín. Allí, en la choza de *Olga*, bajo un pesado fardo de paja seca, encontraron un maletín repleto de billetes de banco.

—Gracias —dijo Casilda con lágrimas en los ojos al recibir la herencia de su padre—. Ahora podré pagar mi alojamiento.

—¿Piensa usted mudarse a la zona rica? —le preguntó Isidoro con cierto resquemor. A fin de cuentas, era él quien la había «descubierto» como cantante.

—No, me refiero al alojamiento en nuestra Universal. —Y al decir esto, dirigió una sonrisa a Wallinstein.

La posterior gira por Talavera de la Reina y otras poblaciones de la provincia de Toledo fue todo un éxito. Otra vuelta por la zona de Alcalá de Henares y Guadalajara en el mes de septiembre, señaló Ozaeta, y tendrían de sobra para pasar un invierno sin sobresaltos, preparar el espectáculo de la siguiente primavera y la boda del señor Wallinstein y la señorita Segura, quienes se habían por fin prometido, como todos esperaban, y habían aclarado el misterio del hombre a quien él había visto hablando con Casilda en el jardín botánico; sólo se trataba de alguien que se había perdido y buscaba el modo de salir del Retiro. La pareja estaba radiante de felicidad y había adquirido una casa en la misma calle del Rollo para no tener que alejarse de sus amigos, aunque, como era lógico, no continuaran actuando con ellos, pues la joven tenía la intención de estudiar canto en el conservatorio, tal y como habría deseado su padre, e Ignacio estaba pensando muy seriamente en montar su propio despacho de abogados.

Aquel año, Antón compró los consabidos boletos de la Lotería Moderna, el legal para Eulalia y el secreto para él. Hizo algo más, pasó el suyo por la imagen de la Virgen de la Fuensanta, rogando para que nadie lo descubriera realizando dicha acción, en especial Pepe, pues echaría a perder su fama de no creyente y tendría que aguantar las bromas de su amigo. De hecho, seguía siendo un incrédulo, pero nada se perdía con probar. Al acostarse en Nochebuena, sacó de debajo de la almohada un paquetito envuelto en papel de seda, que su mujer abrió, encantada de comprobar que lo de las Navidades anteriores no había sido pura casualidad. Dentro del envoltorio había exactamente mil quinientas pesetas.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



Nacida en Vitoria-Gasteiz en 1949, vive en Larrabetzu, un pequeño pueblo de Vizcaya, en compañía de su familia, rodeada de libros y objetos de artesanía de diversas procedencias.

Escritora y traductora titulada de inglés y francés. Fundó el grupo de teatro KUKUBILTXO, en compañía de su marido Alberto y de otros jóvenes de la localidad de Larrabetzu, Bizkaia. En 1983 escribió y dirigió 40 programas de vídeo para el Departamento de Educación del Gobierno vasco. Durante ese mismo año escribe dos libros para el mismo Departamento sobre leyendas vascas y actividades teatrales e imparte cursillos a profesores e inspectores de educación. Ha creado para ETB más de 1000 programas dirigidos a niños y jóvenes.

Desde noviembre de 1998, año en el que vio publicada su primera novela, *La calle de la Judería*, esta autora prolífica, ha publicado trece novelas de género histórico, dos novelas juveniles, un libro sobre leyendas

y otro sobre la brujería en el País Vasco y un divertimento dirigido a las amas de casa. Sus libros han sido traducidos al euskera, francés, alemán y portugués.

Habitualmente colabora en diferentes medios de comunicación escritos y da charlas en asociaciones culturales y centros educativos.

OceanofPDF.com